MARIAH STONE

DUQUE POR CONVENIENCIA

DUQUES Y SECRETOS



DUQUE POR CONVENIENCIA

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO TRES

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Project Duke* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

1

LONDRES, 1813

El calor que emanaba la taza de té que sostenía *lady* Calliope en las manos no bastaba para luchar contra el escalofrío que le subía por la columna vertebral. Tampoco era suficiente el cálido aire de junio que llenaba la sala de estar pintada de color amarillo de Sumhall Place, su hogar.

William King, marqués de Huntingham, se encontraba sentado al otro lado de la mesa de té y no le quitaba la mirada fría de encima. Aun con su abuela, su hermano Preston y su flamante esposa, Penelope, con quien se había casado hacía dos meses, presentes en la habitación, el corazón le latía desbocado del pánico que no había sentido desde que tenía doce años, la última vez que había visto a William.

Qué error había sido permitir la visita de William. Sin embargo, no podía alertar a su familia de la verdadera naturaleza del marqués sin exponer su sucio secreto. El secreto que William poseía.

—Todos hemos oído acerca de su querido padre —señaló la abuela ladeando la cabeza de cabello gris plateado con el tocado perfecto digno de una monarca, al tiempo que le rascaba la oreja a la peluda gata persa blanca que descansaba sobre su regazo. A pesar de las caricias que tanto le encantaban a la señorita Furrington, la gata no mostró ningún indicio de regocijo, sino que se

limitó a mirar a Huntingham con los ojos abiertos de par en par y dilatados. Calliope compartía la misma aversión que sentía la gata—. Qué terrible. Para usted y para toda su familia, querido William.

William, así era como lo había conocido en el pasado. Aunque la abuela había utilizado su nombre de pila, ese hombre ya no era William. Del rostro le había desaparecido cualquier suavidad típica de un muchacho de quince años. Ahora, el agradable rostro angular de un hombre adulto la miraba fijo. Tenía los pómulos altos y unos grandes ojos marrones encuadrados por unas pestañas oscuras. Su boca, ancha y atractiva, con labios apretados y una constante curva en el labio superior dejaba entrever cierta arrogancia, mientras que las arrugas en las comisuras de los labios daban testimonio de una opinión dura. Llevaba el mentón cuadrado perfectamente afeitado, y todo el rostro enmarcado por un cabello de color castaño oscuro peinado hacia atrás a la última moda.

Aunque no se podía negar que era atractivo, la superficie inmaculada ocultaba un interior frío. Para infundirle las fuerzas que necesitaba, recurrió al recuerdo de otro hombre que hacía que la embargara una ola de calor. Hacía tan solo unos días, había estado bailando en los brazos de Nathaniel, duque de Kelford, en el baile real en honor a la Armada y a la Marina. Con el cabello dorado, alto, musculoso y hermoso, la había dejado sin aliento en su uniforme de la Marina. Calliope no había podido evitar sentir como si estuviera volando en sus brazos. Como si tuviera el corazón lleno de mariposas agitando las alas. Había ardido bajo la intensa mirada de los ojos turquesa, y la piel le había cosquilleado bajo esas palmas. Si ese libertino encantador se encontrara al otro lado de la mesa de té en lugar de esa víbora…

Los hombros anchos de William denotaban fuerza, y tenía los muslos musculosos de un jinete. Pero Nathaniel era mucho más grande, con músculos más anchos bajo el uniforme, y no muchos caballeros tenían una contextura física como la de él. Calliope bajó la mirada a las manos grandes de William. Una de ellas yacía sobre el apoyabrazos entallado de la silla, en una pose casual y relajada. Pero Calliope sabía lo cruel que podía ser esa mano. El dolor que podía causar. El recuerdo le produjo un estremecimiento. Y su hermano

mayor, Spencer, no se encontraba allí para defender su honor como lo había hecho en el pasado. Era el único que sabía lo que había ocurrido.

—Abuela —interrumpió Preston con una sonrisa arrepentida—. Ahora es Huntingham.

—Lo sé —le dijo acariciando a la señorita Furrington—. Huntingham, espero que pueda disculpar mi informalidad. No fue con mala intención. Nuestras familias solían ser muy amigas.

Calliope sintió otro escalofrío en la espalda. Todo eso era cierto… hasta que sus familias se apartaron. Por ella.

Preston asintió con la cabeza de cabello oscuro y una expresión de tristeza genuina oscureciéndole los ojos.

—Yo también lo siento, Huntingham. Nuestros padres eran grandes amigos y vecinos. Lo recuerdo bien.

Sentada en el sofá al lado de Calliope, Penelope, que se había convertido muy rápido en una de las mejores amigas de Calliope, entrecerró los ojos y miró a su cuñada con preocupación. Penelope se veía hermosa con el sedoso cabello rubio oscuro y el inmaculado vestido púrpura digno de la duquesa que era. Pero lo que la hacía aún más hermosa era la felicidad que parecía radiar de ella, al igual que de Preston.

Huntingham asintió con la cabeza sin ningún indicio de pena.

—Así es. Echaremos de menos a mi padre.

La abuela abrió la boca para decir algo, pero Huntingham no había acabado.

—A pesar de que seguimos de luto, no puedo ahogarme en mis sentimientos durante mucho tiempo más. —Miró a Preston—. Grandhampton, estoy seguro de que usted lo comprende, considerando que heredó el título hace poco y conoce todas las responsabilidades que conlleva. —Le ofreció a Penelope la sombra de una sonrisa fría—. Encontró una esposa muy pronto luego del período de luto, como debería haber hecho.

Preston frunció el ceño, y curvó las comisuras de la boca para revelar la tensión que debía mantener oculta en el rostro que solía ser ilegible. La unión entre él y Penelope no había sido una boda común como creía la gente. Preston se había casado con ella para

vengarse de la muerte de Spencer y dejar a su padre en la ruina. Sin embargo, la mujer a la que había creído su enemiga, se había convertido en su mayor amor.

—Así es —repuso con amabilidad.

Huntingham continuó.

—Ahora que seré el próximo marqués y el período de luto ha acabado, debo hacer lo mismo y encontrar una esposa.

Cuando dijo la palabra «esposa», su mirada pesada se volvió a posar sobre ella, y Calliope sintió como si le cayera un témpano por la espalda. Ella… la esposa… ¿de él? Estaba a punto de perder los estribos; tenía que controlarse. Era capaz de ponerse de pie y avergonzarse no solo a sí misma, sino también a su familia al salir corriendo de allí. Pero no se permitió desmoronarse.

Tuvo la extraña sensación de que salía de su cuerpo y se observaba como si fuera otra invitada más. La dama fría y compuesta no daba ningún indicio de ira rugiendo en su alma. La prístina taza blanca de té no repiqueteó contra el platito cuando los dejó sobre la mesa. Tenía la espalda perfectamente erguida, la cabeza en alto y las piernas inmóviles y no inquietas de las ansias de incorporarse de un salto y huir. Hasta se las había ingeniado para reprimir la necesidad de respirar profundo y rápido. El único indicio de su agitación podría ser el color de las mejillas, pero Penelope también estaba algo sonrosada, sin dudas debido al calor veraniego de la habitación.

Preston estudió al hombre con una mirada calculadora.

—Disculpe por hablar con tanta franqueza —comenzó—, pero debo admitir que me sorprende su visita, considerando que durante muchos años no ha habido ningún contacto entre nuestras familias.

El marqués curvó el labio superior en una fugaz expresión de ira. No se los diría, ¿no? No, de seguro que no. Pero por más que guardara el secreto, como lo había hecho durante los últimos años, aún podía utilizar esa información en su contra y mecerla sobre su cabeza como la hoja de una guillotina.

—Claro, usted se encontraba en un internado en Escocia —repuso Huntingham cruzándose de piernas. Por todos los cielos, era muy alto. Quizás hasta era más alto que sus hermanos; aunque,

sin dudas, no tenía la misma contextura física que ellos—. Y no sabe que su difunto hermano y yo tuvimos un altercado.

Desde septiembre, Calliope, su familia y el resto del mundo habían creído que Spencer estaba muerto. Y, desde junio, lo habían estado buscando sin cesar, sin saber con certeza si estaba vivo o muerto, si lo habían reclutado en la Marina a la fuerza o no. Calliope apoyó la mirada en la silla entallada al lado del hogar, la silla favorita de Spencer, y el pecho le dolió de lo mucho que echaba de menos a su hermano mayor. De haber estado allí, William no se hubiera atrevido a asomar el rostro por su casa.

En ese entonces, Spencer había tenido dieciocho años y había estado practicando boxeo durante varios años, de modo que, con unos golpes precisos y habilidosos, le había partido el labio a William y le había dejado un ojo negro y, a juzgar por el modo en que huyó sosteniéndose un lateral, también le había roto una costilla. La familia King jamás regresó a Grandhampton Court.

—Y, si no le molesta la pregunta, ¿acerca de qué fue el altercado? —le preguntó Preston a continuación.

Los cálidos ojos marrones de William se sintieron gélidos al volver a posarse en Calliope. No respondió, sino que la recorrió con la mirada para atraparla en el tortuoso recuerdo del día que había cambiado la trayectoria de toda su vida. El día en que las largas cortinas se habían mecido bajo la cálida brisa de verano que fluía entre las puertas francesas abiertas de la biblioteca. El día en que había sentido la portada de cuero de un libro que no debía tocar a los doce años. El primer día de su vida en que se había sentido de ese modo: había ardido y anhelado algo y se había tocado el punto más íntimo mientras se imaginaba a un muchacho de ojos marrones haciéndole las cosas que estaba leyendo…

De pronto, dos manos fuertes le habían arrancado el libro de los dedos… Y los ojos marrones que la miraban ya no estaban en su imaginación. Dos dedos le habían acariciado el cuello haciéndola estremecer de la sorpresa… Luego un pellizco duro y doloroso en la base del cuello la había dejado completamente conmocionada. Los ojos pasaron de ser cálidos a mostrarse enfadados y asqueados. Y

soltó una sola palabra que hizo que se le encogiera y marchitara el alma: «Mujerzuela».

Calliope se estremeció con el recuerdo y se aferró a la falda de muselina de color verde pastel.

—El altercado… —comenzó William King despacio, y su mirada fue como unas garras afiladas que se le enterraban bajo la piel—. No lo recuerdo. ¿Y usted, *lady* Calliope?

Era la primera vez que se dirigía a ella; la garganta se le estrechó y sintió los labios tan rígidos que no logró moverlos. Ella no era así. Nadie tenía ese efecto sobre ella. Era una mujer fuerte e inteligente que planeaba convertirse en una investigadora para luchar contra el crimen y encontrar a personas desaparecidas. ¿Cómo podía ser que una persona la hiciera sentir tan sucia e insignificante?

El punto en el cuello en el que William la había pellizcado le ardía. Era como si le hubieran colocado unos grilletes de los que no se podía desprender. Era probable que él pudiera percibir su aflicción. Las comisuras de los delgados labios se le curvaron en una sonrisa de satisfacción apenas perceptible.

—Yo tampoco lo recuerdo —respondió al fin. La voz nunca le había sonado tan apagada.

William asintió y bajó los hombros cuando se relajó. Una mirada de triunfo le asomó al rostro al saber que tenía poder sobre ella. Con solo decir una palabra de lo que había presenciado, provocaría un escándalo que mancillaría para siempre su nombre y el de su familia.

—Debió de tratarse de un simple malentendido —concluyó William—. Pero ¿qué importa? Creo que nuestras familias pueden volver a ser amigas. De hecho, me preguntaba si nuestras familias podrían unirse por lazos más profundos que los de la amistad.

En la habitación reinó el silencio. Calliope oyó el reloj desde el pasillo. Desde detrás de las ventanas abiertas, se oyeron los cascos de un caballo y las ruedas de un carruaje que traqueteaba por las calles adoquinadas. La abuela se quedó quieta, con los ojos como platos y la boca abierta. La mano de Penelope se detuvo con la taza de té de camino a la boca. La señorita Furrington alzó la cabeza con las orejas erectas y se volvió hacia William. Los ojos oscuros de Preston se agrandaron con una expresión de agradable sorpresa

porque se había pasado las últimas semanas buscándole un marido. Preston se enderezó en la silla y estiró los labios para formar una sonrisa.

—Me pregunto lo mismo. La línea del marqués de Huntingham es antigua y respetable. ¿No estás de acuerdo, hermana?

Lo último que quería Calliope era un marido. Cualquier marido desaprobaría por completo los planes que tenía para su vida. Hasta sus hermanos estaban convencidos de que comenzar una agencia de investigaciones era peligroso y debía desechar esa idea. Pero William sería peor que cualquier otro marido. Si la había pellizcado por leer un libro obsceno, ¿qué le haría cuando la poseyera como marido? Tenía que defenderse. No podía permitir que la atraparan en un matrimonio con alguien como él.

Calliope sintió la garganta más seca que un papel. Tragó lo que le pareció una piedra e intentó obligarse a hablar. Perdió el control por primera vez desde que vio a William, alzó la pierna y golpeó la mesa de té de modo tal que su taza y su plato salieron volando y cayeron al suelo. William se movió deprisa para atraparlos, pero la taza se hizo añicos con un tintineo.

La señorita Furrington se puso de pie, arqueó la espalda y le siseó a William antes de lanzarse contra su mano, la misma que había utilizado para pellizcar a Calliope, y clavarle las garras afiladas y los dientes. William se incorporó de un salto y soltó un grito agitando la mano, al tiempo que el pelaje blanco y la cola de la señorita Furrington se movían como una mata peluda.

—¡Señorita Furrington! —exclamó la abuela al tiempo que salía disparada para coger a la gata.

—¡Oh, no! —exclamó Penelope incorporándose también.

—¡Diablos! —masculló Preston. Tomó a la gata que se había aferrado aún más a la mano de William y no dejaba de sisear. Cuando la señorita Furrington por fin le quitó las garras, el marqués vio los rasguños sangrantes que le cubrían la mano. Se apoyó la mano contra el pecho con los ojos marrones agrandados y oscuros. Con gran satisfacción, Calliope pensó que se veía como en el pasado, luego de que Spencer le diera su merecida paliza.

La señorita Furrington se escabulló de los brazos de Preston y le dejó pelos blancos sobre el impecable chaleco oscuro. Acto seguido, se acurrucó en el regazo de Calliope y le dirigió una mirada de advertencia a William.

—Lo siento mucho, Huntingham —se disculpó la abuela mientras revolvía la bolsa en busca de un pañuelo—. La señorita Furrington no suele ser así. Debe estar estresada porque Sumhall es su nuevo hogar temporal hasta que *lady* Calliope se case.

Cuando Richard, el hermano de Calliope y Preston que había estado viviendo en Sumhall con Calliope, se casó y se marchó de luna de miel hacía dos días, la abuela se había mudado con la señorita Furrington para garantizar el decoro de la joven dama soltera.

William aceptó el pañuelo que le ofreció la abuela y se lo envolvió en la mano antes de mirar a Calliope con una ira apenas oculta.

—Debe pedirle a su médico que le examine la mano —señaló Calliope mirándolo y acariciando el pelaje cálido y suave de su pequeña defensora—. De inmediato.

William no apartó los ojos de ella, sino que la perforó con una mirada asesina.

—No —se rehusó volviendo a sentarse—. Algo tan insignificante como los rasguños de un gato no me disuadirán de mi misión.

—Disculpe, Huntingham —intervino Preston al tiempo que se dirigía a la campana para llamar a los criados.

—Tonterías —le aseguró William—. No le dé tanta importancia.

La abuela se acomodó y reposó la mirada afilada en Calliope y la señorita Furrington.

—No caben dudas de que la gata te quiere mucho, cariño —murmuró.

—Regresemos a la pregunta que le hizo su hermano, *lady* Calliope —insistió William—. ¿Qué piensa de renovar la amistad entre nuestras familias?

—La amistad es una cosa —repuso Calliope—. Pero en lo que se refiere a los lazos más profundos, hermano, ¿no crees que deberíamos esperar al regreso de Spencer antes de considerar este tipo de decisiones?

La sombra de la sonrisa de Preston se desvaneció. Por supuesto que no tenían claro si Spencer alguna vez regresaría. La familia había acordado que hablarían de él como si siguiera vivo y perdido y estaba haciendo todo lo posible por recuperarlo. Si Spencer regresaba, Preston seguiría siendo el duque porque el título no era reversible, pero la familia sin Spencer era como un cuerpo sin una extremidad. Además, como Spencer sabía lo que había pasado hacía muchos años, jamás permitiría que William se casara con ella.

William se puso pálido y la mirada intensa como una garra le desapareció del rostro.

—¿Acaso su hermano… no ha muerto? Disculpen la pregunta tan poco delicada.

—Estamos seguros de que sigue vivo —respondió Calliope dirigiéndole la mirada más fría de la que fue capaz—. Y lo estamos buscando.

—Entonces, ¿no saben si está vivo o muerto? ¿O dónde está? —preguntó William.

—No —respondió Preston—, pero como dijo mi hermana, estamos haciendo todo lo posible para recuperarlo. Y, Calliope, no creo que debamos esperar el regreso de Spencer para tomar decisiones acerca de tu futuro. Y sé que no deseas casarte, pero Huntingham no es un desconocido. Lo has conocido durante toda tu vida. ¿No eran amigos antes?

Calliope arqueó una ceja y miró a William.

—Así es. Éramos amigos. Todos los años pasábamos los meses del verano juntos porque el marqués tiene la misma edad que Richard.

—En ese caso, estoy seguro de que podría persuadirla para que cambie de parecer —añadió William volviendo a clavarle la mirada—. Para que volvamos a ser amigos y se olvide del altercado.

Mentía. Prácticamente, podía oler el prejuicio, el resentimiento y la burla en él. No podía entender por qué alguien como él, un marqués adinerado y noble, querría casarse con una chica a la que una vez había tildado de mujerzuela. Calliope tragó con dificultad y se negó a permitirse mostrarle cualquier señal de debilidad, a pesar de que tenía las mejillas sonrojadas.

—Por ejemplo —continuó despacio—, podríamos volver a conectar gracias a nuestro amor mutuo por los libros. ¿Su biblioteca en Sumhall está tan bien abastecida como la de Grandhampton Court?

A Calliope se le cerró tanto la garganta que le dolió. Y las mejillas le ardieron del bochorno.

—No me había dado cuenta de que le interesaban los libros —dijo Preston—. ¿Lo sabías, Calliope?

Calliope tenía la espalda cubierta de sudor. El peso de la señorita Furrington en el regazo ya no la tranquilizaba.

—No —repuso—. No sabía que a Huntingham le interesaba la lectura.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Penelope en voz baja—. Te ves muy pálida.

William la había reducido a esa persona pálida y cobarde que se negaba a ser. Con una sola palabra que le había dicho en el momento más íntimo y vulnerable de su vida, la había roto. ¿De verdad seguía teniendo tanto poder sobre ella tras catorce años? No, no se lo permitiría. Ella tenía el control de su vida, y no permitiría que se lo arrebatara. De manera abrupta, se quitó a la señorita Furrington del regazo. Libre de su protectora, se incorporó y se detestó por no poder enfrentarse a William y recurrir a la alternativa: huir.

—De hecho, no me encuentro demasiado bien, hermana —respondió Calliope—. Por favor, disculpe, Huntingham. En las siguientes semanas, estaré bastante ocupada. De hecho, es probable que me marche de Londres. Le deseo el mayor éxito en la búsqueda de esposa, aunque por desgracia, esa no seré yo.

Sintiendo como si fuera una bruja perseguida por la Inquisición, oyó los sonidos de los pies de Preston y William al incorporarse de manera repentina, y se apresuró a salir de la sala de estar y a subir las escaleras que conducían a su recámara.

El asunto era serio, pensó mientras movía las piernas deprisa y subía los escalones interminables hasta la siguiente planta. No podía contarle a Preston el comportamiento de William en el pasado

porque no podía permitir que pensara tan mal de ella por leer un libro obsceno a una edad tan temprana.

La única alternativa que tenía para evitar a William y asegurarse de que no la chantajeara para que se casara con él era encontrar a Spencer lo antes posible. No solo para protegerse, sino también para salvarlo de cualquier peligro mortal que pudiera estar corriendo.

Para encontrarlo, tendría que ir a ver a Nathaniel al Ministerio de Marina y pedirle que la ayudara a encontrar información acerca del paradero y del futuro que había corrido su hermano. Tenía que hacerlo de inmediato. Se detuvo en las escaleras y bajó la mirada. ¿Qué mejor momento para hacerlo que mientras se encontraba indispuesta y toda la familia la dejaría a solas para que se recuperara? Se dio la media vuelta y bajó las escaleras para escabullirse de la casa antes de que nadie la viera. Ni siquiera Teanby, el mayordomo.

2

Cuando ocho pares de ojos masculinos se posaron sobre ella, Calliope se preguntó si habría cometido un error al acudir sola al Ministerio de Marina. El sonido bajo de las risas y las voces masculinas se había silenciado cuando abrió la puerta de la oficina de reclutamiento.

Todos se veían de lo más atractivos con los uniformes de color azul marino adornados con las trenzas doradas. Dos oficiales estaban sentados a unos escritorios de caoba repletos de papeles, tinteros y varias pilas de libros de registros. Los otros seis estaban reunidos en un grupo en un pasillo entre dos hileras de escritorios, algunos de pie y otros apoyados contra el mobiliario.

Calliope se obligó a sonreír y miró alrededor de la habitación. Las paredes estaban adornadas con mapas, banderas y retratos al óleo de héroes navales y comandantes. Las ventanas ofrecían una vista a las calles ajetreadas del mundo exterior. Inhaló el olor a tinta, papel y sudor masculino. Divisó tres bibliotecas grandes abarrotadas con tomos de cuero e instrumentos náuticos como sextantes, brújulas y telescopios. También vio varios modelos de barcos en las estanterías.

Debía de ser la única dama en ese imponente edificio en el que los soldados y los oficiales de la fuerza naval vivían en las barracas, entrenaban, comían, dormían y hacían muchas otras cosas masculinas. El pensamiento le produjo un estremecimiento en el estómago. Diablos. Había estado tan apurada por alejarse de William

y resolver el problema de las intenciones de matrimonio que había actuado de manera impulsiva. No debería haber ido sola. Una mujer soltera sin chaperona… Si eso salía a la luz, mancillaría su reputación y la de su familia.

Por un lado, eso no le venía mal, porque William no sentiría deseos de cortejarla. Además, no le interesaba casarse en lo más mínimo. Jamás confiaría ni dependería de un hombre al punto de concederle el control de su vida. Sin embargo, una reputación mancillada llevaría a que la excluyeran de ciertos círculos sociales importantes, y eso podría ser muy inconveniente cuando abriera su agencia de investigaciones y necesitara acceso fácil a información exclusiva. Pero sin importar lo arriesgado que hubiera sido haber ido sola, no podía aguardar más para recuperar a Spencer.

Los tacones de varias botas resonaron contra el suelo de mármol, al tiempo que los oficiales se paraban firmes y los rostros relajados adoptaban expresiones de amabilidad social que ocultaban las preguntas que, sin dudas, se hacían.

—¿La puedo ayudar, *milady*? —le preguntó uno de los oficiales—. ¿Se ha perdido? ¿Su marido… o su chaperona… se encuentran cerca?

Posó la mirada en el único hombre que no le prestaba atención, y todo el cuerpo se le derritió. Diablos, había tenido la misma reacción unos días atrás, en el baile real en honor de la Armada y la Marina, cuando bailó un vals con ella y la sostuvo en sus brazos fuertes y musculosos mientras ella inhalaba su aroma. Qué contraste más abrupto con William.

Nathaniel Fitzgerald, duque de Kelford, estaba sentado a un escritorio y escribía sobre un papel con una pluma. Llevaba el cabello dorado sujeto en la nuca, tal y como lo había llevado en el baile. Los hombros anchos parecían peñascos mientras escribía. El rostro entallado la hizo cuestionarse si se trataría de una estatua griega que había cobrado vida.

En el baile, había apoyado los ojos sobre ella mientras bailaban… y fue como estar en presencia de un sol que brillaba exclusivamente para ella. El tono de su voz, el modo en que le había hablado… fue como si nadie más existiera para él.

Pero Calliope no era ingenua como para caer en esos encantos. Era un libertino. Sus hermanos le habían advertido sobre él y tenían razón. Seguro hablaba de ese modo con todas las mujeres, con esa voz profunda, suave y aterciopelada como el mejor coñac francés.

—¿*Milady*? —la llamó el oficial, y se vio obligada a despegar los ojos de Kelford.

Calliope encuadró los hombros y miró al oficial a los ojos. Quizás William la había dejado conmocionada, pero tenía que recordar que era más que una niña cobarde. Era intrépida. Estaba a punto de comenzar un negocio, y estaba lista para darle la vuelta al mundo en busca de su hermano. Pensó rápido. Excepto Kelford, ninguno sabía quién era o si estaba casada siquiera.

—No estoy perdida —repuso con la cabeza en alto—. Y mi chaperona…

Estaba a punto de decir que su chaperona se uniría a ella en cualquier momento, pero otro oficial tan alto como una columna se acercó a uno de sus amigos para murmurar:

—Otra que no se puede mantener alejada de Kelford.

El comentario la hizo sonrosar. Sin dudas, Kelford era un conquistador, y jamás estaría interesado en alguien como ella. Probablemente ella sería un simple pasatiempo para determinar cuánto le llevaría seducir a una marisabidilla. Calliope prefería pasar el tiempo con un buen libro antes que bailar cuadrillas, pasear por Bond Street o Hyde Park intentando que se percataran de ella.

Ante ese comentario, Kelford alzó la cabeza y se vieron a los ojos. Una mezcla de expresiones pasó por el rostro del duque. El agrado de la sorpresa, la perplejidad, y, por último, un gran disgusto. Se puso de pie, alto y majestuoso, con el cabello dorado y las trenzas del uniforme formando un gran contraste con el azul oscuro del saco.

—*Lady* Calliope —la saludó—. ¿Alguno de sus hermanos se encuentra con usted?

—Tengo un asunto urgente que discutir. ¿Puedo hablar con usted?

El resto de los oficiales se rio y se tapó la boca como niños. Kelford los fulminó con la mirada.

—Dejen en paz a la dama y vuelvan a servirle a su país.

Las risas murieron de inmediato, y todos regresaron a trabajar a sus escritorios. Nathaniel, sin importar lo elegante y hermoso que fuera, podría ser clave para encontrar a su hermano y liberarla de William. Calliope caminó por la habitación, y los zapatos bajos resonaron contra el suelo de mármol mientras paseaba entre los pesados escritorios hacia él.

—Necesito su ayuda, Kelford —anunció cuando se detuvo delante de él. Oh, cielos, olía igual que en el baile: algo térreo, herbal y fresco. Sintió el extraño impulso de apretarle la boca contra la piel para ver si sabía igual de delicioso—. Cuando nos conocimos, no estaba al tanto de que trabajaba en la oficina de reclutamiento…

Kelford la miró con los hermosos ojos turquesas, un tono que era la mezcla inusual de verde y celeste, y una explosión dorada alrededor de las pupilas. El color remitía al del mar de las blancas playas escocesas.

—*Lady* Calliope, no debería estar aquí. —Estiró un brazo hacia la puerta—. Debería marcharse. Por favor…

Calliope alzó el mentón.

—Mi hermano mayor, Spencer, el undécimo duque de Grandhampton… Hemos descubierto que puede que lo hayan reclutado en la fuerza naval durante una redada. Fue el tres de septiembre de 1812, y necesito su ayuda para descubrir en qué barco podría encontrarse.

Kelford frunció el ceño.

—Disculpe, pero ¿no ha muerto?

—Todos creímos que sí, pero estábamos equivocados. Ahora creemos que lo reclutaron por la fuerza y está a bordo de uno de sus barcos.

Nathaniel se rio entre dientes.

—*Milady*, está confundida. Lo que sugiere es inconcebible. Un duque reclutado a la fuerza.

—¿Acaso usted autoriza reclutamientos por la fuerza?

—Sí.

Había algo de lo más perturbador en una ley que permitía que alguien obligara a otra persona a participar de una guerra, sin

importar la condición social, pero ese era otro tema. En ese momento, tenía que concentrarse en una sola víctima.

—¿Y está seguro de que no ha firmado esa autorización? —le preguntó.

La risa del duque se intensificó, y la recorrió con la mirada de manera tal que sintió el corsé más estrecho.

—Es toda una almirante —murmuró—. No tiene ningún derecho a hacer esas preguntas, pero simpatizo con la situación de su hermano. Si una de mis hermanas desapareciera, irrumpiría en cualquier establecimiento.

El libertino tenía hermanas por las que haría lo mismo. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Pero le responderé y, cuando lo haga, debe prometer que se marchará. Me preocupa su reputación, aunque es evidente que a usted no. Si no se va con cautela, venir aquí sin chaperona a buscar a un hombre como yo, podría llevar su nombre a las páginas de *La sociedad* por la mañana.

—No me interesan los periódicos. Me interesa mi hermano.

El duque tamborileó un dedo contra la superficie del escritorio sin despegarle los ardientes ojos de encima.

—Bueno, no recuerdo haber firmado esa redada.

Calliope parpadeó.

—¿Esa es su respuesta? ¿No lo recuerda?

Kelford se encogió de hombros.

—No recuerdo todas las autorizaciones que firmo.

Calliope tuvo que contener un jadeo.

—¿Cómo no puede recordar haber firmado un papel que define la vida de seiscientos hombres?

Los otros oficiales los miraron con curiosidad. Kelford entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabe que son seiscientos?

Antes de responder, encuadró los hombros.

—Porque leo. Y usted también debería hacerlo. En especial, lo que va a firmar.

La expresión de cautela anterior se convirtió en amenaza pura, pero no permitiría que la intimidara.

—¿Y qué más se podía esperar de un infame libertino sin sentido de responsabilidad? —continuó.

La fulminó con la ferocidad de mil soles. Los otros oficiales se habían detenido y los miraban sin reparo. El más alto no logró sofocar unas carcajadas.

—*Lady* Calliope —le advirtió Kelford con un tono de voz bajo e intoxicante—, no debería estar dándome lecciones acerca de mi reputación cuando la suya corre tanto peligro. ¿Por qué no viene alguno de sus hermanos a buscar esa información? A lo mejor debería seguir su propio consejo y leer un poco más acerca del comportamiento adecuado de las damas.

A pesar de su genio, Calliope se sonrojó. Una sensación de humillación familiar la invadió.

«Mujerzuela». La voz de William le resonó en la cabeza. Otro hombre capaz de humillarla, de hacerla sentir pequeña e insignificante. Capaz de hacerla sentir sucia. Pero no pensaba permitir que eso bastara para que desistiera de encontrar a su hermano. La vida de Spencer estaba en juego.

—Kelford —continuó mientras ignoraba la vergüenza—, solo mire esa fecha. Tres de septiembre de 1812.

—No. —Se cruzó de brazos sobre el poderoso pecho—. No tengo ningún motivo para hacerlo. Su hermano, que entonces era un duque, no pudo haber sido reclutado a la fuerza.

Una ola de ira le recorrió el cuerpo como una tormenta. Qué pérdida de tiempo.

—Esto no se ha acabado —le advirtió arrojándole una mirada asesina—. Qué tenga buen día.

Tras decir eso, se dio media vuelta y salió de la oficina sin dejar de sentir la mirada ardiente de Kelford que le perforaba la parte trasera del jubón. Extrajo el reloj de bolsillo del bolso. Ese era otro hábito poco digno de una joven distinguida, pero le resultaba mucho más conveniente que los relojes colgantes que llevaban las damas.

Eran casi las cuatro de la tarde. El Ministerio de Marina cerraría en una hora aproximadamente. Si Kelford no la quería ayudar, lo haría sola. Al fin y al cabo, ese sería el tipo de trabajo de

investigación que tendría que hacer para sus clientes cuando abriera el negocio.

Salió del edificio y se subió al carruaje que había contratado para movilizarse. Observó durante una hora mientras los oficiales se marchaban del edificio en grupos o de a uno. Tras lo que pareció una larga espera y cuando un gran grupo se marchó cerca de las cinco de la tarde, se apeó del carruaje y volvió a entrar lo más despreocupada que pudo. Los dos oficiales que hacían guardia no la detuvieron.

Los tacones bajos resonaron contra los azulejos suaves de mármol mientras volvía a subir las escaleras grandes que conducían a la primera planta. Vio a un caballero que salía de una sala al lado de la oficina de reclutamiento y se alejaba en la dirección opuesta. Antes de que la puerta se cerrara, se dio prisa y la detuvo para espiar dentro. Por fortuna, la habitación estaba vacía. A través de un hueco en los paneles de la pared, vio a los oficiales que se marchaban de la oficina de reclutamiento y la figura alta de Kelford. Con un casual andar masculino lleno de gracia, se marchó.

Durante un momento, se olvidó de la ira y observó la espalda ancha; sin dudas, unas montañas de músculos rodaban bajo la tela de color azul marino, y recordó cómo se habían sentido esos brazos duros bajo sus palmas cuando bailaron. «¡Ay, no es momento de actuar como una debutante a punto de desmayarse!».

—Qué hombre más terco y arrogante —masculló.

Él giró un poco la cabeza, y Calliope sintió que el corazón se le detenía por el temor a que la hubiera oído. Pero no era posible. Cuando reanudó el paso, soltó un suspiro de alivio. Tras cinco minutos, nadie más se movió en las oficinas de esa planta, y abrió la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

Avanzó con cautela hasta la oficina de reclutamiento, abrió la puerta y echó un vistazo dentro. Estaba vacía. Se escabulló en el interior y miró alrededor. Divisó el escritorio de Kelford con pilas de libros de registros, papeles y mapas. Se acercó y abrió el primer libro. Cartas… nombres… direcciones… del último mes. Tenía una caligrafía masculina, precisa y hermosa. Era mucho más legible que

la suya. Se detuvo a admirar las pequeñas colas ornamentadas de sus letras *g* y *j*.

Ojeó el registro. Encontró más nombres y direcciones, pero todos eran de ese mes y del anterior. No había ningún nombre de barco. Soltó un suspiro de frustración, levantó el pesado libro y lo hizo a un lado.

Un distante eco de algo que se movía contra la piedra la hizo detenerse y aguzar el oído al tiempo que una capa de sudor le cubría la espalda. Pasaron varios segundos, pero no oyó más nada. Al cabo de unos minutos, dejó el segundo libro a un lado y abrió el tercero. Febrero… iba mejorando, pero aún no llegaba…

—Pero ¿qué demonios hace aquí? —le preguntó la voz suave como el coñac que se le había vuelto tan familiar. Y, cuando alzó la mirada, vio al duque de Kelford de pie en el umbral bloqueando cualquier posibilidad de escape.

3

Sorprendida, la irritante mujer miraba a Nathaniel desde el otro lado del escritorio, con uno de los registros abiertos delante de ella. Tenía los hermosos ojos celestes de par en par y los deliciosos labios suculentos entreabiertos. Un rubor rosado se le había subido a los pómulos altos y le recordó al que la había sonrosado la noche del baile real, cuando bailó un vals con ella y la sintió jadear en sus brazos. Él también había jadeado tras contener el aliento por temor a ahuyentar a esa criatura de cabello caoba y grandes ojos celestes que reflejaban tanta inteligencia.

Aún tenía los dedos apoyados en una de las páginas del libro.

—Yo… —intentó responder—. Yo…

—Se escabulló aquí tras prometer que se marcharía —señaló Kelford dejando que la voz gruñera mientras avanzaba hacia ella entre los escritorios—. Sabía que me daría problemas.

Calliope negó con la cabeza, y un mechón de cabello caoba le cayó sobre la mejilla sonrosada al tiempo que enderezaba la espalda y alzaba el mentón. No cabían dudas de que era la hermana de un duque: orgullosa y de buena cuna. Sus propias tres hermanas deberían tomarla de ejemplo, porque no tenían a ninguna mujer en sus vidas que les pudieran enseñar.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó *lady* Calliope indignada, como si ese fuera su escritorio y él fuera el intruso—. Creí que se había marchado.

Se acercó al cajón y extrajo una carpeta de cuero marrón.

—Me olvidé esto.

Era una copia del testamento de su padre. Nathaniel tenía una cita con un abogado en una hora en su casa y se había olvidado el último pago para el señor Cadden. Había tomado prestado el dinero del almirante Robert Langden, un viejo amigo de la familia, quien lo había apoyado durante el servicio naval cuando lo había necesitado.

Las palabras que había dicho *lady* Calliope antes eran demasiado ciertas. No era tan responsable como debía serlo a la hora de cuidar de sus tres hermanas menores. De lo contrario, ya hubiera cumplido su deber y hubiera buscado una esposa adinerada hacía mucho tiempo.

Quizás la línea de Kelford no era tan antigua como la de los Grandhampton, pero era mucho más adinerada. De hecho, si hubiera tenido acceso a la herencia que su vengativo padre le había quitado en ese condenado testamento, Nathaniel sería el hombre más adinerado de toda Inglaterra. Tendría miles de hectáreas de tierra, incluidas numerosas propiedades en Wiltshire, Somerset y Londres, y tendría miles de arrendatarios de granjas, casas en las aldeas y en los pueblos.

Sin embargo, tenía el ingreso anual de cien mil libras y varias propiedades que valían cinco millones de libras fuera del alcance gracias a las condiciones de su padre, condiciones que Nathaniel se negaba a cumplir. Si hubiera tenido acceso a su fortuna, no habría tenido que ir a trabajar en el Ministerio de Marina redactando papeles todos los días. Tampoco se estaría hundiendo en deudas de juego con la esperanza de ganar la siguiente mano y encontrarse libre. Ni tendría que observar a sus hermanas remendar sus propias prendas o emparchar los viejos vestidos de su madre, ni mirar los espacios vacíos que quedaban en las paredes tras haber vendido los cuadros hacía tanto tiempo.

Lady Calliope se encontraba de pie a unos centímetros de distancia, y no podía quitarle la mirada de encima. ¿Cómo era posible que fuera la mujer más impresionante que había conocido en toda su vida y la que más lo irritaba al mismo tiempo? Con su coraje, lo desconcertaba. ¿Qué dama aristocrática de buena cuna

soñaría siquiera con escabullirse en un edificio lleno de hombres? Era obvio que era independiente y terca.

—Entonces no le molesta que busque aquí, ¿no?

Astuta como una zorra, animal al que también se parecía con sus tonalidades, tomó el registro. Pero Nathaniel se movió rápido. La tomó del brazo, le arrancó el libro de los dedos y se la acercó aún más al cuerpo. Su cuerpo pequeño y dulce se dio de bruces contra el de él. Se encontraba tan cerca, que podía sentir la calidez de su piel aterciopelada y podía inhalar su aroma delicado, cítrico y floral… Le remitía a la bergamota, pero también tenía unas notas picantes, como de jengibre… y algo propio de ella. Era… indescifrable, femenina y deliciosa. Y sintió el deseo de embriagarse de ella.

La tenía escandalosamente cerca. Recordó lo bien que se había sentido sostenerla en sus brazos mientras giraban en la sala de baile y lo mucho que había deseado besarla. Pero ahora deseaba besarla aún más.

—No, señorita —le murmuró—. No se lo permito. De hecho, debe marcharse y no regresar. De lo contrario, me veré obligado a informarles a sus hermanos. —Los ojos se le agrandaron de la preocupación, y eso le confirmó que había atinado. La zorrita se encontraba allí sin permiso ni conocimiento de ellos.

Lady Calliope tragó con dificultad, y observó cómo se le movía el delicado cuello. Se preguntó cómo se sentiría esa piel bajo sus labios. Cálida y suave. Como un pétalo. Se encontraban a solas; podía inclinarse y saborearla.

Pero ¿por qué ella no se oponía? Lo estaba disfrutando; estaba tan intrigada por su cercanía como él. El pecho le subió y bajó rápido y entreabrió los labios suculentos. Un hermoso rubor le cubrió las mejillas. Las pupilas se le dilataron. Oh, estaba tan afectada como él.

—No se lo cuente a mis hermanos —le pidió con un tono suave como la miel—. Me encerrarán y no me permitirán investigar. Me tendrían con la rienda corta.

—Dígame algo, *lady* Calliope…, ¿le gusta ser una chica traviesa? —A su miembro le agradaba la idea de tenerla desnuda bajo su cuerpo, lista para él.

Abrió la boca para responderle, pero no le salieron las palabras. Quizás sintió el modo en que se endurecía contra ella, porque los ojos se le agrandaron. Por desgracia, no fue lujuria lo que reflejaron, sino vergüenza y temor. Lo empujó a un lado y salió corriendo tan rápido que se dio de bruces con el escritorio a sus espaldas. Un catalejo salió rodando por el escritorio y cayó al suelo. Se oyó el sonido inconfundible del vidrio haciéndose añicos. Nathaniel la observó perplejo mientras lo fulminaba con la mirada como un animal acorralado.

—Aléjese, señor —le advirtió apretando los dientes.

Nathaniel soltó una maldición por lo bajo. Sin dudas, era virgen. De seguro que estaba confundida y conmocionada por la reacción de su cuerpo. Se había olvidado lo delicadas que eran las vírgenes. Por un tema de principios, no tomaba a ninguna amante que fuera inocente. Las mujeres con las que se acostaba eran experimentadas y estaban más que dispuestas a ir a su cama.

—Sus modales de libertino no funcionarán conmigo —continuó—. No se comporta como un caballero. Pero no me afectará como afecta al resto de las mujeres.

Con la cabeza en alto, avanzó hasta la puerta. Los tacones resonaban contra el suelo.

Mientras la observaba partir, se concentró en el movimiento del cuerpo bajo el delgado vestido de muselina blanco y sacudió la cabeza. Una parte de él se arrepentía de que se alejara de su lado. Pero eso era lo mejor.

En cuanto se marchó, se dio cuenta de que necesitaba investigar lo que ella había ido a buscar. Había mencionado el tres de septiembre de 1812. Podía buscar cualquier orden que hubiera firmado para esa fecha. Dejó la carpeta con el testamento de su padre sobre el escritorio, se dirigió hacia una de las bibliotecas con libros contables del año anterior y encontró la de septiembre. Acto seguido, recorrió todas las fechas y descubrió que faltaba una página.

Volvió a mirar hacia la puerta. No podía ser. Bajó la mirada al libro con la esperanza de que la hoja que faltaba se hubiera traspapelado o se encontrara fuera de orden. Pero tras volver a

buscarla, le quedó claro. La página del tres de septiembre no se encontraba allí. ¿Se la habría llevado *lady* Calliope?

Decidió visitarla al día siguiente para descubrir la verdad. Mientras volvía a guardar el libro en su estante, se dio cuenta de lo mucho que esperaba volver a ver a esa zorrita. Quería verle ese hermoso rubor en las mejillas e inhalar su dulce aroma.

Volvió a tomar la carpeta de cuero marrón y se dirigió a la puerta. El aroma de ella aún pendía en la habitación, y sin vergüenza alguna tomó una profunda bocanada de aire inhalando hasta la última gota.

4

MEDIA HORA MÁS TARDE, Nathaniel desmontó del caballo con una sensación de inquietud en estómago y llevó al animal a la parte trasera de Roxburgh Place. Era el día de su cumpleaños número veintinueve y entonces le dirían si el testamento se podía anular y si por fin podría ofrecerles a sus hermanas las vidas que deberían haber tenido.

A diferencia de muchas casas en Mayfair, esa hermosa mansión se erguía aislada con sus propias caballerizas, una cochera para los carruajes, establos y hasta un pequeño taller. Y, también a diferencia de las propiedades de sus vecinos, que estaban bien mantenidas y se veían casi prístinas, Roxburgh Place necesitaba grandes obras de mantenimiento urgentes. La mampostería de arquitectura clásica se estaba desmoronando, los marcos de las ventanas estaban perdiendo la capa de pintura blanca, algunos paneles de cristal estaban rotos o faltaban, y otros tenían huecos que parecían grandes telas de arañas. Nathaniel podía ver los agujeros en el techo de la edificación de tres plantas, donde la criada, que era a la vez el ama de llaves y la cocinera, ponía baldes, bacinillas y ollas para juntar el agua que goteaba cuando llovía o nevaba.

Cuando Nathaniel cerró las pesadas puertas, oyó los ladridos alegres de sus tres perros desde las caballerizas. Los animales apoyaron las grandes patas sobre el suelo y se fueron acercando hasta que los tres le saltaron encima y lo aplastaron contra las puertas a sus espaldas. Hermes, el semental que había ganado en

uno de los intentos de salvar la situación financiera, soltó un relincho y dio un paso hacia atrás cuando los tres perros le lamieron el rostro a Nathaniel.

—Hola, chicos. —Se rio y volvió la cabeza a un lado en un intento vano de evitar la lengua húmeda de Argos. El mastín negro casi le llegaba al rostro y estaba saltando más alto para romper la distancia—. A mí también me alegra verte, Argos, pero… te vas a lastimar. Orion y Cerberus, ¿aún no han aprendido modales? Sentados. Sentados.

A regañadientes, los tres perros lo soltaron y apoyaron los traseros sobre el suelo mientras lo observaban con las orejas erguidas y sacudían las colas, levantando nubes de polvo en las caballerizas de adoquines que ningún criado había barrido en varios meses.

A pesar de que Cerberus recibía su nombre por el monstruo de tres cabezas que protegía el inframundo y porque poseía un sentido del olfato similar al de tres perros juntos, era el más pequeño del trío. Era un *beagle* con una oreja marrón partida en dos. Nathaniel lo había encontrado sucio, molido a palos y tembloroso, oculto debajo de un carruaje en un lluvioso día de octubre.

El segundo perro, Orion, tenía pelaje blanco y era una mezcla de *setter*, *cocker spaniel* y sabueso. Era de tamaño mediano, tenía un cuerpo esbelto y ágil para cumplir con las demandas de la vida callejera y una preciosa cola peluda. Unas orejas largas y suaves enmarcaban un rostro increíblemente expresivo, capaz de pasar de travesura a arrepentimiento en cuestión de segundos. Cuando Nathaniel había recibido una invitación al baile anual Armonía de las Rosas el año anterior, el perro se las había ingeniado para escabullirse en el jardín de rosas de *lady* Brewster, abarrotado de elegantes damas y caballeros. Los lacayos lo habían ahuyentado a gritos y patadas, pero al ver al pobre animal perseguido de esa manera, Nathaniel había quedado conmovido. Tanto así, que abandonó la velada y se llevó al perro.

Y Argos… Con Argos tenía un vínculo especial. Hacía dos años, luego de que Nathaniel se marchara de Portside tras salir victorioso de una pelea de boxeo por dinero, se sentó y se apoyó contra la

pared de un edificio para recuperar el aliento y reponerse del dolor de los golpes. Había oído unos gemidos y, cuando alzó la vista, vio a cuatro matones pateando y gritándole al mastín negro.

«¡Pedazo de porquería, tenías que ganar! ¡Nos has hecho perder mucho dinero! ¿Para qué eres tan grande si no vas a ganar?», le había gritado uno de los hombres mientras buscaba una tabla de madera para golpearlo con toda su fuerza. El perro soltó un ladrido y cayó inconsciente. Nathaniel se lo había llevado a casa y lo había cuidado hasta que se repuso.

Ahora esos tres animales eran los protectores que entrenaba y cuidaba para que pudieran proteger a sus hermanas cuando se encontraba lejos de casa. Era difícil alimentarlos, pero no podía abandonarlos. Los adoraba con todo su corazón. Hermes era otro lujo que en realidad no se podía permitir, así como también su criado Joshua, que era a la vez el lacayo, el mayordomo y el *valet*.

—Qué buenos chicos —les dijo dándoles palmaditas en la cabeza—. ¿Los han alimentado las chicas?

—Claro que sí, hermano —repuso Hazel mientras bajaba las escaleras de la entrada de los criados. Hazel era la mayor de sus hermanas; tenía diecisiete años y el hermoso cabello castaño de su madre.

Las gemelas rubias, Poppy y Violet, siguieron a su hermana. Las dos se parecían a él, con el cabello como oro pulido que era la única herencia que habían recibido de su retorcido y vengativo padre. A pesar de que eran idénticas, era fácil distinguirlas gracias a las gafas de Violet.

—¿Dónde te habías metido, hermano? —le preguntó Poppy—. El señor Cadden te ha estado esperando durante una hora. —Se meció hacia arriba y abajo sobre los tacones, y Cerberus la imitó.

Nathaniel se alegraba de que Cadden no se hubiera marchado a pesar de que se le había hecho muy tarde gracias a la zorrita de ojos celestes que había intentado robarle algunos documentos.

—¡Y luego tenemos tu pastel de cumpleaños! —anunció Violet mientras tomaba un palo y lo arrojaba al otro lado del patio. Los tres perros salieron disparados en esa dirección—. Lo hemos hecho

nosotras mismas, porque la señora Nicholson dijo que no tenía tiempo para hacerlo y que estaba ocupada con la cena.

Hazel soltó un suspiro.

—Me arrojó un libro de cocina y nos dijo que nos limitáramos a hornearlo. Pero no teníamos todos los ingredientes y no sabía si el horno estaba demasiado caliente o no… así que se quemó un poco.

A Nathaniel se le estrujó el pecho.

—Gracias, Hazel, estoy seguro de que estará delicioso. —A pesar de que Violet había dicho que lo habían hecho las tres, Nathaniel sabía que las gemelas habrían distraído más que ayudado.

Lo que quería decir era que ni ella ni *lady* Hazel, la hermana de un duque, deberían estar cocinando nada. Ni tampoco ninguna de sus hermanas debería estar ayudando a la señora Nicholson con las tareas de lavado, cocina, compras y limpieza. Pero gracias al testamento de su padre, en el que se lo obligaba a comportarse como su padre había querido a pesar de haber muerto hacía mucho tiempo, debían hacerlo. Solo un hombre como su padre podría controlar el destino de varias personas desde la tumba. Y ese día cumplía veintinueve años y solo le quedaba un año para reclamar la herencia que le correspondía por derecho. Se estaba quedando sin tiempo.

—Iré a ver al señor Cadden —les dijo—. Hazel, ¿le pides a Joshua que se ocupe de Hermes, por favor?

—Quería estar presente en la reunión —repuso Hazel—. A lo mejor encontró la solución.

Los ojos de Violet destellaron.

—¡Y por fin podremos debutar!

Nathaniel soltó un suspiro.

—No van a debutar por un buen tiempo, chicas. Solo tienen quince años.

—¡Algunas damas debutan a los quince! —declaró Poppy.

—¡Y aunque nosotras no lo hagamos, Hazel debería debutar! —añadió Violet.

Hazel puso los ojos en blanco.

—Pues, no quiero debutar.

Ni podría hacerlo con esos modales. Pero eso también era culpa de Nathaniel, porque su madre había fallecido y carecía de los recursos para contratar a una institutriz. Aunque tampoco lo había intentado.

—No me importa debutar —dijo Hazel—. Pero no quiero que condenes a una mujer adinerada a un matrimonio que no desea. Y tampoco quiero correr ese destino.

Nathaniel soltó un suspiro.

—Chicas, por favor, vayan a buscar a Joshua. Debo ir a ver al señor Cadden. Ya ha esperado mucho tiempo. Las veré más tarde para cenar.

Les dio unas palmaditas a los perros que habían regresado con el palo y subió los escalones de piedra desmoronados que conducían a la entrada de servicio de la mansión. Recorrió el largo pasillo de piedra, y las suelas de los zapatos resonaron contra el parqué. Pasó por delante de varias puertas cerradas, y vio a la señora Nicholson a través de la puerta abierta de la cocina; estaba de pie, de espaldas a él, y revolvía un estofado. La puerta pequeña al lado de la cocina conducía a la despensa, mientras que el arco ancho se abría a una zona de lavado. No se oía el canturreo de actividad que había reinado la vida en la casa que Nathaniel recordaba de las épocas en que iba a la cocina a buscar bocadillos de adolescente.

Respiró el aroma de un estofado sencillo. Hacía ya varios años que comían estofado casi exclusivamente porque la señora Nicholson no era una gran cocinera. Sin embargo, había hecho lo mejor por mantenerlos alimentados cuando tuvo que despedir a la cocinera. El resto de las habitaciones estaban silenciosas, aunque esa parte de la casa fuera lo bastante grande como para albergar a un plantel de al menos treinta personas.

Nathaniel atravesó la puerta que conducía a las habitaciones de la familia. La falta de retratos era evidente gracias a los parches que habían quedado en las paredes donde en otra época habían colgado majestuosas pinturas al óleo.

Cruzó la gran entrada de la habitación donde habían organizado elegantes bailes y reuniones con los miembros más sofisticados de la alta sociedad. Al candelabro que colgaba del cielorraso por encima

de su cabeza le faltaban varios dijes de cristal; esa pérdida proyectaba sombras erráticas por el suelo desgastado. La habitación estaba completamente vacía; no quedaban ni las cortinas. Recordó lo llena que había estado en el pasado, cuando su madre solía dar bailes allí, y cómo destellaba con la luz que se reflejaba en los cristales y los espejos, así como en los diamantes, zafiros y rubíes que llevaban los invitados.

Cuando entró en la sala de estar, el señor Cadden ya se había puesto de pie y recogía la pila de papeles de la mesa de té. Era un hombre de unos cincuenta años, con cabello grisáceo y algo calvo, gafas pequeñas y una barriga redondeada.

Esa habitación también se sentía vacía considerando el tamaño grande. Solo había un sofá de dos cuerpos y una silla de respaldo alto. Los tres asientos parecían andrajosos, con patrones que eran un fantasma de la intensidad del pasado. En las ventanas, la ausencia de cortinas de terciopelo permitía que se colara la luz del sol de la tarde e iluminara la sala, de modo que las partículas de polvo bailaban en los rayos dorados. El lugar donde debería haber ido el piano estaba vacío. No había ningún carbón en la rejilla del hogar. Ni tampoco ninguna mesa para jugar a los naipes. Ni pinturas que contemplar mientras las damas y los caballeros bebían el té o leían.

Nathaniel todavía podía ver lo hermosa y digna que había sido la casa. Y quería que volviera a serlo para sus hermanas. Quería poder vestirlas con las prendas más exquisitas, verlas bien tratadas, bien alimentadas y felices como princesas.

—*Milord* —dijo Cadden con el ceño profundamente fruncido en el rostro con cachetes caídos—. Pensé que no iba a venir. No me puedo quedar mucho más.

—Disculpe. Surgió un asunto urgente. —Su propio olvido… y luego una mujer hermosa y exasperante—. Tengo su pago. —Se llevó la mano al bolsillo del uniforme, extrajo los billetes y los dejó sobre la mesa de té frente a Cadden—. Por favor, dígame que ha venido con buenas noticias.

Cadden soltó un profundo suspiro y miró los papeles que sostenía en las manos.

—Me temo que no, señor.

A Nathaniel le dio un vuelco el corazón.

—¿En serio? ¿Ni una?

Cadden volvió a suspirar.

—Sé lo mucho que deseaba recibirlas.

A Nathaniel se le hundió el estómago hasta los pies.

—Dijo que había un vacío legal. Dijo que podíamos considerar que los requisitos de mi padre hacia su heredero eran ilegales.

Cadden asintió.

—Sí, pero he fallado. Los abogados de su padre son muy habilidosos. El testamento está blindado.

Nathaniel soltó una maldición por lo bajo. Una desesperación mezclada con ira lo embargó como una ola candente. Apretó los puños y reprimió el impulso de romper un jarrón en mil pedazos.

Todo su dinero, todas las noches en que luchó en el cuadrilátero por dinero, todas las viudas adineradas a las que se había vendido y todas las apuestas que había hecho en establecimientos dudosos… todo había sido por nada.

—Me podría haber casado a esta altura —masculló Nathaniel—. Podría haber engendrado un heredero. Todos esos años han sido para nada, Cadden.

Cadden asintió con la cabeza. Al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado tras prácticamente destruir el futuro de sus hermanas.

—Entiendo que esto debe ser muy frustrante para usted, *milord*. Me ha dado plazo para resolver este asunto por la vía legal y encontrar el modo de anular el testamento hasta su cumpleaños número veintinueve. Pero por favor recuerde que jamás le aseguré ese resultado. Simplemente debe casarse y engendrar un heredero en un año.

Nathaniel se desplomó sobre el sofá, que soltó un chirrido peligroso. Ocultó la cabeza entre las manos y se enterró los dedos en el cabello largo. La desesperación le tensó todo el ser como un tornillo de banco frío.

—El heredero debe nacer dentro de un año —señaló Nathaniel—. Eso quiere decir que solo tengo tres meses para buscar una esposa

y dejarla encinta. De lo contrario, mis hermanas se verán obligadas a vender esta casa, que es lo único que nos queda de valor. Mis hermanas no se merecen esto. Quedarán destinadas a vivir como indigentes durante el resto de sus vidas.

Era como ser un hombre sediento de pie al lado del agua y no poder beber ni un sorbo. El dinero estaba allí, pero no podía tocarlo.

—Al parecer, su padre logró lo que deseaba —comentó Cadden—. Lo está obligando a casarse y tener una familia. Debo confesar que siempre me pregunté por qué se esfuerza tanto en evitar el matrimonio cuando así puede resolverlo todo. Yo estoy casado y tengo niños, al igual que la mayoría de las personas. ¿De verdad sería algo tan malo para usted, *milord*?

A Nathaniel se le aceleró la mente y recordó el día en que su vida había cambiado para siempre. El día en que su madre falleció por culpa de él. El día en que se dio cuenta de que no podía proteger a las personas que amaba.

—No sería malo para mí, Cadden —repuso en tono sombrío—. Sería malo para ellas.

5

Dos días después...

—Pero ¿qué diablos estabas pensando, hermana?

Preston irrumpió en la sala de estar de Sumhall. La abuela alzó la mirada de la partida de naipes y lo siguió con los ojos arqueando una ceja. La señorita Furrington, que yacía hecha un ovillo peludo sobre la mesa de juego, observaba con desgana la partida entre Calliope y la abuela y alzó la cabeza al tiempo que retorcía la punta de la cola.

Calliope sintió inquietud. Tras marcharse del Ministerio de Marina, se había dedicado a buscar en periódicos viejos noticias de los dos frentes de batalla y a investigar sobre los barcos de la fuerza naval en todos los libros que pudo encontrar en la biblioteca de Sumhall. Pero, a pesar de que ahora estaba al tanto del curso de las dos guerras y tenía más conocimientos acerca de la Marina, nada le había dado ni la más mínima pista de dónde podría estar Spencer.

Deseaba saber más acerca de lo que había dicho Spencer de que lo estaban siguiendo. Pero solo se lo había mencionado a Richard al pasar en una ocasión, poco antes de desaparecer, y no había más detalles para seguir investigando. El único modo de progresar sería regresar al Ministerio de Marina y encontrar los registros.

—Si se trata de Huntingham —comenzó—, o de cualquier *lord* que tengas en mente, no me interesa el matrimonio.

La abuela apoyó los naipes sobre la mesa, tomó la tetera y sirvió más té en las tazas tras añadir una para Preston. La señorita Furrington olfateó el aire y clavó la mirada en la sofisticada lechera que acababa de cerrar la abuela.

—Preston, querido, sé que tienes buenas intenciones, pero no puedo evitar estar de acuerdo con Calliope. Ya te lo ha dicho.

Preston se pellizcó el puente de la nariz.

—No estoy hablando de eso, aunque ahora puede que te tengas que casar con Huntingham. —Soltó un suspiro y miró a la abuela—. No quería mencionar esto delante de ti.

El rostro de la abuela perdió cualquier indicio de humor.

—En ese caso, deberías hacerlo.

—Calliope —comenzó Preston acercándose a su hermana—, la verdad es que deberías estar buscando un marido. Y Huntingham es alguien a quien conoces desde pequeña y será más propenso a ignorar el chisme que circula acerca de ti.

—¿Qué chisme? —preguntó la abuela.

A Calliope no le importaban los chismes, pero sospechaba de qué podía tratarse. Preston tomó asiento en la tercera silla de la mesa.

—Entre los oficiales de la fuerza naval se rumorea que el duque de Kelford podría haber arruinado a Calliope.

La abuela soltó un jadeo, y Calliope tuvo que contener una maldición. ¿Preston se había enterado de eso al cabo de dos días? No había pensado que saldría a la luz tan rápido. Había esperado que los oficiales se olvidaran de su visita ni bien se hubiera marchado; de seguro tendrían cosas más importantes que hacer que esparcir chismes. Pero, al parecer, se había equivocado.

—Recuerdo que bailaste con el hombre —dijo la abuela—, pero ¿arruinarte?

Preston fulminó a Calliope con la mirada.

—Sé que no estás arruinada. No eres tan ingenua. Todo el asunto es de lo más ridículo. Dicen que fuiste a verlo sola al Ministerio de Marina, pero eso no puede ser cierto, ¿no, Calliope? No serías tan tonta.

Calliope arqueó una ceja.

—No fui tonta. Pero sí, fui al Ministerio de Marina porque me perdí.

Preston negó con la cabeza y soltó un gruñido bajo.

—¿Tú? ¿Perdida? ¿De qué hablas?

Calliope apoyó los naipes sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Sí, y estaba buscando direcciones.

Preston soltó un bufido.

—¿Quién se pierde y entra al Ministerio de Marina en busca de direcciones?

Se volvió a encoger de hombros y recorrió las cartas sobre la mesa con un dedo.

—¿Y por qué no? ¿Quién más va a ayudar a una dama si no lo hacen los oficiales?

—¿De verdad piensas que te creo?

—Preston, por favor, deja de gruñir. Te vas a convertir en un lobo. —La abuela sonrió.

Preston soltó el aire. Estaba enfadado, los ojos oscuros le destellaban como cerezas maduras.

—Por favor, hermana, esto no es una novela de detectives. Es un asunto serio. Ya he ido al Ministerio de Marina a pedir los registros de las partidas de los barcos, así que no tienes que mentir acerca de por qué fuiste allí.

Calliope se puso tensa y de repente se sintió muy tonta.

—¿Has averiguado algo?

—No. No me permitieron ver los registros. Pero si yo no lo logré, tú tampoco lo harás. Les pediré a mis contactos que me presenten al almirante Langden. Así que no deberías preocuparte por nada. Deberías estar yendo a bailes y conociendo a potenciales candidatos si el marqués de Huntingham no es de tu agrado.

Calliope estaba que hervía por dentro.

—¿Ir a bailes? ¿Conocer potenciales candidatos? Me conoces bien, Preston.

—Hermana —continuó tenso—, no creo que haya un hombre en la tierra que siquiera sea digno de la punta de un dedo tuyo, pero es mi deber asegurarme de tu futuro y tu seguridad. Hasta ahora, tu

reputación ha sido inmaculada, y tanto tu fortuna como el estatus social de la familia te convierten en una novia deseable. Deberías poder casarte bien.

Calliope se sintió indefensa. ¿Acaso no podía tomar decisiones acerca de su propia vida? Miró a la abuela.

—¿Y tú qué dices de esto?

La abuela soltó un suspiro.

—Querida, me mudé a Sumhall para asegurarme de que tu reputación continúe inmaculada, pero al parecer has sellado tu propio destino al ir al Ministerio de Marina sin chaperona. A lo mejor, si hubieras visto a otro hombre no habría pasado nada, pero Kelford…

Preston asintió con la cabeza.

—Arruina todo lo que toca… y a todas.

A Calliope se le retorció el estómago.

—No me importa mi reputación. De verdad no me quiero casar. Cualquier oportunidad de lograr una felicidad como la que tienes tú o la de Richard es muy pequeña. No me interesa nadie, menos Huntingham, y solo deseo hacer mi vida.

La abuela asintió.

—Hacer tu vida es mejor que casarte con el hombre equivocado. Gracias a la generosidad de tu difunto padre y Preston, tienes un ingreso que te permitirá disfrutar y perseguir tus propias ambiciones. Tú no te quieres relajar sin hacer nada como la mayoría de las damas.

La abuela tenía razón en eso. Y Calliope veía ejemplos inspiradores de mujeres que creaban sus propios destinos. Jane, su cuñada más reciente, administraba una escuela y daba clases. Penelope estaba aprendiendo de los grandes artistas y tenía pensado vender sus cuadros. Su madre siempre le había enseñado a ser independiente y a pensar por sí misma. Y Calliope sabía muy bien lo que quería.

—Quiero abrir mi agencia de investigaciones —anunció.

Le dirigió una mirada desafiante a Preston, que negó con la cabeza despacio.

—Creí que ya habías dejado atrás esas fantasías infantiles.

—Hablo en serio. Y tiene sentido. Los agentes de Bow Street no tienen suficiente gente para investigar crímenes. Las tareas de develar la verdad y defenderse en corte recae sobre las víctimas o los acusados y sus abogados, si es que los pueden pagar. Además, no están calificados para hacerlo o carecen del tiempo o los recursos. Es una idea de negocio de lo más astuta. La gente necesita ese tipo de servicios y hay pocos que tengan la habilidad y el deseo de emprender la tarea.

La abuela apretó los labios y ocultó una sonrisa.

—No puedes discutir eso, Preston. Tu propia esposa es una mujer con ambiciones independientes, y tú siempre has sido el primero en apoyarla. Jane es igual, y Richard jamás le prohibió estar al mando de la escuela. Incluso le da fondos para ayudarla.

—Exacto —dijo Calliope—. ¿Por qué puedes apoyar a Penelope y a Jane y me restringes a mí por seguir mi idea de negocios?

Preston apretó los dientes.

—Por un motivo simple, hermana. Ni Penelope ni Jane tienen la intención de ir tras hombres peligrosos que roban, secuestran y quizás hasta asesinan. Por no mencionar el daño a tu reputación, que es exactamente lo que ocurrió hace dos días. Escoge otra ocupación, y seré el primero el apoyarte.

Calliope ignoró el argumento de la reputación usado hasta el hartazgo.

—No tiene por qué ser peligroso. Como mujer, sospecharán menos de mí, porque nadie espera que una mujer sea una investigadora. Tendré cuidado y contrataré a otros investigadores. Haré las cosas con astucia, no con fuerza. Además, Spencer y Richard me enseñaron boxeo y esgrima en caso de ser necesario.

La abuela soltó un bufido.

—Lo haría mejor que la mayoría de los hombres.

Cuando Preston abrió la boca para contradecirla, la puerta se abrió. Teanby, el mayordomo, se asomó.

—El duque de Kelford ha venido de visita.

Un dulce cosquilleo recorrió el cuerpo de Calliope y, por unos momentos, no pudo respirar. Preston parpadeó y miró a Teanby perplejo. La abuela se rio y miró a Calliope.

—Hablando de hombres peligrosos y reputaciones arruinadas…

—Dile que no estamos en casa —ordenó Preston y masculló algo por lo bajo.

—Dile que es bienvenido a pasar —lo contradijo Calliope.

El pobre Teanby pasó la mirada entre los hermanos y, por primera vez desde que Calliope tenía uso de memoria, se le formaron unas gotas de sudor en la frente señorial y arrugada.

—Dígale al duque que es bienvenido a pasar —intervino la abuela con una sonrisa tranquila.

El mayordomo reconoció la autoridad de la mujer que lo había contratado como lacayo hacía muchos años, asintió con la cabeza y, evitando la mirada enfadada del duque, se retiró.

—¡Abuela! —protestó Preston.

La abuela le dirigió una mirada de poder. Tenía la habilidad asombrosa de demandar respeto y obediencia. Si Calliope pudiera tener una habilidad excepcional a la edad de su abuela, sería esa.

—Ya no vives aquí, Preston —le recordó la abuela—. Yo sí.

Calliope tuvo que contener una carcajada. Era todo un espectáculo observar a uno de los duques más ricos y poderosos de Inglaterra cerrar el pico tras una mirada de su abuela.

La puerta se abrió, y entró Kelford. Alto y musculoso, se veía impresionante con el uniforme azul marino. Los ojos turquesas se posaron sobre ella, y la habitación se nubló y oscureció alrededor de él. Calliope enderezó la espalda y sintió que la presencia del hombre consumía todo el oxígeno de la sala.

¿Qué podría querer? Le había dicho que no la quería ver cerca del Ministerio de Marina. Que no la quería ayudar.

—Buenos días —saludó Kelford.

La señorita Furrington lo miró fijo con los ojos tan abiertos como Calliope. Luego se puso de pie, se bajó de un salto de la mesa y avanzó hacia él. Como si fuera un viejo amigo, se frotó contra sus tobillos y le envolvió la cola en una de las botas. Nathaniel miró a la gata con una expresión de perplejidad y luego estornudó.

—Disculpen —dijo.

A la abuela le destellaron los ojos y tuvo que toser.

—Kelford —intervino Calliope con la boca seca—, le presento a mi abuela, la duquesa viuda de Grandhampton.

Kelford asintió con la cabeza y miró a la abuela a los ojos. La viuda alzó la cabeza y lo estudió con un brillo de apreciación femenina.

—Es un placer conocerla, *lady* Grandhampton —dijo Kelford.

—El placer es mío —repuso la abuela.

—Y ya conoce a mi hermano —continuó Calliope.

—Kelford —lo saludó Preston apretando los dientes. En su mirada brillaba una clara amenaza.

—Grandhampton. —Kelford asintió.

Kelford avanzó en la sala con los hombros y el pecho deliciosamente anchos debajo del uniforme. La señorita Furrington lo siguió y, cuando se detuvo, le pasó la cola por la otra bota. Nathaniel parpadeó mirando a la gata confundido, mientras que Preston la fulminaba como si fuera una traidora. La mirada de Kelford buscó la de Calliope. Con los ojos, le rogó que no dijera nada acerca de por qué había ido a verlo hacía dos días.

—Me sorprende verlo aquí —dijo Preston—, pero puede que nos dé claridad. Verá, he oído un rumor en los círculos de la sociedad y, si resulta cierto…

Kelford no apartó la mirada de ella. A Calliope le resultó imposible despegar los ojos de él; tenían todo el poder. Hacía dos días, el duque había amenazado con hablar con sus hermanos. Y ahora se encontraba allí. ¿Había acudido a cumplir la promesa y decirle a Preston que su hermana se había metido a hurtadillas en el Ministerio de Marina y se había quedado allí hasta tarde y a solas con él?

«Por favor, no se lo cuentes… Por favor, no…».

Durante un largo instante, Kelford no dijo nada, sino que se limitó a observarla.

—Es cierto —dijo al fin mirando a Preston— que nos vimos. *Lady* Calliope se había perdido. No encontraba a su chaperona, y la ayudé.

—¡Calliope! —Preston prácticamente gruñó.

—¿Viste? Es lo que te he dicho, hermano. No conozco esa zona muy bien.

—¿Crees que me trago esa historia? ¿Tú? ¿Perdida? Si eres como un sabueso… podrías encontrar el camino en cualquier sitio.

—En ningún momento estuvimos a solas —añadió Kelford—. Había otros oficiales. No tiene ningún motivo para dudar de su reputación.

—¡Pero la sociedad sí! —exclamó Preston—. ¿Cuál es el motivo de su visita, Kelford?

La nuez de Adán de Kelford subió y bajó mientras tragaba saliva. Parecía haber perdido el hilo de la conversación.

—*Lady* Calliope se olvidó algo —respondió—. El paraguas.

—¿Y bien? —Preston lo recorrió con la mirada—. ¿Dónde está?

Kelford miró alrededor.

—Disculpe, se me ha roto de camino aquí. He venido a preguntarle a *lady* Calliope si me permite comprarle uno nuevo y cuál es su fabricante favorito.

Esa era una excusa perfecta. Tenía que darle crédito.

A Calliope le latía el corazón desbocado. El modo en que la miraba la hacía sentir como si se le estuvieran derritiendo los huesos. ¿Cómo podía ser que un hombre hablara de un paraguas y le hiciera sentir un calor abrasador, como si la sala de estar estuviera en llamas? Apreciaba que estuviera de su lado y no la hubiera traicionado. Le había guardado el secreto.

—Ella se puede comprar su propio paraguas —masculló Preston.

La abuela se puso de pie con una expresión misteriosa en el rostro.

—Así es, pero tenía pensado ir de compras a Bond Street. Calliope, Kelford, ¿les gustaría acompañarme? De ese modo, le podrá comprar un nuevo paraguas a mi nieta, señor.

Cuando Preston abrió la boca para protestar, la abuela arqueó una elegante ceja negra. Calliope conocía esa mirada desde la infancia; era la que usaba para ponerle fin a cualquier travesura que estuvieran a punto de hacer ella o sus hermanos.

Esa mirada dejó a Preston congelado con la expresión de un niño travieso atrapado con las manos en la masa. Lo único que logró

decir fue:

—Como desees, abuela.

6

NATHANIEL CAMINÓ al lado de *lady* Calliope, esquivando a las damas y caballeros elegantes que paseaban por Bond Street y llenaban el aire de conversaciones alegres. La duquesa viuda caminaba a sus espaldas, a la distancia adecuada de una chaperona, lo bastante cerca como para mostrar que era parte del trío, pero no para oír la conversación. Unos carruajes tirados a caballo maniobraban en la calle al pasar, y se oían los cascos de los animales sobre los adoquines.

En las tiendas de lujo que se alineaban sobre las dos aceras de Bond Street, se exhibían las más finas mercaderías y se ofrecían cualquier tipo de productos: desde prendas y sombreros hechos a medida hasta exquisitas joyas y relojes de primera calidad y cubertería de plata. En el aire pendía el exquisito aroma a té y especias de las tiendas de especialidad y la fragancia dulce de los pasteles franceses y las masas de las más exclusivas confiterías.

Nathaniel notó que la mirada de Calliope se posaba sobre las últimas publicaciones en una librería. Pensó que se lo podía costear; podía permitirse cualquier capricho que tuviera en esa calle. No recordaba cuándo había sido la última vez que fue de compras allí.

Y con la última esperanza de anular el testamento muerta, la única oportunidad que tenía de acceder a su fortuna y proveer por sus hermanas era encontrar una esposa y dejarla encinta lo antes posible. ¡Por todos los cielos, cuánto detestaba a su padre! Cualquier cosa de lujo, como los vestidos que sus hermanas necesitarían para

presentarse como era debido en los mejores salones de baile de Londres, lo hundiría cada vez más en deudas.

—Deberíamos pasar por una tienda de accesorios. —Calliope se rio entre dientes—. ¿Qué voy a hacer sin el paraguas que me rompió?

Él también se rio, y una calidez se le expandió por todo el cuerpo. Su mera presencia, el solo hecho de caminar a su lado, tenía ese efecto sobre él. Qué cambio más agradable en comparación con los últimos dos días de oscura desesperación.

—Su hermano no me perdonaría ese paraguas.

Calliope echó una mirada de cautela por encima del hombro para ver a la abuela.

—Y entonces, ¿cuál es el verdadero motivo de su visita, señor?

Nathaniel se le acercó más y bajó la voz.

—He ido a pedirle que devuelva la página que se robó. De lo contrario, le aseguro que estará en problemas más graves que su hermano prohibiéndole salir a ningún lado sin su presencia.

Calliope frunció el ceño.

—¿Qué página?

—Por favor, *lady* Calliope. Entiendo que les ponga excusas a su abuela y su hermano, pero entre nosotros no hace falta andar con juegos.

—Kelford, le aseguro que no robé nada. —Lo miró a los ojos sin titubear—. Solo llegué a ver dos registros, y los dos eran de meses que no me interesaban. Cuando tomé el tercero, llegó usted.

Un caballero corpulento y tres damas caminaban hacia ellos. El caballero no miraba por dónde iba y se dirigía directo a Calliope. La calle estaba tan ajetreada que no había espacio para evitar que la pisaran. Nathaniel dio un paso al costado para protegerla del golpe y terminó recibiendo la mayor parte del impacto que lo dejó sin aliento en su cuerpo.

—¡Disculpe! —exclamó el caballero, pero se distrajo por algo que dijo una de sus acompañantes y continuó el camino.

—Gracias —le dijo Calliope con una sonrisa que le derritió el corazón.

Continuaron caminando, y Nathaniel la volvió a mirar. ¿Podía confiar en ella? ¿Sería posible que le estuviera diciendo la verdad? El registro de septiembre había estado donde Nathaniel lo había dejado.

—Pero eso quiere decir que, si usted no se lo llevó, tuvo que ser alguien más —concluyó pensativo—. La página estaba arrancada.

A Calliope le brillaron los ojos.

—¿Ve? Hay mucho más en esta historia —balbuceó—. Tiene que haber otra persona involucrada en esto. Antes de desaparecer, Spencer comentó que alguien lo había seguido…

De repente, Nathaniel detestó la idea de que *lady* Calliope se viera involucrada en cualquier cosa relacionada con alguien siguiendo a un duque que podría estar muerto o al que podrían haber reclutado por la fuerza en la fuerza naval. No tenía ni idea de qué podría haber hecho su hermano mayor ni a qué tipo de personas podría haber enfadado como para que llegaran a tomar esas medidas, pero sin importar lo que fuera, *lady* Calliope no tenía nada que hacer metiéndose en eso.

—Por favor, Kelford —le pidió y alzó la mirada hacia él. Tenía los ojos celestes tan intensos y grandes que se veían increíbles en contraste con el cabello caoba—. Por favor, ayúdeme a descubrir si de verdad lo reclutaron por la fuerza y cómo y dónde podría estar ahora.

Tragó con dificultad. Era casi imposible decirle que no a ese rostro hermoso.

—Sus hermanos deberían ayudarla. ¿Por qué está tan determinada a hacer esto?

—Porque no lo harían tan bien como yo. Preston ya lo intentó y no lo ayudaron.

—Y a usted tampoco.

Le ofreció una sonrisa pícara que la hizo parecer como una zorra de nuevo.

—Y, sin embargo, aquí está.

El gruñido gutural que se le escapó de la garganta quedó amortiguado por el ruido de la calle ajetreada. A ella le gustaba jugar con él, y que lo condenaran, pero a él le encantaba el juego.

¿Cómo podía ser que esa belleza pequeña fuera una marisabidilla y una tentadora seductora al mismo tiempo? Era capaz de dirigirle una mirada coqueta en un instante y de volverse fría y asertiva al siguiente. Jamás se alejaba de un desafío. Había puesto en peligro su reputación para salvar a su hermano. ¿Era altruismo o demencia?

Durante los últimos dos días y noches, no pudo dejar de pensar en ella. Cada momento que pasaba despierto, recordaba su rostro, su aroma y la calidez de su cuerpo cuando la sostuvo en sus brazos en el baile y en la oficina. Jamás había estado obsesionado con una mujer. Su mente no dejaba de volver a ella. Hasta había tenido fantasías con ella mientras se daba un baño y había tenido que darse placer. Se imaginó esos labios suculentos y rosados sobre la piel y quiso más de ella. Quería pasar más tiempo con ella y al diablo con todos los problemas que eso pudiera causarle.

—La puedo ayudar, *lady* Calliope —le dijo con la voz ronca—. Pero parece ser un asunto peligroso, y usted está determinada a involucrarse en él. Si una de mis hermanas fuera así de imprudente, la encerraría y no le permitiría salir de mi vista por su propia seguridad. Por lo tanto, solo la ayudaré si sus hermanos se involucran y usted da un paso al costado.

Calliope soltó un bufido.

—Soy capaz de protegerme, señor. Spencer me enseñó a boxear.

Boxear… Algo en la idea de ver a Calliope como una guerrera, con los puños listos para atacar, le hizo sentir otra ola de deseo de ardiente.

—¿No teme arruinar su reputación? Ya la ha puesto en peligro al ir a verme sola. Y si sigue así, no podrá encontrar ningún marido.

—No empiece usted también. Preston ya está intentando obligarme a casarme, pero eso es lo último que quiero. Por desgracia, no creo que mis hermanos me dejen en paz. Preston no desistirá hasta no verme casada.

Una mujer les pasó por delante riéndose fuerte y, al ver a Nathaniel a los ojos, guardó silencio. Era *lady* Seraphina Strefford, una de sus examantes, una viuda a la que había intentado alegrar. Ella le había obsequiado una joya que pudo vender y lo ayudó a sobrevivir durante los siguientes cinco meses. Esperaba que ella no

pensara mal de él. Como viuda, tenía mucha más libertad que una joven soltera como la que iba a su lado, cuyos hermanos estaban determinados a buscarle un marido.

Nathaniel entendía la presión de fuerzas externas que gobernaban las decisiones maritales. Él necesitaba una esposa de inmediato. Si perdía la fortuna, sus hermanas también perderían sus considerables dotes. Qué acto más cruel había cometido su padre. Por la furia y desilusión que sentía hacia Nathaniel, había acabado castigando más a sus hijas que al hijo que tanto detestaba.

Y ahora, ni una sola madre permitiría que sus hijas solteras se le acercaran. Su reputación de libertino era mala, pero la mayoría de las madres estaban dispuestas a pasar eso por alto cuando el libertino en cuestión poseía una fortuna y un título.

Él tenía un título, pero no le servía de nada con la fortuna amarrada a las cláusulas imposibles de ese testamento. Se encontraba en un círculo vicioso. Tenía que casarse para acceder a la fortuna, pero no podía casarse sin una fortuna. Y aunque le contara la situación con el testamento a una candidata, no cualquier mujer querría correr semejante riesgo. Si no quedaba encinta, todo estaría perdido.

Sintió que se le hundían los hombros. Luego, como la chispa que enciende un fuego, se le ocurrió una solución de lo más obvia y audaz. Clavó la mirada en la expresión perturbada de Calliope mientras esta le contaba cómo sus hermanos se entrometían en sus asuntos. La alta sociedad lo evitaba por su reputación y su falta de fortuna… Pero a *lady* Calliope no le importaban esas cosas. Quizás era la única excepción en toda Inglaterra. No estaba buscando un marido de manera activa, no obstante, las circunstancias demandaban que tomara uno.

Si lograba proponerle un acuerdo que los beneficiara a ambos, ¿lo consideraría? No tenía nada que ver con el delicioso pensamiento de pasar cada día en su compañía… o de acostarse con ella en la noche de bodas… y en muchas otras noches más. Al fin y al cabo, tendría que intentar dejarla encinta lo antes posible.

—*Lady* Calliope —comenzó despacio—. La ayudaré a descubrir qué le pasó a su hermano. Conozco a la mayoría de las personas del

Ministerio de Marina, y a los que no conozco, los encontraré.

—¿De verdad? —Calliope se iluminó y le ofreció una ancha sonrisa—. ¿De verdad haría eso? Sabía que no era tan desalmado como quiere parecer.

En respuesta, se rio.

—Me temo que soy tal como parezco. Tengo una condición. Bueno, en realidad, dos.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué condiciones? —le preguntó con la voz más tranquila.

—Verá, necesito una esposa. Y no solo una esposa, sino también un heredero. Y considerando que sus hermanos la están hostigando para que encuentre un marido, me imagino que nos podemos ayudar mutuamente. A cambio de su mano en matrimonio y la capacidad de dar a luz a mi heredero, la ayudaré y no me detendré hasta encontrar a su hermano.

Tendría que llevársela a la cama… un montón. Todas las noches. Muchas veces. Besarla, tocarla, hacerla estremecer y retorcerse de placer en sus brazos… Por todos los cielos, el miembro se le tensó y endureció en plena Bond Street. Tanto así, que al principio no se percató de que Calliope había dejado de caminar y se había quedado congelada en su lugar mirándolo con la boca abierta. Nathaniel retrocedió dos pasos hacia ella, y los transeúntes la fulminaron con la mirada por haberse detenido de forma abrupta. Estaba llamando la atención, y ese comportamiento no era nada apropiado para una joven.

—¿Qué dice, *lady* Calliope? —le preguntó tomándola del hombro para ayudarla a moverse.

Cuando reanudó el andar, tenía los ojos abiertos como platos y lo observaba con la boca abierta. Era evidente que estaba conmocionada, y Nathaniel se imaginaba que requería bastante para conmocionar a esa zorrita feroz. Contuvo el aliento mientras aguardaba.

—Por todos los cielos… —murmuró—. Jamás me imaginé que mi primera propuesta de matrimonio sería…

—¿Qué se había imaginado? —le preguntó—. Me doy cuenta de que suena como una propuesta de negocios, pero lo es. No necesito

una mujer a la que amar. Necesito una esposa que me pueda dar un hijo en un año. Y lo que ofrezco tampoco es amor. Es la ayuda que requiere para encontrar a su hermano.

Ella se rio entre dientes con las mejillas sonrosadas.

—Lo entiendo. Sin embargo, la respuesta es no.

Como no había esperado que le dijera que sí de inmediato, sonrió. Podía convertir una respuesta negativa en una positiva. Lo había hecho en numerosas ocasiones.

—Simplemente no quiero un marido —le explicó—. Tengo mis propios planes, y un marido me prohibiría realizarlos, como lo hacen mis hermanos.

—Yo no soy como la mayoría de los maridos, *lady* Calliope. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo respecto de lo que desee hacer.

—No sabe de qué habla.

—Quizás no, pero sé que sus hermanos no la dejarán en paz hasta que encuentre a alguien.

Calliope soltó un suspiro pesado y masculló a regañadientes:

—Sí, alguien como el marqués de Huntingham.

La voz le tembló al pronunciar el nombre, y algo le sacó a la luz un lado protector.

—¿Quién? —le preguntó.

—El marqués de Huntingham. Preston pensó que podía ser un buen candidato.

Algo posesivo se apoderó de él. De solo pensar en otro hombre cortejándola se le cerraron las manos en puños.

—¿Y lo es?

Ella soltó un bufido.

—No.

—Pero quizás yo sí.

Dio un paso al costado para acercarse a él y evitar tropezarse con un perro pequeño. Luego de que un caballero jalara de la correa del animal, se volvió a alejar de él.

—Mis hermanos no tienen una opinión buena de usted, *milord*.

—Estoy al tanto de eso. Al igual que la mayoría de los miembros de la sociedad. Sin embargo, luego de que me dé un heredero, la

dejarán en paz. Y tendrá mi permiso para hacer lo que quiera… dentro de lo razonable, por supuesto.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Y qué está dentro de lo razonable para usted?

—No toleraré amantes —le respondió con frialdad.

—No tiene que preocuparse por eso. Al parecer, hay algo en mí que repele a los hombres.

¿Repeler? ¿Quién podría sentirse repelido por ella? Si podía ser la mujer más fascinante que había conocido en su vida. Solo podía pensar una cosa que no le agradaba… Que le diera lecciones acerca de la responsabilidad. Pero cuando lo hacía, para su propia irritación, estaba en lo cierto.

—Pero no traicionaría a mi marido —le dijo—. Me tomo las promesas muy en serio.

Nathaniel sabía que era cierto. Era leal y amable, de lo contrario no estaría arriesgándolo todo por buscar a su hermano.

—¿Acaso eso significa que está considerando mi propuesta? —le preguntó.

Calliope miró por encima del hombro hacia la abuela, que caminaba diez pasos detrás de ellos. La abuela la miró y arqueó una ceja en gesto de interrogación. Si tan solo pudiera imaginarse que Kelford acababa de proponerle matrimonio y estaba intentando convencerla de que dijera que sí. ¿Qué le respondería? ¿Y por qué la abuela la estaba ayudando? ¿Por qué no le había prohibido ir a ver a Kelford como lo había hecho Preston? Como una de las damas más influyentes de Londres, sabía todo lo que ocurría en la sociedad y estaba al tanto de que Kelford no era un buen candidato.

Kelford le había preguntado si lo estaba reconsiderando… De pensar en él como marido se llenó de temor, pero un dulce cosquilleo le embargó el cuerpo a la vez.

La abuela una vez le había dicho en confianza que no se casara sin amor. Ella sabía lo que era eso, aunque con el tiempo había

llegado a amar a su marido. Por su parte, Calliope había crecido en un hogar con dos padres que habían sido increíblemente felices. Tan felices como para engendrar cuatro niños.

Pero ¿era solo la idea de tener a William como marido, una posibilidad que la llenaba de un temor frío y le producía náuseas, lo que convertía la posibilidad de pararse frente al altar con Kelford más atractiva? Por supuesto que no sabía si Kelford sería como William. Si la consideraría una mujerzuela con hábitos asquerosos. Pero, por lo que sabía de los libertinos, entre ella y Kelford, él sería el que tuviera más experiencia. Si los géneros estuvieran revertidos, Nathaniel sería tildado de mujerzuela, mientras que a Calliope la aplaudirían por leer literatura erótica y disfrutar de su cuerpo mientras lo hacía.

—¿Lo está reconsiderando? —le volvió a preguntar Kelford, que seguía a la espera de respuesta.

Su rostro no daba ningún indicio de emoción, pero los ojos celestes le brillaban y tenía las pupilas dilatadas y oscuras. La miró como si no viera a nadie más en el mundo.

Suponía que lo estaba considerando. Si él no se oponía a su agencia de investigación, tener un marido podría ser una ventaja. No tendría que preocuparse por sus hermanos. No tendría que cuidar cada paso que daba para no dañar su reputación. No tendría que vivir con la abuela… Por mucho que quisiera a la abuela y a la señorita Furrington, vivir con ella implicaba llevarla de chaperona a cualquier sitio. Y eso era de lo más inconveniente a la hora de escabullirse en el Ministerio de Marina o cualquier otro lugar que estuviera prohibido para una dama.

Por eso, quizás había algo en esa propuesta que tenía sentido. No obstante, la idea de tener niños con él la intranquilizaba. En realidad, no era la idea de tener niños; le gustaban los niños y siempre le había atraído la perspectiva de ser madre. Pero era el acto de concebir un niño que la llenaba de temor. El recuerdo del doloroso pellizco en el cuello en el momento que sentía un placer similar al de bañarse en miel, pensar en William…

A nivel lógico, sabía que el acto podía ser placentero; lo decía en el libro. Pero no había nada lógico en la repulsión y el temor que

sentía su cuerpo de pensar en mostrarse abierta y vulnerable con un hombre. De pensar en mostrarse débil y ceder el control.

Sin embargo, su cuerpo reaccionó al pensamiento del acto en sí y supo que, si tenía que escoger entre William y Nathaniel, la elección era clara. De hecho, se casaría casi con cualquiera, excepto con William. De ese modo, quedaría a salvo de sus atenciones y sus avances. Jamás tendría que volver a verlo. Quedaría libre de sus amenazas y sus chantajes. A cambio, solo tendría que soportar el sexo. Y cuando le diera un heredero a Kelford, podría comenzar su agencia.

—¿Me permitirá hacer lo que quiera luego de que le dé un heredero? —le preguntó para confirmarlo—. ¿Me lo promete?

—Dentro de lo razonable.

—Sí, y lo razonable es no tomar amantes.

—Exacto.

—¿Y me ayudará de cualquier modo posible a descubrir qué le ocurrió a Spencer?

—Sí, y le dispararé a Huntingham desde el balcón para asegurarme de que no la vuelva a molestar.

Eso la hizo reír, y se tuvo que morder el labio para contener una sonrisa.

—Gracias, pero no es necesario. Si alguien les va a disparar a mis candidatos, seré yo.

Aunque no quisiera admitirlo, tener un hijo y un marido le parecían ideas deliciosas en su fuero interno. Anhelaba el amor que había visto entre sus padres, el amor que había esperado tener antes de que William King destruyera esa parte de ella hacía tantos años.

Asintió con la cabeza. Era un buen trato. Él no sabía de la agencia de investigaciones y podía poner el grito en el cielo cuando se enterara, pero conseguiría su promesa por escrito en el contrato matrimonial.

El corazón le palpitó desbocado. ¿De verdad estaba a punto de acceder a casarse? Antes, él debía prometerle algo también.

—Si yo no voy a tener amantes, usted tampoco.

Al oírla, se rio entre dientes.

—Tengo la sospecha de que cuando le ponga las manos encima, esa promesa será fácil de mantener, *lady* Calliope.

Un escalofrío cálido la recorrió. Se tambaleó con una piedra despareja en la acera, y Kelford la atrapó y la estabilizó.

A pesar de lo que acababa de decir, de seguro no estaba muy interesado en el papel de marido. Y eso le sentaba a la perfección.

Por Spencer, pensó. Lo haría por Spencer. Sintió que estaba de pie en el borde de un acantilado, mirando hacia el abismo y a punto de saltar.

—En ese caso, me casaré con usted, *milord*.

7

—¡Calliope, qué bueno verte! —exclamó Penelope cuando Calliope entró en la sala de estar de Newdale Place al día siguiente.

Se veía encantadora con el rostro iluminado, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. El embarazo le sentaba bien.

Con una sonrisa de bienvenida, Preston se incorporó de un salto del sofá azul que pegaba con el color azul pastel de las paredes. A Calliope le parecía que la sala de estar del nuevo hogar de la pareja era de lo más acogedora; tenía obras de arte de jardines florecidos y paisajes primaverales bajo la luz del sol que había pintado Penelope en su mayoría. Tres ventanas grandes permitían el ingreso de la luz natural. Su cuñada había escogido muebles modernos para la habitación, pero también había varios jarrones y obras de arte ancestrales que habían llevado de Chalworth, la histórica residencia ducal de los Grandhampton. Chalworth estaba siendo reparada luego de un incendio devastador, pero probablemente jamás volvería a ser como antes.

—Es un placer verte, hermana —la saludó Preston con un tono cálido mientras la escaneaba con su mirada de águila—. ¿Te encuentras bien?

Oh, el rostro de Preston perdería esa sonrisa relajada en cualquier instante: Nathaniel estaba por llegar. A decir verdad, era reconfortante ver a su hermano y su nueva esposa tan felices juntos. De ser un hombre duro y demasiado rápido a la hora de

juzgar y rechazar a las personas, se había convertido en un hombre cariñoso y sonriente, y a Calliope le encantaba el cambio.

Calliope estaba muy nerviosa. Todavía no podía creer que había accedido a casarse de manera tan espontánea tras haber pasado años asegurando que jamás se casaría. Y ahora, de buena gana, iba a tener un marido. Pero era por Spencer, se recordó. Solo por Spencer. Y para liberarse de William.

—Sí, todo está bien —repuso forzando una sonrisa—. Quería verlos. ¿Cómo te sientes, Penelope?

—Me siento bien —le respondió y le hizo un gesto para que tomara asiento en el sofá frente al que estaba ocupando, mientras Preston se sentaba al lado de su esposa—. Preston está preocupado de que los vapores de la pintura al óleo sean dañinos para el bebé, pero estoy siento cuidadosa.

Calliope se rio nerviosa y echó un vistazo hacia la puerta. Vio a Kelford llegar a lomos de un caballo y detenerse detrás de su carruaje. Cielos, se veía de lo más atractivo… Había visto un sinfín de cabezas femeninas voltearse a mirarlo, tanto en el baile como durante el paseo por Bond Street. Podían volverse a mirarlo, pero él sería suyo… Algo agradable se le estrujó en el pecho ante esa idea. Aunque jamás la amara, sería suyo. Ella tampoco lo amaría. Lo que sentía hacia él no era más que un enamoramiento… y quizás lujuria.

Debería llegar a la sala de estar en cualquier momento. Miró a Preston, que se encontraba feliz en su ignorancia y le servía té en una taza. ¿Qué diría? ¿Y si rechazaba la oferta de matrimonio de Nathaniel? ¿Qué harían entonces? Como el jefe de la familia, Preston era quien debía aceptar o rechazar cualquier propuesta matrimonial que le hicieran. ¿Se atrevería a casarse con Kelford si Preston no les daba su aprobación?

La puerta de la sala de estar se abrió, y el mayordomo de la casa, Porter, entró.

—El duque de Kelford —anunció.

Tal como Calliope había temido, a Preston se le transformó el rostro, se le congeló el brazo con la taza de té en la mano y fulminó a Calliope con la mirada.

—¿Qué hace aquí?

—¿Le digo que pase? —preguntó Porter.

Penelope miró a Calliope con los ojos abiertos como platos, y esta le arrojo una mirada de súplica.

—Por supuesto, Porter —repuso Penelope.

Penelope era una buena amiga. Porter asintió con la cabeza y desapareció.

—¡Penelope! —exclamó Preston—. Kelford no debería respirar cerca de Calliope ni de ti, mucho menos visitarla dos días seguidos.

—¿Qué podría pasar con un hermano protector como tú al lado de su hermana? —le preguntó Penelope con suavidad al tiempo que le daba una palmadita en el muslo.

Kelford entró en ese momento, y Calliope se quedó sin aliento. Sus ojos se encontraron, y no pudo sentir más nada. Había ido por ella. Había ido a pedir su mano en matrimonio. Se sentía… extrañamente agradable, acalorada y llena de un cosquilleo, como si estuviera a punto de alzarse hasta el cielorraso.

Preston se incorporó despacio sin apartar la intensa mirada oscura de Nathaniel.

—*Lady* Grandhampton. —Nathaniel asintió hacia Penelope—. Grandhampton. *Lady* Calliope.

—Kelford. —Preston asintió—. Creí que ayer había sido claro…

—Preston, ¿dónde están tus modales? —le preguntó Penelope soltando un jadeo—. ¿Le gustaría beber té, Kelford?

—Sí. —Kelford asintió—. Gracias. Sin embargo, antes, me gustaría hablar en privado con usted, Grandhampton.

Todos los presentes contuvieron el aliento durante un instante.

—¿Acerca de qué? —le preguntó Preston con frialdad interrumpiendo el silencio.

—Acerca de *lady* Calliope.

La respuesta hizo que se le dilataran las fosas nasales y se le curvara el labio superior. Le arrojó una mirada furiosa a Calliope.

—No sé qué juego es este, hermana, pero no me gusta.

Luego asintió con la cabeza hacia Kelford e hizo un gesto hacia la puerta. Cuando los dos se marcharon, Calliope soltó el aliento y sintió que se le habían formado nudos en el estómago. Penelope se

puso de pie y se sentó en el sofá al lado de ella. Le tomó las manos frías entre las suyas, que estaban cálidas, y se las apretó.

—Sea lo que sea, todo irá bien. ¿Te puedo preguntar de qué quiere hablar el duque con Preston?

Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, Calliope le apretó las manos a Penelope.

—Quiere pedir mi mano en matrimonio —respondió.

Penelope soltó un jadeo.

—¡Oh, cielos!

Calliope asintió con la cabeza. Debería mostrarse indiferente al resultado de la charla. Si Preston se negaba a la unión, tendría que buscar otra forma de descubrir información acerca de Spencer. A lo mejor, tendría que renunciar a la idea de hacerlo sola e involucrar a sus hermanos. Pero ¿sería que la introducción de Preston al almirante ayudaría en algo?

—¿Y quieres que Preston diga que sí? —le preguntó Penelope.

Calliope tragó con dificultad.

—Sí. —Porque era mejor que casarse con William. Si era sincera, no era únicamente porque Kelford le abriría muchas puertas. La idea de casarse con él le producía sensaciones agradables en todo el cuerpo. Sensaciones que intentaba ignorar sin ningún éxito.

El golpe seco de la puerta del estudio de Preston resonó a espaldas de Nathaniel. Mientras se adentraba en la habitación, vio las estanterías altas de caoba contra las paredes que destellaban con la luz natural. Los lomos de los libros de derecho, tratados militares y clásicos en latín llenaban las estanterías, y el aroma a cuero se mezclaba con el aroma a madera fresca y al de la cera de abeja que utilizaban para pulir el mobiliario. La luz del sol se colaba por las ventanas altas de cristal y proyectaban largos rayos sobre el gran escritorio entallado que solo tenía un tintero, una pluma y una balanza de latón que destellaba al sol. Cerca del hogar, había un par de sillones orejeros de cuero con superficies suaves y acolchadas.

Preston avanzó hasta el escritorio.

—¿Le gustó el paraguas que le compró?

Nathaniel se volvió hacia Preston.

—Sí, *lady* Calliope dijo que le gustó.

—En ese caso, ¿qué otra cosa queda por discutir acerca de mi hermana?

A Nathaniel se le formó un nudo en el estómago. Sabía que Preston no era un hombre fácil de impresionar o de entablar amistad. En especial, cuando se mostraba tan protector hacia su hermana. Y eso lo entendía demasiado bien; él mismo asesinaría a cualquier hombre que se atreviera a mirar mal a sus hermanas. Pero necesitaba a Preston de su lado. Necesitaba que le diera su aprobación. Por eso, se acercó tres pasos más.

—Como su padre ha fallecido, he venido a hablar con usted como el jefe de la familia.

A Preston se le transformó el rostro al comprender a dónde iba Kelford. Se enderezó y le mostró una expresión amenazadora.

—Oh, no —masculló.

Nathaniel tragó con dificultad y se preparó. No había vuelta atrás. Tenía que continuar. Tenía que casarse con Calliope y concebir un heredero, porque de lo contrario perdería la fortuna para siempre y no podría proveer dotes para que sus hermanas tuvieran buenos futuros. Lo tenía que hacer por Hazel, Poppy y Violet.

—He venido a pedirle permiso para casarme con su hermana —anunció.

Preston se lanzó contra él con los dientes al descubierto y lo arrojó contra la pared. Los vasos repiquetearon sobre el aparador que había cerca, y los cuadros rebotaron contra las paredes de paneles de madera. Uno pequeño se cayó y le golpeó la cabeza. El dolor le partió la sien.

—Es un canalla —rugió Preston—. Lo ha hecho, ¿no? ¿La sedujo? ¿La deshonró?

Nathaniel reunió todas sus fuerzas para permanecer calmo y reprimir el instinto de defenderse.

—No, le aseguro que *lady* Calliope es inocente.

Los ojos negros de Preston reflejaban profunda furia.

—No le creo. Demando satisfacción con un duelo.

—No hay necesidad de eso, Grandhampton. No pasó nada. Me gusta mucho y quiero casarme con ella.

—No bromee. Todo Londres sabe que es un libertino y está en bancarrota. Por eso trabaja en la fuerza naval, aunque tenga título de duque. Es un cazafortunas, ¿no?

A Nathaniel le hirvió la sangre. Todo eso era cierto y sonaba insultante. Tenía que calmar a Preston.

—No, no lo soy. Tengo una fortuna a mi nombre que superará la de *lady* Calliope y quizás hasta la suya, pero está bloqueada en el testamento. Mi padre quiere que tenga un heredero legítimo antes de cumplir los treinta años. De modo que tendré mi propia fortuna cuando lo haya hecho. No necesito el dinero de Calliope, si eso es lo que le preocupa. Lo podemos establecer en el contrato de matrimonio.

—La quiere usar para obtener su dinero, no intente engañarme.

—Ese es uno de los motivos, Grandhampton. Necesito una esposa, y no se me ocurre mujer mejor que su hermana.

Preston lo estudió con una mirada asesina. Luego lo empujó por última vez y lo soltó para dirigirse hacia el otro extremo de la habitación.

—¿Cómo es que se han conocido?

Nathaniel se acomodó las solapas del abrigo militar.

—Nos conocimos en el baile real. Ya lo sabe. Desde entonces, no me he podido quitar a *lady* Calliope de la cabeza.

Eso era completamente cierto. *Lady* Calliope había estado en cada uno de sus pensamientos desde esa noche.

—Una semana no es suficiente para concluir que es la indicada para usted.

—Pude ver sus cualidades tras pasar cinco minutos en su compañía. Cualquiera que tenga ojos podría verlas.

Preston soltó un bufido y fulminó a Nathaniel con la mirada. En respuesta, Nathaniel lo fulminó a él.

—No le daré mi permiso.

—Grandhampton, le aseguro que…

—A menos que ella lo quiera —concluyó con un tono estricto, pero también había cierta suavidad en su voz—. A menos que sepa que hay una oportunidad de que ella sea feliz con esta unión.

Nathaniel tragó con dificultad. El destello de esperanza era demasiado pequeño y frágil, pero brillaba allí.

—Sí. Tengo a *lady* Calliope en alta estima y tengo la intención de hacerla feliz.

Preston avanzó hasta la puerta y salió echo una furia. En la distancia, Nathaniel lo oyó llamar a Penelope y Calliope al estudio.

Cuando *lady* Calliope y la duquesa entraron, Nathaniel miró a Calliope a los ojos. Calliope estudió a su hermano y a Nathaniel con detenimiento y preocupación.

—¿Qué estabas pensando, hermana? ¿Rechazaste a Huntingham, un caballero perfectamente respetable, con una fortuna considerable, y quieres casarte con el libertino más infame de Londres que no tiene ni un penique? ¿De verdad crees que un hombre como él te merece y te hará feliz?

Preston tenía razón. Nathaniel no aprobaría que Hazel escogiera a un hombre como él. Sin embargo, contuvo el aliento mientras aguardaba la respuesta de Calliope, que enderezó los hombros y miró a su hermano con una autoridad serena.

—Aprecio tu preocupación, Preston. Kelford es el hombre indicado para mí, y de verdad creo que me hará feliz. —Se volvió a mirar a Nathaniel con los ojos celestes como el mar y le provocó algo liviano y maravilloso que se le expandió por todo el cuerpo—. Esta es la unión que quiero y deseo que la apruebes, hermano.

Preston hizo una mueca y miró a su esposa. La duquesa se le acercó y le acarició la mano.

—Si te preocupa la felicidad de Calliope, tienes que pensar en nuestra propia historia. Al principio, nunca creímos que íbamos a ser felices, pero míranos ahora.

Preston pareció derretirse un poco, y una suavidad le asomó a los ojos. Nathaniel se preguntó cuál sería esa historia.

Luego de lo que pareció una eternidad, Preston se volvió hacia su hermana.

—Calliope —comenzó con calma y despacio—, ¿de verdad deseas esto?

Calliope asintió con la espalda y el cuello tensos como un arco.

—Sí.

Preston soltó un profundo suspiro y miró a Nathaniel a los ojos.

—Entonces les daré mi permiso con dos condiciones. La primera es que no tocará el dinero de Calliope. Tendrá una dote considerable, pero me aseguraré que en el contrato quede establecido que solo ella tendrá acceso a ese dinero.

Nathaniel asintió.

—Es lo justo. Como ya he dicho, no quiero su dinero.

—Muy bien. La segunda es que, si la traiciona o la hace infeliz, aunque solo sea un minuto de su vida, lo encontraré y me aseguraré de que lo lamente.

Con un profundo alivio iluminándole todo el cuerpo, Nathaniel asintió.

—Les pediría lo mismo a los hombres que quieran casarse con mis hermanas.

8

Al día siguiente, Calliope descendió las escaleras de Sumhall y salió a la mañana soleada. Grosvenor Street estaba alineada con elegantes casas del estilo georgiano, con fachadas de ladrillos rojos acentuadas con piedra blanca y las guillotinas de las ventanas que destellaban bajo la luz del sol.

La calle estaba ajetreada con actividad: tanto los comerciantes como los criados comenzaban sus tareas diarias. Los vendedores de carbón entregaban sus productos en las cocinas de las grandes casas, y los cascos de los caballos repiqueteaban rítmicamente sobre los adoquines. Una ordeñadora con un prolijo delantal blanco balanceaba un cubo de leche sobre un hombro. En los jardines bien cuidados de las mansiones, el aire estaba cargado con el aroma de las rosas y las lavandas. Las hojas se mecían con la brisa, y los pájaros cantaban.

Varias damas y caballeros vestidos con elegantes prendas a la última moda salían de las casas para ir a pasear por Hyde Park o acudir a algún evento social. Las damas llevaban finos vestidos de muselina y unos bonetes adornados con lazos de seda y flores frescas que se mecían con la suave brisa. Los caballeros tenían chalecos entallados, pantalones a medida y botas de caña alta que destellaban.

Pero todo ese esplendor y esa belleza de la mañana de verano no se podía comparar con el modo en que el estómago se le ceñía de entusiasmo al ver la calesa simple que se encontraba frente a la

casa y al caballero atractivo con el uniforme de la fuerza naval esperándola.

Ahora que estaban comprometidos, Calliope y Nathaniel podían aparecer a solas en público, pero debían montar en una calesa abierta para mantener el decoro. Eso quería decir que podían ir al Ministerio de Marina juntos.

Mientras descendía los escalones, Nathaniel se apeó del asiento de conductor. La calesa había visto días mejores; tenía la pintura negra saltada en las puertas y la madera rajada. A su vez, el escudo de armas de Kelford necesitaba una capa de pintura dorada. Mientras Nathaniel se detenía delante de ella, alto y atractivo, el corazón se le aceleró en el pecho. La dejaba sin aliento con ese uniforme. Era espigado, tenía hombros anchos, el cabello largo y dorado, los ojos turquesas, la piel dorada… El mismo diablo no podría ser más atractivo.

—*Lady* Calliope —la saludó con una sonrisa pícara—. Veo que aún no tiene un paraguas.

Ella ocultó una sonrisa y se mordió el labio inferior.

—Supongo que es difícil de encontrar algo que jamás existió.

—Hummm —comentó mirándola con apreciación masculina—. Creo que debería vestir más cosas invisibles.

El comentario la hizo sonrosar desde la raíz del cabello, y una ola de calor la embargó. Se quedó sin habla; le fue imposible responder nada. Había mucho calor en su mirada, pero Calliope sabía que en realidad no la deseaba. Lo más probable era que se tratara de alguna suerte de broma o alguna referencia a su sexualidad que no comprendía.

La vergüenza la paralizó de pies a cabeza. ¿Cómo podría compartir la cama con él e intentar concebir un heredero cuando lo único que sabía de los hombres era que la consideraban muy bochornosa? ¿Qué tan inapropiado era que una joven explorara y tuviera preguntas acerca de lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la cama? ¿Y que disfrutara la idea de hacerlo?

—Disculpe —dijo una voz a su lado, y Calliope se dio media vuelta.

El viento le cortó las mejillas sonrosadas como una navaja, y miró al joven cartero que se encontraba de pie delante de ella con una caja rectangular.

—¿Sumhall Place es aquí? —le preguntó.

—Sí —respondió Calliope.

—Tengo un paquete para *lady* Calliope Seaton. Debería entregárselo al mayordomo.

—Yo soy *lady* Calliope —repuso agradecida por la distracción e intentando recuperar el aliento—. Me lo puede entregar a mí.

Por supuesto que era inaudito que una dama soltera recibiera su propia correspondencia sin una chaperona o un mayordomo que se hubiera asegurado de que el paquete era seguro de antemano. Pero ya se encontraba allí. Y, de cualquier modo, no le importaba demasiado esa regla. El cartero la miró y luego se volvió hacia Nathaniel.

—Le puede entregar el paquete —dijo Nathaniel con un tono de autoridad, y Calliope tomó nota de él.

El joven asintió con la cabeza y le entregó el paquete. Cuando se marchó, Calliope abrió la tapa de la caja y jadeó al inhalar el hedor asqueroso que provenía del interior. Había un ramo de flores seco con los tallos en estado de putrefacción y una nota al lado.

—Por todos los cielos —soltó—. Lo deben haber dejado pudriéndose en el agua durante varios días.

Nathaniel le quitó la caja de las manos.

—No lo toque.

Con las manos enguantadas, intentó recuperar la caja, pero Nathaniel la esquivó.

—¡Kelford, está exagerando! —le dijo soltando una carcajada exagerada—. Hay una nota para mí y debo leerla.

—Es peligroso, Calliope. —Al notar que Nathaniel había olvidado la formalidad y la había llamado por su nombre de pila, sintió un agradable estremecimiento—. Yo la abriré.

Calliope hizo las sensaciones cálidas en el pecho a un lado y lo fulminó con la mirada.

—No, es para mí y no tiene ningún derecho a abrirla.

Colocó una mano enguantada sobre la caja e intentó extraer la nota, pero Nathaniel se apresuró a hacerse a un lado y salir del alcance otra vez. Tomó la nota y colocó la caja sobre el asiento del conductor de la calesa.

—¡Nathaniel! —exclamó. De repente, se dio cuenta de que, al igual que él, había dejado a un lado las formalidades y no había utilizado su nombre oficial.

Nathaniel la ignoró y abrió la nota deprisa. Al ver que se ponía pálido, Calliope estiró el cuello y leyó la caligrafía masculina que decía: «Debe dejar de indagar por su propio bien». De repente, la embargó una ola fría de inquietud.

—¿Dice quién la envió?

Nathaniel le arrancó la tarjeta.

—No. Y si crees que te dejaré seguir investigando, estás demasiado equivocada.

Calliope lo fulminó con la mirada.

—¿Qué dices? Conseguir tu ayuda para esta investigación es el único motivo por el que estemos comprometidos. —Hizo un ademán para señalar a ambos.

—No me importa. Es evidente, como me sospechaba, que alguien no quiere que encuentres a tu hermano, y sea quien sea, sabe que estás indagando. Debes detenerte. No te llevaré al Ministerio de Marina. Te mantendrás al margen.

La furia la golpeó como una bofetada, dio dos pasos hacia la calesa, colocó las manos sobre los mangos y el pie en el pedestal.

—No, esa no es una opción. Lo habíamos acordado, no me prohibirás hacer nada.

—¡Calliope!

Pero ella lo ignoró y se subió al asiento del conductor para tomar las riendas.

—¡No permitiré que una simple nota y un ramo de flores secas me impidan salvarle la vida a mi hermano!

—Calliope. —Miró alrededor—. Debes bajarte de esa calesa de inmediato. La investigación se ha acabado.

Las damas y los caballeros que pasaban por allí los miraban con curiosidad.

—Sube —le dijo—. La investigación acaba de empezar.

Le resultaba de lo más enternecedor que tuviera tanto temor por ella, pero no era la marisabidilla que él creía. Nathaniel se quedó de pie con una expresión asesina en el rostro y abría y cerraba los puños echando chispas por los ojos.

—Comienzo a arrepentirme de haberme comprometido contigo.

Calliope sabía que estaba enfadado, pero el comentario le dolió y le produjo un aguijonazo de vergüenza.

—Yo tampoco estoy demasiado contenta por eso.

Nathaniel se acercó un paso y colocó una mano sobre el mango.

—¿Acaso comprendes lo que te pueden hacer? —Había algo profundo y roto en su voz que la hizo parpadear mientras lo observaba—. Te pueden matar y yo…

La voz se le quebró, y algo en su rostro colapsó antes de que bajara la mirada. Respiró profundo durante unos instantes y recobró la compostura antes de volver a mirarla.

—Ese tipo de personas matan a cualquiera que se interponga en su camino, sea hombre o mujer. Y puede que no esté allí para protegerte.

Calliope parpadeó y la culpa se le asentó en el estómago.

—Mira, Nathaniel, sé que eres un oficial de la fuerza naval y que tienes instintos protectores por naturaleza, pero te aseguro que sé lo que estoy haciendo. No me das suficiente crédito. Nuestra prioridad debería ser actuar rápido y encontrar a Spencer.

La miró durante un instante prolongado y, al final, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Otra condición?

Nathaniel se sentó al lado de ella.

—Tenemos que acelerar la boda.

Calliope arqueó las cejas.

—¿Qué tanto más rápido nos podemos casar? ¡La boda es en tres semanas!

—Primero necesito un heredero, y el tiempo no está de mi parte. —La observó con tanta intensidad que le generó un profundo

calor—. Y segundo, si estamos casados, podré protegerte mejor. Alguien quiere impedirte investigar.

—Pero no lo harán.

—Por eso debo estar a tu lado. Como tu marido, podré hacerlo. Podré protegerte de día y de noche.

Calliope movió las riendas, y el caballo emprendió la marcha. Mientras el suelo de la calesa se movía bajo sus pies, soltó un suspiro.

—De acuerdo, pero tú se lo dirás a Preston.

9

Mientras avanzaba por el pasillo del Ministerio de Marina con Calliope a su lado, Nathaniel no dejaba de abrir y cerrar los puños. Nuevamente, una mujer en su vida se encontraba en peligro, quizás en peligro mortal. Y era terca y desobediente… y, al igual que su madre, Calliope no permitiría que la protegiera. Le resultaba difícil caminar; sentía como si tuviera piernas de plomo. Una energía nerviosa le circulaba por todo el cuerpo y le producía cosquilleos.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Calliope.

En lugar de responder, la fulminó con la mirada. ¿Cómo podía verse tan segura y serena cuando alguien acababa de amenazarla?

—¿Me preguntas si me siento bien? —repitió en voz más alta de lo que hubiera deseado. Sus palabras resonaron contra el suelo de mármol.

Un oficial giró en la esquina del pasillo y asintió hacia él para saludarlo al tiempo que miraba con curiosidad a Calliope antes de pasar por una de las tantas puertas de caoba que había a ambos lados del pasillo. Aunque le costó un gran esfuerzo, Nathaniel continuó hablando en voz baja.

—Esa amenaza fue real, Calliope. Alguien te hará daño si no te detienes. Estoy preocupado por tu seguridad.

—Y yo estoy preocupada por la seguridad de mi hermano.

—¿Cómo puede ser que no lo entiendas? Alguien quería que tu hermano desaparezca. Alguien poderoso, sin dudas. Quizás hasta

mortal. Tu hermano debe haberse interpuesto en su camino, y ahora tú estás a punto de hacer lo mismo. Podrían hacerte lo mismo a ti.

Calliope arqueó una ceja con el rostro impasible.

—Que lo intenten.

¿Qué estaba haciendo? Luego de lo que le había ocurrido a su madre, se iba a casar con una mujer a la que no le importaba encontrarse en peligro. Sintió los brazos pesados, las manos le dolían de las ansias de sujetarla y encerrarla en alguna parte para alejarla del peligro. Pero tenía que ser civilizado.

Dos siluetas aparecieron en el otro extremo del pasillo y comenzaron a avanzar hacia ellos inmersos en una conversación. Nathaniel oía el eco de las voces que resonaba entre las paredes del pasillo. Reconoció la voz profunda y la postura erguida de uno de los hombres: el almirante *sir* Robert Langden, un hombre de unos cincuenta años, con estatura media, un cuerpo musculoso y un estómago algo redondeado. Aunque era estricto, siempre llevaba una expresión de bondad en los ojos y las arrugas de una sonrisa en las comisuras. En ese momento, escuchaba con atención al otro hombre y avanzaba por el pasillo con los brazos unidos en la parte baja de la espalda. Mientras se acercaban, Nathaniel vio el uniforme azul marino del almirante con hombreras doradas y unas estrellas bordadas.

Por su parte, Calliope soltó un jadeo y una maldición que no había esperado oír de ella. Le sujetó la tela del abrigo y lo arrastró detrás de una columna.

—¡Shhh! —Se apoyó un dedo en los labios y lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué sucede? —le preguntó en un susurro.

—Calla —susurró—. ¡Es Preston!

Nathaniel soltó el aliento. Claro. Su hermano no iba a desistir de investigar. Asintió con la cabeza al tiempo que oyó los pasos y las voces más cerca.

—… y si me permite ver los registros de los marineros y oficiales que partieron durante el mes de septiembre, le estaré muy agradecido —acabó Preston.

—Por supuesto —repuso Langden—. Ojalá pudiera ayudarlo en eso, pero lamentablemente no puedo permitirle ver los archivos porque nos encontramos en dos guerras y cierta información debe permanecer confidencial. No podemos tener demasiada cautela.

—Lo entiendo. Y estaré feliz de que uno de los oficiales me supervise mientras los leo.

Nathaniel los vio pasar por delante de la columna. Calliope tenía los senos apoyados contra él y no podía respirar. Él tampoco, pero eso no se debía ni al almirante ni al duque. Su aroma era de lo más encantador, y el calor de su cuerpo de lo más seductor. Y se encontraban escondidos en la oscuridad… Si bajaba la cabeza, podría besarla.

—Me temo que tampoco puedo permitir eso, señor. Lo que puedo hacer es pedirle a un oficial que busque el nombre de su hermano y me reporte lo que encuentre.

Las voces se fueron alejando hasta que los hombres desaparecieron de la vista de Nathaniel y probablemente se adentraron en el pasillo de la otra ala. Cuando ya no oyeron ni los pasos ni las voces, Calliope soltó un largo suspiro de alivio.

—¿No estás contenta de tenerme? —le preguntó Nathaniel deleitándose con la sensación de tenerla tan cerca de él—. El almirante no le dará casi nada de información a tu hermano.

Calliope le ofreció una sonrisa que hizo que el estómago se le inflara de alegría.

—Sí, estoy muy contenta de tenerte —le respondió alzando la mirada—. Y pago un precio bastante alto por el privilegio de contar con tu ayuda. Démonos prisa. Vamos a terminar nuestros asuntos aquí antes de que Preston me vea.

Sin perder más tiempo, se dirigieron a la oficina de la Junta de Transporte Naval, donde se mantenían las listas de los barcos y sus capitanes, así como también información de la mercadería a bordo y el destino. También registraban las fechas de llegada y partida de los barcos y las tripulaciones.

Nathaniel y Calliope entraron en un gran espacio formal con ventanas grandes, cielorrasos altos y molduras elaboradas. Las paredes estaban adornadas con retratos de héroes de la fuerza

naval, mapas y otras obras de arte náuticas. Varios cadetes y oficiales se encontraban sentados en los escritorios de caoba pulidos y hablaban o buscaban libros de registros guardados en las estanterías altas. Se oía el sonido de las plumas arañando el papel y las voces que daban instrucciones o hablaban.

Nathaniel miró alrededor de la habitación en busca de un hombre corpulento de unos cuarenta años con gafas. Lo encontró inclinado contra el escritorio y hundiendo la pluma en el tintero para escribir algo.

—Ven conmigo —le dijo a Calliope y avanzó hasta la esquina de la habitación grande, donde se encontraba el oficial Hughes. Al verlos acercarse, Hughes alzó la mirada y entrecerró los ojos al posarlos en Nathaniel. Acto seguido, frunció el ceño y apretó los labios.

Nathaniel conocía a Hughes, aunque no demasiado bien. Hacía unos tres años atrás, en una noche de borrachera, Hughes le había confesado que estaba cortejando a una mujer y que quería pedir su mano en matrimonio, pero que ella no estaba respondiéndole como él había esperado. Nathaniel le había dado un consejo para conquistarla. El cortejo se convirtió en un éxito, y ahora Hughes se encontraba felizmente casado y tenía una hija de dos años.

Sin embargo, cuando estaba sobrio, Hughes, al igual que Calliope, no aprobaba el estilo de vida de libertino de Nathaniel. Además, era un hombre conocido por su meticulosidad y detestaba que lo interrumpieran. Pero le debía un favor a Nathaniel.

—¿Lo puedo ayudar, *milord*? —le preguntó Hughes antes de echarle un vistazo a Calliope y fruncir el ceño.

—Le presento a mi prometida —dijo Nathaniel—, *lady* Calliope Seaton. *Lady* Calliope, este es el oficial Hughes.

—*Lady* Calliope. —Hughes asintió—. Es un placer conocerla.

—El placer es mío, señor —repuso Calliope.

—Hughes, necesito de su ayuda —comenzó Nathaniel—. Necesito saber qué barcos se encontraban anclados en Londres el tres de septiembre de 1812 y cuándo zarparon.

Hughes lo observó a través del borde de las gafas.

—¿Por qué?

—Me temo que pude haber traspapelado un documento en el que se asignaban oficiales a los barcos, y esa información me ayudará a encontrarlo.

—De acuerdo —dijo Hughes, como si eso fuera algo de esperar de Nathaniel—. El almirante debe estar bastante molesto con usted. —Se puso de pie, avanzó hasta la estantería que tenía a sus espaldas y buscó entre las prolijas filas de libros con portadas de cuero—. Jamás en su vida se había inmutado por haber traspapelado un documento.

Nathaniel tensó el mentón y apretó los puños a ambos lados del cuerpo en el intento de mantener la compostura. Una parte de él quería resultarle agradable a Calliope, aunque no tenía motivo para hacerlo. Le echó una mirada y le vio una chispa de diversión en los ojos antes de que arqueara las cejas.

—No, hasta el momento no —acordó Nathaniel.

—¿Qué fecha dijo? —le preguntó Hughes.

—Tres de septiembre de 1812 —le respondió Calliope.

Hughes extrajo un gran tomo de cuero.

—No sé por qué su prometida tiene que estar presente para ubicar un documento… —masculló mientras colocaba el libro sobre el escritorio delante de ellos—. Aquí tiene.

A Calliope casi le ardieron los ojos al apoyar las manos sobre el libro.

—¿Me permite?

Hughes frunció el ceño con una expresión de quien está a punto de decir que no.

—Me temo que no se…

Nathaniel lo interrumpió.

—¿Cómo se encuentran su esposa y su hija, Hughes? ¿Están bien?

Hughes se puso pálido y tragó con dificultad.

—Sí, gracias.

—Hughes tiene una buena historia acerca de cómo cortejó a una joven dama, ¿no es así? Como era mucho más joven, casi lo rechaza, ¿o me equivoco?

Calliope observó a los dos hombres frunciendo el ceño.

—Tiene razón, Kelford —repuso Hughes con una expresión agradable—. Pero este es el Ministerio de Marina, no…

—Es tan fascinante pensar que de no haber sido porque cambió de parecer luego de que le regalara el libro con los sonetos de amor de Shakespeare, ahora podría encontrarse casada con otro hombre y su hija no habría nacido… ¿No se siente agradecido de que alguien le haya sugerido ese obsequio y lo haya alentado a no desistir?

Hughes tragó con dificultad y asintió con la cabeza.

—Muy agradecido, Kelford. Cierta persona me ayudó mucho y le estaré eternamente agradecido. Veo que usted también encontró una futura esposa. Es evidente que lo mantendrá bien organizado. Por favor, *lady* Calliope, no permita que la interrumpa.

Nathaniel asintió satisfecho.

—Excelente, gracias. ¿No será que a lo mejor tiene que ir a discutir algo con Peterson?

Movió el mentón para señalar hacia la esquina de la sala, donde varios cadetes y oficiales se encontraban sentados de espaldas a ellos y escribían o hablaban entre murmullos.

—De hecho, sí. No creo que le pase nada a estos importantes registros de la Fuerza Naval con un oficial presente —añadió Hughes al tiempo que se le formaba una gota de sudor en la frente—. Los dejaré a solas.

Cuando se marchó, Calliope miró a Nathaniel con una sonrisa entretenida.

—Solo me puedo imaginar qué fue todo ese intercambio, pero veo que jamás habría accedido a esto sin ti. Has hecho algo bueno por él en el pasado, ¿no?

Nathaniel asintió con la cabeza, y Calliope sonrió.

—Me alegra saber que ser un libertino puede llevar a algo bueno al final…

Algo se rompió y se tornó cálido en su corazón al verle la hermosa sonrisa y sus destellantes ojos concentrados en él.

Cuando abrió el libro, Nathaniel miró por encima del hombro mientras volteaba las páginas con tablas que contenían fechas, barcos y listas de nombres.

—Aquí está —dijo y detuvo el dedo sobre la fecha.

—Partidas del tres de septiembre de 1812 —leyó Calliope. Abajo había una lista de los barcos y fue bajando el dedo con detenimiento—. Había cinco naves ancladas en Londres: Titan, Concord, Minotaur, Hector y Aeneas. Pero nada más. —Miró a Nathaniel—. ¿Hay alguna información acerca de cuándo zarparon y hacia dónde?

Nathaniel asintió con la cabeza, estiró la mano y tomó consciencia del hermoso trasero que casi tenía apretado contra sí. Inspiró una profunda bocanada de aire e intentó ignorar el calor que manaba de ella y el que le producía en todo el cuerpo. Pasó tres páginas más.

—Aquí —dijo y se apartó un paso.

Cielos, concebir un bebé con esa mujer iba a ser la tarea más fácil del planeta. No sabía cómo haría para mantener las manos alejadas de ella.

—Oh, sí. La Minotaur y Titan zarparon hacia Francia a los dos días, pero la Concord, Hector y Aeneas zarparon hacia las Américas al siguiente día.

—Podría ser cualquiera de los cinco —dijo Nathaniel—. ¿Cómo se llaman los capitanes?

—El de la Minotaur, White; el de la Titan, Lawson; el de la Concord, Dean; el de la Hector, Ross, y el de la Aeneas, Barker. Uno de ellos podría tener a Spencer a bordo de su barco. ¿Hay algún listado de marineros?

—La lista de marineros más precisa se encuentra en la bitácora del capitán —repuso Nathaniel—, pero también podría haber una en la Junta de la Fuerza Naval, porque mantienen registros personales para efectuar los pagos. Podríamos descubrir algo allí. Conozco al hombre con quien hablar.

Ese hombre era el oficial Bartholomew. Nathaniel no tenía ninguna ventaja sobre él y sabía que era famoso por la disciplina estricta y el carácter duro.

Hughes regresó.

—¿Han encontrado lo que buscaban?

—Así es —repuso Nathaniel—. Gracias, Hughes. Envíele mis saludos a su familia.

Mientras salían de la habitación, la visión interna de Nathaniel se llenó con el recuerdo de una noche iluminada por la luna en el bosque, y el cuerpo de su madre yaciendo sobre el césped con un agujero de bala en el pecho del que manaba sangre. El carruaje lujoso se encontraba cerca, los caballos soltaban relinchos suaves al tiempo que el rostro pálido de Hazel a los tres años asomaba por la ventana del carruaje. Poppy y Violet eran bebés y se encontraban dentro.

Se imaginó a Calliope así. Muerta, fría y perdiendo sangre. Porque no sería capaz de protegerla, como no había podido proteger a su madre. Sabía que tenía que actuar rápido y a solas. Cuanto antes supiera que Calliope se encontraba fuera de peligro, mejor dormiría por la noche.

Pero al mirar su perfil lleno de determinación que caminaba a su lado, una sensación de inquietud se le asentó en los huesos. ¿Cómo haría para mantenerla fuera de peligro cuando se encontraba tan determinada a enfrentarlo?

Quizás había adquirido más de lo deseado con esa mujer.

10

Tres días después...

—Los declaro marido y mujer en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Las palabras del obispo de Londres hicieron que a Nathaniel se le ciñera el estómago con una mezcla de anticipación, excitación y peligro. Como el obispo era amigo de la familia Seaton, habían conseguido la licencia especial para casarse en tres días.

Sentía el pecho demasiado estrecho para el corazón, que no dejaba de saltarle como un ser salvaje. Todos los presentes en el salón de Sumhall irrumpieron en vítores y aplaudieron detrás de él y Calliope, y Nathaniel se volvió hacia su esposa.

Dios sabía lo mucho que detestaba la idea de tener una esposa. En el transcurso de los años, había tomado medidas desesperadas para evitar sucumbir al testamento de su padre y aferrarse a alguien. Sobre todo, para evitar engendrar un hijo. Y, a pesar de eso, allí estaba: su esposa.

Era hermosa y feroz con los grandes ojos celestes, tenía las pestañas largas, un encantador rubor en las mejillas, el cabello caoba recogido y unos lirios amarillos alrededor del moño enrizado. Llevaba puesto un vestido de color amarillo intenso y parecía como si el sol estuviera brillando sobre él. Formaban una pareja despampanante: ella con el atuendo amarillo, y él con su uniforme

azul marino; parecía como si absorbiera toda la luz que manaba de ella.

Esa persona tan delicada y preciosa se había convertido en su responsabilidad. ¿Cómo podría asegurarse de que esa mujer y su futuro hijo se encontraran a salvo? Además, tenía que asegurarse de que sus hermanas también lo estuvieran.

Un temor frío le recorrió la columna vertebral al tiempo que se volvían hacia los invitados y miraban a los Seaton, al duque de Loxchester con su esposa y a sus tres hermanas. Hasta la condenada gata estaba presente, en los brazos de la duquesa viuda. Todos aplaudieron, y Nathaniel y Calliope avanzaron por el pasillo entre los invitados.

Mientras los bañaban con pétalos de flores amarillas, oyó la exquisita risa de Calliope. Debía de estar perdiendo la mente, pero su corazón hizo algo extraño, se estremeció y sintió un zumbido como de abejas. Le sujetó la mano y caminaron por el pasillo que habían creado sus amigos y familia. Sintió la descarga de algo maravilloso entre los dedos, como lo había sentido en el baile cuando bailaron juntos. Y cuando la sostuvo en sus brazos en el Ministerio de Marina hacía unos días atrás, cuando había estado tan cerca de ella que podría haberla besado.

Pasaron a la sala de estar, donde la luz se colaba por ventanas altas con pesadas cortinas de brocado de un exquisito tono borgoña y complejos bordados dorados. Las paredes de un cálido color terracota estaban adornadas con cuadros de marcos dorados que describían los paisajes campestres españoles. Unos candelabros ornamentados proyectaban una luz cálida que iluminaba las mesas.

Una pequeña orquesta de cámara tocaba una música suave, y las risas y las conversaciones alegres llenaban el aire mientras los invitados avanzaban hacia sus asientos. Tanto los invitados como el obispo de Londres se reunieron alrededor de la gran mesa de la cena cubierta con inmaculados manteles blancos sobre los que se veían los platos de porcelana, los cubiertos de plata pulidos y las destellantes copas de cristal, así como también un increíble centro de mesa con un arreglo floral con lirios amarillos y elegantes decorados plateados y dorados.

—Déjame adivinar. —Nathaniel se rio—. ¿Te gustan los lirios?

Calliope se encogió de hombros.

—Tus habilidades de observación no tienen precedentes.

Nathaniel arqueó una ceja.

—¿No son demasiado simples para la hermana de un duque… y ahora la esposa de otro?

—¿Perdón? A mi madre le encantaban porque significan esperanza y sabiduría. Siempre decía que para ser la esposa de un duque en Inglaterra necesitaba ambas. —Miró el gran retrato de un hombre atractivo y musculoso de cabello oscuro—. En este momento, necesitamos toda la esperanza que podamos conseguir.

Nathaniel reconoció a Spencer, el anterior duque de Grandhampton. Lo había visto boxear en Portside, así como también en varias veladas ebrias a las que solían acudir los libertinos.

—Además —continuó—, me encanta el color vibrante y me parecen hermosas.

Mientras los invitados se reunían alrededor de la mesa, los lacayos se acercaron para ayudarlos a sentarse. El mayordomo ya entrado en años se acercó a Calliope con lágrimas en los ojos y le dijo:

—En nombre de todo el personal, le queremos desear mucha salud y felicidad, *milady*.

Calliope le ofreció una sonrisa cálida.

—Gracias, Teanby. —Luego miró alrededor a los lacayos, que le dirigieron miradas cálidas—. Gracias —les dijo a todos.

Los invitados tomaron asiento en la mesa que parecía contener un sinfín de bandejas con comida presentada a la perfección: había cortes de carne fríos, queso, pan, salmón escalfado con salsa holandesa, vinagreta de espárragos y varios trozos de una jugosa carne asada acompañada de una crema de rábano picante. El pastel de bodas se encontraba en un aparador listo para ser servido. Era un pastel de frutas exquisitamente decorado con flores blancas de azúcar y glaseado. A Nathaniel no le gustaba demasiado el pastel de frutas; la combinación de frutas disecadas, nueces, especies y la capa de mazapán y *fondant* blanco le parecía demasiado intensa.

Pero tras pasar varios años comiendo estofado casi todas las cenas, no pensaba ponerse selectivo.

Mientras los lacayos servían el primer plato, Nathaniel tomó consciencia de más de un par de ojos centrados en él. Grandhampton, que estaba sentado al otro lado de Calliope, lo fulminaba con la mirada, mientras que su esposa, Penelope, conversaba alegremente con el obispo de Londres, un hombre mayor con la cabeza redondeada y una peluca empolvada. El otro hermano de Calliope, Richard, y su esposa, Jane, acababan de llegar del campo. *Lord* Richard lo miraba fijo y no le despegaba los ojos de encima ni un instante. El duque de Loxchester, Sebastian, que era el mejor amigo de Preston y un amigo cercano de la familia, también lo tenía en su radar.

La duquesa viuda, regia y majestuosa, estaba sentada al lado de las hermanas de Nathaniel y hablaba con ellas con una expresión agradable. A Nathaniel se le derritió el corazón al ver cómo le destellaban los ojos turquesas a Hazel del entusiasmo y la maravilla de todo y todos los que la rodeaban. A pesar del frente rebelde y distante que presentaba a diario, sin dudas para intentar demostrar que no le importaba nada, Nathaniel sabía que en el fondo le faltaba una presencia femenina en su vida. No tenía a nadie a quien admirar o escuchar. Lo mismo se podía decir de Poppy y Violet.

—¡Qué casa más espléndida! —dijo Violet mientras tomaba el tenedor para el plato principal y seleccionaba un trozo de queso—. ¿Tienes una biblioteca aquí, Calliope?

A Nathaniel no le importaba si había alguien entre los presentes que las creyera maleducadas; si alguien se atrevía a señalar las debilidades en el comportamiento de sus hermanas, lo pondría en su sitio.

Calliope le sonrió a Violet desde el otro lado de la mesa.

—De hecho, sí. ¿Te gusta leer?

Violet hizo un gesto por encima de la nariz como si se estuviera subiendo las gafas, pero esa mañana no se las había puesto porque quería causar una buena impresión con los nuevos familiares. Poppy y Violet miraban a Calliope como si fuera una diosa que había

descendido del cielo y no una simple mujer. Hazel, por su parte, la miraba con escepticismo.

—¡Sí! —declaró Violet.

—Bueno, en ese caso tienes mucho en común con tu nueva cuñada —le dijo *lady* Jane—. ¡Y conmigo también!

Nathaniel recordó que el día que había conocido a Calliope en el baile real, había habido un escándalo acerca de la señorita Jane Grant, como se llamaba entonces. Su medio hermano, el infame Thorne Blackmore, había irrumpido en Carlton House con su bandada de hombres para romper el compromiso de Jane y Richard y llevarse a su hermana a casa. Nathaniel había pensado que tanto Thorne como Richard eran hombres osados: el primero había enfadado al príncipe regente, el hombre más poderoso de Inglaterra, y el segundo a Thorne, el jefe criminal más peligroso de los barrios bajos de Londres.

—A mí, en cambio, no me gusta —dijo Poppy manteniendo la nariz más erguida de lo necesario—. Prefiero las aventuras.

—Bueno, eso lo tienes en común con Calliope —le comentó la duquesa viuda con una sonrisa suave—. Nuestra Calliope puede parecer una marisabidilla, pero esa es una de las coartadas que le gusta utilizar.

Nathaniel maldijo por lo bajo. Sin dudas, Calliope era lista e inteligente y no se echaba atrás cuando tenía una meta. Y él pasaría por las de Caín para mantenerla a salvo.

—Lo que ustedes tres necesitan —continuó la duquesa viuda—, es alguien que las ayude cuando debuten. Con el permiso de su hermano, me encantaría tomarlas bajo mi ala.

Las gemelas soltaron jadeos y suspiros de alegría que Nathaniel sintió como dagas en el corazón; era un recordatorio de que les había fallado a la hora de cuidarlas y brindarles el mejor futuro posible. Hazel, sin embargo, no dijo nada; Nathaniel notó lo difícil que le resultaba mantener la compostura, pero la mirada ardiente la delató.

—Kelford, ahora que es mi hermano, debemos tener una conversación… —comenzó Richard—. Y esto ha sido una gran

sorpresa, hermana —le dijo a Calliope—, sobre todo cuando te advertí que te mantuvieras alejada de él.

—Y yo también —añadió Preston.

—Sí, los dos me lo han dicho —acordó Calliope—, pero está hecho. Por favor, no compliquen las cosas. Preston, me has dado tu bendición. Richard, solo te pido que apoyes a mi nuevo esposo.

—Me pregunto cuáles son sus intenciones —dijo Richard mientras apoyaba el cuchillo y el tenedor sobre el plato—. Para clarificar, ¿ha firmado el contrato de matrimonio en el que se determina que no tocará la dote cuantiosa de Calliope?

Nathaniel enderezó la espalda y también bajó el cuchillo y el tenedor.

—Así es.

—Pero su padre era considerado el hombre más rico de Inglaterra —continuó Richard—. ¿No, abuela? Era más rico que la familia real. Más rico que el mismo diablo. O eso decían los rumores que oí.

—Yo también oí eso hace muchos años —repuso la abuela con cautela—. Pero no debes preguntármelo a mí. De seguro, el actual duque de Kelford te puede dar más información.

—Lo que mi hermano intenta preguntar es por qué su padre lo privó de la fortuna, Kelford —le preguntó Preston sin rodeos—. ¿Por qué el duque más rico de Inglaterra convertiría a su propio hijo en el duque más pobre del país?

A Nathaniel se le puso el cuerpo rígido y frío cuando las conversaciones de la habitación se apagaron y sintió la mirada de todos los invitados encima. Solo se oía la música, pero hasta los músicos lo miraban con curiosidad.

Pero las opiniones que más le importaban eran las de sus hermanas, que no sabían nada del verdadero motivo por el que la relación de él con su padre se había destruido por completo. Como en ese entonces habían sido demasiado pequeñas, no recordaban haber sido testigos del mismo horror que él. Sin importar lo mucho que los hermanos de Calliope quisieran explicaciones, no expondría a sus hermanas a la horrible verdad.

No les diría cómo los asaltantes de caminos habían detenido su carruaje avanzada la noche, ni que había oído a los guardias de la familia apearse de la parte trasera del carruaje para luchar. O que él podría haber abandonado la seguridad del carruaje y tomado un arma para hacer algo… Pero, en cambio, se había quedado sentado dentro, temblando de temor y apretando a la pequeña Hazel contra su cuerpo. En el asiento de enfrente, su madre había acunado a Poppy y Violet, que tenían un año de edad. Las había mecido cada vez más rápido, con los ojos abiertos de par en par.

Como si pudiera sentir su inquietud, la gata se levantó de una de las sillas que había contra la pared entre los lacayos, se bajó y avanzó hacia él. Al igual que antes, le abrazó la bota con la cola. A Nathaniel le comenzaron a picar la nariz y los ojos. De seguro, debía de ser una reacción a la gata y no una emoción que intentaba salir a la luz.

—Mi padre no pensaba que era un heredero digno —repuso Nathaniel.

Eso era cierto. Su padre siempre había tenido grandes expectativas de él, y Nathaniel lo había decepcionado una y otra vez. Pero luego de esa noche, su padre lo había detestado… y con justo motivo. Nathaniel no había logrado salvar a su madre, la duquesa.

—Mi padre consideraba que era desobediente, irresponsable y rebelde. Pensaba que no debía convertirme en duque. —Nathaniel tragó con dificultad—. Creo que esta fue su venganza y su manera de enseñarme una lección, en su intento de cambiarme de un canalla sinvergüenza a un hombre de familia.

A Hazel le temblaban tanto las manos, que el cuchillo resonó fuerte contra el plato, pero se apresuró a bajarlo. Tanto Poppy como Violet lo miraban con los ojos agrandados y llenos de tristeza. Había dicho demasiado. Recordaban bien a su padre; había fallecido cuando Nathaniel tenía veintiún años, las gemelas siete y Hazel nueve,

—Había abandonado los estudios en Oxford —continuó Nathaniel—. O, mejor dicho, me pidieron que por favor no volviera a aparecerme por allí. Bebía coñac para el desayuno desde que tenía dieciséis años… —«Y soy el motivo de que mi querida madre esté

muerta…». Se tragó ese pensamiento con dificultad. —Por eso, mi padre pensó que el único modo de convertirme en un hombre responsable era quitándomelo todo hasta que me casara y engendrara un heredero. Por desgracia, al castigarme a mí, también castigó a mis hermanas. Pero si nace un heredero o una heredera antes de que cumpla los treinta años, se reinstaurará nuestra vasta herencia.

El silencio reinó en la habitación, y Nathaniel sintió un cambio en el aire. Los ojos afilados de Preston, Richard y el duque de Loxchester se suavizaron.

—Sé lo que es tener un padre duro —dijo el duque de Loxchester.

—Lo comprendo, Kelford —añadió Preston—. Sé lo que es no sentirse lo suficientemente bueno como para haber nacido en la nobleza.

—O no vivir para alcanzar tu propio potencial —dijo Richard.

Algo se llenó de calidez en el centro del pecho de Nathaniel. No había esperado que esos tres hombres lo comprendieran. Pero suponía que había pasado tantos años aislado y castigándose por esa noche que no tenía ningún amigo con quien hablar.

—Sin embargo, le advierto que mi hermana no es una yegua de cría —continuó Preston—. Es mucho más. Es realmente increíble.

Nathaniel se rio.

—Créame que soy muy consciente de eso, Grandhampton.

Calliope podría ser lo mejor o lo peor que le había pasado en la vida.

Su esposa se le acercó con los ojos destellantes.

—Lamento oír que tu padre fuera tan cruel.

Una liviandad dulce le perforó el pecho, pero no se la merecía. Todos creían que era el mártir, la víctima. Aunque, en realidad, no lo era. Él era el culpable.

—Tenía sus motivos —dijo con la garganta casi cerrada.

La duquesa viuda asintió con la cabeza.

—Recuerdo a sus padres. Su padre era un hombre importante, pero no era nada fácil en ninguna circunstancia. Era muy cercano al rey Jorge, mientras gozaba de buena salud.

—Ojalá Spencer estuviera aquí —murmuró Calliope mirando al retrato de nuevo. Oírla le partió el corazón.

Todos le siguieron la mirada, y se volvió a hacer el silencio en la habitación.

—Sé que le habría gustado verme casarme —continuó Calliope—. Hubiera querido conocerte —le aseguró a Nathaniel, que tragó con dificultad porque tenía la garganta seca.

La debería haber ayudado sin pedirle que se casara con él a cambio. Era evidente que esa familia estaba sufriendo por el amado hermano que no se encontraba presente.

—¿Cuál es la situación con las guerras? —preguntó Penelope con la mirada fija en Nathaniel—. ¿Qué ha oído, *milord*? ¿Tiene alguna idea de dónde podría estar Spencer?

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Si lo enviaron a la guerra contra Bonaparte, podría estar en los países bálticos o en el Mediterráneo ahora. Lo último que he oído es que la Fuerza Naval británica está conduciendo operaciones para interrumpir el comercio francés y las líneas de suministros en los países bálticos. En el Mediterráneo, mantenemos control de las rutas marítimas para apoyar a los ejércitos que están luchando en España y evitar que los barcos franceses con suministros lleguen a destino.

—Oh, qué bien —soltó Calliope—. ¡Si se encuentra allí, parece que estamos ganando y podría regresar a casa pronto!

—¿Y si se encuentra en América? —preguntó Preston.

Nathaniel soltó un suspiro largo. La guerra estadounidense había comenzado el año anterior, provocada por el dominio de la fuerza naval, el reclutamiento de marineros estadounidenses para trabajar en barcos británicos y las restricciones comerciales. Lo primero que había hecho el joven país había sido intentar invadir Canadá, pero los intentos no fueron victoriosos. Con tantos hombres luchando contra Napoleón, Gran Bretaña se encontraba en graves dificultades para conseguir hombres que lucharan en la guerra estadounidense. Por eso, habían comenzado una serie de operaciones para reclutar soldados por la fuerza.

—Si está en América —continuó Nathaniel—, me temo que las cosas son más graves. La fortificación militar en la península de

Niágara, Fort George, siempre nos brindó gran apoyo naval, pero la hemos perdido ante los estadounidenses hace poco. Si estuvo en esa batalla, no lo envidio.

—¿Y puede ayudar? —le preguntó Preston con la voz casi quebrada—. Ahora es un miembro de la familia y un oficial de la Marina. Spencer es su hermano ahora. ¿Puede hacer algo para encontrarlo?

A Nathaniel le ardieron los ojos y asintió con la cabeza. Debería haberlo hecho en el primer lugar, simplemente porque era un ser humano decente y no por sus motivos egoístas.

Además, Calliope tenía razón. Al saber que estaba cumpliendo con su deber como oficial, jamás se había detenido a pensar qué estaba firmando: órdenes para arrancar a los hombres del lado de sus seres queridos y enviarlos a luchar sin su consentimiento. Al ver a esa familia tan afectada, preocupada y alterada por la desaparición de su hermano, se le retorcía el estómago de tristeza y repulsión. Los Seaton eran una familia adinerada y poderosa. ¿Qué había de todos los hombres pobres que habían sido reclutados a la fuerza? ¿Qué había de sus familias?

—Claro que los ayudaré —les prometió. Y no era solo una promesa por Spencer. Si alguna vez recuperaba su fortuna y se encontraba en una posición de poder, haría algo acerca de los operativos de reclutamiento por la fuerza.

—Gracias —dijo Richard.

—Sí, gracias —añadió Preston.

Sintió una mano cálida sobre la suya por debajo de la mesa. Mientras la conversación fluía hacia otros temas, vio a Calliope a los ojos.

—Yo también te agradezco —le dijo, y sintió que se le derretía el corazón en el pecho al mirar esos hermosos ojos agrandados—. ¿Has descubierto algo del oficial Bartholomew?

—Me temo que no, Calliope. No se encontraba en la oficina cuando lo fui a ver.

Calliope frunció el ceño y le quitó la mano cálida de encima.

—¿No se encontraba en la oficina? ¿En tres días?

—Solo he ido una vez —le dijo con un cosquilleo molesto en el cuello—. Tenía que prepararme para una boda en tres días.

—Eso era más importante que la boda —le gritó en un susurro apretando los dientes—. Además, ¿qué tenías que hacer para la boda excepto aparecer?

—Te vas a mudar a mi casa —repuso—. Y tiene que ser de tu agrado, ¿no?

—Oh, sí —intervino Violet entusiasmada—. Hemos limpiado bien, aunque no había mucho por limpiar… ¡Pero los perros estarán contentos de tener una nueva mamá!

Calliope se puso pálida.

—¿Los perros?

—¿No te llevarás a la señorita Furrington contigo? —le preguntó la duquesa viuda acercándose a ellos.

—¿Quién es la señorita Furrington? —preguntó Poppy.

A pesar de que Calliope no le había dicho el nombre del animal de pelaje blanco, Nathaniel sabía que tenía que tratarse de la gata.

—Mi gata —respondió la duquesa viuda—. Deberías tener a alguien familiar en la nueva casa, querida, en especial considerando que siembre has sido la favorita de la señorita Furrington. —Volvió la mirada de ojos tenues hacia Nathaniel—. Bueno, al menos hasta ahora.

11

—Bienvenida a Roxburgh —le dijo Nathaniel sosteniéndole la mano mientras se apeaba del carruaje más tarde ese mismo día.

Un jadeo se le escapó de la garganta. Calliope se podía imaginar cómo en otra época se habrían alineado los carruajes que llevaban a elegantes damas y caballeros a un baile, aunque ahora la mansión y todo lo que la rodeaba se encontraba en un estado deteriorado. Las paredes que rodeaban la propiedad se estaban desmoronando en varios puntos; se veían ladrillos que faltaban y otros cubiertos de desechos de aves. La entrada de gravilla tenía mucha maleza que crecía por doquier, y el jardín parecía un bosque descuidado.

La casa en sí era majestuosa; tenía mampostería de piedra alrededor de unas ventanas grandes, pero parte de esa mampostería también se estaba desmoronando. Los grandes escalones de la entrada estaban flaqueados por dos leones de piedra: a uno parecía faltarle un diente, mientras que, al otro, una oreja. Y a las puertas dobles se les estaba saltando la pintura y tenían el llamador colgando de un solo clavo. Por encima de la puerta, la madera del escudo de armas de los Kelford había sufrido daños por las lluvias y se veía el material que sobresalía por la pintura desgastada.

—¡Oh, conozco este lugar! —exclamó Calliope sin poder despegar los ojos de la fachada—. He pasado por este edificio muchas veces. Tiene una excelente ubicación en Mayfair, y las casas independientes son muy raras y valiosas en Londres.

No dijo que siempre le había parecido una lástima que nadie se tomara el tiempo y el esfuerzo de restaurar una casa tan hermosa como esa.

Nathaniel ayudó a sus hermanas a apearse del carruaje.

—Sí, es rara y valiosa. Es la única propiedad de la gran fortuna de mi padre que podemos usar —le informó Nathaniel con calma al tiempo que se acercaba a Calliope, y Hazel, Poppy y Violet avanzaban a toda prisa hacia las escaleras—. Pero no porque sea independiente, grande o tenga una codiciada ubicación en Mayfair. Es valiosa porque es el único hogar que conocen mis hermanas. Y he estado luchando a uñas y dientes para mantenerla.

A Calliope se le ciñó el corazón por él. Lo que les había contado a todos en la boda le había roto el corazón; su padre había sido muy cruel con su castigo al no permitirle acceder al medio de supervivencia. Se preguntaba qué había tenido que hacer Nathaniel para retener esa propiedad…

—¿Por qué no te casaste en todos esos años, Nathaniel? —le preguntó con cautela—. Ocho años es tiempo suficiente para engendrar un heredero.

El dolor que vio en los ojos turquesas hizo que se le ciñera el corazón aún más.

—Durante los primeros años, debo admitir que no pensé mucho en el tema. Y cuando me di cuenta de que me iba quedando sin tiempo, contraté a un abogado para encontrar la manera legal de reclamar mi herencia. Pero hace unos días, me informó que no hay esperanza alguna. Mi padre ha ganado y debo obedecerle. Aun desde la tumba, consiguió lo que quería. —Miró a las hermanas que acababan de llegar a la cima de las escaleras.

—¡Hermana, ven! —exclamó Poppy, la gemela alegre—. ¡Entra! Tenemos que mostrarte tu nueva casa.

—Espero que no quedes desilusionada —le dijo Nathaniel.

Calliope asintió con la cabeza, tomó la jaula con la señorita Furrington del carruaje y caminó tras Nathaniel para entrar en Roxburgh Place. La señorita Furrington observaba todo con los ojos grandes, las pupilas dilatadas, los bigotes tensos y las orejas

paradas y moviéndose en las direcciones de los sonidos que iba captando.

Abigail, la criada de Calliope que había viajado en la parte trasera del carruaje, se acercó a ella con una maleta liviana en las manos.

—¿Quiere que lleve a la señorita Furrington, *milady*? —le preguntó mirando con cautela Roxburgh Place.

—No, la llevo yo. Gracias, Abigail. Bueno, hemos llegado a nuestro nuevo hogar… Me alegra que hayas venido conmigo. Vamos a conocerlo.

Ese sería su hogar durante el resto de su vida. Calliope se tragó lo que sintió como una piedra en la garganta y caminó hacia la casa con el estómago lleno de nudos. ¿En qué se había metido?

Mientras ingresaba, vio un vestíbulo de entrada grande y vacío. Se veían parches de revoques descubiertos que sobresalían en las paredes de pintura roja saltada y desgastada. Debajo de los pies, el suelo de mármol tenía un complejo patrón casi desvanecido que circulaba por la piedra como un recuerdo casi perdido. Las manchas de desgaste constituían evidencia sólida del sinfín de damas y caballeros que habían caminado y bailado sobre esos suelos en elegantes veladas y bailes.

Vio unas amplias escaleras que mostraban señales del paso del tiempo con unos pasamanos tallados a mano que necesitaban ser pulidos. A ambos lados de las escaleras, había nichos decorados y vacíos; de seguro habían estado ocupados por estatuas y jarrones que habían desaparecido hacía tiempo para dejar unas siluetas difusas sobre las estanterías llenas de polvo.

En el medio del cielorraso, una gran marca redondeada sobre la madera blanca sugería la existencia previa de una gran araña. En reemplazo, había un solitario candelero sobre una pared con la cubierta de cristal partida y ennegrecida.

No había ningún cuadro, ningún aparador, ninguna estatua, ni jarrones con flores o sillas y mesas donde sentarse tranquilo y apoyar un bonete. Sin embargo, había dos criados que se encontraban de pie y observaban a Calliope con los ojos abiertos como platos.

Nathaniel miró a la mujer de unos cincuenta años con una silueta robusta y el cabello gris sujeto en un moño detrás de la cabeza. Miraba a Calliope con unos pequeños ojos marrones que denotaban nitidez y dos pequeñas arrugas alrededor de la boca que se curvaba hacia abajo.

—Les presento a mi esposa, Calliope, la nueva duquesa de Kelford. Ella es la señora Nicholson, nuestra ama de llaves, cocinera y criada.

¿Esa mujer hacía todo eso sola en esa colosal casa? No era de sorprender que llevara una expresión tan amarga.

Nathaniel miró al hombre rubio que no podía tener más de veintiún años. Era alto, tenía una nariz de tamaño considerable, manos grandes e iba vestido como un lacayo, pero tenía manchas de tierra en las prendas enmendadas con parches.

—Y él es Joshua Martin, nuestro mayordomo, lacayo y mozo de cuadra.

—¿Todo eso una persona? —jadeó Abigail detrás de Calliope. Todos se volvieron a mirarla, y la criada cerró la boca y bajó la mirada al tiempo que un intenso rubor le cubría las mejillas—. Disculpen.

—Entre la señora Nicholson y nosotras tres, nos las arreglamos —dijo Hazel con la voz tensa.

Calliope le sonrió con amabilidad.

—Estoy segura de que sí. —Una sensación de inquietud la embargó. Solo dos criados trabajaban en esa mansión gigante que bien podría ser la residencia real…

Sin dudas, era un gran cambio a lo que estaba acostumbrada: un mayordomo hecho y derecho, un ama de llaves, un plantel de lacayos bien entrenados y de criadas seleccionadas minuciosamente y un pequeño ejército de criados de diferentes rangos: desde criadas de trascocina hasta principiantes que trabajaban en la cocina. Por no mencionar al mejor cocinero que pudieran encontrar y varios ayudantes de cocina.

Al parecer, eso era lo único que podía costear Nathaniel sin el ingreso de la herencia, de modo que Calliope y Abigail tendrían que adaptarse. Y, por fortuna, Calliope tenía su propia dote e ingreso y

podía hacer lo que se le antojara con ese dinero. Quizás, podría ayudar.

—Es un placer conocerlos. —Les ofreció una sonrisa intensa—. Señora Nicholson… Joshua… disculpe, ¿prefiere que lo llame Martin? —Por lo general, al mayordomo se lo llamaba por el apellido, pero como ese hombre llevaba a cabo varios trabajos, no estaba segura de cómo llamarlo.

—Joshua está bien, *milady* —repuso el joven con una sonrisa encantadora que dejaba al descubierto unos dientes amarillentos—. Soy más lacayo que mayordomo, pero no me quejo. Con mi experiencia, jamás habría sido un mayordomo si *lord* Kelford no me hubiera dado una oportunidad.

Calliope asintió con la cabeza y le sonrió alegre. Se imaginaba que no había muchos mayordomos que quisieran realizar las tareas de un lacayo y un mozo de cuadra al mismo tiempo y, sin dudas, por menos que un salario modesto. No se podía imaginar que Nathaniel pudiera pagarles demasiado.

—Entonces, será Joshua —determinó.

—Por favor, sígueme —le dijo Nathaniel con el rostro tenso.

El resto de la casa se encontraba en el mismo estado que el vestíbulo de entrada. A pesar de que la grandeza de ese sitio era arrebatadora, era triste el estado en que se encontraba la mansión. El interior era antiguo, pero se encontraba limpio. En algunas habitaciones, los empapelados se habían pelado en varios sitios. El escaso mobiliario que quedaba era quizás de hacía cincuenta años atrás. Las siluetas desvanecidas de los armarios, cuadros y aparadores ausentes vivían en las paredes como extraños fantasmas.

Calliope abrió la jaula de la señorita Furrington y la sostuvo en sus brazos para sentir el cuerpo sedoso y cálido de la gata. Subieron las escaleras y recorrieron dos pasillos largos y anchos con muchas puertas que conducían a distintas recámaras. Tras subir a la segunda planta, vio más puertas de habitaciones. La señorita Furrington miraba todo con los ojos bien abiertos.

En su mente, Calliope había comenzado a hacer una lista de reparaciones urgentes, seguida de otra lista de cosas hermosas que

le gustaría ver. Cuanto más descubría, más ganas tenía de poner manos a la obra y encargar pintura, suelos nuevos, empapelados, muebles y cortinas. Le pediría a Penelope que pintara varios cuadros porque tenía un estilo precioso… Quería cuadros de flores para las habitaciones y los pasillos, y paisajes de campo y de mar en las salas de recepción, el estudio y la biblioteca. Y, por supuesto, retratos familiares.

—Salgamos por atrás —sugirió Hazel—. Verás las edificaciones domésticas.

Nathaniel se puso tenso.

—Hazel, estoy seguro de que Calliope jamás ha visto edificaciones domésticas siendo la hija y la hermana de un duque. ¿Por qué lo haría ahora que es una duquesa?

Hazel miró a su hermano con frialdad.

—Las chicas y yo somos las hijas y hermanas de un duque y vamos allí varias veces al día.

A Calliope se le tensó la garganta.

—Me encantaría ver las caballerizas.

—No hay mucho por ver —le informó Violet con tristeza mientras bajaban por los escalerones que no dejaban de chirriar. Calliope tomó nota interna de pedirle a la señora Nicholson que contratara a alguien para que las reparara.

—Roxburgh es hermosa —dijo Calliope—. Tiene una gran estructura. Mira el tamaño de las habitaciones. Las ventanas son hermosas, y los cielorrasos muy altos.

Las gemelas le ofrecieron una intensa sonrisa, pero Hazel apretó los labios en una delgada línea. Nathaniel hizo una mueca mientras salían por la puerta de los criados.

—Calliope, por favor, no hay necesidad de decir cosas que no son ciertas.

En las edificaciones de los criados reinaba el silencio; los aposentos eran tan antiguos como el resto del lugar, pero olían limpios y no se veía ni una partícula de polvo.

—No, no, Nathaniel —le dijo entusiasmada—. Lo digo en serio. Quizás tú veas pintura saltada, escalones chirriantes y agujeros en las paredes, pero yo veo potencial. Veo lo gloriosa que puede ser la

casa. Veo la luz hermosa que se colará en estas habitaciones cuando reemplacemos y limpiemos las ventanas. Veo el gran espacio que había en la sala de estar para poner un piano para las chicas y una gran mesa de juegos. Veo lo hermosas que quedarán las molduras de la chimenea cuando las decoremos con ramas de muérdago en Navidad. Veo un gran comedor con candelabros de cristal colgando sobre una mesa alargada para recibir a amigos y familia.

Llegaron al final del pasillo y lo que debería haber sido una puerta hacia el patio trasero, pero algo iba mal. Cuanto más hablaba, más profundo fruncía el ceño Nathaniel y más puntiagudos se le volvían los ángulos del mentón cuadrado en el hermoso rostro. Los ojos turquesas se le oscurecieron hasta adoptar un tono azul marino tormentoso.

—Y dime, por favor, ¿quién pagará por todo ese potencial? —Prácticamente escupió la última palabra como si fuera una maldición.

Calliope apoyó la mano en el pomo de la puerta.

—Yo. Este es mi nuevo hogar, y tengo mi dote. Además, tus hermanas van a necesitar vestidos nuevos, y será un placer…

—No —ladró Nathaniel—. No me darás ni un penique.

Las palabras la golpearon como un látigo, y Calliope se sobresaltó.

—Nathaniel, es evidente que tu casa tiene necesidades. Tus hermanas también. Déjame ayudar.

—Hermano, ahora este también es el hogar de Calliope —le dijo Poppy.

—No aceptaré caridad. Tus hermanos no quieren que toque tu dinero, y no lo haré.

¿Caridad? El desdén que le oyó en la voz hizo que se le retorcieran las entrañas. Pero Nathaniel había abierto la puerta y ya se encontraba afuera.

—¡Nathaniel! —exclamó Calliope y lo persiguió.

Había dado tan solo unos pocos pasos para cruzar el rellano cuando oyó unos ladridos altos en el aire y divisó a tres bestias que corrían hacia ella por los adoquines mientras gruñían, ladraban y le mostraban los dientes afilados. Una de las bestias era tan gigante

que parecía un oso con pelaje corto y piernas largas. Otra era una *beagle* pequeña, pero ladraba con gran ferocidad. La tercera probablemente fuera una mezcla de razas y era la que más agresiva se veía. Calliope sintió un dolor profundo en el brazo y el pecho. Una bola de pelos blancos le pasó por el rostro con un aullido de pánico que perforó el aire, y la gata salió volando de sus brazos.

El terror la chocó como una cuadriga de guerra, y Calliope soltó un jadeo y retrocedió a las apuradas sobre el rellano sin prestar atención a nada. Nunca le habían gustado los perros, y esos tres tenían miradas asesinas. Era evidente que estaban dispuestos a hacerla pedazos a ella… y a su pobre gata.

Cada vez se encontraban más cerca; ya casi habían llegado a las escaleras, y eso significaba que estaban más cerca de su garganta, con esos colmillos y esos hocicos gigantes, en especial el que era enorme. Dio unos pasos más hacia atrás hasta que sintió algo duro contra la espalda: el pasamanos. De pronto, oyó un crujido de madera y se cayó hacia atrás. Agitó los brazos en el aire intentando sujetarse a algo, pero no encontró más que aire vacío.

Ya podía anticipar la caída larga, el modo en que se le retorcerían los huesos y se le rompería el cráneo contra los adoquines, pero el impacto no llegó. Dos brazos fuertes la envolvieron y jalaron de ella hacia la superficie hasta que se encontró enterrada en el abrazo sólido de Nathaniel. Su aroma la envolvió: era una mezcla deliciosa de su piel, su colonia y sus prendas limpias. Calliope se aferró a la tela del chaleco como si fuera su salvavidas.

Nathaniel no le despegaba los ojos de encima, y Calliope comenzó a hundirse en su mirada. No podía respirar, sentía el pecho tenso, y el corazón le tamborileaba sin cesar. ¿Por qué no tenía miedo? ¿Por qué no lo empujaba y lo soltaba para poner la mayor distancia posible entre ellos? En lugar de eso, se sentía a salvo, se sentía protegida a pesar de que los perros seguían ladrando.

—Gracias… —murmuró.

—¡Sentados! —ordenó Violet, y los ladridos se acallaron—. Han asustado a esa pobre gata y a su nueva señora.

Sin interrumpir el contacto visual, Nathaniel asintió con la cabeza y la soltó.

Para sorpresa de Calliope, las tres bestias se habían sentado a los pies de las escaleras y pasaban la mirada entre Hazel, Calliope, las gemelas y Nathaniel. La más pequeña alzó la mirada hacia la casa. La pobre señorita Furrington estaba sentada en el pórtico triangular, moviendo la cola en el aire y con la mirada aterrada clavada en los perros.

—Hermano, debes admitir que necesitamos hacer reparaciones —señaló Violet, mirando el trozo de madera roto del pasamanos que estaba tan desgastado que se veía frágil—. Calliope casi se rompe el cuello.

A Nathaniel se le endureció la mirada mientras observaba los bordes del pasamanos.

—Sí, lo repararé yo mismo. Tenemos madera en el cobertizo. Arreglaremos todo el resto de la casa cuando reciba la herencia… —Clavó la mirada en el vientre de Calliope, y se le tensó todo el cuerpo en deliciosa anticipación.

De pronto, algo en lo que aún no había pensado se volvió muy claro. Esa era su noche de bodas, y su marido estaba ansioso por dejarla encinta.

12

Londres se veía oscura a través de la ventana cuando Calliope siguió a Nathaniel a su recámara luego de la cena.

La piel le cosquilleaba mientras le observaba los músculos de los hombros anchos moverse bajo el chaleco azul marino al encender las velas de sebo en los candelabros que había sobre la mesa redonda. La puerta se cerró despacio a sus espaldas, y Nathaniel se volvió hacia ella con los rasgos tan hermosos bajo la luz dorada de las velas que el corazón se le podría haber roto.

Los pómulos altos se le veían aún más afilados bajo esa luz; tenía los atractivos ojos como piscinas cristalinas rodeados de pestañas largas y enrizadas. Con la nariz fuerte y recta, los labios suculentos y anchos y la línea del mentón ancha, su rostro conformaba toda la perfección que se podrían pintar un sinfín de obras de arte inspiradas en él. Del cuello largo y grueso que descendía hacia los masculinos hombros con músculos como peñascos, le colgaba un pañuelo alto. ¿Tendría carne humana debajo de las prendas o estaría tallado por un artista en mármol?

A Calliope se le secó la garganta y se le entreabrieron los labios. Su ahora esposo tenía la mirada oscura y penetrante, como si intentara meterse debajo de su piel y descubrir su alma y todos sus secretos.

—¿Quieres un poco de vino? —le preguntó.

Calliope ya había bebido dos copas en la cena, y por lo general no bebía más que eso. Pero sentía los pies débiles, y no le gustaba

que no pudiera dejar de sujetarse las manos y de rasparse las cutículas. Haría lo que fuera falta para aliviar el nudo grueso que tenía en la base del estómago.

—Sí, por favor —repuso.

Mientras le servía el vino, Calliope posó la mirada en la cama grande que había en el otro lado de la habitación. Tenía un diseño grandioso con postes esculpidos detalladamente que ascendían hacia un dosel igual de exquisito. Tanto las cortinas de seda de un tono azul desvanecido como el cubrecama del mismo color susurraban historias de épocas pasadas; los patrones que en otro momento habían sido vibrantes se habían reducido a simples sombras. La cama parecía como si la hubieran hecho durante los días de su padre o quizás hasta de su abuelo; sin dudas, se trataba de una reliquia familiar que se había heredado junto con la casa.

Además de la cama, había dos mesas de noche con algunos libros apilados, que despertaron la curiosidad de Calliope. La puerta pequeña en la pared opuesta debía conducir al vestidor. Había un hogar con la pintura saltada y una antigua rejilla negra que se veía frío y vacío. No había más nada en la habitación.

Al igual que las otras recámaras, el estado lamentable de esa era obvio, pero Calliope podía ver su anterior majestuosidad con claridad. Decidió que ordenaría que pintaran las paredes de paneles de color turquesa, de un tono más oscuro y opaco que el de los ojos de Nathaniel. Y encargaría cortinas doradas con un cubrecama del mismo tono y muchas almohadas para esa gloriosa cama. También pediría que pulieran el suelo y compraría una gran alfombra acolchada para que caminar sobre ella con los pies descalzos le resultara placentero.

¿Qué tipo de cuadros le gustarían? Mientras intentaba recordar si en alguna ocasión le había mencionado algo que le interesara, entrecerró la mirada para verlo. Nathaniel se acercó a ella con una pequeña copa de cristal tallado con oporto. Sus dedos se rozaron suavemente contra los de ella cuando le pasó la copa y le produjo una descarga de sensaciones que sintió hasta en las rodillas.

—¿Qué cosas te interesan? —le preguntó Calliope sin aliento.

Nathaniel se rio entre dientes.

—¿En este momento? Solo tengo un interés: tú.

Podía verle los ojos oscuros cargados de significado sobre el borde de la copa de la que bebía. Calliope bebió un sorbo sin saborearlo. Debería mostrarse más segura, mucho más valiente de lo que se sentía en ese momento. Todos se habían retirado luego de la cena. Las chicas se habían ido a sus recámaras. Tras el terror de conocer a los tres perros y ser rescatada por Nathaniel, la señorita Furrington se encontraba escondida debajo de la cama de la nueva habitación de Calliope, que estaba conectada a la de Nathaniel por una puerta a la izquierda. Calliope había dejado a la gata con un aguijonazo de celos. Estremecida por las bestias y por el momento cercano a la caída, así como también por esa nueva casa, su nueva familia y su marido, Calliope no quería enfrentarse a su noche de bodas… Ni en ese momento… Ni probablemente nunca.

Y esa excitación extraña y ardiente que sentía en el fondo del estómago, de seguro no era anticipación por lo que estaba por ocurrir. Sabía muy bien lo placentero que se podría sentir acostarse con un hombre… si se podía creer en los libros. *De villanos y terciopelo* era una colección de nueve cuentos en los que damas de buena cuna acababan seducidas por todo tipo de libertino, canalla y granuja en medio de alguna aventura intrépida con persecuciones de piratas, vagabundos y asaltantes de caminos. Lo cierto era que Nathaniel bien podría haber salido de ese libro, con ese cuerpo grande y musculoso y esa voz tan profunda y seductora como un pecado.

Por todos los cielos…, ¿y si la noche con él acababa siento tan buena como las que describían en la antología? ¿Y si la hacían sentir tan bien como cuando leyó esos cuentos… antes de que William la descubriera? ¿Tan bien como se había sentido al acariciarse esa zona? ¿Podría Nathaniel hacerle sentir eso también? El corazón le latía desbocado en el pecho y no pudo respirar. Tomó el último sorbo del vino tinto que le supo a vinagre dulce y dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué tipo de cuadros te gustan? —le preguntó—. Las paredes están desnudas.

A Nathaniel se le tensaron los músculos del mentón y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—No hablemos de mis paredes desnudas, querida. —Se volvió hacia ella y dio un paso largo para detenerse lo suficientemente cerca como para que pudiera inhalar su aroma—. Hablemos de otra cosa que me gustaría ver desnuda… A ti.

La garganta se le contrajo. ¡Por todos los cielos, era como el protagonista de esos cuentos! Una ola de calor la arrasó y la hizo sentir necesidad y anhelo de algo… Sin embargo, ¿se trataba de excitación o vergüenza? La sombra de William King la acechaba desde lo más profundo de la psiquis como un centinela silencioso, oscuro y poderoso.

Lo vio en los ojos de Nathaniel: eso mismo pasaría entre ellos, a menos que lo detuviera. Como si la hubiera abofeteado el pánico, se dio media vuelta y se dirigió a lo primero que vio: los libros. Tomó uno de ellos sin mirarlo. El libro se titulaba *Las aventuras de Caleb Williams, o Las cosas como son*. Era de William Godwin, y en él se exploraba la injusticia política. Le arrojó una mirada llena de curiosidad a Nathaniel y lo ojeó. La mirada oscura de su marido no se perdía ni uno solo de sus pasos. Era como una caricia cálida y pesada sobre el cuerpo. ¿Cómo podía ser así? ¿Cómo podía querer eso, anhelarlo incluso, y temerlo al mismo tiempo?

—¿Te gustó este libro? —le preguntó—. Considerando que condenas a hombres inocentes a servir en la guerra en contra de su voluntad, no pensé que te interesaría este tipo de libros.

Nathaniel avanzó hasta ella despacio y se detuvo a cinco pasos de distancia para apoyarse contra uno de los postes de la cama.

—¿Qué tipo de libros, Calliope?

—Este libro se trata de cómo las instituciones poderosas pueden destruir la vida de una persona sin ninguna consideración de sus circunstancias. ¿No es eso mismo lo que el sistema de reclutamiento por la fuerza le hace a la gente? ¿Los arrancan de sus vidas y los depositan en una guerra sin consentimiento alguno? ¿No es eso lo que ese sistema le hizo a mi hermano?

Le vio un pequeño estremecimiento en el rostro, una expresión fugaz de arrepentimiento y tristeza, y a Calliope le dio un vuelco el

corazón.

—He tenido que hacer muchas cosas para mantener un techo sobre las cabezas de mis hermanas —le dijo—. Cosas de las que no estoy orgulloso. Leer ese tipo de libros me recuerda que sigo siendo humano y me da esperanzas de poder ser diferente algún día. Al casarte conmigo, me has dado esa esperanza.

En el preciso instante en que Calliope buscaba más maneras de tenerle aversión, de rechazarlo y mantenerlo a distancia, decía cosas como esa… Cosas que hacían que se le debilitaran las rodillas y se quedara sin aliento. Quizás no sería como William. Quizás tenía que deshacerse de esa sombra y permitir que Nathaniel se le acercara, que le enseñara y que la cambiara. Al fin y al cabo, William King ya no representaba ninguna amenaza: ya no podía casarse con ella.

—Lo entiendo perfectamente, Nathaniel —le dijo con una sonrisa—. De hecho, lo he leído dos veces.

Dejó el libro y recogió el siguiente sobre la pila… Y lo botó de inmediato como si la hubiera quemado. Sobre el papel barato de la cubierta se encontraban las letras más que familiares y la rosa florecida… *De villanos y terciopelo* de Lucien Montpellier.

Calliope se quedó petrificada y ardiendo de vergüenza y bochorno, al igual que hacía catorce años, cuando William la encontró con ese mismo libro. ¿Cómo podía ser? No había visto ese libro en muchos años y, sin embargo, el recuerdo le resultaba tan atractivo como vergonzoso.

—¿Qué sucede, querida? —le preguntó con los ojos destellando llenos de humor—. ¿Te interesa ese libro? Lo puedes tomar prestado. Es mucho más entretenido que Godwin.

¡Se estaba divirtiendo! ¿Acaso se estaba riendo de ella como lo había hecho William? Su reacción le debió parecer infantil. Mojigata incluso. Él tenía mucha más experiencia que ella, por lo cual su inocencia podría parecerle divertida. ¿Qué diría si se enterara de que su esposa de buena cuna había leído ese tipo de literatura de joven y que le había gustado y se había dado placer? La sombra en la psiquis adquirió fuerza y se oscureció. «Mujerzuela…».

—No —rechazó la oferta y se alejó de la mesa de noche como si fuera un nido de víboras—. No hace falta.

Cuando le pasó por delante, la sujetó de la mano y la hizo girarse hacia él para acercársela al cuerpo con suavidad.

—¿Qué sucede? Te ves consternada.

Calliope no pudo quitarle la mirada de encima. El corazón se le aceleró en el pecho, pero en esta ocasión no fue ni de entusiasmo ni de anticipación. Aunque no había ningún indicio de la diversión de antes, no pudo deshacerse de la sombra que había cobrado vida gracias a ese libro y esa sonrisa pícara.

—Estoy bien —le aseguró.

Nathaniel la observó con el ceño fruncido.

—¿Estás preocupada por lo que va a pasar entre nosotros?

¿Preocupada? Estaba preparada para huir del país. Detestaba a William. Por todos los cielos, cuánto lo detestaba. La había manchado con una sola palabra, con una mirada y un movimiento de los dedos que la habían marcado para el resto de la vida.

Podría contárselo todo. La bondad que reflejaban sus ojos y su preocupación genuina le decían que podría comprenderlo. Quizás no la juzgaría al final de cuentas. Una esposa y su marido deberían ser abiertos entre ellos, amarse y respetarse como lo habían hecho sus padres.

Pero un hombre como Nathaniel jamás comprendería a alguien como ella. Eran demasiado diferentes, como perros y gatos. Como los lirios amarillos intensos y el profundo mar azul. Él era un libertino y ella, una marisabidilla. Y así debería seguir siendo para él: una mujer de buena cuna, inteligente e independiente. No una dama vulnerable y débil, ni mucho menos una mujer con un secreto sucio.

Como no respondió nada, Nathaniel le acarició la mejilla con los nudillos y le clavó la mirada en los labios como si fueran una deliciosa cena que anhelaba saborear.

—Sé que debes de estarlo —le dijo—. Es tu primera vez, pero te prometo que te encantará.

Oh, cómo deseaba creer que le encantaría.

—Te he deseado desde el momento en que te vi —le murmuró, acercándola a él y envolviéndola en sus fuertes brazos duros—. Desde ese condenado baile real en el que estabas tan hermosa que

me dejaste sin aliento y tus ojos sagaces me atravesaron como un cuchillo a la mantequilla. Y me encantó.

Calliope no podía decir nada. ¿Qué se le podía decir cuando la tenía completamente hipnotizada?

—Y ahora por fin eres mía —le susurró antes de bajar la boca hacia la de ella.

En el momento en que le frotó los labios contra los suyos fue como si el sol hubiera colapsado con la tierra. El suelo se movió debajo de sus pies al tiempo que una ola de calor la recorría y le derretía los huesos. Cerró los ojos y se deshizo bajo la exquisita sensación de sus labios; inhaló su aroma masculino a hierbas y esa colonia fresca como el viento flameando contra la vela de un barco en el mar.

El aroma fue suficiente para que se aferrara a su abrigo y se lo acercara aún más. Calliope lo oyó inhalar profundo y apretarse contra ella, envolviéndola en sus brazos. Le pasó la lengua por el labio inferior, y se deshizo de pura alegría. Por todos los cielos, eso no se parecía en nada a lo que había leído en el libro; era mucho mejor. Era un beso de verdad.

Abrió la boca para dejarlo entrar. Oh, cielos, las caricias sensuales eran tan decadentes que le hicieron sentir una ola de calor en la entrepierna y le provocaron un delicioso estremecimiento. Nathaniel le frotó la lengua con la suya sin cesar, y ella lo imitó. Sus labios se juntaron y comenzaron a jugar; Calliope no quiso que jamás se acabara eso.

Nathaniel le soltó un brazo de detrás de la cintura y le tomó el mentón entre las manos. Tenía la palma grande, callosa y cálida y le provocó un cosquilleo en toda la piel. Mientras la exploraba con los labios y la lengua, le bajó la mano por el cuello y le fue llevando esa calidez a otras partes… Hasta que sus dedos encontraron el punto exacto en el que William le había causado tanto daño pellizcándola en el hueco entre el cuello y la clavícula.

El roce de Nathaniel no era más que una suave caricia. Pero ese punto… El recuerdo la invadió y la arrancó de esas sensaciones hermosas como con una bofetada. Un terror inexplicable la embargó. La vergüenza y el bochorno de ese día hicieron a un lado

las sensaciones cálidas y el deseo, y le hicieron desear hacerse un ovillo. De repente, abrió los ojos y empujó a Nathaniel con toda la fuerza que tuvo para alejarse de él. Su marido se trastabilló y casi se cae sobre la cama. Tenía los ojos y la boca bien abiertos y llenos de confusión.

—¿Calliope? —la llamó parpadeando.

Calliope se llevó las manos al cuello en un gesto de protección.

—No puedo.

Nathaniel dio un paso hacia ella, pero ella retrocedió.

—¿Acaso he hecho algo?

Se le aceleró la mente. Esa era su noche de bodas, y él tenía derecho a acostarse con ella. ¿Cómo podría explicarle el rechazo repentino? «Un muchacho me pellizcó y me llamó mujerzuela cuando me vio dándome placer mientras leía un libro». ¿Cómo podría decirle eso? ¿Cómo podría decírselo a nadie? Nadie más lo sabía, excepto ella, William y Spencer. ¡Spencer! ¡Podía mencionar a Spencer!

—No permitiré que te acuestes conmigo —comenzó entre jadeos—, hasta que hayamos progresado con mi hermano. Me prometiste que encontrarías al oficial Bartholomew, que nos podría dar más información, pero has fallado al cumplir esa promesa. No te dejaré entrar en mi cama hasta que la cumplas.

El cambio en su expresión le rompió el corazón. De confusión y arrepentimiento, pasó a reflejar una comprensión fría.

—Por supuesto —dijo estirando el cuello y con los ojos destellando como cristal—. Porque no soy nada más que un medio para lograr un fin.

Calliope tragó con dificultad.

—Al igual que yo no soy más que un vientre al que preñar. La última oportunidad de recuperar tu fortuna. Porque al ver todo esto, es obvio lo mucho que la necesitas.

Se arrepintió de las palabras en cuanto le salieron de la boca. Se detestó por haberlas dicho. Nathaniel echó la cabeza hacia atrás con una expresión de dolor. No dijo más nada, sino que se limitó a negar con la cabeza.

—¿No me quieres en tu cama? ¿Quieres progreso en la investigación? —Asintió con la cabeza con lentitud y se tornó frío y distante—. Como desee, señora. Le daré el progreso. Pero tiene razón. Y gracias por recordármelo. No es más que una mujer para dar a luz a mi heredero. Y yo solo soy un chaleco azul que le brindará acceso al Ministerio de Marina. Espero que disfrute su cama fría.

Tras decir eso, atravesó la habitación y se marchó. Calliope se quedó de pie sola, oyendo el sonido de sus pasos mientras se alejaban. Se quedó a solas con la sombra oscura de William.

Se había equivocado tanto. A pesar de que no se había casado con ese hombre detestable, él seguía presente en lo más profundo de ella. ¿Alguna vez lograría liberarse de él?

13

El puño estalló contra el estómago de Nathaniel y todo el lateral izquierdo del torso le explotó de dolor. Pero le dio la bienvenida. Haría cualquier cosa con tal de distraerse del hecho de que su preciosa esposa no creía que era digno de su cama, a menos que le diera la información que tanto anhelaba.

La multitud en Portside irrumpió en vítores sedientos de sangre a su alrededor.

—¡Puños Nobles! —oyó que unos pocos lo alentaban—. ¡Puños Nobles! —Hizo una mueca al oír el apodo vergonzoso, aunque apreciaba mucho oír ese apoyo.

Todas las apuestas estaban sobre su oponente esa noche: un escocés gigante que le sacaba una cabeza de altura. Se trataba de un MacDonald de Islay con el cabello negro y los ojos marrones.

—¡MacDonald! —exclamaba la mayoría de los presentes—. ¡MacDonald!

Puños Nobles era un eco distante en medio de un mar de voces que alentaban al escocés.

Nathaniel le dio la bienvenida al desafío. No solo le permitiría ganar una cuantiosa suma de dinero, sino que también le daba un oponente digno para derrotar los pensamientos de Calliope que le acechaban la mente. Ahora podía reemplazar el deseo ardiente que sentía por ella por el dolor puro.

Los tablones de madera se hundieron mientras movía los pies descalzos para evadir a MacDonald. Los dos hombres tenían el torso

al descubierto, y MacDonald parecía una montaña con unos bíceps grandes y duros como barriles de *whisky* y músculos en el pecho que parecían peñascos. Esos brazos podían hacer mucho daño, tal y como Nathaniel había sentido con ese golpe increíblemente poderoso. La cabeza le daba vueltas y tenía la visión del escocés flotando ante él. Y de seguro no se trataba del efecto del coñac que había bebido tras salir echo una furia de su recámara.

Los ojos duros del escocés estaban clavados en él y parecían los de un lobo sobre su presa. Nathaniel vio una oportunidad y movió el puño, pero el oponente se echó hacia atrás y el puño apenas le rozó el lateral del rostro.

Eso había sido un error. MacDonald le dio un puñetazo entre las costillas, y algo resonó y explotó dentro de Nathaniel. Jadeó en busca de aliento y se tambaleó hacia atrás al tiempo que se le acercaba el otro puño del escocés direccionado directo al torso.

Al percatarse del error de Nathaniel, la multitud irrumpió en vítores y gritos entusiasmados y otros enfadados de hombres que movían los puños con fervor. Todas las apuestas estaban sobre el escocés, pero si Nathaniel salía victorioso, regresaría a casa con una bolsa pesada. Ese dinero sería más que suficiente para reparar el pasamanos por el que casi se había caído Calliope y para pagar los salarios atrasados de la señora Nicholson y Joshua.

Moviéndose en círculos de espaldas a las cuerdas del cuadrilátero, Nathaniel tomó una profunda bocanada de aire para alivianar el dolor en el lateral. Que lo condenaran, su oponente era fuerte. Si Nathaniel no regresaba a casa con una costilla rota, estaría sorprendido.

Casa… Podría estar en la cama con su nueva esposa, hundiéndose en sus profundidades dulces y haciéndola acabar sin cesar. Podría haberla hecho cambiar de parecer. Algo la había asustado, y no había sido por el pensamiento de su hermano. De haberlo deseado, Nathaniel podría haber convertido el rechazo en un sí. Sabía cómo hacerlo porque jamás había estado enamorado de sus conquistas. Y tampoco estaba enamorado de Calliope. Pero entonces, ¿por qué le dolía tanto que lo hubiera rechazado? ¿De qué estaba huyendo? A lo mejor se debía a que ninguna de sus amantes

había visto la humillación cruda a la que se había reducido el verdadero estado de Roxburgh Place.

Pero su esposa sí. Había invadido su hogar con sus prendas exquisitas y sus comentarios acerca de cómo iba a arreglar todo. Con los planes para mejorar las cosas, le había recordado todo lo malo que había hecho al no brindarles un hogar y un ingreso apropiado a sus hermanas. Y también…

Por todos los cielos, quería que pensara bien de él. No quería que lo observara con lástima por el estado de sus finanzas o con desilusión por su falta de responsabilidad. Tampoco quería que lo mirara con temor, como si estuviera a punto de lastimarla. Jamás la lastimaría. Quería que quisiera estar en su hogar. Con él. Quería que lo mirara como lo había hecho en el baile real, cuando no eran más que un hombre y una mujer que habían bailado un vals juntos.

No sabía por qué debería desearla más allá de lo que le había dicho en Bond Street. Ella había dicho que era un vientre. Bueno, eso era lo que debería ser para él. Él le había aclarado que no habría amor. Que no habría romance ni felicidad. Pero entonces ¿por qué estaba desilusionado ahora? Porque era un tonto.

MacDonald lo siguió mientras se apartaba para reunir fuerzas. Pero de pronto, Nathaniel vio una oportunidad: MacDonald también estaba adolorido. Vio que mantenía el brazo izquierdo más bajo y que se veía un poco flojo. A lo mejor era por eso que lo había golpeado tan duro con el brazo derecho; porque debía ponerle fin a la pelea antes de que Nathaniel tuviera una oportunidad de defenderse.

A pesar de que Nathaniel no era un boxeador tan grande como esa bestia, de seguro era rápido y sabía cómo estimar el estado de un oponente. Amagó a moverse hacia la izquierda, como si estuviera a punto de huir del cuadrilátero para engañar a MacDonald y obligarlo a moverse y atacar el lateral desprotegido.

Nathaniel hizo a un lado el dolor, recurrió a la furia que sentía hacia Calliope, él mismo y su padre, y usó toda la fuerza y el poder que tenía dentro. Con un movimiento rápido, hundió los puños en las costillas del escocés. MacDonald apenas había logrado cubrirse con el codo, y una parte del esfuerzo de Nathaniel fue en vano, pero

el hombre se encontraba desorientado y cuando se volvió hacia él, le brindó la oportunidad de asestarle otro golpe en el brazo herido.

El escocés gruñó de dolor y le dio a Nathaniel la ventaja que necesitaba para echar el brazo hacia atrás y asestarle un puñetazo en el mentón. Se oyó un leve chasquido seguido de una bofetada, y la cabeza se le giró hacia un lado, al tiempo que la saliva le salía volando de los labios.

La multitud abucheó. Nathaniel vio que el hombre ponía los ojos en blanco al tiempo que sacudía la cabeza e intentaba ponerse de pie. Pero Nathaniel necesitaba el dinero. Necesitaba esa victoria. Algo que le diera esperanzas. Por eso, estiró el brazo hacia atrás y le asestó un puñetazo tan fuerte en la mejilla, que el impacto le hizo eco en la médula ósea. El hombre se cayó como un árbol talado, y el suelo se estremeció.

Nathaniel se despertó a la mañana siguiente en su propia cama. No se había quitado la ropa la noche anterior ni había querido molestar a Joshua para que le preparara un baño, de modo que apestaba a sudor luego de la pelea.

Sabía que se le había hecho tarde, pero miró el reloj de bolsillo que había dejado al lado de la cama mientras la intensa luz del día se colaba por las ventanas sin cortinas. Se debería haber despertado en esa cama con Calliope. Le debería haber llevado su primer desayuno como duquesa a esa cama. Como duquesa del duque más pobre de Inglaterra.

Debía darse un baño de inmediato. Iría a buscar a Joshua y, cuando estuviera limpio y vestido, iría al Ministerio de Marina para hablar con Bartholomew. Salió de la habitación cepillándose el cabello sobre la cabeza dolorosa con la mano. Mientras se acercaba al comedor, oyó las voces de sus hermanas y los sonidos de los cubiertos sobre los platos.

—…así que tomen —decía Calliope—. Han trabajado muy duro, y creo que es justo que reciban un aumento.

Al dar vuelta la esquina, vio que Calliope le entregaba unas notas bancarias a la señora Nicholson y a Joshua, que la miraban con una adoración tal que podrían creer que Calliope era una diosa. Una ola de ira lo embargó de inmediato.

—¿Qué estás haciendo?

Todos se volvieron a observarlo, y en la habitación reinó el silencio. Calliope, por su parte, se volvió con el hermoso rostro calmo y el mentón en alto, dejando expuesto el cuello perfectamente erguido. Lo recorrió despacio con la mirada y arqueó una ceja al tiempo que curvaba la boca hacia abajo.

—Buen día, esposo —lo saludó—. Veo que regresaste a casa de… donde sea que hayas ido.

Nathaniel se pudo ver a través de sus ojos. Se había marchado de su noche de bodas y la había pasado en otro sitio. Tenía el cabello enmarañado, las prendas arrugadas y sucias, el rostro sin afeitar… y apestaba a sudor, vainilla y coñac. Él mismo lo podía oler y se sentía asqueado.

—No has respondido mi pregunta —señaló—. Señora Nicholson, Joshua, ¿qué es eso?

—Disculpe, *milord* —repuso la señora Nicholson sin ningún indicio de arrepentimiento en la voz—. Son los salarios que se nos debían desde hace tres meses.

¡Qué lo condenaran! La culpa y la ira se mezclaron en su interior y formaron algo tan peligroso como la pólvora.

—Lo siento por eso, señora Nicholson, Joshua. —Se introdujo la mano en el chaleco y extrajo las libras arrugadas—. Tomen. Soy perfectamente capaz de pagarle a mi personal, Calliope. Por favor, devuélvanle el dinero a mi esposa y tomen estas notas. —Les depositó el dinero en las palmas a los empleados.

—Es demasiado, *milord* —le dijo Joshua.

Calliope lo estudió con los ojos duros mientras sus hermanas lo miraban con las bocas abiertas. Por todos los cielos, debía de lucir terrible.

—Tonterías. Joshua, por favor prepárame un baño de inmediato.

—De acuerdo, *milord*.

Sin embargo, preparar un baño le llevaría al menos una hora. ¿Podía esperar tanto?

—Mejor, no —cambió de parecer—. Ensilla a Hermes. Saldré.

Joshua lo observó con detenimiento.

—¿No quiere un baño de esponja, *milord*? —sugirió—. No llevará demasiado tiempo, y el agua ya está caliente para el té.

—Ensilla a Hermes, por favor —repitió. Clavó la mirada en los hermosos ojos de Calliope que lo fulminaban con la mirada—. Puedo esperar para darme un baño. Mi esposa me ha asignado una tarea urgente que no puede aguardar.

El joven separó el dinero que le había dado Calliope y lo dejó sobre la mesa. La señora Nicholson hizo lo mismo, y los dos se marcharon de la habitación tras darles las gracias.

La mirada celeste de Calliope se volvió tan oscura como un océano en plena tormenta.

—Así es, no puede aguardar. En especial considerando que mi marido me ha dado su promesa de fidelidad. —La voz le tembló al pronunciar la última palabra.

Nathaniel soltó una maldición por lo bajo y miró a sus hermanas, que los observaban con desilusión en los ojos. Tomó a Calliope del codo y la condujo afuera de la habitación.

—Rechazas mi dinero y mi ayuda —masculló Calliope enfadada—. Me has dejado anoche y no has regresado a dormir a casa hasta bien entrada la madrugada. Regresas con rasguños y apestas a perfume de vainilla. ¿Dónde has estado?

Nathaniel se paró con ella en la sala de estar y la fulminó con la mirada.

—Eso no tiene nada que ver contigo. Has dejado claro que no me dejarás acostarme contigo, de modo que, ¿por qué te importa si me acuesto con otra?

—Porque te paraste ante un hombre de Dios y me has dado tu palabra —escupió.

Nathaniel la fulminó con la mirada otra vez y sintió que el pecho magullado necesitaba aire.

—No estuve con ninguna otra mujer, Calliope. Ni tampoco lo haré.

Ella no le quitó la mirada de encima.

—Entonces, ¿dónde has estado?

No se lo podía decir. Ni siquiera les decía a sus hermanas cómo ganaba dinero adicional de una forma completamente ridícula y humillante para un miembro de la alta sociedad. ¿Qué tan bajo podía caer? No, no se lo diría a Calliope. Jamás volvería a mirarlo del mismo modo si lo hacía.

—Como te he dicho, tengo que hacer varias cosas para proveer para mis hermanas. Y para ti.

Ella se rio.

—No tienes que proveerme nada. Yo puedo proveer para ti. Déjame ayudar.

¿Que la dejara ayudar? ¿Que lo hundiera más en su humillación?

—Tu hermano se aseguró de que no tocara tu dote.

—No romperás el acuerdo si te lo entrego de buena voluntad, y no solo a ti. A tus hermanas también. A mi nueva familia.

El pecho se le tensó del impulso de aceptar y dejarla entrar. Anhelaba apoyarse en ella. Había estado tan solo lidiando con todo eso que era difícil imaginarse una vida en la que no tuviera que hacerlo. Pero no. Lo único que le quedaba era su orgullo.

—Conseguiré esa información hoy —le dijo con más frialdad de la que le habría gustado—. Y, cuando lo haga, me acostaré contigo.

A Calliope se le abrieron los ojos de par en par.

—Hermes está listo, *milord* —le informó Joshua desde el umbral.

—Gracias —le dijo y se volvió a Calliope.

—¿Vas al Ministerio de Marina? —le preguntó.

—Sí.

Calliope marchó hacia la puerta.

—Iré contigo.

No de nuevo. Calliope todavía corría peligro.

—No, te quedarás aquí.

—Pero, Nathaniel…

Sin quedarse a escuchar, se volvió y salió por la puerta.

Al cabo de veinte minutos, se apeó del caballo y vio a una dama elegantemente vestida con el cabello caoba debajo del bonete que

se bajaba del carruaje con el escudo de armas de los Grandhampton. Era su esposa.

14

«¡Por Dios Todopoderoso!».

Mientras avanzaba por la gran plaza frente al Ministerio de Marina, fulminó a Calliope con la mirada. Su esposa se apresuró hacia la entrada en la esquina opuesta, marchando al mismo paso y determinación que él. Mientras tanto, Nathaniel no podía dejar de abrir y cerrar los puños.

—Calliope —le dijo con la voz ronca cuando se encontró a pocos pasos de él—. Te he dicho que te quedaras en casa.

—Y yo te dije que quería información —repuso con las faldas verdes enredándose en el contorno de las piernas esculpidas. Esas piernas se podrían haber envuelto en su cintura la noche anterior—. Es evidente que no te puedes mover lo suficientemente rápido como para conseguir lo que buscamos, de modo que seguiré un consejo de sabiduría antiguo: Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo.

Se encontraron a unos pasos de las escaleras que conducían al interior del edificio, fulminándose con las miradas. Los mechones de cabellos caoba bailaban al viento. Nathaniel podía ver los orbes de sus senos subiendo y bajando mientras respiraba entre jadeos.

—Si crees que vas a poner un pie adentro, estás muy equivocada —le advirtió.

Se dio media vuelta y avanzó hacia el edificio para subir las escalinatas de dos escalones a la vez.

—Si crees que me quedaré afuera, eres tú el que se equivoca —le informó a sus espaldas mientras los tacones resonaban contra

los escalones de piedra.

Nathaniel se dirigió a uno de los dos oficiales que hacían la guardia y miraban a Calliope y a él con los ojos bien abiertos.

—No la dejen entrar —les ladró—. Bajo ninguna circunstancia puede entrar.

—Sí, señor. —Los dos oficiales lo saludaron.

Nathaniel se adentró en la oscuridad del edificio y se volvió para observar con satisfacción que los dos hombres se habían parado delante de Calliope, que los observaba con una mirada asesina.

—¡Nathaniel! —gritó—. Esto no es un juego. ¡La vida de mi hermano está en peligro!

—Ya lo sé —repuso—. Él está desaparecido, y tú debes quedarte al margen de esta investigación, porque… si no desaparecerás tú también. Yo me ocuparé de todo. —Se volvió hacia los dos oficiales y repitió—: No la dejen entrar.

Tras dejarla echando chispas, se dio media vuelta y cruzó el amplio vestíbulo mientras oía las botas resonar contra el pulido suelo de mármol. Se suponía que tanto ese día como las siguientes dos semanas, se quedaría en casa por la luna de miel. Pero esa luna de miel jamás ocurriría si no encontraba la información que necesitaba su esposa.

Subió las escaleras que conducían a la primera planta y giró en el pasillo que conducía a la Junta de la Fuerza Naval para buscar la oficina de sueldos. La habitación era lo bastante grande como para albergar los seis enormes escritorios de madera y a los empleados que trabajaban en ellos. Unas paredes de roble pulidas brillaban bajo la luz de las lámparas de aceite. Varias filas de libros de contabilidad estaban metódicamente ordenadas en unas bibliotecas grandes, tenían los años y nombres de barcos grabados con letras precisas de color dorado en los lomos de cuero desgastados.

La habitación olía a tinta, papel, almizcle y madera vieja. Se oían los arañazos de las plumas sobre los papeles y el ocasional golpe de las cuencas de los ábacos, así como también las conversaciones entre murmullos de los empleados que hacían cálculos y discutían las entradas.

Entre ellos se encontraba Bartholomew. Al divisarlo, Nathaniel avanzó hacia él. Era un hombre de buena contextura, mirada dura y de unos cuarenta años. Alzó la vista de los papeles.

—Kelford. —Frunció el ceño—. ¿No se supone que está de luna de miel?

—Sí, pero es un asunto urgente.

—¿En qué lo puedo ayudar?

—Me preguntaba si tiene las listas de los marineros de ciertos barcos que zarparon de Londres el año pasado.

—Oh. —Bartholomew bajó la pluma y se puso de pie—. Por supuesto.

Avanzó hasta la estantería con los libros de contabilidad.

—¿Hay algún inconveniente con los reclutamientos?

Eso estaba saliendo mucho más fácil de lo que había esperado.

—Sí, solo tengo que chequear en qué barco está sirviendo un marinero en especial.

—Por supuesto. —Bartholomew se detuvo al lado de las filas de libros de contabilidad y apoyó una mano sobre el estante—. ¿Qué barcos?

—Son cinco: Minotaur, Titan, Concord, Hector y Aeneas.

Bartholomew se quedó petrificado y le arrojó una extraña mirada interrogadora.

—¿Qué fecha?

—El tres de septiembre de 1812 —repuso con cautela. No le gustó ni un ápice la reacción de Bartholomew, que abrió y cerró la boca al oír la respuesta—. ¿Sucede algo? —le preguntó.

—No, claro que no —respondió el empleado—. Déjeme ver dónde están los libros de contabilidad de pagos de los marineros y oficiales a bordo de esos barcos.

Se dio vuelta a la fila de libros de contabilidad y comenzó a buscar la información. Encontró uno y lo extrajo, pero de pronto la puerta a sus espaldas se abrió con un estrépito y oyeron unos tacones contra el suelo.

Nathaniel y Bartholomew se dieron vuelta al tiempo que Calliope entraba echando humo. Bartholomew soltó el libro de contabilidad y la miró con una mezcla de confusión y sorpresa.

—Calliope —Nathaniel hizo una mueca cuando se detuvo a su lado—. ¿Cómo entraste aquí?

Calliope arqueó una ceja.

—Oh, por favor. Los oficiales fueron de lo más galantes. ¿Qué pueden hacer cuando una dama se desmaya del calor delante de ellos? Deben llevarla adentro para ponerla a la sombra. Y mientras uno corrió a buscar a un médico, el otro fue a buscar agua. Estoy segura de que se sorprenderán al regresar y descubrir el banco del vestíbulo vacío.

Nathaniel negó con la cabeza.

—Nathaniel, por favor recuerda tus modales y preséntame.

A Nathaniel se le hizo un nudo en el estómago. No podía comprender a esa mujer, pero tampoco podía ignorarla por más que así lo deseara en ese momento.

—Bartholomew, permítame presentarle a mi esposa, la duquesa de Kelford.

A Bartholomew se le aclaró la expresión al comprender. Esbozó una sonrisa amable.

—Es un placer conocerla, *milady*.

—El placer es mío —repuso Calliope con una sonrisa encantadora.

Qué mujer más terca y astuta. ¿Por qué no podía limitarse a escucharlo y mantenerse fuera de peligro?

—Bueno… —Miró la fila de libros de contabilidad—. ¿Has encontrado las listas de marineros?

A Bartholomew se le transformó el rostro y perforó con la mirada a Nathaniel.

—Me temo que ha habido un error, Kelford. Por mucho que haya disfrutado de conocer a su esposa, no puedo permitir que se comparta información militar con una civil. En especial, si se trata de una mujer.

El entusiasmo de Calliope se evaporó.

—Oficial Bartholomew, le aseguro que…

—Por favor. —Bartholomew hizo un ademán hacia la puerta.

—Pero… —comenzó Nathaniel.

—Kelford, se lo advierto —lo interrumpió Bartholomew—. Mi deber es hacia mi país y mi rey. Es mi última palabra.

Nathaniel sintió que había perdido una batalla y asintió, sombrío, con la cabeza.

—Ven, Calliope. Ya lo has oído.

—Pero Nathaniel…

Con suavidad la tomó del codo y la jaló tras él.

—Que tenga un buen día, Bartholomew —añadió antes de salir de la habitación con su esposa a rastras.

Tras cerrar la puerta a sus espaldas, se volvió hacia ella y vio arrepentimiento en sus ojos grandes.

—¡Casi me había entregado las listas antes de que entraras! —soltó con los dientes apretados y obligándose a no alzar la voz—. Te dije que te mantuvieras alejada. ¡Me podrías hacer caso una vez en la vida! ¿Acaso no ves que causas más problemas que soluciones?

Calliope enderezó el cuello.

—¿La familia de Bartholomew es adinerada?

Nathaniel negó con la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—¿Cuál es su posición social?

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—Responde la pregunta, por favor.

—No, su familia no es adinerada. Su padre construye barcos pequeños en el norte de Inglaterra.

Calliope le ofreció una mirada triunfal.

—Justo lo que creía. Y, sin embargo, lleva un gran anillo de oro en el dedo con un rubí que no parece nada falso. ¿No te has dado cuenta? ¿Y por qué le tembló la mano cuando tocaste el libro de contabilidad?

Nathaniel frunció el ceño un momento. No recordaba que Bartholomew se hubiera vuelto rico recientemente.

—¿Y eso qué tiene que ver con algo?

—Aún no estoy segura —le dijo con cautela—. Pero ahora que me he marchado de la habitación, ve a buscar las listas.

Nathaniel se suavizó y negó con la cabeza.

—No me has hecho caso antes, Calliope, pero escúchame ahora. Debemos dejar que se tranquilice. Se las volveré a pedir, pero no hoy. Es un hombre de reglas estrictas y tiene razón al no darle información a los civiles.

Calliope abrió la boca para protestar, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, pero debes hacerlo mañana.

—Gracias. Regresemos a casa. Necesito un baño, y pensaré qué otros pasos podemos tomar para encontrar a tu hermano.

15

—¿Y esa? —preguntó Poppy entusiasmada mientras señalaba la tienda de sombreros. Calliope y las hermanas de Nathaniel paseaban por Bond Street al día siguiente.

El sonido de los cascos de los caballos sobre los adoquines se mezclaba con las conversaciones animadas entre damas y caballeros elegantes que también paseaban por allí. Bajo sus pies, las piedras suaves se sentían reconfortantes. Estaban desgastadas por los infinitos pasos que habían recibido con el correr de los años.

Las modistas exhibían las últimas modas detrás de las relucientes vidrieras, y las telas delicadas llamaban la atención por los colores vibrantes y patrones ornamentados. La suave melodía de un violinista que buscaba limosnas les llegó a los oídos y apagó los murmullos de las conversaciones cercanas. Cada ciertos pasos, el dulce aroma de los ramos frescos de un puesto floral se sobreponía al más dominante de los caballos y el cuero.

Argos, el perro negro gigante de Nathaniel, jaló de la correa que llevaba Hazel arrugando la nariz ante la miríada de esencias que captaba: desde restos de pasteles de carne hasta el atractivo olor de otros perros. De tanto en tanto, Argos le ladraba a un carruaje ostentoso o le gruñía a otro perro con el cuerpo reducido a un manojo de energía curiosa.

Al recordar el primer encuentro con el animal, Calliope sonrió con satisfacción. El nombre Argos, famoso por ser el leal compañero de Odiseo, parecía demasiado grande para esa criatura tan traviesa, en

especial considerando la presentación poco favorable que habían tenido en las caballerizas.

Al igual que su gata, Calliope se mostraba cauta en presencia del perro y no estaba entusiasmada de haberlo llevado de paseo ese día, pero entendía que el pobre animal necesitaba un poco de aire. Además, le parecía de lo más divertido que, por primera vez en su vida, como era una mujer casada, podía ser la chaperona de alguien en lugar de ser ella la que necesitara de una chaperona. Y, como nunca había tenido hermanas, le encantaba mostrarles a las chicas Bond Street. A pesar de la falta de interés general en la vida social entre la alta sociedad londinense, le entusiasmaba ayudar a Hazel a debutar en su primera temporada. De seguro, el turno de las gemelas llegaría en los años siguientes, lo que también la llenaba de expectativas.

Las tres jóvenes eran un encanto de compañía. Miraban todas las tiendas y los establecimientos con los ojos abiertos de par en par y llenos de tanto entusiasmo que a Calliope se le derretía el corazón. Las pobres jamás habían tenido una madre que las llevara de compras. Cuando se detuvieron delante de la tienda de sombreros, Poppy casi se pegó a la ventana.

—¡Oh, ese bonete es hermoso! ¡Miren!

Sí que era hermoso. Era blanco y tenía unas adorables rosas de colores que iban desde el rosado hasta el melocotón.

—Te compraremos ese entonces —dijo Calliope.

Poppy soltó un chillido que hizo volver la cabeza a varios transeúntes, y Argos ladró preocupado.

—Quieto —le murmuró Hazel.

—Yo prefiero un libro —comentó Violet mirando al sombrero de soslayo y con algo de envidia.

—Les compraré un bonete a cada una —les dijo Calliope—. Y algunos lazos a juego también.

Las sonrisas que florecieron en los rostros de las chicas le rompieron el corazón.

Mientras Calliope abría la puerta de la tienda y dejaba pasar a las chicas con Argos, miró de reojo a la calle a sus espaldas y divisó a alguien de pie observándola desde la esquina de un edificio. Frunció

el ceño y parpadeó. No, eso no podía ser. Para que no la viera reparando en él, fingió que se le cayó algo en la acera y se agachó sin apartar la mirada disimulada del sujeto. Iba vestido como un hombre de la clase trabajadora; quizás se trataba de un cochero o de un lechero. Tenía puestos unos pantalones marrones fuertes que se le pegaban a las piernas musculosas y un chaleco descolorido que le quedaba grande y le colgaba del pecho. En la camisa, le vio unas manchas de tierra y suciedad de un día de trabajo. Una cofia desgastada le ocultaba los ojos atentos, que miraban alrededor como si estuviera pendiente de lo que lo rodeaba. Pero de repente, se apartó de la pared del edificio, se dio media vuelta y desapareció en la esquina.

Calliope decidió que se estaba imaginando cosas y se incorporó. No vio nada más fuera de lo normal en la calle. La gente continuaba caminando y hablando, entrando y saliendo de las tiendas.

Tras entrar en la tienda, las hermanas se pararon tímidas a esperarla. Le pidió a la asistente del sombrerero que les permitiera a las chicas probarse los sombreros que les gustaran. Mientras Poppy se ponía un bonete blanco, y Violet uno celeste con un lazo, Hazel se quedó de pie con el rostro sombrío y no se movió.

Calliope escaneó la calle a través de la ventana para ver si el hombre había regresado.

—¿Por qué no te pruebas un sombrero, Hazel? —le preguntó.

Los ojos de Hazel repararon en un bonete amarillo, pero la chica alzó el mentón en un gesto obstinado.

—Porque tengo todo lo que necesito. Además, a Nathaniel no le gustará que nos compres bonetes.

—Nathaniel no sabe lo que es estar en nuestro lugar —señaló Violet.

—Sí que lo sabe —la contradijo Hazel—. ¿Por qué crees que regresa a casa con cortes y magullones?

Calliope se acercó a Violet, que estaba de pie frente a un pequeño espejo y luchaba con el bonete. La ayudó a acomodárselo en la cabeza, y le quedó perfecto. Para terminar, le ató un moño bajo el mentón.

—¿Por qué, Hazel?

Violet miró a Calliope desde debajo de las pestañas.

—Oí a Joshua decirle a la señora Nicholson que así es cómo gana dinero.

—¿Qué? ¿Y eso qué significa?

Violet se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sabemos.

Calliope miró a Hazel, que evitaba mirarla a los ojos, y salió disparada hacia el bonete amarillo. La joven se apresuró a acariciar los lazos y los ornamentos haciéndose la ocupada.

—¿Hazel? —la llamó Calliope acercándose a ella—. ¿Qué sabes?

—Estoy segura de que no sé nada —le respondió con las mejillas sonrosadas y el cuello erguido.

—No nos dice nada a nosotras —intervino Poppy—. Lo único que sé es que hace más por nosotras de lo que quiere admitir. Nos consiguió a los perros para que nos protegieran, aunque no sé de qué. Acude a bailes a los que no quiere asistir. No regresa a casa durante varios días y, cuando lo hace, apesta a perfume y parece tan exhausto que es como si necesitara descansar una semana entera. Pero luego le podemos pagar a Joshua y a la señora Nicholson y les pide que compren carne, azúcar y té de buena calidad. A veces hasta nos compra libros nuevos.

—¡Poppy! —exclamó Hazel con un jadeo.

—Ella debería saberlo, Hazel —repuso Violet—. Es su esposa. Y nuestra nueva hermana.

—Esos siempre son nuestros días favoritos, Calliope —continuó Poppy al tiempo que movía el rostro de un lado al otro para estudiarse en el espejo—. Porque Violet nos puede leer nuevas historias.

A Calliope le volvió a dar un vuelco el corazón. Nathaniel llevaba el peso del mundo entero sobre los hombros, y ella lo había acusado de ser irresponsable. La culpa la acechó al pensar en el dolor que había visto en la mirada de su marido, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se vio obligada a tragarse el nudo que se le había formado en la garganta. Deseó que él pudiera aceptar que no tenía que cargar todo el peso solo, que ella estaba a su lado para ayudarlo.

—¿Saben qué? —les dijo con una sonrisa—. Compremos los bonetes y vayamos a una librería. Pueden escoger los libros que quieran. Y luego iremos a Sumhall y sacaremos más libros de la biblioteca. ¿Qué les parece?

Las gemelas se rieron y asintieron con la cabeza. Violet aplaudió, y Hazel se mordió el labio inferior, pero también asintió con la cabeza, aunque a regañadientes. No podía engañarla: aunque se negara a comprar un bonete, los ojos le brillaron al oír de los libros. Y sin importar qué, Calliope estaba determinada a comprarle el bonete amarillo.

Luego de pagarle a la asistente de la tienda, esperó a que envolvieran los bonetes en tres cajas redondas y se marcharon. Argos trotaba leal al lado de Hazel. El grupo iba charlando y riendo mientras avanzaban hacia la librería favorita de Calliope, que se encontraba a seis tiendas de distancia. Calliope alzó la mirada para ver si el hombre que las había seguido allí seguía presente… Se congeló un instante al divisarle la silueta. Se encontraba apoyado contra un carruaje y la miraba fijo.

Sintió una ola de terror, pero se obligó a sonreír, apartar la mirada y aparentar que no había reparado en él. Mientras seguía caminando por la calle con las chicas, pensó en qué podía hacer para protegerse y mantener a las hermanas de Nathaniel fuera de peligro. Suponía que era bueno haber llevado a Argos. El animal parecía lo suficientemente peligroso como para espantar a algunos villanos, incluido ese. Podían pedir ayuda a gritos; había mucha gente alrededor como para que ese hombre se arriesgara a intentar algo. Pero Calliope tenía que descubrir qué tramaba.

Mientras caminaban y hablaban de los libros que les gustaría leer a las chicas, Calliope echó una mirada de soslayo por encima del hombro. No lo vio por ningún sitio; solo había damas y caballeros bien vestidos a su alrededor, y se sintió a salvo. La librería que tenía en mente se encontraba en una parte angosta de la calle, y las cuatro giraron en la esquina. Allí era mucho más tranquilo. Las paredes de ladrillos de los edificios flaqueaban ambos lados con ventanas de cristal decoradas con geranios rosas y rojos, y a unos quince metros de distancia se veía el letrero de la librería.

—Es allí —les dijo Calliope.

Habían dado unos pasos más, cuando oyó pisadas a sus espaldas y se volvió. A tres metros de distancia se encontraba el sujeto que las había estado siguiendo y la miraba fijo. Una ola fría de terror la embargó, pero se volvió a dar vuelta para mirar hacia el frente.

—Hazel —la llamó y se acercó a la muchacha—, en un instante, quiero que corras y pidas ayuda. Ve a la librería lo más rápido que puedas.

Hazel abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué?

Calliope tragó con dificultad.

—Creo que alguien nos quiere asaltar.

El rostro de la joven perdió el color.

—¿Asaltar? ¿Aquí, en plena Bond Street?

A lo mejor el sujeto quería hacer algo mucho peor que asaltarlas, pero Calliope no le podía decir eso. Volvió a mirar por encima del hombro. El hombre se encontraba más cerca que antes.

—Sí, querida, me temo que sí —le respondió.

Volvió la cabeza y, por el rabillo del ojo, vio que se encontraba a menos de un metro de distancia.

—¡Corre!

Calliope se detuvo de golpe y se dio la vuelta para enfrentar al hombre, que había abierto los ojos como platos e intentó atacarla con los brazos. Con un movimiento simple y poderoso que le había enseñado Spencer y había practicado hasta el hartazgo, le asestó un golpe en la nariz. Se oyó el crujido de un hueso que le golpeó un nudillo, y sintió un dolor cegador en la mano. El hombre soltó un gruñido.

A Calliope le pareció oír que las chicas huían en busca de ayuda, pero se equivocó. Oyó un tremendo gruñido y vio a Argos pasar volando por delante de Calliope y saltar con todo su pelaje y sus músculos para enfrentarse al villano.

—¡Atácalo, Argos! —exclamó Hazel.

El hombre apenas se las ingenió para recuperarse del golpe de Calliope cuando el perro le mordió el tobillo y lo hizo soltar un grito tan fuerte que a Calliope le resonaron los oídos. Sin dejar de gritar,

el hombre extrajo una daga y comenzó a atacar a Argos. A Calliope se le congeló la sangre de temor por el perro.

—¡Calliope! —exclamó una silueta alta y musculosa desde la entrada del callejón—. ¡Chicas! —Calliope reconoció la voz de inmediato. Era Nathaniel. El estómago le dio un vuelco de alegría por su presencia y otro de preocupación por él.

De a poco se fue acercando más gente al callejón. El hombre seguía acuchillando el aire alrededor del perro, pero Argos lo había soltado y le gruñía y le ladraba de pie en una postura defensiva. Mientras Nathaniel y la gente a sus espaldas se acercaban más, el hombre salió disparado en la dirección opuesta. Argos y Nathaniel pasaron corriendo delante de Calliope para perseguirlo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hazel acercándose a Calliope—. ¿Cómo están tus nudillos?

Violet tomó la mano de Calliope entre las suyas y le quitó el guante para observar anonadada la piel sonrosada.

—Tienes que ser la mujer más extraordinaria de la historia.

16

—Calliope, ¿cómo pudiste hacer eso?

Nathaniel recorría la sala de estar de un extremo al otro, y sus pasos resonaban contra el desnudo parqué con un ritmo salvaje. No podía quitarse de la mente la imagen del hombre intentando apuñalar a su perro, su esposa y sus hermanas.

Ese día había regresado temprano del Ministerio de Marina con la lista de marineros a bordo de los cinco navíos en la mano y sintiéndose triunfal. Pero tras encontrar la casa vacía, le había preguntado a la señora Nicholson dónde estaban Calliope y sus hermanas, y esta le había informado que habían salido de compras. Como él mismo les había querido comprar algo, las siguió a Bond Street; pero al llegar, las vio dando vuelta a la esquina con un sujeto extraño pisándoles los talones. Recordó el terror absoluto que sintió al imaginar lo que les podría haber hecho. Los recuerdos de su madre y esa terrible noche en que no logró protegerla lo paralizaron como un tornillo de banco helado.

Se había apresurado a seguirlas y, por fortuna, las alcanzó a tiempo. Pero luego de que el hombre huyera, ni Nathaniel ni Argos habían podido dar con él. El pobre perro había recibido dos heridas, pero, por fortuna, no habían sido cortes profundos, y Nathaniel ya se los había limpiado y vendado. En ese ataque, una de sus hermanas o su esposa también podría haber resultado herida.

—¿Cómo pude? —repitió Calliope—. Yo no le pedí a ese hombre que nos siguiera.

—Sí, hermano —intervino Violet, que tenía a la señorita Furrington en el regazo. La gata estaba acurrucada en una bola y ronroneaba alto con la nariz oculta en la cola—. Calliope no pidió que un ladrón nos siguiera.

Nathaniel se pasó las dos manos por el cabello, y algunos mechones se le cayeron de la cola que se lo amarraba en la nuca.

—Sí, era un ladrón —añadió Poppy—. Vio las cajas con los hermosos bonetes nuevos y creyó que seríamos objetivos fáciles.

Furioso, Nathaniel negó con la cabeza. Veía la lógica en lo que decían sus hermanas, pero no se podía quitar de la mente la imagen de las flores muertas que le habían enviado a Calliope para sugerirle que dejara de investigar.

—Bueno —comenzó Calliope en voz baja y se clavó la mirada en los pies—, en realidad no era un ladrón.

—¿Qué has dicho? —ladró Nathaniel.

—¿Cómo? —preguntaron las chicas al unísono.

Nathaniel detestó con todo su ser el brillo de entusiasmo e intriga que les vio en los ojos. ¿Por qué no tenían miedo como él? ¿Cómo podían ignorar lo que ese tipo de hombres le podían hacer a una mujer? ¿Cómo no podían ver que eso no era ningún juego y que podían acabar yaciendo en un charco de sangre con el pecho y el corazón quietos para siempre? Muertas.

—No era un ladrón —repitió Calliope.

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntó Hazel—. Creí que nos siguió al callejón con una daga para robarte la bolsa.

—Bueno, un ladrón normal no haría eso en plena luz del día en la calle más ajetreada de Londres. Además, iba vestido como un trabajador, lo que evidentemente era una manera de camuflarse. Un verdadero truhan desesperado como para robarles a las damas cerca de una calle transitada se vestiría mucho peor. Y la daga… Era demasiado afilada y nueva. No creo que haya querido el dinero.

Cuando sus ojos celestes lo miraron, vio exactamente lo que estaba pensando. Se trataba de alguien que guardaba conexión con las flores. Alguien relacionado con la desaparición de Spencer.

—¡Es porque no te mantuviste al margen! —rugió—. Te dije que te apartaras de esa condenada investigación y no me hiciste caso. Y

ahora has puesto en peligro a mis hermanas, a mi perro… ¡y a ti misma! Todas ustedes —movió el brazo en un gran círculo para abarcarlas a las cuatro— tienen terminantemente prohibido poner un solo pie afuera de esta casa. ¡Ni un solo pie!

Pudo ver como Calliope casi se encogió ante el poder de su voz.

—¿Qué investigación? —preguntó Poppy con la voz baja, pero llena de curiosidad.

Calliope la ignoró, arqueó una ceja y enderezó la espalda.

—Quizás. De hecho, creo que tienes razón. Pero como también pudiste ver, fui capaz de defendernos. Tenía un plan. Sé boxear. Habría lidiado con él.

—Le dio su merecido, hermano —le aseguró Violet orgullosa—. Nos encontramos muy a salvo con ella.

El gruñido que le desgarró la garganta lo sorprendió hasta a él mismo. Con una fuerza que no debería haber aplicado, sujetó a Calliope del codo y la arrastró afuera de la sala de estar. Subieron las escaleras hasta la primera planta y se metieron en la primera puerta que encontró.

—¡Eres la mujer más exasperante que he conocido! —declaró—. ¿No ves el peligro en el que te encuentras? No solo tú, sino también mis hermanas. ¿Te puedes mantener al margen de esto y dejarme lidiar con el tema, por favor? Si no lo haces por tu propio bien, ¿lo puedes hacer por el de mis hermanas?

Calliope se cruzó de brazos.

—Definitivamente estoy de acuerdo en mantener a tus hermanas al margen, pero no me detendrán, Nathaniel. Y llegado el caso, tú también deberías mantenerte alejado de Bartholomew. La realidad es que no quería que ni tú ni yo viéramos ese libro de contabilidad. Y el anillo… —Negó con la cabeza—. Hay algo que no cuadra con ese hombre.

Nathaniel se mofó.

—Si hubiera algo que no cuadra, no me habría dado el libro de contabilidad.

Oh, la alegría de ver la conmoción en el rostro de su esposa fue casi tan buena como alcanzar un clímax.

—¿Te lo dio? —le preguntó—. ¿Dónde está?

Nathaniel la miró fijo antes de responderle.

—Ya te lo daré.

De repente, notó tres jarrones con lirios amarillos en la habitación y tres cuadros con paisajes del Mediterráneo que colgaban de las paredes.

—¿Esta es tu habitación? —le preguntó casi en un murmullo.

—Sí —le respondió con timidez.

Era hermosa. A pesar de que las paredes necesitaban una capa de pintura fresca, Calliope había conseguido cortinas de color verde musgo otoñal. Y la alfombra que cubría el suelo estaba entretejida con patrones rojos, amarillos y anaranjados. Nathaniel vio lo hermosa que sería esa habitación cuando Calliope acabara de remodelarla. Se pudo imaginar lo grandiosa que podría verse la casa con su toque y su mera presencia.

Clavó la mirada en la cama y tomó consciencia de que se encontraban a solas y había conseguido los papeles. Recordó el sabor de sus labios la noche anterior cuando la besó y la sensación maravillosa de su cuerpo pequeño en sus brazos.

—Te traeré el libro de contabilidad —le dijo acercándose un paso hacia ella—. ¿Recuerdas que me dijiste que me dejarías acostarme contigo cuando lo hiciera?

Calliope se sonrojó tanto que pudo haber encendido una fogata.

—Sí —susurró.

Nathaniel se acercó tanto que pudo inhalar su aroma delicioso. Olía a flores, a hierbas y algo dulce y propio de ella. Le tomó un mechón de cabello que se le salió del tocado con rizos que le enmarcaba el rostro y se lo acomodó en su sitio.

—¿Ese sí es porque lo recuerdas o porque me puedo acostar contigo?

Con satisfacción, observó cómo abría los perfectos labios rosados y se le oscurecían.

—Sí, lo recuerdo —le respondió.

—¿Y puedo venir a tu cama? —le preguntó a continuación.

Calliope tragó con dificultad y asintió con la cabeza. A Nathaniel le nació un gruñido en el fondo de la garganta, pero se las ingenió para sofocarlo.

—De acuerdo —le dijo—. Ya he mirado el libro de contabilidad y no encontré ningún nombre que se pareciera al de Spencer, pero de seguro querrás verlo por ti misma.

Calliope volvió a asentir. Nathaniel le tomó el rostro entre las manos.

—No temas, Calliope. Me aseguraré de que disfrutes cada momento del acto.

A Calliope se le dificultó la respiración y no logró decir nada. Así, él se alejó y se dio media vuelta al llegar a la puerta.

—Tuve mucho miedo por ti y mis hermanas. Ya has recibido una amenaza. Hoy dieron el siguiente paso para ejecutarla. Simplemente quiero protegerte, pero tú no me lo pones nada fácil.

17

Más tarde esa misma noche, Calliope se paró delante de la ventana de su habitación con la señorita Furrington sentada en el alféizar al lado del libro de contabilidad que había estado estudiando durante las últimas horas. La gata observaba a los perros con las pupilas tan dilatadas que prácticamente le cubrían los iris verdes.

Nathaniel se encontraba en las caballerizas. No podía oírlo a través del cristal, pero parecía que estaba entrenando a los perros. Los tres animales estaban sentados y alzaban la mirada con un aspecto dulce y feliz. Luego Nathaniel les decía algo y hacía un gesto, y los tres, atentos, se incorporaban y paraban las orejas.

A Calliope se le derritió el pecho. ¿Por qué sería que el corazón le daba un vuelco cada vez que lo miraba y se encontraba en su presencia? Quizás había algo en él que lo hacía parecer muy solitario. Sabía que lo había juzgado mal al principio, cuando lo conoció en el baile. No le había parecido más que un libertino. Pero cuanto más lo conocía, más le gustaba y más quería pasar tiempo en su compañía, mirarlo, hablar con él y… tocarlo. El beso que le había dado… El roce de sus manos y la sensación de su cuerpo contra el de ella le hacían sentir algo increíble y eléctrico, algo que le provocaba unas descargas de vida que le fluían por todo el ser.

Acarició el libro de contabilidad que Nathaniel le había llevado del Ministerio de Marina. Su marido había cumplido con su parte del acuerdo. ¿Cuánto tiempo más podría posponer lo inevitable? Tarde o temprano, se acostaría con ella y, con suerte, la dejaría embarazada.

Esa noche iría a verla, era lo que le había prometido. De solo pensar en continuar lo que habían empezado, le provocó un nudo estrecho en el vientre y una excitación hermosa en la sangre.

Nathaniel se dio media vuelta y quedó de lateral. Recogió tres palos y los arrojó al extremo más alejado del parque. Calliope reparó en la curva hacia abajo de los labios, el ceño fruncido de manera sutil y la mirada distante y vacía en los ojos, y se le cerró la tráquea. El temor se le derritió y le fueron ganando las ansias de hablar con él, así que salió de la habitación y bajó las escaleras para acercarse a él. Cuando abrió la puerta, los perros gruñeron y la empezaron a recorrer con la mirada hasta hacerla congelar. Nathaniel le echó un vistazo, y se le suavizó la expresión.

—Sentados —les ordenó a las tres bestias—. Esta es su nueva señora. Argos, hoy la has protegido. Eres un buen chico. Deberías hacerlo cada vez que necesite tu ayuda.

Argos dejó de gruñir, miró a Calliope con los ojos humedecidos y comenzó a mover la cola.

—Eh… —dijo Calliope sin moverse—. ¿Sigues ocupado con ellos?

—No —repuso Nathaniel dándoles unas palmadas en la cabeza. No tenía puesto un abrigo ni un chaleco, solo la camisa blanca con los botones del cuello abiertos y las mangas enrolladas para mostrar los hermosos antebrazos musculosos cubiertos de una mata de vello rubio. Calliope sintió una agitación agradable en la boca del estómago—. Hemos acabado, ¿no, chicos? —Su mirada se suavizó más al mirarla—. No tengas miedo, Calliope —le dijo con una ternura que hizo que se le estrujara el estómago—. No te tocarán. Ven aquí.

Tragó con dificultad.

—No estoy segura de que quieran que me acerque. Huelo a la gata.

—¿Les temes a los perros?

Calliope suspiró.

—Les temo a los perros con mandíbulas gigantes que gruñen, ladran y me miran como si fuera algo comestible. Prefiero a los gatos.

En los ojos le brillaron unas chispas de entretenimiento.

—Los gatos —repitió soltando un bufido—. Son animales inútiles.

Calliope no pudo contener un jadeo.

—¿Perdón? ¿Has dicho que son inútiles? Son excelentes compañeros. —Indicó con un dedo—. Son muy buenos cazadores y acaban con plagas. —Extrajo otro dedo—. Son tiernos. —Otro dedo más—. Y cuando duermen contigo, mantienen la cama cálida.

A Nathaniel se le oscurecieron los ojos.

—No necesitas ningún gato para calentar la cama cuando tienes a tu marido.

Calliope no pudo apartar la mirada de él; quedó, sin lugar a dudas, cautiva de sus ojos. Y, al no encontrar palabras, reprimió el temor que le incitaban los animales y bajó los escalones para acercarse a ellos con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. Los perros la miraron, y Argos inclinó la cabeza para olfatearle la mano. A pesar de que el perro gigante había ido con ella y las chicas de paseo ese mismo día, Calliope se las había ingeniado para mantenerse siempre a varios pasos de distancia. Sin embargo, en ese momento, se encontraba a un paso de él y tenía las rodillas y las manos temblorosas.

—Buenos chicos —les dijo Nathaniel—. Ella es su nueva señora, mi esposa.

Acto seguido, se volvió hacia ella y, cuando sus miradas se encontraron, algo en el pecho se le estrujó al oír las palabras.

—Ten. —Recogió un plato de comida con trozos de pan duro—. Dales un premio.

Calliope tomó un trozo de pan seco con los dedos temblorosos. Las mandíbulas de Argos le parecieron especialmente peligrosas al lado de la mano.

—No temas, amor —le dijo Nathaniel—. Son buenos chicos. Solo tienen que saber que eres parte de su manada, que eres alguien a quien deben proteger.

«Amor…». Oh, qué bien sonaba la palabra en sus labios. Pero se recordó que era un libertino. No había querido decir nada con esa palabra; por ende, no debería asumir lo contrario.

Calliope asintió con la cabeza. Por supuesto que tenía razón. Además, confiaba en él. Estiró la mano hacia Argos, que se relamió la mandíbula y gimoteó mientras movía la cola gigante de un lado al

otro y le clavaba la mirada en la palma de la mano. Los otros dos perros la observaban con gran interés y se fueron acercando.

—Toma, Argos —le ofreció—. Es para ti. Gracias por salvarnos hoy.

Argos sollozó y lamió el pan que tenía en la palma de la mano con la lengua húmeda y cálida. El estremecimiento de temor que la había recorrido antes quedó reemplazado por uno de alegría al ver que el perro masticaba feliz el pan. Se rio y miró el rostro satisfecho de Nathaniel.

—Bien hecho, Calliope —le dijo—. ¿Ves que no es tan temible?

Calliope asintió con la cabeza.

—¿Ustedes también quieren un poco? —les preguntó a los otros dos animales que la miraban con adoración. Se colocó un trozo de pan en cada palma y las estiró hacia los perros—. Aquí tienen.

Los animales soltaron unos sollozos de entusiasmo y le lamieron los bocadillos de las palmas haciéndole sentir el aliento cálido contra la piel.

Se enderezó para observar a los perros que masticaban el pan y sintió algo cálido y alegre en todo el cuerpo. Ya no la miraban con animosidad, ni le gruñían, ni le ladraban. Por el contrario, miraban el plato que tenía en las manos con gran anticipación.

—¿Les puedo dar más? —le preguntó a Nathaniel, que tenía los brazos cruzados y las largas piernas musculosas separadas. La observaba con una expresión calma y satisfecha en los labios.

—Sí —le respondió—. Diría que Argos en particular se lo ha ganado. Si ellos dos hubieran estado contigo, también se lo habrían merecido.

Mientras Calliope les daba más bocadillos y disfrutaba de observar a los perros masticar el pan con una sonrisa, pensó que le podría pedir prestado uno a Nathaniel cuando abriera la agencia. Se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. Podría encargarse de entrenarlos para que detectaran olores y la ayudaran en los trabajos que requirieran investigación, además de cuidarla no solo a ella, sino también a sus futuros empleados.

—Buenos chicos —le dijo mientras se comían los últimos trozos y les acarició la cabeza como lo había hecho Nathaniel—. Gracias por

haber espantado a ese hombre, Nathaniel —le dijo sin mirarlo, pero sintiendo la mirada cálida de él sobre ella—. Y por el libro de contabilidad.

—De nada —le respondió con suavidad—. ¿Has encontrado algo?

—Como has dicho, no se menciona a Spencer en ningún lado. —Por fin alzó la mirada para mirar a su marido a los ojos. Esa mirada turquesa le produjo un delicioso escalofrío—. Pero las listas de marineros y los sueldos de los cinco barcos están en papeles distintos.

Nathaniel frunció el ceño y su pose relajada se tornó tensa.

—¿Papeles distintos?

Calliope asintió.

—El papel en el que está escrito el resto del libro de contabilidad es más amarillento, como si fuera más viejo. Y el papel con las listas que buscábamos es más blanco. Es evidente que es más nuevo y que lo ha producido un fabricante distinto. También encontré rastros de pegamento.

A Nathaniel se le abrió y cerró la mandíbula mientras miraba el espacio vacío con el ceño fruncido.

—¿Estás segura?

—Sí —repuso—. Alguien no quiere que encontremos las verdaderas listas. Y ese alguien podría ser tu amigo Bartholomew.

Nathaniel movió la cabeza a un lado, y los músculos de los antebrazos se le tensaron bajo la piel.

—Pero eso significa que aún no sabemos en cuál de los cinco barcos se encuentra Spencer. Y no sé qué más podemos hacer en el Ministerio de Marina para averiguarlo. Creo que hemos llegado a un punto muerto allí. De modo que me parece que el siguiente paso sería ir a Portside y hacer indagaciones.

Nathaniel se descruzó de brazos y se quedó de pie mirándola con una advertencia en los ojos oscurecidos.

—No me digas que quieres ir en persona.

—Eso es precisamente lo que quiero hacer —declaró.

—Debes quedarte en casa. Te he dicho que te quedaras aquí.

—No es tu decisión. Es mi hermano.

—¡Calliope! —exclamó con una ira apenas contenida en la voz—. Yo iré a hacer las indagaciones. ¡Un hombre intentó atacarte hoy!

—Y si la persona que lo envió cree que me asustará, se equivoca.

—¡Eres imposible! —rugió—. ¡Te encerraré si es necesario!

Calliope soltó un jadeo.

—¡No lo harás! ¿Y qué haces aquí? ¿No deberías estar con alguna cortesana bebiendo y eso… o donde sea que hayas pasado la otra noche?

En ese momento, se volvió muy amenazante. Alto y hermoso, se encontraba de pie y nunca antes se había percatado de lo mucho que la superaba en altura y fuerza.

—Ya te he dicho que no he visto a ninguna cortesana, ni lo haré. Te di mi palabra.

Calliope asintió con la cabeza y la respiración entrecortada.

—Y entonces, ¿dónde estabas?

Nathaniel soltó un suspiro y agachó la cabeza como si estuviera aguardando alguna decisión.

—Fui a Portside. De vez en cuando, participo de peleas de boxeo.

Calliope no pudo respirar.

—¿De eso oyeron hablar las chicas?

El rostro de su marido se quedó en blanco.

—¿Lo saben?

—Sí, lo han oído de Joshua. Aunque Violet no entiende qué oyó en concreto.

—Demonios —masculló—. Por favor, no se los digas. No es de sorprender que mi sueldo del Ministerio de Marina no baste para cubrir los gastos. He estado boxeando durante varios años.

El sol se hundió entre los tejados e iluminó el cielo londinense con tonos ámbares y rosados mientras que los bordes de las nubes brillaban dorados. El viento se tornó frío y sopló fuerte hasta que a Calliope se le puso la piel de gallina.

—Tienes frío —le dijo—. Vamos adentro.

Calliope asintió con la cabeza y volvió a acariciarles las cabezas.

—Buenas noches, perritos.

Mientras emprendían el camino hacia la casa y subían las escaleras, las palabras que había dicho antes se le vinieron a la

mente: «No necesitas ningún gato para calentar la cama cuando tienes a tu marido».

—¿Estás lastimado de la pelea de boxeo? —le preguntó mientras subían los escalones chirriantes que conducían a la primera planta.

—Estoy bien —le aseguró.

—No te ves bien. Por favor, no lo vuelvas a hacer —le pidió mientras se detenían delante de la puerta de su habitación.

Nathaniel la abrió y entró sin dignarse a responderle.

—¡Nathaniel!

—Lo volveré a hacer si es necesario, Calliope —le dijo—. He intentado apostar con los naipes y las carreras de caballo, pero solo acabé más arruinado. El boxeo es algo que puedo controlar. Soy bueno boxeando y gano.

A Calliope se le cerró la garganta. Spencer había desaparecido durante una pelea de boxeo. Y el deporte mismo podía provocar heridas graves. ¿Y si le ocurría algo?

—Nathaniel, es peligroso, podrías resultar gravemente herido.

Nathaniel se acercó a ella, que de repente tomó consciencia de su cercanía, de su aroma masculino a almizcle y su colonia, una combinación tan embriagadora que quería untársela por todo el cuerpo.

Nathaniel le tomó el rostro entre las manos.

—¿Preferirías que volviera a tomar a una adinerada duquesa por amante para que me bañe en regalos?

Calliope sintió que la sangre le abandonaba el rostro. Nathaniel se rio con suavidad y casi autocrítica.

—Oh, sí, Calliope, he caído así de bajo para proveer por mis hermanas. Mi padre estaba equivocado. No era completamente inútil. Este rostro bonito y mis encantos de caballero no fueron en vano.

Calliope tragó con dificultad.

—Nathaniel…

—¿Me habías preguntado si acudía a cortesanas? Bueno, yo mismo he sido un cortesano, querida. ¿De qué otra manera llamarías a una persona que le da placer a mujeres adineradas y poderosas a cambio de los presentes que pudieran darle?

Podía ver lo avergonzado que estaba de eso, se le notaba en los ojos. El corazón le dolía de la empatía que sentía por él.

—Nunca tendrás que volver a hacerlo. Ahora me tienes a mí.

Los ojos se le encendieron de calor y le estudió el rostro, el cuello y el cuerpo entero como si estuviera explorando territorio nuevo.

—Sí, querida. Te tengo a ti. No he visto a más nadie desde que posé los ojos en ti.

Tras decir eso, le tomó el rostro entre las manos y la besó. Cuando sus labios rozaron los de ella, la recorrió un calor abrasador que le quitó la piel de gallina.

El beso… fue un beso celestial y hermoso. Los labios de su marido la acariciaban y provocaban con movimientos expertos y luego se apartaban para regresar a su boca. Era como si estuviera bebiendo de ella y cuanto más bebiera, más sediento quedaba. A Calliope le dio vueltas la cabeza, sintió el cuerpo flojo y cálido. Con cada bocanada de aire que tomaba, sentía más de su increíble aroma.

Calliope no pudo evitar pasarle los brazos por el cuello y pegarse a él. Estaba ardiendo, y él era su única salvación. Sintió los senos pesados y doloridos y una deliciosa tensión en el interior. A lo mejor, todo iría bien. Quizás Nathaniel no se reiría de ella. Le había dicho que la había deseado desde el primer momento en que la había visto… De seguro le había dicho lo mismo a la duquesa con la que se había acostado, pero, de todos modos, eso iría bien. Nathaniel sabía lo que estaba haciendo.

—¿Qué sucede, amor? —le preguntó mientras se apartaba, interrumpía el beso y la miraba con los ojos oscurecidos—. Te siento tensa. ¿Sigues teniendo frío?

Calliope tragó con dificultad.

—No tengo frío. Tengo bastante calor.

—¿Quieres que me detenga? —le preguntó recorriéndola con la mirada.

Calliope intentó contener el aliento.

—No lo sé.

—Si en algún momento quieres que me detenga, solo tienes que decírmelo. —Tragó con dificultad y pareció sentir un profundo dolor—. Pero le ruego al cielo que no lo hagas.

Tras decirle eso, volvió a besarle los labios y la volvió a dejar sin aliento. Le pasó los brazos por la cintura y se la acercó para abrazarla como un tornillo de hierro. La alzó, le pasó un brazo por debajo de las rodillas y el otro por la espalda. Calliope soltó un jadeo de sorpresa al sentirse liviana. Era un placer dulce sentirse pequeña y frágil en los brazos de ese hombre hermoso.

La recostó sobre la cama y la volvió a besar. Los labios le recorrieron el cuello y cuando se acercó a ese condenado punto en el que William la había pellizcado, Calliope se tensó. Pero como si lo hubiera presentido, continuó descendiendo hacia sus senos ovalados que sobresalían del corsé. Los besos le provocaban unas exquisitas y ardientes olas de deseo. Se estremeció tanto cuando le tomó un pecho y soltó un gemido de satisfacción que tomó una profunda bocanada de aire.

—¡Nathaniel! —jadeó.

¿Cómo podía sentirse tan aterrada y excitada al mismo tiempo?

—Qué pecho más bonito, amor —le susurró y, al igual que en uno de esos libros bochornosos, bajó la cabeza y la lamió.

Calliope soltó un gemido al sentir un fuego delicioso en todo el cuerpo.

—¿Te gusta esto? —le preguntó, pero en lugar de aguardar a que respondiera, bajó la cabeza y se llevó el pezón a la boca para succionarlo. Los tirones le produjeron olas de deseo que convergían en la entrepierna. Se sentía cálida y adolorida en ese punto, y juntó los muslos en el intento de satisfacer ese dolor. —Oh, sí que te gusta —añadió al detener esa tortura celestial y mirarle la entrepierna. Luego alzó la mirada y le ofreció una sonrisa a medias.

Tragó con dificultad y respiró entre jadeos. ¿Estaba sonriendo porque lo estaba disfrutando…, porque le gustaba… o porque se estaba avergonzando a sí misma?

—¿No? —le preguntó.

Como no vio ningún indicio de risa, asintió con la cabeza.

—A mí también —le confesó su esposo al tiempo que le recorría la pierna con la mano y se detenía en las rodillas. Le deslizó la mano por debajo de la falda, y rozó la pierna cubierta por las medias. Calliope se quedó congelada al sentir la palma pesada, cálida y grande que le producía placer al rozarle la piel. Y luego, muy despacio, Nathaniel le fue subiendo la mano por el muslo.

Con cada centímetro que subía, el placer en su interior crecía y le dolía, y lo único que quería era que llegara a destino: a ese maravilloso punto que ella misma conocía y sabía que le brindaría mucho placer.

¿Cómo se sentiría que la mano de un hombre la tocara allí? ¿Se sentiría tan bien como cuando la tocaba en otros sitios? ¿O como habría creído que se sentiría la mano de William sobre su piel? La sombra de William King se le asomó a la psiquis, pero se obligó a reprimirla.

Abrió las piernas para él, y como recompensa recibió un gemido de satisfacción. Y luego su marido le apoyó la mano allí y la hizo jadear del intenso placer que la recorrió como miel. Nathaniel le movió los dedos entre los pliegues.

—Estás increíblemente húmeda para mí, amor —le susurró Nathaniel.

«Por supuesto que estás húmeda. Mujerzuela…».

Calliope se estremeció y se incorporó para quitarse la mano de Nathaniel de encima.

—¿Qué sucede? —Él también se incorporó y la estudió preocupado—. ¿Te he hecho daño?

«Mujerzuela…».

¿Cómo podía ser tan tonta? La sombra se encontraba allí, en todos lados, y le torturaba el presente en cada centímetro de la piel. Jamás se desharía de William King, sin importar cuántos años hubieran pasado y sin importar que no se hubiera casado con él. Unas lágrimas le produjeron ardor en los ojos y se tapó el rostro con las manos.

—Calliope… —la llamó Nathaniel preocupado—. ¿Qué pasó?

Calliope quería poder controlarse y decir algo inteligente, algo que le permitiera mantener el orgullo y la dignidad. O quizás decirle

lo que tanto temía y la acechaba. Aún no había hecho nada para hacerle dudar de que entendería. Sin embargo, no podía. Abrirse a él implicaría mostrarle quién era en realidad. Una mujerzuela, una niña que siempre había sido malvada y sucia, y que leía y disfrutaba cosas que no debería.

Pero no tenía nada. Las lágrimas se tragaron todas las palabras. Sollozó angustiada. Tenía un libertino en la cama que estaba dispuesto a darle placer y no había mostrado ninguna señal de juzgarla, y a pesar de eso no podía dejarle hacer las cosas que un marido normalmente le haría a una esposa… Unos brazos fuertes la envolvieron y se sintió rodeada por su cuerpo cálido mientras lloraba contra su pecho.

—Ya, amor —le murmuró—. No hay nada que valga tus lágrimas.

Oh, si tan solo lo supiera…

18

—Poppy, querida, lo digo de todo corazón, no te rías tan fuerte —le dijo la duquesa viuda de Grandhampton con una sonrisa dulce, pero estricta.

Era la tarde siguiente, y Calliope había ido con las chicas y Nathaniel a visitar a Penelope y a Preston, así como también a la abuela, y a Richard y Jane, que habían decidido quedarse en Londres luego de que la luna de miel se viera interrumpida para acudir a la boda de Calliope y Nathaniel.

La sala de estar de Newdale era bastante agradable y alegre. Penelope estaba hablando con Hazel acerca de un cuadro que colgaba por encima del hogar mientras Poppy entretenía a todos con la historia de la persecución. A su manera típica, hablaba a todo pulmón y con mucha animación. Violet miraba con anhelo un libro que yacía a unos metros sobre la mesa de naipes; había oído la historia un sinfín de veces, por no mencionar que había estado presente.

Richard y Jane oían pasando la mirada de Calliope a Nathaniel, que les habían dicho a las chicas que les dijeran a todos que se había tratado de un ladrón que había ido tras su dinero, a pesar de que Calliope les hubiera dicho que no lo creía probable el día anterior.

Nathaniel estaba sentado al lado de Calliope en el sofá y guardaba silencio y mantenía la compostura, a pesar de que tenía la rodilla tan cerca de la de Calliope que esta podía sentir el calor que

manaba del cuerpo de su marido a través de las capas de las enaguas y el vestido. De vez en cuando, sentía la cálida mirada de él sobre la piel y, cuando lo miraba a los ojos, no se los quitaba de encima durante largos instantes. Algo había cambiado entre los dos la noche anterior, luego de que vergonzosamente lo había dejado tocarla para luego rechazarlo y acabar llorando abrazada a él durante gran parte de la noche hasta que se quedó dormida en su abrazo.

No estaba segura de quién era ese hombre. Lo único que sabía era que no era el oficial y el libertino que había creído al principio. Bien podría ser uno de los mejores hombres que había conocido en toda su vida. Con él, se sentía a salvo, aceptada, comprendida y… feliz. A pesar de que había intentado restringirla y confinarla en la casa, una parte de ella sabía que no tenía malas intenciones… por mucho que detestara las restricciones. A pesar de sus recelos, de sus modales bruscos y esa fachada de hombre irresponsable, se preocupaba por ella. Y ese era un hombre al que podría amar con facilidad. Con demasiada facilidad.

—Disculpen —dijo Poppy y se corrigió y borró la adorable mirada de entusiasmo del rostro para dejar lugar a una mueca similar a la de la abuela. A Calliope le parecía una pena ocultar el entusiasmo natural de Poppy bajo la máscara calma y serena de la hermana de duque bien educada, pero ella misma había sufrido la misma educación; era la educación que no habían recibido las niñas porque no habían crecido con una madre o una institutriz que les enseñara modales—. Y el hombre extrajo una daga…

—¿Una daga? —repitió Jane.

Jane se veía de lo más encantadora, y Calliope no pudo evitar sonreír cada vez que observaba a su nueva cuñada. Jane no era la tímida marisabidilla que llevaba vestidos grises y marrones que había sido antes de casarse con Richard. En lugar de eso, llevaba atuendos rosados y azules que la favorecían mucho. Además, había cambiado las gafas simples con marcos redondeados que solía llevar antes por un diseño atrevido e inusual, con bordes sesgados que creaban una notable impresión felina. Y cada vez que Richard miraba a su

esposa, el amor que destellaba era tan visible que a Calliope se le derretía el corazón.

Sus dos hermanos habían encontrado la felicidad y el amor, pero ella nunca creyó poder hacerlo. Hasta la noche anterior cuando, por primera vez, sintió que podría haberse equivocado al respecto.

Mientras Poppy hablaba y todos hacían preguntas, la mirada de Calliope no dejaba de regresar a Nathaniel quien, al parecer, también la buscaba. No podía saciarse de sus ojos ni de su atractivo rostro. Algo cálido se le asentó en la parte baja de la espalda. Y luego se movió hacia abajo… ¡Era su mano! Calliope abrió la boca conmocionada y miró a todos los presentes en la habitación, preguntándose si alguien se habría percatado de que la estaba tocando. Se volvió hacia su marido con los ojos abiertos como platos y exclamó en un susurro:

—¡Nathaniel!

Unos demonios le bailaron en los ojos turquesas, y se le formaron unas arrugas que anunciaron la aparición de una sonrisa apenas perceptible. Nathaniel se humedeció los labios despacio, y Calliope siguió la trayectoria de la lengua hasta que el cuerpo le comenzó a arder. Y luego, sintió que la mano descendía aún más y se quedó sin aliento cuando le apretó el trasero… Soltó un jadeo y apartó la mirada sin dejar de sentir el calor de la palma que se le extendía por toda la piel, por la carne y por el sexo.

—¿Te encuentras bien, Calliope? —le preguntó Jane con el ceño fruncido.

¡Oh, por todos los cielos, ese hombre le provocaría la destrucción! Sintió calor en todo el cuerpo. Debería sentirse humillada, avergonzada… ¿Y si alguien notaba algo? En lugar de reconocer lo que había hecho, Nathaniel se acercó más a mirarla, como para ver si se encontraba bien, y una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro.

—¿Te encuentras bien, amor? —le preguntó y se le acercó más como para estudiarle el rostro—. Por todos los cielos, qué hermosa eres cuando te sonrojas —le murmuró—. Y qué trasero más precioso tienes.

Además de sentirse conmocionada, se sentía… excitada, deseada y apreciada. A una parte de ella le encantaba ese juego, por más que no pudiera dejarlo continuar mucho más. Se mordió el labio inferior para contener una sonrisa.

—Me encuentro bien, gracias —le dijo y se puso de pie—. Pero estoy algo acalorada.

Apartó la mirada de él para evitar sonrojarse aún más; de seguro acabarían provocando una escena y brindándoles a sus hermanas un mal ejemplo de comportamiento social. Al fin y al cabo, el objetivo era pulir los modales de las chicas y prepararlas para su primera temporada el año siguiente.

Calliope se puso de pie y sintió la mirada cálida de Nathaniel que seguía cada uno de sus movimientos.

—¿Dónde está Preston? —preguntó—. Aún no he visto a mi hermano.

—Ha recibido una visita —le respondió Penelope—. Pero puede que ya se haya marchado.

—Iré a ver —dijo Calliope. Eso le daría la oportunidad de preguntarle si había descubierto algo acerca de Spencer.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó Nathaniel.

Por el rabillo del ojo, Calliope pudo ver la mirada entusiasmada y sorprendida que intercambiaron Jane y Penelope. El calor en la voz de Nathaniel no pudo haber pasado desapercibido.

—Por favor, quédese, Kelford —le pidió la abuela—. Su esposa es muy capaz de encontrar a su hermano sin ayuda. Cuéntenos las últimas noticias de las guerras.

Nathaniel alzó el cuello para mostrarse de acuerdo a regañadientes.

—Como desee, *lady* Grandhampton —repuso sin apartar la mirada de Calliope.

Ocultando una sonrisa, Calliope salió de la sala de estar y cerró la puerta a sus espaldas para apoyarse contra la madera y recomponerse. ¿Qué le estaba haciendo Nathaniel? A pesar de las lágrimas, todavía la deseaba. Lo acababa de dejar más que claro. Tanto sus ojos como sus manos guardaban una promesa… una promesa que quería que cumpliera.

¿Podría haber esperanza para ellos? ¿El suyo no sería simplemente un matrimonio en el que las dos partes conseguían lo que necesitaban? ¿Podría haber algo más entre ellos? ¿Quizás un destello de la verdadera felicidad que habían compartido sus padres? ¿Podría matar a la sombra de William si se abría a Nathaniel?

Cuando se apartó de la puerta, sus ojos cayeron sobre William. La conmoción fue como una bofetada y la dejó paralizada y con los pies pesados como el plomo. William acababa de dar vuelta a la esquina con los ojos echando chispas de furia bajo la máscara de amabilidad social.

Al verla, el rostro adoptó la misma expresión de sorpresa que el de Calliope.

—*Lady* Calliope —la saludó con frialdad—. ¿O debería llamarla duquesa?

Nathaniel hizo una reverencia tensa y se enderezó hasta pararse alto y oscuro en las penumbras del pasillo.

Calliope enderezó la espalda al tiempo que el temor le apretaba las entrañas. ¿Qué hacía él allí? Ya no tenía ningún poder sobre ella. Estaba casada. William no podía hacer nada.

—*Lord* Huntingham —le respondió el saludo—. Estaba yendo a buscar a mi hermano.

—Hummm —respondió avanzando despacio hacia ella y recorriéndole el cuerpo con una mirada asqueada que la hizo querer encogerse y desaparecer. ¿Cómo podría haber habido un momento de su vida en el que hubiera estado prendada de él? ¿Cómo podría haber pensado que era el chico más maravilloso del mundo? —Justo acabo de ver a su hermano.

—Muy bien —repuso tensándose de pies a cabeza.

Se detuvo a dos pasos de ella, que tomó consciencia de que se encontraba lo suficientemente cerca como para estirar la mano y pellizcarla. Sin dudas, era un pensamiento tonto, pero un punto en particular en el cuello le dolió.

—He venido a pedir tu mano en matrimonio —le dijo dejando a un lado las formalidades—. Imagínate mi sorpresa al descubrir que ya te habías casado con otro.

Lo dijo como si hubiera sido un insulto personal, como si lo hubiera traicionado. El labio superior se le curvó hacia arriba para dejar al descubierto una fila de dientes blancos que conformaban una expresión de desprecio.

—Así es, me he casado —le dijo—. Me temo que llegas demasiado tarde.

Las fosas nasales se le dilataron al tiempo que se acercaba más a ella, y los rasgos atractivos se le transformaban en una expresión similar a la de una serpiente.

—Bueno, has perdido la oportunidad de casarte con el único hombre respetable que hubiera querido a alguien como tú.

Calliope inhaló profundo y se sintió estremecer y reducirse a algo pequeño e insignificante.

—Recuerda que sé quién eres en realidad: una mujerzuela pervertida. —Volvió a pronunciar la palabra como una bofetada—. Yo te vi —continuó—. Te conozco y te hubiera aceptado tal y como eres.

Una pequeña partícula de saliva le aterrizó en el cuello, sobre la piel encima de la clavícula. Calliope comenzó a temblar, y todas las palabras que deseó decir se le quedaron atrapadas en la boca. Debería decirle lo que pensaba de él. Lo equivocado que estaba. Que no la conocía en absoluto. Pero ese punto en el que la había pellizcado le dolía y le ardía.

—Pero es mejor de esta manera —prosiguió—. Debo admitir que has entrado en mis fantasías privadas en los momentos más oscuros de mi vida, y le he rogado a Dios que perdonara mi alma. Te hubiera convertido en mejor cristiana, en una esposa obediente. Pero es mejor así. Las mujerzuelas pecadoras como tú se merecen estar casadas con asquerosos libertinos como Kelford.

Unas lágrimas de humillación le nublaron la vista y le quemaron los ojos. Rezó que el suelo se abriera bajo los pies y se la tragara. Se llevó una mano temblorosa al vientre en el intento vano de protegerse.

En ese momento, se abrió la puerta, y una silueta alta se acercó a ella.

—Aléjate de mi esposa —ordenó Nathaniel con la voz calma.

—Kelford —lo saludó William algo exaltado.

A través de la vista nublada, Calliope vio una figura grande de color azul marino con puntos dorados que se movía abruptamente contra la otra figura en negro. Oyó el sonido de un empujón y de pies que se movían seguido del repiqueteo de un jarrón y algo pesado que se caía al suelo y se rompía. Calliope se secó los ojos con el dorso de las manos temblorosas. Nathaniel empujó a William contra la pared. En el suelo, yacían trozos de un florero, flores y un cuadro con el marco quebrado.

—Te he oído, alimaña —le dijo Nathaniel contra el rostro de William mientras lo sujetaba del cuello—. Discúlpate con mi esposa ya mismo o demandaré satisfacción.

Entonces oyeron el sonido de muchos pasos que salían de la sala de estar, y el pasillo se llenó de gente. Preston apareció por el pasillo que conducía a su estudio y se apresuró a detenerse al lado de Nathaniel.

—¡Kelford, cálmate! ¡Él es mi invitado!

—Tu invitado ha insultado a tu hermana del peor modo.

Preston miró a Calliope con preocupación y se acercó a ella para envolverla en sus brazos protectores.

—¿Qué sucede, hermana? Nunca te he visto así de conmocionada. ¿Es cierto lo que dice tu marido?

La mirada aterrorizada de William se posó sobre Calliope y le rogó que mintiera por él. Pero ya se había cansado de él.

—Debe disculparse, Huntingham —le ordenó con frialdad mirándolo a los ojos. La voz le salió algo estrangulada—. Ya sabe lo que ha dicho.

Cuando William intentó liberarse de la mano gigante de Nathaniel, este echó el brazo hacia atrás y le asestó un puñetazo en el rostro. Se oyó el sonido de la mano golpeando la carne, y el crujido de la cabeza chocando contra la pared.

—Discúlpate —rugió Nathaniel—. O te arrancaré esa lengua que usas para decir asquerosidades de la boca.

—Disculpe, duquesa —le dijo William, pero no hubo ningún indicio de arrepentimiento en su voz—. ¿Están contentos?

—Ni por asomo. ¿Qué dices, Calliope?

A Calliope no le pareció que esa patética disculpa bastara para expiar los años de humillación a los que la había sometido. Y Spencer ya lo había molido a golpes en una ocasión; sin embargo, seguía molestándola. Pero no quería que Nathaniel se debatiera en un duelo. William no valía la pena, y no quería arriesgarse a que su marido acabara herido o muerto. De modo que esa disculpa tendría que bastar.

—Jamás volverá a acercarse a mí, Huntingham —le dijo.

—Me parece una idea excelente —gruñó Nathaniel—. Y agradécele a mi esposa su generosidad. De no ser por ella, te habría matado al despuntar del alba.

Los ojos oscuros de William se volvieron a posar sobre ella con desdén.

—Gracias —escupió.

—Lárgate de mi casa —ladró Preston—. No te quiero volver a ver cerca de mi familia. En lo que a mí concierne, estás acabado en Londres.

Nathaniel lo volvió a sacudir antes de soltarlo. William se tambaleó sobre los pies y se apresuró a salir de la casa.

Al siguiente instante, Nathaniel la envolvió en sus brazos como una gruesa manta de invierno, y Calliope le enterró el rostro en el pecho. William se había marchado, pero ¿alguna vez se vería realmente librada de él?

19

—Ven conmigo, Calliope —le dijo Nathaniel cuando las chicas se retiraron a sus habitaciones esa misma noche.

Tras terminar de cenar, Calliope, Nathaniel y las chicas se habían sentado en la sala de estar. Por primera vez desde que Calliope llegó a Roxburgh, la envolvió la sensación de armonía y de ser parte de una familia.

La noche londinense estaba oscura al otro lado de las ventanas; la manzana tenía una iluminación tenue gracias a las lámparas de gas y lo único que brillaba en la oscuridad era la fila de ventanas de las mansiones.

—¿A dónde? —le preguntó.

Habían regresado a Roxburgh Place luego de la terrible escena con William. Su familia no la había dejado a solas ni un instante, pero Calliope se había negado a contarles lo que había ocurrido. Por fortuna, Nathaniel se había guardado las palabras humillantes que había oído de William, aunque Calliope no estaba del todo segura de cuánto había oído en realidad.

—Se me ocurrió que te vendría bien alegrarte un poco hoy —le dijo mientras se ponía de pie, y su silueta alta y musculosa se ceñía sobre ella. Los hombros anchos se veían poderosos bajo el uniforme de la fuerza naval, y, como de costumbre, llevaba el cabello dorado sujeto en una cola. Le ofreció una mano con una sonrisa delicada en los labios—. Te prometo que te gustará.

Calliope quería decirle que en realidad no necesitaba demasiado, que ya le había dado más de lo que debía al haberla defendido… y al no mostrarse de acuerdo con las palabras fétidas de William. Le apoyó la mano fría sobre la cálida de él, y sintió la palma grande que se cerraba alrededor de la suya y la envolvía. Calliope se puso de pie sobre piernas temblorosas.

—No me vas a encerrar en una torre, ¿no? —le preguntó riéndose.

Nathaniel arqueó una ceja con un brillo entretenido en los ojos.

—Por mucho que me encantaría saber que te encuentras a salvo en alguna torre, protegida por un dragón… no. Al menos, no de momento.

Calliope alzó la cabeza.

—Me ha intrigado, *milord*.

Sin soltarle la mano, tomó una lámpara con una vela y la condujo hacia las escaleras. Subieron a la primera planta, pero para su sorpresa, no se detuvieron allí, sino que continuaron subiendo a la segunda planta, que se encontraba oscura y tranquila. Solo oían el crujido de la madera bajo los pies. El aire olía a almizcle y a polvo. Calliope se sorprendió aún más cuando siguieron andando. Nathaniel la condujo hacia el ala izquierda y avanzaron hasta la última puerta. Cuando la abrió, la lámpara iluminó unas escaleras en caracol que continuaban ascendiendo.

—De modo que sí vamos a una torre —señaló Calliope con curiosidad y entusiasmo.

—No exactamente —le respondió alzando la mirada. Sus ojos estaban llenos de tristeza y, sin dudas, recuerdos—. Esta puerta ha permanecido cerrada durante catorce años. Hasta hoy. —La voz le sonaba algo ronca y había una nota de dolor. Se aclaró la garganta y la miró—. La señora Nicholson ya debe haber terminado de preparar todo. Sígueme.

Calliope lo observó poner un pie en el primer escalón y comenzar a subir mientras iluminaba la madera antigua, las telas de araña y las huellas sobre una gruesa capa de polvo que yacía sobre los escalones. Con el corazón latiéndole desbocado, siguió a Nathaniel, que sostenía la vela para que también le iluminara el camino a ella.

Al llegar al rellano, Nathaniel abrió otra puerta, vieron la luz de la luna, y él salió primero. Cuando lo siguió, a Calliope se le escapó un jadeo.

Se encontraban en la terraza del techo, más cerca del cielo de lo que jamás había estado, y podían ver los infinitos techos de Londres bajo la noche estrellada. A pesar de que varios edificios los rodeaban, Calliope tuvo la extraña sensación de encontrarse a solas con él.

La terraza tenía el mismo tamaño que la sala de estar, y estaba rodeada del techo por tres frentes. En el cuarto, una barandilla de piedra daba a la silueta distante del palacio de Buckingham. Unas hermosas luces doradas de varias lámparas brillaban por doquier. En el centro de la terraza, había una manta grande con una pequeña cesta y una botella de vino con dos copas. Alrededor del perímetro de la terraza, había varias macetas con lirios amarillos.

Calliope se llevó la mano al corazón por temor a que se le escapara del pecho y se alzara volando hacia la nebulosa.

—Nathaniel… —susurró con lágrimas ardiéndole en los ojos.

Su marido la observaba maravillado.

—¿Te gustan?

Calliope asintió.

—Son hermosas. ¿Cómo has organizado todo esto? ¿Y cuándo?

—Desde que me dijiste que los lirios amarillos eran tus flores favoritas, no dejo de verlos por todos lados. Vi que alguien en el mercado los estaba vendiendo en el camino de regreso de Newdale, y mientras la señora Nicholson preparaba la cena, le pedí a Joshua que fuera a comprarlos y los trajera a este sitio. Aquí tendrán mucha más luz durante la tarde que abajo, en el patio. Pero tú puedes decidir dónde los quieres.

Calliope asintió con la cabeza y sintió el impulso de besarlo y apretarle el rostro contra el pecho para inhalar su aroma celestial y rodearse de él en compañía de las lámparas, las estrellas y los lirios.

—Ven a la barandilla —le dijo Nathaniel tomándole la mano—. No le temes a las alturas, ¿cierto?

Calliope se rio y negó con la cabeza.

—No.

Se acercaron a la barandilla desgastada por el tiempo, y Calliope contuvo el aliento al observar las calles de Mayfair iluminadas por la luz de la luna y las lámparas de gas, y las luces que se perdían en la oscuridad mientras miraba en la distancia. Los tejados parecían plateados en la noche; en su mayoría eran planos y se veían varias filas de chimeneas que sobresalían en el aire. El aire era fresco, y el viento jugaba con los mechones de cabello que se le habían soltado. Estaba tranquilo. Un carruaje pasó a ritmo lento por la calle debajo y, al cabo de unos instantes, se escuchó otro más. Unos criados discutían a unas casas de distancia. Las palomas arrullaban. Un caballero caminaba sobre la calle a la izquierda, y la silueta oscura apareció bajo la luz de la lámpara para luego volver a desaparecer en la oscuridad.

Calliope alzó la mirada al cielo y se perdió en la miríada de estrellas que brillaban sobre ellos. Luego miró a Nathaniel, que no le quitaba los ojos de encima. Su marido tenía una expresión relajada y suave por primera vez desde que lo había conocido.

—¿Por qué no has venido aquí en catorce años? —le preguntó con suavidad—. Es un lugar hermoso. Es la gema de la casa.

Nathaniel asintió al tiempo que los ojos se le cubrían de tristeza. Bajó la mirada a las manos que se aferraban a la barandilla.

—Este era el lugar favorito de la casa de mi madre —le dijo con la voz serena—. Se ocultaba de mi padre aquí conmigo. A él nunca se le ocurría buscarla aquí.

A Calliope se le transformó el rostro.

—¿Se ocultaba?

—Mi padre no era un hombre fácil. —Nathaniel se rio—. ¿Cómo podía serlo si era el duque más rico de Inglaterra y el hombre más poderoso luego del rey? Tenía expectativas implacables de mí y de mi madre. Y no dejaba de señalar todo lo que hacíamos mal.

A Calliope se le congeló la piel. Su padre también había sido un hombre estricto, pero jamás había dudado de que amaba a todos sus hijos y de que adoraba a su madre.

—¿Qué hacía?

—Sabía exactamente qué palabras decir para causar daño. Decía que mi madre era demasiado obesa y débil para ser una duquesa.

Que se daba demasiados gustos con la comida. Cuando comenzó a comer menos y adquirió el hábito de vomitar las cenas, adelgazó mucho, y eso tampoco le agradó nada. Con él, mi madre era una sombra. Pero cuando se encontraba lejos de él, era luz pura. Antes de que las chicas nacieran, veníamos aquí a observar la ciudad desde arriba. Nos sentábamos en esa manta que ella misma había tejido.

—Nathaniel… —Le cubrió la mano con la suya y sintió toda su ira, su desprecio y su dolor—. Qué hombre más terrible.

Nathaniel se rio entre dientes.

—Y yo nunca era lo suficientemente inteligente ni me comportaba de manera apropiada. Jamás acabé los estudios en Oxford. Luego de la muerte de mi madre, empecé a beber, a acudir al peor tipo de veladas, a apostar; no me interesaba en lo más mínimo ser un duque. Pero como mi padre no tenía otro heredero, no me podía desheredar porque, de lo contrario, su línea de sangre habría acabado. Por eso creó el testamento para conseguir lo que quería. Pero todo empeoró mucho más cuando descubrió el verdadero motivo de la muerte de mi madre.

Calliope tuvo ganas de envolverlo en sus brazos y se acercó a él hasta apretarse contra el lateral de su cuerpo.

—¿Cuál fue el verdadero motivo de la muerte de tu madre?

Nathaniel la miró con un dolor y culpa en los ojos que le partió el corazón en dos. La respuesta que le dio hizo que se congelara como una estatua de hielo.

—Yo.

20

Nathaniel sintió que la palabra se le escapaba de la boca y no pudo creer que la hubiera dicho.

Lo había pensado en incontables ocasiones a lo largo de los años. Lo había vivido y lo había respirado. Y era gracias a ese oscuro secreto que había terminado donde estaba. Pero decirlo en voz alta era como liberar a un demonio que había mantenido encerrado bajo llave. Era aterrador y doloroso… Y totalmente liberador.

Nunca más lo volvería a ver como lo había hecho cuando vio la terraza, las lámparas y los lirios. Del modo en que deseaba que lo mirara todos los días durante el resto de sus vidas. La confesión le había borrado la mirada tierna del rostro para dar paso a una mueca de confusión y dolor que le deformaba los rasgos.

—¿Tú? —repitió—. ¿Qué quieres decir?

Nathaniel inhaló una profunda bocanada de aire que le cortó la garganta tensa como una daga. Apartó la mirada para clavarla en un punto oscuro de la ciudad.

—Tenía quince años, las gemelas, uno, y Hazel, tres. Íbamos de camino a Londres desde nuestra propiedad en el campo, Kelford Manor, y era tarde por la noche. Mi padre nos había convocado a Londres porque quería organizar un baile para el rey y la reina y requería la ayuda de mi madre para hacerlo. Avanzábamos en la oscuridad, pero teníamos planificado detenernos en breve en una posada para pasar la noche y continuar el camino a Londres al día siguiente. Las gemelas estaban durmiendo, acunadas en los brazos

de mi madre, y Hazel estaba acurrucada contra mí. De pronto, el carruaje se detuvo. Oí el relincho de los caballos y unas voces masculinas. Luego, los disparos de unas pistolas.

Sintió que Calliope se tensaba contra él; su esposa le pasó el brazo por los hombros a pesar de que no podía abarcarlo por completo.

—El olor de la pólvora acre se coló por las ventanas —continuó reviviendo el recuerdo de esa noche oscura—. Pero, de pronto, reinó el silencio. Mataron al cochero y al lacayo, que también eran nuestros centinelas. Los ojos de mi madre se veían muy blancos en la oscuridad, y me sentí aterrado. Como sabía que había unas pistolas bajo el asiento del carruaje, le dije que se pusiera de pie para poder tomarlas. Mi madre me hizo caso y me oculté las armas en la espalda.

Un nudo doloroso se le formó en el cuello, y sintió como si el pecho le fuera a estallar.

—Uno de los asaltantes de caminos apareció en la ventanilla y nos miró antes de abrir la puerta. Nos dijo que saliéramos y les entregáramos todo el oro, las joyas y los objetos de valor. Mi madre y yo nos bajamos del carruaje, pero dejó a mis hermanas adentro. Había siete u ocho ladrones, y todos tenían armas en las manos. Mi madre les aseguró que les entregaría todo y comenzó a quitarse los anillos y el colgante. Luego les dio la bolsa. Cuando uno de ellos le ordenó que se quitara el vestido, tomé las pistolas y disparé. Le asesté a uno en la pierna, pero la otra erró el tiro.

De repente sintió como si la garganta se le estuviera encogiendo y se le hubiera secado como la piedra debajo de los dedos.

—Se enfurecieron y comenzaron a gritar y a soltar maldiciones. Uno de ellos bajó el arma para apuntarme a mí y la disparó. Supe que estaba muerto. Vi la explosión del fuego como si la hubieran pintado en la noche. Sentí el destello cálido y cosquilleante de certeza de que estaba acabado.

Tragó con dificultad. Era difícil hablar con la garganta estrecha.

—Pero no sentí dolor ni nada que me hubiera perforado o arañado. La bala que iba dirigida a mí nunca llegó… porque mi madre se había interpuesto.

Miró a Calliope y vio una lágrima que le rodó por la mejilla mientras lo miraba con los ojos agrandados como platos.

—Creí que moriría. Pero, en cambio, mi madre cayó muerta a mis pies —concluyó.

Y, por fin, las lágrimas que no había soltado durante catorce años comenzaron a fluir. Calliope lo abrazó con sus brazos delgados y, aunque no lo pudo abarcar por completo, sintió que ese cuerpo dulce y hermoso lo rodeaba como una manta protectora. Por primera vez en la vida, se soltó y lloró. Por primera vez, sintió que no estaba solo, que había alguien más que podía escucharlo y comprenderlo.

Desde esa noche, en la pradera iluminada por la luna, rodeado de muertos y acunando a su difunta madre en los brazos, se había sentido solo todos los días de su vida. Hasta entonces.

—No fue tu culpa, Nathaniel —le susurró. Tenía el rostro apretado contra el suyo, y sintió las lágrimas de su esposa en las mejillas—. No fue tu culpa.

—Sí que lo fue —la contradijo—. Tenía las pistolas y no pude protegerla. Debería haber muerto yo en lugar de ella.

—No, no. —Negó con la cabeza y le soltó el aliento cálido contra el rostro. Luego le tomó el rostro entre las manos para que la mirara a través de las lágrimas—. ¡No! —repitió con determinación—. No es tu culpa que esos ladrones los hayan embaucado. Varios adultos han sido víctimas de ese tipo de bandidos. Tan solo tenías quince años… no se puede esperar que un adolescente hubiera luchado contra una banda de asesinos.

Algo cálido se le expandió en el pecho. Jamás había escuchado a nadie decir en voz alta que no era su culpa. Las únicas personas a las que les había relatado los hechos habían sido su padre y el forense, pero jamás les había contado lo que esa noche le había provocado. Que quizás había muerto junto con su madre.

—Mi padre pensó lo mismo, Calliope —le dijo Nathaniel—. Cuando me vio solo y se enteró de que mi madre había muerto, se retorció en una bola. Y con un tono de voz quebrado y lleno de dolor que jamás había oído, me dijo: «¡Deberías haberla protegido!».

—¡No! —volvió a exclamar Calliope—. Debería haber enviado más hombres con ustedes: hombres armados. No debería haberles ordenado que viajaran a las apuradas de noche. Fueron sus expectativas y sus ambiciones lo que la mataron, no tú, un muchacho de quince años que la quería.

La verdad de esas palabras lo azotó como una bala de cañón. Por primera vez desde esa noche, se detuvo a considerar la verdad más allá de lo que había creído. Sintió que las lágrimas se detenían. De algún modo, logró respirar con más facilidad.

—Fue un error terrible e impensable —le dijo Calliope con suavidad sin soltarle el rostro de las manos. Sus ojos estaban tan llenos de empatía y amor que tuvo que contener el aliento en la garganta—. Ella te quería mucho y no habría querido que vivieras tu vida culpándote por algo que hizo por amor. Te ha dado la vida dos veces, como lo haría cualquier madre sin siquiera pensarlo por amor a sus hijos.

Entonces lo besó, y Nathaniel la envolvió en sus brazos y se maravilló de la iniciativa que había tomado. Tras saborear la sal en sus labios, la mezcla de las lágrimas de ambos, la besó como si no hubiera mañana porque no quería que eso acabara. Por primera vez desde esa trágica noche, se sintió comprendido y apreciado.

—Gracias, Calliope —le susurró contra los labios—. Gracias.

Calliope se rio entre dientes sin interrumpir el beso.

—Gracias a ti, Nathaniel. Por lo que has hecho hoy… y por esta maravilla.

William… a Nathaniel le ardía la sangre de solo pensar en ese condenado nombre.

—Ningún hombre puede insultarte y continuar andando por la tierra impune —le aseguró mirándola a los ojos.

Calliope aún tenía las pestañas humedecidas por las lágrimas, y los ojos grandes le brillaban con alguna emoción. Nathaniel la ayudó a sentarse sobre el manta que no había usado en catorce años. Olía a almizcle, pero reconoció cada patrón que había tejido su madre con delicadeza. A pesar de que no era algo digno de una duquesa, ella había disfrutado tejer esa colcha en Kelford Manor, cuando su

padre se encontraba en Londres y tenía la libertad de hacer lo que quisiera. La lana se sentía suave y delgada bajo sus dedos.

Sirvió vino en las dos copas y le entregó una a Calliope.

—¿Qué pasó con ese bastardo? —le preguntó—. ¿Por qué se atrevió a llamarte de ese modo tan terrible?

Calliope bajó la mirada a la manta y se sonrojó bajo la luz de la luna.

—Porque me vio hacer cosas que la educada hija de un duque no debería hacer.

Nathaniel frunció el ceño confundido.

—¿Qué cosas?

—Su familia es vecina de Grandhampton Court, y pasaban los veranos visitándonos. Crecí conociendo a William, y fue el objeto de mi primer enamoramiento infantil. Lo adoraba. Era atractivo, seguro de sí mismo, valiente e inteligente. Era amigo de mis hermanos. Cuando hablaba de las historias de detectives que tanto me encantaban, creí que me molestaba para demostrar que también le gustaba. —Tragó con dificultad—. En nuestra gran biblioteca, había un libro… un libro que no debería haber encontrado. De hecho, tú también lo tienes.

Nathaniel arqueó las cejas.

—¿Cuál?

—*De villanos y terciopelo*.

Estaba bebiendo un sorbo de vino y, tras oír el título, se atragantó. Apenas logró contener la bebida en la boca. Tragó con dificultad.

—¿*De villanos y terciopelo*? ¿Lo has leído de adolescente?

Pudo ver que el rostro se le ponía del color de una remolacha.

—Sí.

Tenía que esconder ese libro mejor. Se imaginó que una de sus hermanas lo encontraba y no le gustó ni un ápice.

—Y ¿qué te pareció?

—Me gustó —le dijo con calma y los ojos agrandados buscando los suyos con timidez bajo las pestañas. Esa mirada no era nada típica de ella. Nathaniel recordó cómo lo había soltado cuando lo

encontró en su recámara—. Fue la primera vez que comprendí que mi cuerpo podía sentir un placer que nunca había sentido.

—Ya lo creo —coincidió con la voz ronca.

—Pero cuando lo estaba leyendo… Intenté hacer lo que hacían los personajes en las historias. Me senté en la biblioteca… detrás de un escritorio… y estando oculta… me toqué.

A Nathaniel se le secó la boca. Calliope era tan maleable, tan sensible a sus caricias que estaba seguro de que era muy sensual. Pero le vio temor en los ojos, y lo había detenido… y había llorado… William… La ira comenzó a llenarle el cuerpo e hizo que se le cerraran los puños. Estaba seguro de que sabía cómo continuaba esa historia.

—Déjame adivinar: ¿William te vio? —le preguntó con suavidad—. ¿Con el libro? ¿Acariciándote?

Calliope se veía derrotada y asintió con la cabeza.

—Sí.

Nathaniel tuvo que reprimir una maldición.

—¿Y qué hizo?

Calliope no respondió durante un largo instante, y el pecho se le infló y desinfló más rápido con cada segundo que pasaba. El sonrojo se le expandió al cuello, y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. Por todos los cielos. Tenía ganas de aplastar a ese bastardo. En lugar de hacerlo, bajó las copas de vino y se la acercó para envolverla en sus brazos. El pequeño cuerpo cálido de Calliope encajaba a la perfección con el suyo.

—Se rio de mí —le confesó—. Me llamó mujerzuela. Y me pellizcó aquí. —Indicó el punto exacto por encima de la clavícula—. Sentí como si me hubiera marcado de mujerzuela con ese pellizco.

—Qué bastardo despreciable —gruñó con los dientes apretados—. Debería asesinarlo.

—Spencer lo había oído, aunque por fortuna creo que no me vio tocándome. Spencer lo molió a golpes por haberme llamado mujerzuela y haberme pellizcado. Luego de eso, nuestras familias se distanciaron, porque William se quejó de que Spencer lo había golpeado. Spencer jamás le dijo a nadie por qué lo había hecho. Ya era suficiente humillación sin eso.

Durante unos instantes, guardó silencio y rozó la copa de vino.

—Y luego William apareció el mismo día que fui al Ministerio de Marina. Quería casarse conmigo.

—Recuerdo que has mencionado su nombre.

—Sí. —Alzó la mirada hacia él, y la tristeza que vio en sus ojos casi acabó con él—. Pero me alegra mucho haberme casado contigo.

¿Qué le estaba haciendo…? Era como si sus palabras le hubieran dado en el centro de su ser y le hubieran curado el espíritu.

—¿No me detestas? —le preguntó en un susurro—. ¿No te quieres reír de mí? ¿No crees que soy patética?

—Calliope, William es una porquería de la humanidad y no puede estar más equivocado al tildarte de lo que te tildó. —Le tomó el rostro entre las manos y le depositó un beso suave en los labios.

—¿A pesar de que leí y disfruté de un libro erótico a los doce años?

Nathaniel la miró a los ojos.

—Amor, podrías estar recitando canciones obscenas a todo pulmón delante de la reina y, aun así, pensaría que eres la mujer más deseable del mundo.

Entonces la besó. Quería darle un beso dulce y reconfortante, pero uno no le bastó. Uno jamás le bastaría con Calliope. La volvió a besar. Debía de ser su aroma lo que lo volvía loco y le encendía la sangre de deseo. Se volvió a acercar a sus labios y profundizó el beso cada vez más. Calliope le respondió con la misma voracidad. Le pasó los brazos por el cuello y se acercó más a él.

De pronto, se encontró devorando la boca de su esposa. Se le formó un nudo tenso y cálido en el vientre. Calliope lo obligó a recostarse encima de ella sobre la manta. Y cuando se le escapó un hermoso gemido, le produjo una descarga de deseo en el miembro. Se apartó de ella con el aliento entrecortado.

—Calliope —murmuró—, si no me detengo ahora, no podré hacerlo. Te deseo demasiado.

Calliope lo observó con los ojos entornados y le ofreció una sonrisa taimada que lo volvió loco.

—No quiero que te detengas. Quiero que por fin me demuestres cómo se siente en realidad lo que dicen en ese libro erótico.

21

CALLIOPE SE QUEDÓ sin aliento cuando a su esposo se le escapó un gruñido hambriento de la boca, y algo delicioso se le retorció en el interior. Regresó a su boca como si apenas pudiera mantenerse alejado de ella. El beso se volvió tan profundo que cada caricia de la lengua le resonó dentro, donde tanto lo había deseado.

Calliope estaba que temblaba de deseo y calor y sentía el sexo hinchado y doloroso. Nathaniel era una maravillosa presencia masculina y lo que había dicho acerca de William… Se preguntó cómo podría haber dudado de que la aceptaría y de que, en lugar de burlarse de ella, se enfadaría con el hombre que le había hecho daño.

Decirle eso, todo lo que había pasado, fue como abrirse y soltar el secreto que había guardado como una presencia extranjera en su cuerpo durante mucho tiempo. A pesar de que Spencer había oído las palabras de William, Calliope no había podido contarle cómo se sentía. Ni lo que había leído. O que todo el incidente en realidad había sido su culpa, porque las chicas buenas no leían relatos eróticos ni les gustaba tanto que acababan tocándose para descubrir si lo que se describía en ellos era cierto.

Pero Nathaniel la había comprendido. La había hecho sentir segura y aceptada. La había hecho sentir como ella misma. Y también le hizo sentir que, quizás, todas esas cosas que había pensado antes de oír las palabras crueles de William podrían ser ciertas. Que no había nada malo en su cuerpo que le permitía sentir

todas esas cosas maravillosas. Quizás… Los besos de Nathaniel la hicieron olvidar. Confiaba en él.

Nathaniel se apartó de su boca y le depositó besos delicados por el mentón y el cuello. Calliope se quedó petrificada cuando se acercó al punto donde la había pellizcado William. Su marido también se detuvo y alzó la mirada con los ojos oscurecidos para verla. No podía haber una persona más hermosa que él, con ángulos dorados y labios ligeramente hinchados.

—¿Te puedo dar un beso allí?

A Calliope se le tensó y endureció todo el cuerpo. De pensar en que alguien o algo le tocara ese punto, sintió la ola familiar de repulsión y temor. Pero se trataba de Nathaniel, quien no la pellizcaría ni la humillaría. Su marido la besaría. De repente tuvo una certeza: al apoyarle los labios en el cuerpo ni la humillaría ni la lastimaría, sino que la sanaría.

—Sí —le respondió en un susurro sin darle crédito a sus labios—. Sí.

Sin despegarle la mirada de los ojos, Nathaniel descendió despacio hacia ese punto. Calliope cerró los ojos sabiendo que no le haría daño, pero sin poder relajarse.

El dolor no llegó. Por el contrario, sintió una caricia suave y dulce y, tras varios instantes, otra más. Y otra. Los roces eran tan suaves que parecían de pluma. Sintió como si le llovieran pétalos. Cuando le pasó la lengua, sintió como si se fuera a derretir en cualquier instante.

—¿Estás bien, mi amor? —le preguntó sin detener los besos de mariposa.

Con cada caricia de los labios y la lengua contra su piel, la sombra se apartaba.

—Échalo, Nathaniel —le pidió en un susurro pasándole las manos por la espalda dura y ancha.

Nathaniel continuó descendiendo hasta llegar al pecho, como había hecho la noche anterior, y se detuvo delante de los senos para besarle la piel por encima del escote.

—Sí —aceptó y le lamió la intersección de los senos con la lengua—. No tenía por qué ser parte de tu vida. Eres mía, amor. Mía.

Jamás habrá nada que no puedas hacer o decirme. —Estiró los brazos y comenzó a abrirle los lazos mientras alzaba la mirada para verla por encima de los senos—. Te quiero entera: cada pensamiento, cada sensación y cada caricia. Quiero que sepas que nada de lo que deseas está mal o es algo malo.

Cada palabra que pronunciaba era como una lamida de placer contra sus sentidos, y la iba abriendo como una flor con el primer rayo de sol primaveral.

Le soltó los lazos en la espalda del vestido y le jaló las mangas y el escote hacia abajo. El aire seguía siendo cálido tras el caluroso día de verano, y le resultó algo extraño y a la vez maravilloso sentir una brisa contra la piel desnuda de los hombros y el pecho por primera vez en la vida. Nathaniel le bajó más el vestido hasta las caderas, y Calliope solo se quedó con las enaguas, la camiseta y el corsé puestos.

La hizo girar de costado sobre la manta suave. Acto seguido, tiró de los lazos del corsé para quitárselo. Mientras jalaba de la prenda hacia los costados para abrirlo, le fue depositando besos suaves en la espalda. Tras quitárselo por la cabeza, lo tiró a un lado y luego se concentró en la camiseta. Calliope se estremeció al sentirle los labios contra la piel, en sitios donde nunca nadie la había tocado antes. Cuando se recostó con el pecho desnudo, la recorrió con la mirada y se detuvo en los senos. Tras soltar un largo suspiro, los ojos se le encendieron de deseo. A Calliope se le contrajo la garganta. Se sintió expuesta, vulnerable y… muy bien. Al ver a Nathaniel tan afectado, se quedó sin aliento y se le derritió algo en el interior.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con cautela.

Los ojos le salieron disparados para enfocarse en ella.

—¿Qué si me gusta? Creo que jamás he visto nada más precioso en la vida, amor. Déjame verte entera.

Bajó la mirada a las enaguas que aún tenía puestas en la cintura. Calliope abrió los ganchos que las mantenían en su sitio y se las bajó por las piernas con las manos temblorosas.

Esa debía de ser la experiencia más excitante de toda su vida, encontrarse desnuda delante de ese hombre magnífico que podría

haber sido una obra de arte que acababa de cobrar vida. Era tan enorme, que casi le tapaba un tercio del cielo estrellado sobre ellos.

Nathaniel soltó el aliento tembloroso y siguió bajando la mirada por la cintura y las caderas hasta detenerse en la intersección de los muslos.

—Por todos los cielos, Calliope —murmuró mientras tragaba con dificultad—. Eres perfecta.

Y él lo era mucho más. Calliope se estremeció al sentir el aire que le acariciaba la piel acalorada, al ser el objeto de su mirada, que era deseo líquido, y al contemplar la belleza increíble que los rodeaba.

—Déjame verte —le pidió en un murmullo—. Déjame ver lo perfecto que eres.

Nathaniel soltó una risa entre dientes y comenzó a abrirse los ganchos del abrigo. A continuación, se soltó el pañuelo y se quitó el chaleco. Se pasó la camisa blanca por la cabeza y, mientras estaba ocupado quitándose los pantalones, Calliope se humedeció los labios y le pasó la mirada por el precioso pecho. Tenía músculos anchos como olas y conducían a un estómago esculpido de manera deliciosa con ondulaciones que parecían colinas y valles. Los bíceps de los brazos fuertes se le tensaban con los movimientos. Memorizó los gigantescos hombros anchos. Vio la mata de vello suave y rubio que le cubría el pecho y el camino delgado que seguía bajando desde el ombligo… De pensar en su cuerpo grande cubriéndola se entusiasmó.

Sin embargo, cuando se bajó los pantalones y el miembro grande y duro quedó liberado, Calliope se quedó sin aliento. Era largo, rosado, derecho y grueso y se veía muy… duro, casi palpitando con las venas que lo recorrían. Sabía a dónde iría; al fin y al cabo, lo había leído en *De terciopelo y villanos*, pero ¿cómo haría para encajarle dentro? ¿No la desgarraría?

Cuando terminó de quitarse los pantalones y se acomodó a su lado, la besó con delicadeza.

—¿Te gusta lo que ves, amor? —le preguntó recordando la pregunta que ella le había hecho antes.

¿Que si le gustaba? Le encantaba. Pero no lo podía decir en voz alta.

—No tengo… palabras.

—Bueno, tenemos que hacer algo al respecto —determinó y se la acercó. Sintió el cuerpo duro y cálido contra el suyo y el vello del pecho que le rozaba los pezones sensibles. Nathaniel la volvió a besar con tanta necesidad y voracidad, que le quitó el aliento. A pesar de que fue un beso apasionado, duro y rápido, la dejó ardiendo por él.

Le pasó los brazos por el cuello y se acercó más para sentirle los muslos musculosos y el vello suave del estómago… para sentir la gruesa erección sedosa contra el estómago y la entrepierna.

Nathaniel le subió la pierna para acomodársela por encima de la cadera, y sintió que la erección se le clavaba contra el sexo y le abría los pliegues exteriores. Le tomó un pecho entre la mano y le dibujó círculos alrededor del pezón con el pulgar hasta que se le endureció y se le tensó. Calliope soltó un gemido y arqueó la espalda en el intento vano de apretarse más contra él. Sentirle la piel cálida contra la de ella fue como si un delicioso fuego le hubiera hecho hervir la sangre.

Nathaniel la volvió a besar en el cuello y le depositó un beso suave en el punto encima de la clavícula que ya no era una fuente de dolor, sino una de placer. Y luego bajó la boca a sus senos. Le succionó un pezón, y le produjo un intenso placer que la embargó por completo. Calliope soltó un jadeo sin poder contenerse y le pasó los brazos por la cabeza para enterrarle los dedos en el cabello largo y sedoso que llevaba sujeto en una cola en la nuca. Cuando se lo soltó, le produjo un cosquilleo contra la piel. Mientras le seguía succionando el pezón y provocándola, sin dejar de lamerla y mordisquearla, le bajó la otra mano por el estómago y le dejó un rastro arrasador a su paso. Cuando se detuvo en el triángulo de vello que le coronaba la entrepierna, Calliope se estremeció de deseo y tomó consciencia de que se tensaba de anticipación por dentro. Nathaniel le separó los pliegues y le deslizó un dedo en el interior produciéndole una ola de placer.

Le dibujó círculos con el dedo y continuó explorándola, como ella misma lo había hecho hacía muchos años, excepto que era una experiencia maravillosa y distinta que lo hiciera él. No sabía a dónde iría el dedo o cuánta presión aplicaría, y eso la volvía loca. La provocó con caricias suaves como plumas, luego le rozó y pellizcó ese punto especial entre los pliegues hasta hacerla estremecer y jadear.

—Eso es, amor —le susurró—. Eres tan suave y hermosa que voy a perder la razón por ti…

Calliope sentía el miembro apretado contra la cadera; se mecía hacia adelante y atrás. De repente, Nathaniel despegó la boca del seno y fue descendiendo por el pecho y el estómago hasta detenerse en su sexo. Calliope soltó otro jadeo. Recordaba que, en uno de los relatos, uno de los villanos besaba a una dama allí…

—Oh, cielos, Nathaniel, ¿me vas a…? Creí que eso era la imaginación del autor.

—Sí, amor —le murmuró con la voz tan ronca que le hizo eco en el pecho—. Te garantizo que no es solo la imaginación del autor.

Le separó los muslos y se arrodilló en el suelo delante de ella para abrirle los pliegues con los dedos y apoyarle la boca… allí. La sensación fue tan decadente, tan prohibida y tan exquisita, que se encendió de deseo.

Calliope jadeó y gimió sin poder contener el placer que le pulsaba por todo el cuerpo. Nathaniel usaba esa lengua maravillosa y traviesa para provocarla, lamerla de arriba abajo y dibujarle círculos alrededor de ese punto glorioso que la hacía perder el juicio de dicha. No quería que jamás se detuviera. Algo hermoso comenzó a formarse en su interior, y cuando le introdujo un dedo, quiso que la penetrara más profundo, que la llenara por completo y la hiciera suya. Sabía que solo eso lograría satisfacer esa necesidad, ese dolor profundo que sentía dentro.

—Por todos los cielos, Calliope, qué estrecha eres, amor —le murmuró contra el sexo—. Pero estás húmeda y lista para mí.

Tras darle un último beso en el sexo, se apartó y se acomodó entre sus piernas.

—Disculpa, amor, pero esto puede sentirse incómodo… te prometo que solo será la primera vez. Después se sentirá maravilloso para ti. Increíblemente maravilloso.

Calliope asintió con la cabeza. No sabía nada acerca de la primera vez, pero las damas del libro siempre habían gozado durante el acto sexual.

Con cautela comenzó a penetrarla sin apartarle el dedo de ese punto que le daba tanto placer. Calliope se relajó cuando se apartó un poco. Luego volvió a penetrarla más profundo, pero no le importó en lo más mínimo. Solo sintió una pequeña presión que no se comparaba en nada al pellizco encima de la clavícula. Esto se trataba de una mezcla de presión y placer y, mientras Nathaniel le frotaba el clítoris con el dedo, no pudo contener un gemido.

Nathaniel brillaba bajo la noche estrellada como una criatura de otro mundo, un dios que había descendido del cielo nocturno solo para ella, para convertirla en mujer y enseñarle las cosas que podía hacer su cuerpo.

Su esposo se apartó y la volvió a embestir mientras algo comenzaba a crecer en su interior; Calliope arqueó la espalda para apretarle los senos contra el torso. Nathaniel comenzó a hacer movimientos lentos y persistentes con el miembro que iba penetrándola más profundo. La presión no dejó de intensificarse hasta que perdió la cabeza del placer y quiso sentirlo más profundo. Arqueó las caderas para embestirlo. Sintió algo pequeño que se desgarraba, una sensación de pellizco, que quedó tragada por la satisfacción de por fin tenerlo enterrado en su interior. Nathaniel soltó un gemido como si estuviera experimentando dolor y se quedó quieto.

—¿Te encuentras bien, amor? —le preguntó, y Calliope lo sintió estremecer.

—Demasiado bien —le respondió en un susurro.

Nathaniel la volvió a besar y comenzó a moverse en su interior, embistiéndola con el miembro. Calliope arqueó la cintura y comenzó a mover las caderas al ritmo de sus movimientos. Sintió un poco de dolor, pero a la vez presión. Nathaniel apartó los dedos de entre sus cuerpos y acomodó la cadera para que pudiera sentir la dulce

presión. Ahora le alcanzó un punto en el interior que le produjo tanto éxtasis que le envolvió las piernas alrededor de la cadera. Comenzó a moverse más rápido y a embestirla más duro; Calliope quiso más. Por fin sintió algo que iba en aumento en su interior, una especie de presión y tensión que parecía miel y vino. Su sangre cantaba un nombre. Nathaniel.

Bajo la luz de las estrellas y la luna, se deshizo en los brazos del hombre del que sabía que se estaba enamorando. Explotó como una nebulosa y descendió como la lluvia mientras su esposo gemía y se corcoveaba encima de ella hasta que supo que había llegado a la cima del placer. Calliope se convirtió en las mismas estrellas que tenía encima de la cabeza, y él se unió a ella. Juntos se convirtieron en uno. Entre los lirios y las estrellas.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que lo sintió colapsar encima de ella y la envolvió en sus brazos para acercársela al pecho. Sintió una brisa que le acariciaba la piel acalorada y húmeda y sintió el delicioso palpitar de su propio sexo al tiempo que oía el martilleo acelerado del corazón de Nathaniel. Mientras lo escuchaba, se dio cuenta de que habían establecido una pequeña paz entre ellos, una pequeña isla celestial. Y vio lo felices que podrían ser juntos.

Nathaniel le había confiado su recuerdo más oscuro y ahora comprendía por qué se sentía tan protector con sus hermanas: porque no había podido salvar a su madre. Esa era una carga tremenda de llevar, y Calliope quiso facilitársela. Sin embargo, sabía que jamás cumpliría con sus reglas ni se quedaría encerrada en la casa. En especial mientras su hermano siguiera desaparecido y la necesitara.

A lo mejor era una mala esposa para Nathaniel. Si necesitaba a alguien que le obedeciera y se sentara en casa a salvo de cualquier peligro, ella jamás sería esa mujer.

Además, desconocía su plan de abrir su propia agencia de investigaciones. ¿Sería que perderían esa felicidad y paz cuando lo descubriera?

22

Dos días después...

—¿Qué hacen ustedes dos?

La voz provenía detrás de Calliope y la hizo dar la vuelta para observar la mirada aguda del rostro anonadado de Hazel; la muchacha tenía las oscuras cejas fruncidas en una expresión que se parecía mucho a la de Nathaniel.

Calliope debía de parecer una lunática. Llevaba puesto el viejo traje de la fuerza naval de Nathaniel, que constaba de un saco, un chaleco, una camisa y unos pantalones que olían a encierro, y se encontraba de pie delante del espejo. Las gemelas se encontraban a ambos lados de ella, con las manos enterradas en las hombreras del traje, mientras cocían unas almohadillas para darle el aspecto de un muchacho con hombros anchos. Se había sujeto el cabello en un rodete bajo un sombrero que Violet había encontrado en un baúl antiguo donde Nathaniel guardaba sus prendas de adolescente. A pesar de que él había usado esas prendas a los quince años, eran demasiado grandes y largas para Calliope.

Al ver a Hazel, Calliope tragó saliva, y las gemelas se congelaron.

—Hazel, por favor no se lo cuentes a Nathaniel… —le rogó Violet.

—¿Por qué vas vestida de hombre? —le preguntó frunciendo más el ceño y avanzando con pasos sonoros.

—Es un disfraz, ¿qué otra cosa sería? —Poppy puso los ojos en blanco y reanudó la tarea de coser la almohadilla en el hombro.

—¿Un disfraz? —Hazel sacudió la cabeza con los ojos abiertos como platos y la vista clavada en Calliope sin dar crédito a la situación—. ¿Esas son las prendas de nuestro hermano? De seguro no lo sabe, ¿no?

—No, Hazel. Por favor, no se lo cuentes —le pidió Calliope—. Sé que a lo mejor no te caigo bien…

—Entonces, él no estaría de acuerdo con esto, ¿no? —preguntó—. ¿Acaso esto guarda relación con ese sujeto que intentó atacarnos?

—Está relacionado con la búsqueda de su hermano —repuso Violet haciendo un nudo en el hilo—. No seas tonta.

—¿Cómo pudiste involucrar a mis hermanas en esto? —Hazel se acercó más—. Pensé que serías una dama educada e inteligente. ¿Acaso no tienes sentido común?

A Calliope se le retorció el estómago de culpa.

—Hazel, no las estoy involucrando.

—No iremos con ella —le aseguró Poppy—. Tenemos sentido común.

—Y yo no soy tonta —repuso Hazel con los dientes apretados—. Por el contrario, las conozco a las dos, y sé lo que pasa cuando sus cerebros tienen alguna idea descabellada. Y esto… —señaló a Calliope— es descabellado.

Hazel salió de la sala hecha una furia y dejó a Calliope preocupada de que hubiera involucrado demasiado a las chicas. Sin embargo, las gemelas le dijeron que no se preocupara, le aseguraron que parecía un joven caballero y, al despedirse, le desearon suerte.

Calliope contrató un carruaje y, a los treinta minutos, se encontraba caminando por el puerto; la luna colgaba baja en el aterciopelado cielo negro y proyectaba una luz fina sobre las dársenas. Algunas lámparas colgaban de las edificaciones y cobertizos para almacenaje y emitían una luz tenue que no alcanzaba a iluminar los callejones y las calles sumergidas en la oscuridad. El viento frío del agua jugueteó con el cabello de Calliope

en la nuca. Varios barcos se mecían en el puerto, con mástiles que parecían esqueléticos contra la noche. Los cordajes y las poleas producían chirridos al tiempo que las aguas oscuras chocaban contra la madera curtida de las dársenas.

El aire se sentía pesado gracias al hedor horrible del río. El Támesis siempre apestaba en el verano porque era donde arrojaban los desechos humanos de la ciudad, así como también los desperdicios de los molinos y las fábricas. El hedor se mezclaba con el aroma dulce y térreo de los barriles apilados que guardaban contenidos exóticos, como especias, ron y tabaco, traídos de tierras lejanas que aguardaban a ser descargados al despuntar del alba.

En la intersección de varios callejones ensombrecidos, había tres mujeres de reputación cuestionable apoyadas contra las desgastadas paredes de ladrillos y le arrojaban miradas cargadas de significado. Una de ellas tenía los labios pintados de rojo y observó a Calliope con ojos brillantes, absolutamente convencida de que se trataba de un hombre.

—¿Buscas compañía? —le preguntó seductora.

Calliope negó con la cabeza y bajó la voz para sonar como un hombre.

—No.

Algunos marineros pasaron por delante de ella con el olor a salmuera impregnado en los abrigos. Dos trabajadores del puerto seguían ocupados a esa hora y se cargaban cajas pesadas a los hombros que les producían tensión en los músculos. Un pescadero le pasó por delante rodando un barril lleno de pescado que emitía un hedor que hizo que se le contrajera la garganta. En la esquina de la calle, Calliope vio a un méndigo sentado y se metió la mano en la bolsa y le entregó algunas monedas.

—Qué Dios te bendiga, muchacho —le agradeció el anciano.

Calliope contuvo una sonrisa de victoria. ¡Se las había ingeniado para parecer un hombre! Con suerte, al tratarlo de muchacho se había referido a un hombre joven de estatura baja… no a un niño. Al instante recordó que había ido a hacer indagaciones. Las posibilidades de que ese hombre recordara algo eran escasas, pero debía intentarlo.

—Disculpe —le dijo bajando la voz lo más que pudo—. ¿Hace mucho que pide limosna aquí?

El hombre la miró con los ojos lechosos y el rostro arrugado por la edad y la exposición a los elementos.

—Sí, muchacho, al menos hace un año.

—A lo mejor recuerda que en septiembre del año pasado hubo cinco barcos de la fuerza naval anclados aquí. Uno de ellos, estaba allí. —Señaló hacia el final de la dársena, donde había un gran barco mercante anclado a unos pocos metros de Portside—. ¿No recuerda su nombre?

El hombre se rio entre dientes.

—Ni siquiera sé qué día es. No recuerdo dónde estaba hace diez días y no sé nada de ningún barco.

Calliope soltó un suspiro y asintió con la cabeza. A lo mejor tendría más suerte con las prostitutas. Se dirigió a la que le había hablado. Tenía unos senos de tamaño considerable y se veían muy blancos contra el harapiento abrigo rojo.

—¿Has cambiado de parecer, encanto? —le preguntó la mujer mientras le pasaba un dedo por el abrigo. Olía a sudor y a colonia de lavanda, que sin duda usaba para intentar cubrir el olor corporal.

—No, pero tengo una pregunta para ti. —Calliope se introdujo la mano en el bolsillo y extrajo más monedas para mostrarle una a la mujer.

—Oh. —Los ojos se le agrandaron de entusiasmo—. ¿Y qué le gustaría saber al caballero?

—En septiembre del año pasado, hubo un ataque en Portside y muchos hombres fueron reclutados por la fuerza. ¿Recuerdas esa noche?

La mujer, pensativa, se pellizcó los labios.

—Primero la paga.

Calliope asintió con la cabeza y le entregó la moneda.

—Ten. ¿Qué recuerdas?

La mujer se encogió de hombros.

—He visto el ataque desde aquí.

A Calliope le latió el corazón desbocado al tiempo que enderezaba los hombros.

—¿Recuerdas los nombres de los barcos?

La mujer entrecerró los ojos para mirar a Calliope.

—Eres un muchacho hermoso… —dijo—. Tienes unos ojos celestes muy grandes…

Calliope se aclaró la garganta para obligarse a bajar más la voz.

—No eres la primera en decirlo. ¿Recuerdas que había un caballero apuesto al que se llevaron inconsciente a bordo de un barco?

—La mayoría de ellos se debatían. A algunos los dejaron inconscientes. Vi cómo los subían a bordo de un barco anclado bien cerca.

A Calliope se le aceleró el pulso en el cuello.

—¿Cómo se llamaba el barco?

La mujer, triste, arqueó las cejas.

—No sé leer, encanto.

Calliope soltó una maldición por lo bajo.

—¿Le puedes preguntar a tus amigas si recuerdan algo?

La mujer le guiñó un ojo.

—Te va a costar, encanto.

Calliope asintió con la cabeza y le entregó más monedas. Luego avanzó con la mujer hacia las otras dos prostitutas, pero ninguna de las dos recordaba nada. Desilusionada, les entregó unas monedas más porque sintió pena por ellas.

—Gracias, señoritas.

Al final, tendría que ir a Portside. Preocupada de que Nathaniel pudiera encontrarse en el lugar, a pesar de que le había dicho que tenía que encargarse de algunos asuntos en el Ministerio de Marina esa tarde, quería evitar aparecerse por allí. Sin embargo, era el único sitio donde podría encontrar información y quedaba a solo una manzana de distancia, atravesando un callejón entre los depósitos. Miró alrededor, pero nadie pareció estar siguiéndola.

Oía a un hombre y una mujer que discutían en la distancia; una bocina de niebla sonó en el puerto y la hizo sobresaltar, pero el único ruido que provenía del callejón eran los de pequeños animales que se escabullían. Encuadró los hombros y comenzó a caminar sin dejar de prestar atención a donde pisaba. Había llegado a la mitad

del callejón cuando una silueta grande se materializó desde las sombras con una daga en la mano que destellaba en la oscuridad. Al instante, un hombre de estatura más baja apareció al lado del primero.

—Bueno, bueno, hola, ¿qué tal? —la saludó el hombre alto y corpulento.

A Calliope le dio un vuelco el corazón. Eran ladrones.

Sintió el impulso de llevarse la mano a la pistola que llevaba oculta en la parte trasera de la cinturilla. A pesar de que no sabía cómo utilizarla, al menos podría amenazarlos y echar a correr.

—¡Les daré todo el dinero! —les aseguró mientras se llevaba la mano a la bolsa.

—No queremos dinero, duquesa —le informó el más bajo.

—Nos han encargado que te cortemos ese hermoso rostro —añadió el más alto.

Nathaniel regresó a casa más temprano de lo que había anticipado. Los últimos dos días y noches habían pasado en un extraño estado mental y emocional que nunca había sentido… ni había esperado sentir. Por primera vez en la vida, Nathaniel se sentía completa y absolutamente feliz.

Un capitán de barco lo había invitado a jugar a los naipes, y había esperado descubrir algún dato acerca del paradero de Spencer. Pero había terminado siendo un callejón sin salida, y se había sorprendido a sí mismo por las ansias de regresar a casa para pasar una noche tranquila con sus hermanas y la mujer que muy rápido se había convertido en una de las personas más importantes de su vida.

Saludó a Joshua, que le dijo que todas se encontraban en el comedor, y emprendió el camino silbando. Pero, al llegar, solo vio a tres mujeres en lugar de cuatro. Sus hermanas alzaron la mirada de los platos al verlo entrar.

—Has regresado temprano, hermano… —Poppy se sonrojó y abrió los ojos de par en par—. No te esperábamos hasta mucho más tarde.

El lugar de Calliope ni siquiera estaba preparado en la mesa.

—¿Dónde está? —preguntó dando un paso hacia atrás y listo para salir corriendo.

—¿Quién? —le preguntó Violet.

—¡Ya saben quién! —ladró en respuesta, dándose cuenta de que el temor por Calliope le había hecho alzar la voz más de lo que había deseado—. Calliope, ¿dónde está? ¿Por qué mienten?

Hazel se cruzó de brazos.

—No sé a dónde fue, pero sé que se disfrazó de hombre.

A Nathaniel lo recorrió un escalofrío gélido.

—¿Se disfrazó?

—¡Hazel! —exclamó Violet—. ¡Te pedimos que no dijeras nada!

—Se está poniendo en riesgo, no solo a ella, sino a todos nosotros, ¿y esperan que mienta por ella? —exclamó Hazel.

—¿A dónde fue? —demandó con la mirada clavada en las gemelas.

Las chicas intercambiaron una mirada, soltaron un suspiro y respondieron al unísono:

—A las dársenas.

—¿A las dársenas? —El temor le dejó las entrañas corroídas como el ácido.

Nathaniel no tenía que preguntar por qué había ido allí disfrazada de hombre. Soltó una maldición y se volvió para echar a correr, pero Violet exclamó a sus espaldas:

—¡No sé por qué estás tan enfadado con ella! Si tú hubieras desaparecido como su hermano, estaríamos haciendo lo mismo para encontrarte.

Se volvió hacia su hermana para replicar algo, pero el temor y la ira le congelaron la lengua.

—Creo que es la mujer más admirable que he conocido —le dijo Poppy con un brillo en los ojos—. ¡Gracias por haberte casado con Calliope, hermano! Quiero ser como ella cuando crezca.

Nathaniel sintió que iba a explotar allí mismo como un barril de nitrato de potasio.

—¡No serás como ella! —rugió—. Te mantendrás alejada de ella y de esta investigación y te quedarás sentada en casa y jamás asomarás las narices en ningún sitio.

Tras eso, se marchó a largas zancadas y cerró la puerta con tanta fuerza, que las ventanas de cristal repiquetearon y el candelero del pasillo se reclinó.

—¡Joshua! —lo llamó mientras recorría el pasillo—. ¡Joshua, no desensilles a Hermes todavía! Tengo que ir a las dársenas.

Se dirigió al estudio y tomó el sable. Luego echó a correr hacia las caballerizas y partió a todo galope por las calles de Londres como si estuviera corriendo en una carrera de caballos.

Había tantos carruajes en el camino, que tuvo que esquivarlos y acabó sobresaltando a algunos de los ocupantes que iban elegantemente vestidos. Otro carruaje le bloqueó el camino por completo y se vio obligado a hacer volver a Hermes y cambiar de ruta. No hubo ni un solo instante en que el corazón no le latiera desbocado en el pecho o se sintiera morir por dentro por temor a que le ocurriera algo a Calliope. Se le llenó la mente de imágenes de su esposa herida o abusada. Podría haber una banda de asaltantes… como había ocurrido aquella noche con su madre.

En la zona del puerto, abundaban las bandas de criminales. ¿Cómo podía haber permitido que sucediera eso? ¿Cómo podía haber dejado que su esposa se expusiera a un peligro mortal de ese modo? No la debería haber dejado alejarse de su vista ni un solo instante. Jamás debería haber creído que se mantendría al margen de la investigación.

Cuando por fin llegó al puerto, avanzó por entre las decenas de depósitos oscuros que se encontraban apenas iluminados por unas lámparas. Calliope debía encontrarse cerca de Portside; de seguro, estaba haciendo indagaciones acerca de los barcos, como habían propuesto antes. Miró los rostros de los marineros, las prostitutas, los trabajadores y los ocasionales caballeros… Recorrió todos los callejones oscuros y dio vuelta a todas las esquinas, pero no la vio por ningún lado.

—¡Calliope! —la llamó con la garganta casi cerrada de la desesperación—. ¡Calliope!

Siguió intentando llamarla, pasando la mirada de una esquina oscura a la siguiente y gritando su nombre durante lo que le pareció al menos cien veces.

—¡Estoy aquí! —oyó de repente la voz que provenía de un punto cercano.

Cuando identificó el callejón del que provenía la voz, el corazón se le hundió hasta el estómago y se apeó de Hermes de un salto para echar a correr hacia el callejón desenvainando el sable.

Divisó dos siluetas de hombres grandes y una tercera más pequeña iluminadas por la luz de la luna. La tercera era delgada, de estatura más baja y llevaba puesto un sombrero redondeado. Nathaniel concentró la mirada en las dos siluetas que se ceñían sobre la primera con dagas que destellaban siniestras bajo la luna. Lanzaban ataques hacia la figura más pequeña, que no dejaba de agacharse y esquivarlos. Era Calliope… El horror le congeló el cuerpo entero como si unas garras gélidas lo estuvieran sujetando.

—¡Aléjense de ella! —rugió mientras se lanzaba contra los dos sujetos.

Las dos siluetas se quedaron petrificadas, y Calliope aprovechó para tomar una viga de madera y atacar al maleante que tenía más cerca en la nuca. El hombre soltó un gruñido, se meció y movió el brazo con la daga, pero Calliope lo esquivó. Era evidente que estaba desorientado, y Nathaniel se lanzó al ataque, deslizando la espada en el aire con una gracia letal. El maleante soltó un gruñido de sorpresa y dejó caer el arma para esquivar el ataque al último instante. Nathaniel continuó atacándolo mientras el hombre se agachaba.

El segundo maleante avanzó para aprovechar la oportunidad de atacarlo mientras estaba ocupado con su compañero. Calliope blandió la viga de madera, pero este la hizo a un lado como si no se tratara de nada más que de una mosca molesta y la arrojó contra las piedras. Luego la dejó a un lado y, por fortuna, avanzó hacia Nathaniel.

Nathaniel dio un calculado paso al costado para evitar el ataque, y su sable destelló bajo la luz de la luna al apuntarlo contra el atacante. El sonido de la hoja cortando la carne resonó en el callejón, y el criminal se retorció de dolor y se tambaleó hacia atrás sin dejar de sujetarse el brazo.

Nathaniel volvió la atención al primer sujeto, que intentaba recuperar el arma que se le había caído. Con un rugido, se lanzó contra él blandiendo la espada. Dirigió el ataque al estómago del hombre y, por poco, no alcanzó a cortarlo. El maleante se valió de su propia daga, y Nathaniel lo contraatacó, pero el otro fue más rápido. De repente, cambió de dirección y, en lugar de atacar a Nathaniel, se dio media vuelta, sujetó a su compañero de la manga, y los dos echaron a correr.

—¡Nathaniel, deprisa! —exclamó Calliope y salió corriendo tras ellos—. ¡Tenemos que averiguar para quién trabajan!

—¡Quédate aquí! —le ladró Nathaniel, sin dejar de correr tras ellos con los pulmones ardiéndole del ejercicio físico. Tenía los ojos clavados en las dos siluetas al final del callejón. Los estaba alcanzando, en especial al que había lastimado, que sin dudas estaba experimentando mucho dolor. Pero cuando casi alcanzó el final del callejón, desaparecieron detrás de una esquina. Oyó el sonido de unos cascos y unas ruedas que repiqueteaban contra los adoquines. Y, cuando dio vuelta la esquina, lo único que logró ver fue una calesa desapareciendo en la oscuridad.

Volvió a envainar la espada y se inclinó para apoyarse las manos sobre las rodillas y recuperar el aliento, no solo del esfuerzo físico que acababa de realizar, sino también de la conmoción de ver a Calliope como más había temido: en peligro mortal.

Una mezcla de furia y temor le latió en la mente. Oyó los pasos acelerados que se acercaban a sus espaldas y se dio la vuelta para mirarla por primera vez disfrazada de hombre. Se había puesto su abrigo y sus pantalones viejos, llevaba unas hombreras acolchadas y el cabello oculto debajo del sombrero, y fácilmente se la podía confundir con un adolescente bastante afeminado.

Al verla viva y, al parecer, sin ningún rasguño, sintió una gran ola de alivio. Enderezó la espalda y lo embargó la necesidad de

abrazarla, de oír el latido de su corazón y respirar el aroma de su cuerpo. Abrió los brazos, y Calliope se lanzó sobre él, que la sostuvo contra sí mientras permitía que se le calmara el cuerpo. Decidió que la regañaría más tarde. Sabía que se pondría furioso con ella, pero eso vendría luego, después de saber que se encontraba a salvo.

Pero por ahora, su corazón latía con una promesa: la protegería siempre y a cualquier costo.

23

En un instante, Calliope se encontraba envuelta en el paraíso de los brazos de Nathaniel y, al siguiente, la empujó para mantenerla a un brazo de distancia y la recorrió con la mirada.

Calle abajo, en dirección al río, oyeron unos rugidos y vítores amortiguados que provenían de una edificación que se erguía como amenazadora, con ventanas que proyectaban unos destellos fracturados de luz de vela. Al otro lado del pasillo, el letrero desgastado de una taberna crujía con el viento mientras que un gato callejero con ojos que relucían en la oscuridad olfateaba restos de pescado.

—¿Estás herida? —le preguntó.

—No. —Abrió y cerró el puño.

Por supuesto que Nathaniel se percató de eso y le tomó la mano para examinársela. Tenía los nudillos rojos e hinchados. Nathaniel le depositó un beso en la mano y, a pesar del temor reciente y la adrenalina que acababa de experimentar, la recorrió un escalofrío estremecedor.

—Estás lastimada —la contradijo con un tono acusador.

—Estoy bien. Le asesté un puñetazo en la nariz al más pequeño.

Nathaniel soltó un gruñido, y a Calliope se le rompió el corazón al verle la expresión de verdadero temor en los ojos.

—¡Calliope!

—Tenía que protegerme.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó—. Te dije que te quedaras en casa. Esto es peligroso.

—Y si no me hubieras prohibido investigar, habrías venido conmigo y esto no hubiera ocurrido. En cambio, me tuve que escabullir sola.

Nathaniel soltó un gruñido molesto, la sujetó del codo y jaló de ella.

—Podrías haber resultado gravemente herida —le dijo.

—¿A dónde me llevas? —lo cuestionó—. Si Portside queda para ese lado. —Señaló a la edificación amenazante de la que provenían gritos y llantos—. Vayamos a indagar.

—No irás a ningún lado. —Ni siquiera se dignó a mirarla. Por todos los cielos, era tan fuerte que, en lugar de un hombre, parecía una montaña—. Demonios, Calliope, ¿y si no te hubiera encontrado?

—Tengo mi pistola, pero no he tenido la oportunidad de utilizarla.

—Pero ¿sabes disparar al menos?

—No, pero me las ingenié para romperle la nariz. —Se frotó los nudillos magullados—. Te he dicho que Spencer me enseñó a boxear.

Llegaron hasta Hermes, que se veía desolado y había quedado suelto. No era característico de Nathaniel dejar a su caballo desamarrado en una calle y vulnerable a que alguien se lo robara. Calliope sintió remordimientos en el interior.

—El boxeo solo te puede ayudar hasta cierto punto contra dos hombres —le dijo—. Móntate a Hermes.

Calliope se volvió hacia él. Las prostitutas los miraban con interés. No se molestó en seguir bajando la voz.

—No me puedes mantener encerrada en una casa para siempre, Nathaniel. Yo no soy esa persona.

Nathaniel la fulminó con la mirada, apretó los labios hasta formar una línea delgada y se le dilataron las fosas nasales. Podría ser el dios de la guerra con esa furia que le tronaba en los ojos.

—Lo haré si me obligas. Eres un peligro para ti misma. No me dejas otra alternativa.

—¿No te dejo otra alternativa? —Negó con la cabeza—. Nathaniel, ¿con quién crees que te has casado? ¿Con una introvertida?

—Sí —le respondió—. Pensé que eras una introvertida cuando nos conocimos.

Sin embargo, la voz no le sonó nada convencida. Calliope sonrió.

—Fingía serlo al presentarme en sociedad para que todos me dejaran en paz. No me podía importar menos aparentar ser una duquesa que sigue las reglas.

Nathaniel soltó un suspiro y los hombros se le hundieron derrotados.

—Ya lo sé, Calliope —le dijo con suavidad—. No me importa que no sigas las reglas… a menos que se trate de tu seguridad. Y, sin embargo, no dejas de empujar los límites que establezco. Solo deseo que estés a salvo. No quiero ser un tirano, pero no sé qué más hacer.

El corazón se le rompió por él y se le acercó y le tomó el cálido rostro atractivo entre las manos.

—Tienes que confiar en que soy capaz de protegerme y defenderme. Creo que podemos ser muy felices, Nathaniel. Pero este matrimonio no funcionará si no hay confianza mutua.

Nathaniel cerró los ojos y se apoyó contra la palma de su mano. Cuando abrió los ojos, se veían tristes pero resueltos.

—Tienes razón. Es solo que cada vez que pienso en ti sola, en la oscuridad de las calles llenas de criminales y asaltantes de caminos… —La voz le tembló—, regreso a la noche con mi madre… y, como no la puedo defender, se muere. Si te llegas a morir… Si mis hermanas…

La voz se le quebró, Calliope sintió como si la hubieran golpeado en el estómago y le hubieran quitado todo el aire de una patada.

—No podré seguir viviendo conmigo mismo.

Calliope le dio un beso suave en los labios y se apoyó contra él para envolverle los brazos alrededor de la cintura y apretarse contra su cuerpo duro.

—Me acabas de defender —le dijo.

—Pero no puedo estar contigo y las chicas a cada minuto de cada día.

Calliope se apoyó contra su frente.

—Exacto. Por eso debes confiar en mí.

Durante un instante prolongado, no dijo nada. Se limitó a quedarse de pie con las frentes apretadas. Luego asintió con la cabeza.

—Lo voy a intentar, Calliope. Te prometo que lo voy a intentar. Pero debes hacer algo a cambio.

—¿Qué cosa?

—Prométeme que no irás a investigar sin mí.

Vio el dolor y el temor en sus ojos. Le prometió que lo intentaría. Debería hacer lo mismo… sin importar lo mucho que le costara intentar confiar en él. Pero sabía por qué era de ese modo. Bien sabía por qué la seguridad y el control eran tan importantes para él y por qué le costaba tanto confiar en ella. Para ella también era difícil.

—Te lo prometo —le dijo con la voz sorprendentemente débil.

—Gracias —le dijo con el rostro lleno de alivio—. Y para demostrarte que lo intentaré, tengo una idea.

A la mañana siguiente, Nathaniel tomó la pistola del estuche que sostenía Calliope.

Hampstead Heath estaba hermoso y muy tranquilo a esa temprana hora. Luego de que Nathaniel llevara a Calliope de regreso a casa la noche anterior y le hiciera el amor dos veces, la había despertado al despuntar del alba. Por lo general, a esa hora de la mañana, era el lugar predilecto para batirse a duelo, por lo que constituía un sitio lo suficientemente aislado como para lo que tenía en mente.

Calliope le resultaba toda una visión. El recuerdo de ella la noche anterior, vestida con sus viejos pantalones que se les aferraban a las piernas contorneadas era increíblemente seductor. Ese día, llevaba el cabello recogido en un tocado elegante que le acentuaba los hermosos rasgos del rostro bajo el sombrero de montar, que estaba decorado con plumas y flores de seda. Llevaba puesto un vestido verde adornado con unos lazos de color amarillo intenso que le

rodeaban la cintura y unos delicados lazos de color rosado sobre el escote. Le recordaba a la cazadora, Artemisa, con la expresión concentrada y los ojos clavados en un árbol a cierta distancia sobre el que antes había colocado un objetivo redondo con anillos negros.

Nathaniel detestaba las circunstancias que los habían llevado allí y la obligaban a aprender a defenderse. El temor constante por su seguridad le proyectaba una sombra sobre el alma que lo desgarraba. Pero tenía que ser un mejor hombre. En su mente, sabía que Calliope tenía razón. Tenía que confiar en ella. No podía protegerla a cada minuto de cada día, por mucho que quisiera. Su hermano le había enseñado boxeo, y podía protegerse hasta cierto punto.

De modo que para darle lo que ella necesitaba, su independencia y su libertad, él tenía que luchar contra el terror que le acechaba el alma y enseñarle a protegerse aún más ignorando lo mucho que le doliera hacerlo.

Calliope tenía razón; lo sabía. Era una mujer independiente, y él siempre había admirado eso de ella, era de lo más atractivo. Pero… lo detestaba al mismo tiempo. Le temía. Sin embargo, ella tenía razón. Si insistía en encerrarla y privarla de su libertad, ¿qué oportunidad tendrían?

Lo que en un momento había creído que sería una transacción matrimonial fría ya no lo era. No luego de que hubiera saboreado sus labios y que hubiera comenzado a descubrir quién era en realidad. Quería tenerla por completo o no tenerla en absoluto. Y si quería que fueran felices, no podría ser el tirano que había sido su padre con su madre. Tenía que ser mejor. Le había prometido que lo intentaría y eso era lo que estaba haciendo.

El peso frío y sólido de la pistola se sintió familiar en su palma, cada contorno le encajaba como un recuerdo. Abrió el percutor con un movimiento del pulgar que había practicado en varias ocasiones y dejó la cámara al descubierto.

—Se mete una medida de pólvora aquí —le indicó mientras lo hacía—. En el combate, no tienes demasiado tiempo para recargar la pistola, de modo que cada disparo debe valer la pena. Lleva la mano a la bolsa de mi cintura y toma una de las balas.

Calliope asintió, extrajo una pequeña bala de plomo y se la entregó. Nathaniel se la quitó de entre los dedos.

—Ahora ponla en la parte superior del cañón —la instruyó—. Empújala hacia abajo.

Utilizando la baqueta de madera, empujó la bala hacia abajo hasta que la sintió encajar y presentar resistencia al compactarse contra el fondo. Se aseguró de sostener la pistola apuntada hacia abajo y alejada de Calliope. Sabía demasiado bien lo mortales que podían ser esas cosas.

—Ahora párate como yo —le dijo y se lo demostró—. Separa los pies tan anchos como los hombros y posiciona el cuerpo a un lado. Distribuye el peso de manera equitativa.

Mientras Calliope lo imitaba, asintió con la cabeza.

—Muy bien.

Nathaniel alzó el brazo erguido y le disparó al blanco.

—Tienes que estar preparada para el culatazo, Calliope. El retroceso siempre es fuerte.

Mientras Calliope imitaba la posición, Nathaniel se movió a espaldas de su esposa, le acomodó la pistola en la mano para colocarle el dedo sobre el gatillo y asegurarse de que la estuviera sosteniendo de manera correcta. Podía sentir los músculos fuertes de sus brazos, los que había admirado al verla desnuda. Calliope practicaba boxeo en una de las habitaciones vacías de la casa día por medio. Había pedido que colgaran un saco de boxeo del cielorraso y tenía una soga de saltar y unos guantes de cuero para protegerse las manos.

Luego se detuvo lo suficientemente cerca como para que los cuerpos de los dos se fundieran. Le pasó los brazos por el contorno para alinearle los codos y las muñecas y guiar el arma a la posición correcta. Nathaniel sintió la silueta fuerte de ella contra su cuerpo. Con su suavidad, ocultó la fortaleza de él. Su aroma natural y su delicioso perfume se mezclaron con las fragancias térreas y húmedas del rocío matutino e hicieron que la cabeza se le nublara y la sangre le hirviera. Debería estar tomándola en sus brazos, besándola y haciéndole el amor sin cesar. En cambio, acababa de colocarle un

arma mortal en la mano y le estaba enseñando cómo utilizarla. Miró el blanco.

—Lo importante a la hora de apuntar no es concentrarse en los ojos o las manos exclusivamente.

—¿Ah, no? —le preguntó Calliope.

—Toma una profunda bocanada de aire y no la sueltes —le dijo al tiempo que el pecho se le frotaba contra el de ella y hacía lo mismo. Comenzó a sentir el ritmo lento en que se le inflaba y desinflaba el pecho, sincronizando el aliento de ella con el suyo. Pero no podía evitar que el corazón le latiera desbocado en el pecho y amenazara con destruir la sensación de calma que quería demostrar.

—Los pies separados, bien… ahora, flexiona las rodillas un poco. Así. —Con la mano libre le apretó la parte baja de la espalda y la instó a que cambiara la postura.

El cuerpo de Calliope se alineó con el de él y espejó su postura. Nathaniel le apartó la mano y la volvió a colocar sobre la que sostenía la pistola.

—Ahora estira los brazos por completo, amor —le instruyó al tiempo que el movimiento familiar de sus brazos le brindaban una guía silenciosa.

Una imagen aterradora de Calliope viéndose en necesidad de utilizar un arma contra un enemigo de carne y hueso le produjo un estremecedor escalofrío en la columna vertebral.

—Muy bien. Ahora, alinea la mirilla con el objetivo —continuó sin dejar de señalar el pequeño agujero en la parte trasera del arma y el sobresalido punto en la boca del arma—. Cuando estén alineados, los dos deberían apuntar hacia el blanco. Justo allí. —Con el dedo trazó la línea invisible hacia el árbol.

—Oh, ya lo veo —susurró Calliope, y las palabras quedaron flotando en el aire del alba.

—Por último —Nathaniel bajó la voz hasta un murmullo y le acercó los labios al oído para inhalar su aroma embriagante—, aprieta el gatillo, no lo jales.

El sonido del arma perforó la tranquilidad de la mañana y provocó que las hojas se agitaran en respuesta al eco. Una bandada de pájaros alzó vuelo hacia el cielo, agitando las alas e

interrumpiendo el silencio. Nathaniel vio que la bala había dado en uno de los anillos del blanco. El culatazo se sintió fuerte hasta en su propio cuerpo, y estaba orgulloso de percatarse de que Calliope había mantenido la postura en todo momento.

Cuando los oídos les dejaron de zumbar, Calliope se volvió hacia Nathaniel con una chispa en los ojos que reflejaba el orgullo que su esposo sentía en el pecho. Sabía que su conexión no se encontraba únicamente en la postura, el objetivo o el disparo. Estaba en la confianza y el aprecio que ella sentía por su apoyo y sus instrucciones.

—Buen disparo —le dijo—, muy cerca de la marca. Bien hecho, amor.

Pero su voz sonaba tranquila y no reflejaba el orgullo o la confianza que debería.

—Gracias —le dijo sin dejar de sonreír.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Te daré dos pistolas para que siempre las tengas a mano.

Calliope frunció el ceño con los ojos humedecidos.

—¿Son las pistolas… de esa noche?

Nathaniel asintió sombrío. Solo esperaba que le dieran más suerte de la que él había tenido.

—Ahora intenta recargarla sola —le dijo.

Mientras la observaba recargar la pólvora e introducir la bala de plomo, supo que no se sentía mejor de saber que podría disparar. Sabía que iba en contra de sus instintos, en contra de todo lo que conocía como cierto, al permitirle ponerse en peligro.

¿Algún día lograría dejarla en paz? Calliope le había prometido que no investigaría sola. Eso debería bastarle para no morir por dentro cada vez que no la encontraba donde debía de estar. Pero que Dios no permitiera que le ocurriera algo…

Jamás podría perdonarse. Estaría arruinado para siempre. Se preocupaba mucho por ella, mucho más de lo que jamás quiso… Se había vuelto esencial para su mera existencia. Por eso, decidió que sin importar lo que tuviera que hacer, jamás permitiría que nada la lastimara.

24

A LOS TRES DÍAS, Calliope observó al equipo de trabajadores de construcción en la sala de estar mientras utilizaban los cinceles para remover las partes viejas y dañadas de las ventanas. Al lado de los nuevos cristales para las ventanas, había un cortador de vidrio apoyado contra la pared.

Varios hombres aplicaban nuevos revoques con unas palitas sobre los listones y llenaban los huecos en las antiguas paredes para crear una nueva capa fresca. Otros dos trabajadores se encontraban agachados sobre el parqué y martillaban las placas nuevas con unos mazos. En el aire se olían el aroma a yeso, cera, polvo y madera fresca. La habitación estaba llena de ruido, y a Calliope le encantó cada instante que pasó allí. Hasta que una silueta masculina alta y de hombros anchos apareció en el umbral y avanzó hacia ella como un toro irritado.

—Calliope, ¿qué demonios es esto? —exclamó.

Antes de responder, soltó un suspiro.

—Sabía que te ibas a enfadar conmigo.

Nathaniel se veía increíblemente apuesto con el uniforme de la fuerza naval. Se detuvo a su lado y observó la habitación con la boca abierta.

—Y entonces, ¿por qué lo hiciste? —Para enfatizar, señaló todo lo que lo rodeaba al tiempo que una furia incontenible le oscurecía los ojos.

—Porque es una casa hermosa y se merece ser restaurada. Sé que la quieres reparar tanto como yo.

—Sí —declaró—, con mis propios medios.

—Pero también es mi casa, ¿no?

Se volvió hacia ella para escudriñarla como un león en plena caza.

—No hagas esto.

—¿Qué cosa?

—Hacer preguntas cuya respuesta ya conoces. Te dije que no quería que gastaras tu dinero en esto. Tengo un contrato con tu hermano.

Calliope se encogió de hombros.

—Es mi dinero y lo gastaré como me dé la gana. Además, no es solo para mí, es para tus hermanas también.

Nathaniel soltó un gruñido por lo bajo que la hizo tensarse por primera vez.

—No lo puedo creer —masculló—. ¡Luego de que acordamos en que confiaríamos en el otro, vas y haces esto en contra de mis deseos!

Calliope frunció el ceño.

—¡Nathaniel…!

Pero no se dignó a oírla porque estaba marchando hacia el interior de la sala de estar con tres grandes zancadas y mirando alrededor de la habitación.

—¿Quién está a cargo aquí?

—Yo, señor —le dijo el hombre que trabajaba en la ventana—. ¿Va todo bien?

—Por favor, venga a verme a mí en cuanto al pago, no a mi esposa —le dijo Nathaniel con el pecho lleno de una ira que apenas lograba contener.

—Muy bien, señor.

Nathaniel asintió con la cabeza y pasó por delante de su esposa para salir de la habitación. Calliope sintió que se le retorcía el vientre de la culpa y alzó la mano para intentar sujetarlo del codo.

—Nathaniel…

Su esposo se detuvo, pero se reusó a mirarla.

—Calliope, soy el hombre de la casa —le dijo en voz baja para que solo ella pudiera oírlo—. ¿Te das cuenta de cómo me hace sentir no ser capaz de proveerle una buena casa y una buena vida a mis hermanas? Durante años, no hemos tenido nada. Y ahora me rescata mi esposa que tiene de todo, menos un poco de paciencia.

A Calliope se le sonrojaron las mejillas.

—Solo intentaba ayudar. ¿De verdad eres tan orgulloso como para no aceptar mi ayuda?

Nathaniel se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Amor, te podría preguntar lo mismo en referencia a tu investigación.

Se miraron a los ojos, y Calliope no logró decir nada porque la simple verdad de sus palabras dio en el clavo.

—Te recogeré más tarde para ir a Portside —le informó antes de marcharse de la casa.

Calliope se sentía tensa y preocupada por la discusión que había tenido con Nathaniel cuando llegaron a Portside más tarde. Argos los seguía olfateando el aire y moviendo la cola.

—Quédate detrás de mí y déjame ser quien habla —le dijo Nathaniel al tiempo que la colocaba a sus espaldas en un gesto protector y miraba alrededor de la taberna como si estuviera llena de asesinos, víboras y osos listos para atacarla y desgarrarle la garganta.

Calliope soltó un bufido y jaló de la correa de Argos para que dejara de olfatear algo pegado al suelo de la taberna. Acto seguido, rodeó a Nathaniel y se detuvo a su lado.

—No, Nathaniel —le dijo con firmeza a pesar de que se arrepentía de la discusión que habían tenido más temprano—. Estoy haciendo todo lo que me has pedido. Hemos estado entrenando durante tres días hasta que quedaste satisfecho de que pudiera acertar en el blanco tres veces consecutivas. Tengo tus pistolas aquí en el ridículo, hemos traído a los perros y tú estás aquí conmigo. Ahora debes dejarme hacer lo que te he pedido: debes dejarme investigar.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo —masculló y la volvió a colocar a sus espaldas.

Calliope, enfadada, soltó el aliento. Durante tres días, habían disparado un sinfín de balas en Hampstead Heath hasta que logró recargar el arma en tiempo récord y dispararla. También habían practicado boxeo. Al final de los días largos, pasaban tiempo con las chicas, que habían estado saliendo con la duquesa viuda o visitándola a la hora del té.

Pero por las noches… oh, cielos, por las noches, cuando no disparaban, ni boxeaban, ni pensaban en ninguna investigación, Nathaniel y ella encendían el mundo en llamas. Al menos así era como lo sentía Calliope, como si estuviera ardiendo y se evaporara alto en el cielo nocturno. Se había convertido en su momento favorito del día. En algunas ocasiones, lo hacían rápido y con desesperación para satisfacer el hambre voraz que sentían por el otro. En otras, lo hacían despacio y con amor y no podían dejar de mirarse a los ojos.

Calliope temía creer que podría haberse convertido en algo más para Nathaniel que en un medio para obtener su herencia. La evidencia demostraba que se preocupaba por ella. Y eso la aterraba, porque podría lastimarla sin importar cuánto anhelara protegerla. O ella podría herirlo a él, como lo había hecho ese mismo día. Además, Nathaniel no tenía idea de lo que su esposa tenía en mente para el futuro. Era probable que pensara que todo ese peligro llegaría a su fin cuando encontraran a Spencer… Pero no tenía ni idea de que planeaba comenzar un negocio y tomar trabajos de investigación. Calliope había disfrutado mucho aprender a disparar y estaba agradecida de que Nathaniel le hubiera enseñado porque sería una habilidad indispensable.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le preguntó mientras avanzaban entre la multitud.

—Sí —le respondió—, pero tenemos trabajo que hacer, y soy un hombre de palabra.

Las vigas de madera talladas sin demasiada habilidad que tenían por encima de las cabezas y oscurecidas con el paso de los años parecían estremecerse con el volumen de las risas y los gritos. Y los olores pesados a sudor y cerveza eran sofocantes. Allí se reunían señores, trabajadores del puerto, marineros recién desembarcados y

algunos caballeros de otras partes de la ciudad. Cada uno intentaba obtener una vista mejor del espectáculo que los había llevado allí esa noche.

En medio del caos, había un cuadrilátero improvisado y delineado con sogas gruesas y barriles anclados al suelo. La multitud se apretaba contra el cuadrilátero y se subían a las mesas y las sillas para ver mejor, al tiempo que gritaban apuestas para los corredores de apuestas que se apresuraban a escribir los números en trozos de papel mugrientos.

Dos hombres formidables, con músculos brillantes del sudor en la luz débil, intercambiaban golpes en el centro del cuadrilátero. A Calliope se le tensó el corazón. Cuando a Spencer lo reclutaron a la fuerza en septiembre del año anterior, debió haber tenido lugar un espectáculo similar a ese.

Su marido se encontraba de pie al lado de ella alto como una columna, con los hermosos ojos oscuros bajo las cejas y el cabello dorado destellando bajo la luz tenue de las lámparas y las velas.

—Sí, lo eres, Nathaniel —le dijo y se acomodó al lado de él—. Pero por favor deja de empujarme detrás de ti. Hicimos un acuerdo, y los dos lo estamos cumpliendo. No eres razonable cuando te pones tan protector.

El pecho grande se le infló y desinfló rápido mientras la fulminaba con la mirada.

—¿No es razonable? —masculló—. No tienes ni idea de lo mucho que me cuesta dejarte estar presente aquí.

—Tú no eres el único cediendo. Me estaría yendo mucho mejor sola, sin un oficial de la fuerza naval ciñéndose sobre mí —le dijo y miró a los hombres que luchaban—. ¿Siempre es así durante las peleas?

Nathaniel miró hacia el cuadrilátero.

—Sí. Bienvenida al mundo peligroso e ilegal de las peleas por un premio. Las apuestas son altas, y solo los mejores luchadores vienen aquí. Las peleas legales entre caballeros y sin apuestas son aburridas.

—No dejo de imaginarme a Spencer aquí —prosiguió—. Creo que por eso le encantaba venir: por el entusiasmo y el desafío. Si le

presentabas un desafío o una apuesta, no podía dejarla pasar. Además, su vida como duque estaba llena de deberes, de modo que no me sorprende que viniera prácticamente todas las semanas.

La mirada de Nathaniel se suavizó hasta producirle algo cálido en el centro del pecho.

—Lo encontraremos.

La amabilidad en su voz la hizo derretirse. El estar allí, donde sabía que Spencer había pasado tanto tiempo, le hacía sentir tristeza y ardor en los ojos. ¿Acaso solía beber coñac en ese bar antes de ir al cuadrilátero? ¿O había tenido personas leales que habían ido a apostar por él y alentarlo? ¿Qué tan a menudo solía ganar? ¿Cómo se sentía al pararse delante de su contrincante con los puños bien apretados y listos para atacar? Su ausencia era un hueco doloroso en su interior.

—Spencer, aguarda, dondequiera que estés —le pidió en un susurro.

Nathaniel le apretó la mano, y Calliope le ofreció una sonrisa.

Con la mirada, siguió a una de las criadas que limpiaban las mesas. Era una mujer joven de cabello oscuro.

—Ven, hablemos con Daisy —le dijo—. Ha trabajado aquí desde que tengo uso de memoria.

Se movieron entre la multitud, con los perros marcando el camino.

—Daisy —la saludó Nathaniel cuando se acercaron a ella.

—Oh, ha venido el duque. —Se enderezó con un trapo humedecido en la mano y se apoyó un puño en la cadera—. ¿Qué puedo hacer por ti, cariño? La última vez que peleaste, gané cinco libras.

A Calliope no le gustó ni un ápice el modo en que los ojos de la mujer lo observaban. Un aguijonazo de celos la llevó a dilatar las fosas nasales. La sonrisa suave que vio en los labios de su marido le hizo dudar si se debía a amabilidad o si alguna vez habían compartido algo más. De pensar en él con otras mujeres, se le llenaba de náuseas el estómago.

—Nos estábamos preguntando acerca de una noche del último septiembre —comenzó antes de que Nathaniel pudiera decir algo, y

la voz le sonó apresurada y fría—. La noche en que hubo un gran ataque, y muchos hombres acabaron reclutados por la fuerza.

Daisy la recorrió de pies a cabeza y arqueó una ceja.

—Oh.

—Esta es mi esposa, la duquesa de Kelford —la presentó Nathaniel.

Las cejas de la mujer se le subieron hasta las cejas.

—¿Esposa?

—Sí, soy su esposa —le informó Calliope.

—¿Y qué hace la esposa de un duque en un sitio como este? —Daisy soltó un bufido y se dio la vuelta para continuar limpiando la mesa redondeada. Los hombres alzaban las jarras de las mesas para permitirle limpiar.

—Se trata de su hermano —añadió Nathaniel con suavidad—. Lo reclutaron a la fuerza durante el ataque y nos preguntábamos si habías visto algo.

Se quedó quieta y, durante un instante, se le suavizó la mirada de simpatía.

—Sé de qué noche hablan —les respondió mientras recogía las jarras vacías y se enderezaba—. Pero no trabajé esa noche.

La desilusión le pesó como un peñasco en el pecho a Calliope.

—Oh —repuso—, ¿y no has oído nada acerca de esa noche? ¿Algo que pueda sernos de utilidad?

—¿Quién era tu hermano? —La moza la miró con los ojos entrecerrados.

—Spencer, el duque de Grandhampton —le respondió Calliope.

Los ojos de Daisy se abrieron de par en par y le ofreció una sonrisa ladina. ¿Acaso la mujer había disfrutado de una conexión especial con su marido y también con su hermano?

—Spencer… —murmuró—. El duque Puños de Hierro. Me apena mucho haberlo perdido, cariño. —La suavidad abrupta hacia Calliope le resultó sorpresiva—. Lo único que sé es que esa noche estiró la pata. Me rompió el corazón. Él siempre me protegía si algún rufián se pasaba de manos. Era un buen hombre.

—Gracias. Sigue siéndolo —le dijo Calliope con firmeza—. Estamos intentando encontrarlo desde que nos enteramos de que no

había muerto, sino que se lo habían llevado a bordo de un barco de la fuerza naval en contra de su voluntad.

—Oh, qué bien —dijo y se dio media vuelta para alejarse hacia el bar abriéndose paso entre la multitud. Los dos la siguieron—. A lo mejor, Harvey los puede ayudar. Viene todas las noches.

—Sí, deberíamos hablar con Harvey —acordó Nathaniel—. Ven, Calliope.

Avanzaron hacia un hombre de unos cincuenta años que parecía un oso. A pesar de la edad, tenía unas manos que parecían capaces de destrozar la piedra y unos brazos que parecían haber visto una buena cantidad de trabajo manual. Una barba plateada le cubría el mentón cuadrado. Tenía una especie de postura militar, unos ojos profundos y afilados como los de un águila que no se perdían de nada mientras recorrían el establecimiento. Emanaba un aire de autoridad y respeto que no se podía negar.

—Es un veterano de la guerra estadounidense de 1775, y es el dueño del lugar —le susurró Nathaniel.

—Oh, Puños Nobles —lo saludó Harvey alzando la mirada a Nathaniel con una sonrisa al tiempo que recorría la superficie de madera suave del bar—. ¿Vas a luchar hoy?

—No —le respondió.

—Te quiere hacer algunas preguntas acerca de la noche de reclutamiento por la fuerza en septiembre del año pasado —le explicó Daisy—. Y ya no está soltero —añadió echándole una mirada a Calliope.

—Les deseo muchos años de felicidad —les dijo Harvey mientras estudiaba a Calliope con la mirada—. ¿Qué quieren saber de esa noche?

—¿La recuerdas bien? —le preguntó Nathaniel inclinándose contra el bar para oírlo mejor mientras la multitud rugía ante algo que acababa de ocurrir en el cuadrilátero.

Al hombre se le oscureció la mirada.

—Es difícil olvidarla considerando que todo lo que tenía ha quedado destrozado y un duque estiró la pata aquí mismo.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Sí, eso es exactamente lo que queremos saber.

—El duque es mi hermano —añadió Calliope—. Y ahora sabemos que no ha muerto.

—¿El duque Puños de Hierro está vivo? —preguntó Harvey.

—Sí, y estamos intentando averiguar su paradero. ¿Recuerdas ver que alguien desvistiera a un hombre?

Harvey asintió con la cabeza.

—De hecho, sí. Salí corriendo del edificio para intentar impedir que se llevaran a rastras a algunos muchachos a bordo del barco. En el callejón entre Portside y ese viejo depósito, vi a unos sujetos que le quitaban la camisa a un hombre. Creí que serían algunos rufianes tomando ventaja del alboroto para asaltar a alguien. No lo pude ayudar porque estaba demasiado ocupado enfrentándome a los que reclutaban por la fuerza. ¿Por qué lo preguntan?

A Calliope le latió el corazón tan rápido que creyó que se desmayaría pronto. Por primera vez en varios días, había oído algo concreto que podría ayudarla a develar más información. Podía sentirlo.

—Porque el cuerpo que creímos de Spencer, llevaba puestas sus prendas.

—Ah, me alegra saber que el duque Puños de Hierro se encuentra vivo, pero no vi quién lo estaba desvistiendo. Reinaba el caos. En un momento, todo estaba como ahora: dos hombres boxeando, una multitud que los observaba bebiendo y disfrutando de la pelea. Y, al siguiente, un ejército de hombres vestidos igual que Puños Nobles irrumpió a través de las puertas a los gritos, para golpear a los hombres y arrastrarlos afuera. Nadie se encontraba a salvo. Todos salieron como si tuvieran pólvora en el trasero, incluidas las prostitutas. El sitio estaba lleno de cuerpos que se movían por todos lados.

Calliope miró a Nathaniel, que no le despegó los ojos de encima.

—Los hombres de la fuerza naval golpeaban a todos y los arrastraban afuera sujetándolos de las camisas. ¿Y a los que se oponían? Los dejaban inconscientes. Apostaría hasta mi último penique que a los caballeros más adinerados que les gustaba venir aquí a apostar acabaron con los bolsillos pelados con todo el jaleo.

Calliope podía sentir que tenía la información al alcance de las manos. Se aferró al borde de la barra para contener el temblor. El cuerpo de Nathaniel al lado del de ella se veía tan rígido como un árbol.

—Por casualidad, ¿lograste reconocer a los hombres que lo desvistieron?

La mano de Harvey, que frotaba la superficie de la barra, se quedó quieta.

—Eh…

—No queremos presentar cargos —se apresuró a asegurarle—, solo queremos encontrar a mi hermano para intentar salvarlo.

Harvey le sostuvo la mirada con unos ojos que parecían dos cerezas oscuras.

—De hecho, sí.

Calliope contuvo el aliento.

—¿Quiénes fueron?

Soltó un suspiro profundo.

—No sabía que le había hecho eso a Puños de Hierro, de lo contrario no le habría permitido regresar aquí. Sabía que era un rufián, pero aquí viene todo tipo de gente.

—Está bien. Por favor, dime quién es el hombre.

—Viene todos los miércoles a ver a las mujeres boxear. —Se rio entre dientes—. Tenemos algunos regulares, ¿no?

Por primera vez en varios meses, algo liviano le llenó el estómago. Nunca habían estado tan cerca de encontrar a Spencer. Podía sentir la mano de Nathaniel moverse hacia la parte baja de la espalda, cálida y segura.

—Hoy es jueves, por lo que falta una semana —le susurró a su esposo. Volvió a mirar al dueño—. ¡Gracias! ¡Gracias! De casualidad, ¿sabes cómo se llama?

—No.

—¿Y qué aspecto tiene?

Harvey se encogió de hombros.

—Alto, delgado y tiene un parche negro en el ojo.

—¿Cuántos años crees que tiene? —le preguntó Calliope.

—Unos cuarenta años.

—¿Algún acento? ¿O rasgo que lo identifique? ¿Algo que lo haga sobresalir?

Harvey la miró con los ojos entrecerrados.

—Sí, una vez dijo a gritos que su hermano provenía de los barrios bajos de Whitechapel. Creo que intentaba darle una advertencia a alguien.

—Whitechapel… —comentó Calliope.

Podía pedirle ayuda a Thorne Blackmore. Era el hermano de Jane y el nuevo cuñado de Richard. Eso lo convertía en parte de la familia. Intentaría dar con el hombre de esa manera y, si no tenía éxito, podía regresar a Portside la semana siguiente.

Harvey se apoyó sobre la barra con los dos brazos.

—Si te atreves a decirle que fui yo quien te lo ha dicho, jamás volverás a poner un pie aquí. Y nadie más hablará contigo. No creo que a quien sea que lo haya hecho le agrade que lo andes buscando.

—No hace falta ni decirlo —acordó Calliope.

«Aguarda un poco más, Spencer. Te juro que te encontraremos», pensó. Mientras se alejaban del bar, le apretó la mano a Nathaniel y sintió unas burbujas en el estómago.

—¡Nathaniel! ¡Gracias! ¡Gracias! —le susurró.

—Me alegra mucho, amor —le dijo mirándola con ternura—. Yo hablaré con ese hombre la semana que viene. No hace falta que te preocupes.

Calliope abrió la boca para decirle que podía hacerlo perfectamente sola y que, cuando abriera su agencia de investigaciones, tendría que hacer ese tipo de trabajo a menudo, pero de pronto se dio cuenta de que él aún no lo sabía.

Debería decírselo. Se merecía saber en qué se había metido… Cuando había hecho el trato con él, Nathaniel le había prometido que tendría la libertad para hacer lo que quisiera… y, sin embargo, eso era precisamente lo que acabaría destrozándolo.

¿Cómo haría para decírselo cuando era tan evidente que se sentía aterrorizado de que se encontrara en peligro mortal como lo había estado su madre?

25

—Bueno —comenzó la abuela de Calliope a los dos días mientras acariciaba a la gata blanca que tenía sentada en el regazo y miraba la habitación que la rodeaba—. Me agrada este cambio.

Nathaniel sintió una mezcla de satisfacción y molestia. Que lo condenaran, la sala de estar se veía preciosa. Habían colocado ventanas nuevas con pintura fresca. Las paredes suaves de color turquesa hacían que el espacio se sintiera cálido y soleado. Además, habían colocado unas cortinas amarillas con un alegre patrón floreado, llenado los jarrones con flores frescas y puesto cuadros sobre las paredes. Los muebles sin daños le recordaban a su madre y a lo bien que se había visto la casa y lo mucho que se había dedicado a mantenerla en perfecto estado.

El día anterior, varios lacayos de Sumhall habían llevado sillas, aparadores, un piano y un sofá nuevo. Calliope le había asegurado que se trataba de un préstamo temporal y que devolvería todo cuando pudiera comprar nuevos muebles.

Calliope estaba sentada con una taza de té y se veía de lo más satisfecha. Hasta sus hermanas, que estaban sentadas y bebían el té con ellos, se veían mejor: llevaban tocados a la moda y nuevos atuendos. Estaban sentadas más erguidas y silenciosas que de costumbre, y Nathaniel comprendió que no podían portarse mal sin sentir la mirada fría de la duquesa viuda en la piel… Pero ¿en qué momento habían comenzado a verse como damas?

Habían experimentado todo tipo de cambios. Nathaniel encontraba sus prendas limpias más a menudo y también notó que olían mejor. Como Calliope había llevado a una cocinera de Sumhall, la comida sabía mejor y tenían más variedad de platos. Y la señora Nicholson tenía más tiempo para ocuparse de la lavandería y de sus deberes de ama de llaves. Sus hermanas tenían más libros, y Calliope había puesto un anuncio para contratar a una institutriz para las gemelas.

A pesar de que había discutido con ella al respecto, había tenido la delicadeza de preguntarle primero. Y, cuando lo hizo, no tuvo corazón para negarse. ¿Cómo podría ser tan cruel y rechazar una mejor educación para sus hermanas? De modo que aceptó a regañadientes, aunque eso implicara que Calliope usara su propio dinero. Por primera vez desde la muerte de su madre, Roxburgh se sentía como un hogar.

—Sí —acordó Calliope y le sonrió a Nathaniel—. Esta casa tiene mucho potencial. La amo…

«Amo…».

La palabra le produjo una inquietud oscura. Jamás había querido sentir nada por ella. Era un simple medio para lograr un fin: una esposa para engendrar a un heredero. Pero se había convertido en mucho más que eso. Sentía tantas cosas por ella… que lo aterrorizaba.

—Bueno, ciertamente tiene la estructura perfecta para ser la residencia de una duquesa, ¿no? —preguntó la duquesa viuda mientras acariciaba a la señorita Furrington.

—Sí —coincidió Calliope sin despegar los ojos de Nathaniel y derritiéndole los huesos—. Confío en que un día recupere toda su gloria.

«Confío…». Otra palabra que lo hacía arder como las llamas. Nathaniel quería confiar en ella, y sabía que, si lo hacía, tendría la felicidad al alcance de las manos. Cuando Calliope lo volvió a mirar a los ojos, el condenado corazón se le suavizó y derritió como cera caliente.

Cuando encontraran a Spencer, todo el peligro acabaría y podrían ser felices juntos. Aunque Calliope jamás quedara embarazada y

perdiera la cuantiosa herencia a manos de la corona, la tendría a ella. Tendría a sus hermanas. ¿Qué más necesitaría?

—Me la puedo imaginar —le dijo la duquesa viuda mirando alrededor—. Con toda su majestuosidad, los cielorrasos, las luces, la ubicación… y miren las molduras. Son simplemente preciosas. —Le guiñó un ojo a Calliope—. Y hay espacio de sobra para que la próxima generación pueda jugar.

La mirada de Nathaniel bajó al vientre de Calliope, que se sonrojó con intensidad. De solo pensar en un bebé, sentía una alegría incontenible y un aguijonazo de temor en el vientre. Aún era demasiado pronto para saber si estaba embarazada, aunque era posible. Podría estar esperando a su hijo en ese preciso instante… ¡Mientras él le permitía portar un arma y practicar boxeo y la llevaba a Portside! Pero ¿qué estaba pensando? Calliope lo estaba cambiando; esa hermosa criatura lo tenía comiendo de la palma de su mano.

—Bien hecho, Kelford —le dijo la duquesa viuda.

—Me temo que no me han dado demasiadas alternativas.

—Bueno, quizás sea cierto, pero veo lo feliz que hace a mi única nieta —prosiguió la duquesa entusiasmada—. Y eso es todo lo que siempre deseé para mis nietos. —La duquesa se concentró en Hazel, Poppy y Violet—. Bueno, bueno… —Arqueó una ceja—. ¿Qué haremos con ustedes tres? Kelford, sé que esta temporada ya casi ha llegado a su fin, pero ¿qué dice si preparamos a Hazel para que debute?

Las tres hermanas soltaron un jadeo al unísono con una combinación de entusiasmo, envidia y conmoción. Nathaniel, por su parte, se removió en la silla.

—¿Cómo dice? —soltó con brusquedad.

—Creo que Hazel está lista —continuó la duquesa con tono de inocencia—. Quizás sea demasiado pronto para ustedes dos —les dijo a las gemelas ofreciéndoles una sonrisa bondadosa—. Pero Hazel ya tiene diecisiete años.

El cuerpo de Nathaniel se encendió de furia al pensar en la posibilidad de que todos los hijos cachondos de marqueses, condes y vizcondes miraran a su hermana con desasosiego y adoración.

Como él mismo sabía lo que era ser un joven en esa posición y los pensamientos que tenían en la mente, detestaba la idea de que se atrevieran a pensar lo más mínimo de su hermana… De su hermana lista, rebelde y hermosa a la que había protegido durante toda su vida.

—No creo que esté lista —dijo y envolvió los dedos en el mango de la taza de té con tanta fuerza que temió partirla.

—Estoy lista, hermano —le aseguró Hazel al tiempo que enderezaba la espalda y se humedecía los labios—. Aunque no me importa debutar esta temporada o la siguiente…

Calliope intercambió una mirada intensa con la abuela.

—Debutar no significa que se vaya a casar de inmediato —comenzó Calliope.

—O que me quiera casar en absoluto —añadió Hazel.

—Estoy segura de que en algún momento del futuro lo querrás, querida —le dijo la duquesa—. No tiene que ser de inmediato. Pero debutar solo significa mostrar quién eres y que te encuentras en el mercado matrimonial.

—Pero ella no está en el mercado matrimonial —la contradijo Nathaniel—. Ni siquiera tiene una dote todavía.

Porque tanto su dote como las de las gemelas y su propia herencia dependían de una cláusula que estaba fuera de su alcance.

—No necesita una dote para estar en el mercado —le dijo la duquesa antes de volver la mirada pícara a Hazel—. ¿No, querida?

Durante toda la vida, Hazel había sido su hermana pequeña, una niña a la que protegía y escudaba. El pequeño rostro que había visto en la ventana del carruaje y observaba el cuerpo sin vida de su madre con los ojos abiertos como platos. Tenía certeza de que no recordaba los eventos de esa noche, porque, de lo contrario, se lo habría mencionado.

Pero ahora…, ¿debutar y declararle a todo el mundo que era una mujer con edad suficiente para casarse? La mayoría de los hombres en busca de esposa jamás las amaban. De pensar en que alguien se casara con una joven maravillosa como Hazel y no la apreciara como el tesoro que era, sentía náuseas. Tuvo el impulso de aplastar algo y golpear a alguien.

—No me importa —le dijo Hazel encogiendo el hombro con falsa indiferencia—. Nunca quise ir a bailes y veladas…

—¡Oh, no mientas, Hazel! —la contradijo Poppy—. ¡Claro que querías!

Hazel soltó un jadeo, y tanto la duquesa como Calliope tuvieron que contener sonrisas de entretenimiento.

—¡No! —exclamó Hazel en voz alta.

—Querida, mide el tono —le recordó la duquesa.

Hazel se puso colorada como una remolacha. Bajó la aguja de tejer y respiró con dificultad.

—Sé muy bien lo que quería, y ese es otro ejemplo de por qué no debería debutar todavía. Nadie nos ha enseñado a ser como usted, *lady* Grandhampton, o como Calliope. Hemos estado viviendo completamente solas; en Mayfair, pero completamente aisladas de la escena social. Todas las mañanas y noches, veo carruajes que recogen a nuestros elegantes vecinos para llevarlos a bailes y veladas. A veces, son ellos quien arrojan los eventos, y entonces los veo entre todas las personas hermosas que conocen y…

Cuando se sorbió para contener las lágrimas, a Nathaniel se le desgarró el corazón.

—Y no soy una de ellos —concluyó.

Era su culpa; todo eso era su culpa. Hazel no era una de ellos porque él no había logrado proveerle los medios, las conexiones y los recursos para liderar la vida que se merecía.

—Oh, Hazel, claro que lo eres. —Calliope le apoyó la mano sobre la de la joven—. Siempre lo has sido. No importa que lleves un vestido elegante o no, ni que recojas el tenedor indicado o no. Tú escoges tu propio camino, querida. Tú defines quién quieres ser, a quién quieres ver y a quién no.

—Claro… —acordó Nathaniel con la voz ronca.

La imagen de alguien como ese condenado William King pudiera ser tan desagradable con Hazel como lo había sido con Calliope lo hizo retorcer de ira. Estaba perdiendo el control, y eso implicaba que no podría garantizar su seguridad o su bienestar.

Mientras Hazel le sonreía, el entusiasmo y la alegría en el rostro de su hermana le rompió el corazón. ¿Cómo podría confiársela a otro

hombre? ¿Y si alguien la lastimaba? Cuanto más saliera a eventos sociales, más posibilidades habría de que alguien desagradable se encaprichara con ella y él no estuviera presente para protegerla.

Sintió la resolución de ser un buen hombre desmoronarse, al tiempo que el instinto de ocultar a todos sus seres queridos del mundo se apoderaba de él. Por más que lo detestaran para siempre, al menos estarían vivas.

Sin embargo, no era un cavernícola. Era un duque. Un hombre racional y civilizado. Y estaba determinado a estar al lado de Hazel para asegurarse de que nadie la ofendiera. Aunque eso se sintiera como si estuviera a punto de perder la razón en el intento de mantener a salvo a todas las mujeres que formaban parte de su vida…

26

—Hazel, ¿estás nerviosa, querida? —le preguntó Calliope.

La pobre no dejaba de estrujarse las manos cubiertas por guantes mientras observaba la sala llena de damas y caballeros elegantemente vestidos.

—Por supuesto que está nerviosa —masculló Nathaniel, que se veía más que atractivo con su uniforme de la fuerza naval y el cabello largo peinado y sujeto en la nuca. Aun cuando estaba enfadado no dejaba de quitarle el aliento—. No debería estar aquí.

—Estoy bien —le aseguró Hazel que se encontraba pálida, tenía los ojos abiertos de par en par y no se veía para nada bien—. Pero tienes razón, hermano, no debería estar aquí. Te he dicho que no quería venir.

—Se equivoca —le dijo la abuela de Calliope, que se encontraba de pie orgullosa al lado de Hazel y le ofrecía esa sonrisa sabia y eterna—. A mí, no me engaña, *lady* Hazel. Este es su momento y anhela vivirlo sin importar lo mucho que intente decirnos lo contrario.

El salón de Emma, la duquesa de Loxchester, estaba atestado de gente. Era su primera vez organizando una velada para una cantidad exclusiva de miembros de la sociedad. Y, al igual que Hazel, se veía algo pálida. Se encontraba de pie hablando con un almirante, al lado de Penelope y Preston. Richard y Jane también estaban presentes, y Jane, que hablaba con *lady* Whitemouth y su hija, *lady* Isabella, saludó a Calliope agitando la mano entusiasmada.

Había unas veinte personas más presentes, incluyendo a la madre de Sebastian, el obispo de Londres, la prima de Penelope, Alexandria, y la duquesa de Ashton. La presencia de *lady* Whitemouth y la duquesa de Ashton eran de lo más importantes para que Emma pudiera mejorar su estatus social. Su matrimonio con Sebastian había sido de lo más escandaloso luego de que circularan rumores de que era la hija de un granjero a quien el duque había comprado en una subasta en el campo, que en parte eran ciertos. Emma había estado casada con un terrateniente que se la había vendido a Sebastian. Sin embargo, el obispo de Londres había anulado el matrimonio luego de que lograran demostrar que el exmarido de Emma había cometido fraude al firmar el contrato matrimonial.

El escándalo había persistido durante gran tiempo, en parte gracias a las contribuciones de *lady* Whitemouth, una chismosa de renombre. Sin embargo, Sebastian no dejó de defender el honor de su esposa en ningún momento, y su madre, que había comenzado a adorar a Emma, también lo había ayudado.

—Vas a estar bien —le aseguró Calliope—. Si sé algo de tu hermano es que no corres riesgo de que te case con alguien hoy… ni en ningún futuro cercano.

Calliope, Hazel y la abuela alzaron la mirada a Nathaniel, que las miraba de reojo y adoptaba una expresión fría mientras encuadraba los hombros con la columna vertebral rígida como un poste.

—Es verdad —dijo.

Calliope se rio entre dientes y arqueó una ceja al mirar a Hazel a los ojos.

—¿Ves? Disfruta la velada, si puedes.

Hazel soltó un largo suspiro y, por primera vez desde que Calliope la conoció, le ofreció una sonrisa genuina y amistosa.

—Tienes razón, hermana.

«Hermana…». A Calliope se le infló el corazón.

—Ven, querida, te presentaré a algunas personas —le dijo la abuela antes de llevársela—. Tienes que disfrutar de tu debut.

Calliope se volvió hacia Nathaniel para estudiarlo. Su marido se veía tenso y no despegaba los ojos de su hermana.

—Nathaniel, ¿qué sucede? ¿De verdad estás tan preocupado por Hazel?

Nathaniel se aclaró la garganta.

—No permitiré que nadie le haga daño.

—Claro que no. Pero no estamos en los barrios bajos. Estamos en la velada de una duquesa, en Mayfair. Ni siquiera hay jóvenes solteros presentes… —Miró alrededor—. Bueno, solo dos. Y uno de ellos parece preferir la compañía masculina.

Nathaniel le siguió la mirada para encontrar a un atractivo joven rubio que se encontraba tan cerca de otro caballero que casi se rozaban el torso. El segundo joven podría preocuparlo más. Era alto, de cabello oscuro y muy atractivo, pero se encontraba hablando con *lady* Isabella y, hasta el momento, no parecía interesado en Hazel.

—Ya lo sé —dijo Nathaniel. Estaba muy tenso, y Calliope no sabía por qué.

Lo sintió apartarse de ella, y no supo qué hacer al respecto. Un temor la paralizó. Había comenzado a sentir cosas muy profundas por él y demasiado pronto. Era un hombre grande, fuerte y amable… pero si confiaba en él y se volvía vulnerable, podría hacerla añicos. Como lo había hecho William.

Por eso, en lugar de acercarse a él y preguntarle qué ocurría o de decirle que temía que le hiciera daño, se enfocó en lo único que ocupaba prácticamente cada segundo de su vida cuando no pensaba en Nathaniel, en las chicas o en reparar Roxburgh: encontrar a Spencer.

—Está bien —continuó—. En ese caso, utilicemos el tiempo de manera sabia. Jane se encuentra aquí y le quiero pedir consejos acerca de la mejor manera de hablar con Thorne.

—¿Con Thorne? —La atención de Nathaniel regresó a Calliope por primera vez en toda la noche—. ¿Thorne Blackmore?

—Sí, Thorne Blackmore. Es el hermano de Jane, lo que lo convierte en mi cuñado… y el tuyo.

—¡Por favor no me digas que quieres ir a Whitechapel, al condenado club Elysium, a hablar con él!

Allí estaba de nuevo, el demonio del mar con la mirada ardiente.

—Sí, Nathaniel. Harvey nos dio algunas pistas, y no quiero sentarme a esperar hasta la semana que viene cuando Thorne podría ayudarnos. A lo mejor conoce al hombre. O le puede pedir a su gente que lo encuentre. Es una especie de rey en el barrio, ¿no?

—El rey de los criminales —escupió Nathaniel—. Me prometiste que no irías allí sola.

—Y no lo haré, por eso estoy hablando del tema. Como habíamos acordado.

Si así era como reaccionaba ante la idea de que hablara con el hermano de Jane, ¿qué diría de que se convirtiera en una investigadora profesional? ¿A dónde acabaría ese matrimonio? De seguro, su marido no la acompañaría cada vez que tuviera que escabullirse en algún sitio. Acabaría rompiéndole el corazón. Ese hombre magnífico que le daba múltiples orgasmos y la protegía como un enorme oso dorado, el hombre que había echado a la única sombra a la que le temía…

—Y lo aprecio —le dijo con la voz más suave—. Discutamos este asunto luego de la velada. ¿Qué dices si te presento al almirante Langden? Es un buen amigo que me ayudó con mi contrato en la fuerza naval y me ha apoyado a lo largo de toda mi vida.

Calliope asintió con la cabeza al tiempo que una sensación fría se le asentaba en el estómago.

—Es una idea espléndida.

El sol estaba a punto de ponerse detrás de los tejados cuando Argos se puso de pie sobre el suelo de adoquín de la caballeriza y gruñó sin despegar la mirada de la puerta.

Violet, intentaba ignorar al perro y reposicionó el libro de Calliope de modo que los últimos rayos dorados del sol cayeran sobre la página que estaba leyendo. El investigador del libro acababa de subir a la ventana de la primera planta del sospechoso y, al aterrizar dentro, el suelo había crujido bajo sus pies.

—¡Argos, sentado! —exclamó Poppy, que estaba sentada en el suelo de tierra e intentaba despertar el interés de la señorita Furrington con heno seco.

Poppy había llevado a la gata a la caballeriza para jugar con los perros, pero la señorita Furrington se había unido a Cerberus en la tierra para acurrucarse entre las patas delanteras del perro y parpadear feliz con los ojos somnolientos. No tenía ni la más mínima intensión de inmutarse con el heno.

Oh, Calliope se iba a poner furiosa… todo el pelaje blanco se tornaría grisáceo… y la señora Nicholson iba a despotricar al ver el estado en que se encontraba el vestido de Poppy.

En lugar de dejar de gruñir, Argos comenzó a ladrar. Y cuando Argos ladraba, las paredes se estremecían.

—¡Argos! —exclamó Poppy incorporándose de un salto.

Lamentablemente, Orion se acercó corriendo desde el otro lado del patio y, sus propios ladridos sonaron altos y feroces, aunque no tan amenazadores como los de Argos. Argos se paró sobre las patas traseras y apoyó todo el cuerpo contra la puerta. Violet apoyó el libro de Calliope a un lado mientras Poppy continuaba gritándoles a los perros que se sentaran y avanzó hasta la puerta sin despegar la mirada de Argos. De pie, el animal era tan alto como la joven, y tenía una mandíbula grande que infundía mucho miedo con esos enormes colmillos afilados.

—Pero ¿qué pasa, Argos? —le preguntó Violet.

El perro no solía comportarse de ese modo sin motivo. Nathaniel lo había entrenado bien. Argos siguió ladrando preocupado mientras se apoyaba contra la puerta, y las herraduras resonaron bajo su peso. Lo que lo tenía así de alterado se encontraba al otro lado de la puerta.

Violet echó un vistazo entre una delgada grieta y, a primera vista, no vio nada fuera de lugar. La calle parecía encontrarse vacía. Hasta que de pronto los vio. Había tres hombres que avanzaban por la calle hacia Roxburgh y se parecían al ladrón que había atacado a Calliope en el callejón al lado de Bond Street.

Uno de ellos era más alto que los otros dos. Los tres tenían abrigos y pantalones que habían visto mejores días y caminaban a

unos tres metros de distancia. Uno de ellos clavó la mirada en la puerta al oír a Argos y Orion que ladraban a todo pulmón. Hasta Cerberus, el pequeño *beagle*, abandonó su espacio cómodo al lado de la señorita Furrington para unirse a sus dos amigos y sumar sus aullidos a los ladridos de los otros dos.

—Hay tres hombres, Poppy —masculló, y Poppy se pegó a la puerta para echar un vistazo por la grieta.

La señora Nicholson se encontraba enferma en su cama. Tenía fiebre y la garganta rasposa. Joshua, por su parte, había ido a visitar a su familia. Nathaniel, Calliope y Hazel se encontraban en la velada de la duquesa de Loxchester. ¿Acaso esos sujetos creían que Violet y Poppy también habían salido? ¿O sabían que se encontraban solas en casa?

Uno de ellos se acercó a la pared de ladrillo que rodeaba la caballeriza con audacia. Violet vio que el más grandote tomaba una barreta de detrás de un banco y que otro tenía una pistola. Era evidente que no les tenían miedo a los perros. A Violet se le congeló la sangre. Los hombres caminaron hasta el cerco y lo estudiaron mientras hablaban entre susurros. ¿Estarían discutiendo cómo treparlo? Los perros estaban furiosos a esa altura, y cualquier criminal insignificante ya hubiera echado a huir.

Aterrorizadas, Violet y Poppy intercambiaron una larga mirada.

—¿Por qué querrán meterse por la fuerza? —le preguntó Violet—. Si no tenemos nada de valor.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó Poppy—. De seguro no lastimarán a los perros.

«De hecho, no lastimarán solo a los perros…», pensó Violet, pero se contuvo de decirlo en voz alta porque jamás había visto a su hermana valiente y aventurera tan pálida. Por lo general, Poppy era quien sugería hacer travesuras y romper las reglas.

A Violet se le aceleró la mente. Podían huir. Podían contratar una calesa e ir a Sumhall o encontrar a Nathaniel y Calliope en la velada. O podían pedirles ayuda a los agentes de Bow Street… que de seguro no les creerían. Pero los hombres podrían atraparlas en la calle.

—¡Tenemos que engañarlos! —exclamó Violet mientras trazaba un plan en la mente.

La joven había leído muchas de las novelas de detectives de Calliope, con tramas repletas de aventuras, rufianes e investigadores que los perseguían… En ocasiones, ni siquiera necesitaban armas para derrotarlos, sino que se valían de lo que tenían a mano y recurrían al ingenio para engañar a los atacantes.

—Se me ocurrió una idea —susurró Violet y miró alrededor—. ¡Lleva a los perros y a la gata adentro! Los rufianes matarán a los perros si los ven. Y no salgas. Yo me encargaré de las escaleras.

Poppy tragó con dificultad y asintió con la cabeza, llena de una determinación que le iluminó los rasgos. Levantó a la gata en los brazos, que miraba la pared de ladrillos con los ojos bien abiertos y la cola retorciéndose nerviosa.

—¡Vengan! —les exclamó Poppy a los perros, que a regañadientes dejaron de ladrar para seguirla.

Violet corrió hacia un barril viejo de aceite de ballena que aún tenía un poco en el fondo y decidió que le bastaría. Logró juntar una taza del asqueroso líquido y echó a correr hacia la entrada de los criados mientras oía que los rufianes intentaban saltar el cerco y soltaban gruñidos.

Subió las escaleras volando y se apoyó contra la pared que tenía el pasamanos roto desde que Calliope casi se cayó. Nathaniel aún no había tenido tiempo para repararlo, y todos se habían acostumbrado a esquivarlo, al igual que lo hacían con tantas otras cosas que se caían a pedazos en la casa. Bajó la taza con el aceite, levantó el pasamanos y lo volvió a poner sobre los huecos en la escalera lo mejor que pudo. Luego volcó el aceite sobre las escaleras y el descanso antes de correr dentro y cerrar la entrada de los criados.

Poppy y los perros la estaban aguardando en el pasillo de la entrada, a pesar de que los animales estaban sujetos por las correas, no dejaban de gruñir mostrando los rostros aterradores. La gata se había acomodado sobre el rellano de las escaleras que conducían hacia las recámaras y observaba todo con los ojos abiertos como platos.

—Qué bien, oculta a los perros detrás de esa esquina —le indicó a Poppy. Se sentía extraño darle instrucciones a su hermana aventurera, pero alguien tenía que tomar las riendas del asunto—. Tengo algo más en mente, pero hagas lo que hagas, mantén a los perros callados.

Poppy asintió con la cabeza y les ordenó a los animales a guardar silencio antes de conducirlos por la esquina y sacarlos de la vista.

Violet corrió hacia la biblioteca para quitar la tabla que cubría los tablones de madera podridos del suelo y vio por la ventana que los maleantes habían trepado el cerco y corrían desde la caballeriza hasta la entrada de los criados. El primero se las ingenió para subir las escaleras antes de que se resbalara y se sujetara al pasamanos, que, tal y como había planeado, se le pegó a la mano. Agitó los brazos en el aire y comenzó a caer hacia atrás, para luego compensar y arrojarse hacia adelante, aterrizar de cara sobre los escalones y acabar deslizándose hacia abajo y derribando a sus dos compañeros.

Riendo entusiasmada por su primer éxito, Violet corrió sobre las puntas de los pies alrededor de las tablas podridas y se unió a Poppy. Su hermana estaba agachada detrás de los perros con los ojos bien abiertos y la respiración entrecortada. Violet podía oír los pasos pesados y desparejos de los hombres que cojeaban mientras intentaban avanzar con cautela por los escalones resbaladizos. La caída debió de haberles dolido.

—¿Recuerdas las tablas podridas en la entrada de la biblioteca? —le preguntó Violet—. Removí la tabla que las cubre. Intenta traer a uno aquí. Quizás se caiga… derecho al sótano.

—Muy bien. Estén listos para atacar… —les susurró Poppy a los perros.

La puerta de la entrada de los criados se abrió de golpe, y uno tras otro, los hombres entraron en la casa.

—¡Ataquen! —Poppy exclamó la orden que Nathaniel les había estado enseñando a los perros durante varios años.

Con un tremendo gruñido, los tres perros se lanzaron sobre el hombre más cercano, que era el que sostenía un arma. El maleante soltó un grito al tiempo que Argos le atacaba el cuello, Orion, el

brazo que sostenía el arma, y Cerberus la entrepierna. El hombre se cayó, y la pistola se disparó con una explosión que llenó el pasillo de humo. El rufián con la barreta alzó el brazo para golpear a Argos.

Sin embargo, terminó asestándole a una estantería gruesa medieval que exhibía el escudo de armas de los Kelford y colgaba por encima de la entrada de los criados. Era una de las pocas decoraciones que quedaban en las paredes de la casa porque a nadie le había interesado comprarla. Como si los ancestros estuvieran protegiéndolas, el escudo cayó sobre la cabeza del hombre, que se desplomó en el suelo como un saco de huesos y carne.

Mientras el primer hombre continuaba gritando bajo el asalto de los perros, el tercero clavó la mirada en Violet y Poppy. Tenía los ojos saltones y los dientes al descubierto. Era el que se había caído por las escaleras, y la nariz se le había puesto púrpura, se le había hinchado como una patata y no dejaba de sangrarle.

—¡Corre! —le gritó a Poppy, y las dos salieron disparadas hacia la biblioteca.

—Ay, ¿a dónde creen que van? —les gritó a sus espaldas—. Vendrán conmigo, ¿saben?

Las gemelas avanzaron en puntas de pie alrededor de los tablones podridos y se adentraron en la seguridad de la biblioteca y, tal y como Violet había planeado, el hombre las siguió hasta allí. Irrumpió en la sala justo en la parte que los tablones estaban en pésimo estado. Con cada paso que daba, el suelo crujía, pero no se cayó. Violet sujetó la mano de Poppy, y las dos se apartaron más. ¡No tenía ningún otro plan en mente!

Por fortuna, cuando llegó a los últimos tablones podridos, se oyó un crujido fuerte, se hundió hasta las rodillas, pero no se terminó de caer. Al parecer, lo único que habían logrado había sido enfurecer aún más al rufián, que se levantó y continuó avanzando con la daga en la mano.

—¿Creen que estos trucos me van a detener?

Sujetó la mano de Poppy y jaló de la joven.

—¡No! —exclamó Violet apresurándose a seguir a su hermana.

El hombre le apuntó la daga y le produjo un corte en el brazo que le hizo sentir un dolor agudo. Violet se sujetó el brazo con la otra mano mientras veía la sangre que se le escurría entre los dedos.

De repente, el maleante se detuvo antes de llegar al umbral porque había otra silueta que lo abarcaba todo. Era su hermano, y estaba acompañado de Calliope y Hazel, que echaban un vistazo a sus espaldas con los ojos abiertos como platos. El sujeto soltó a Poppy y se arrojó contra Nathaniel soltando un gruñido y alzando la daga. A Nathaniel se le transformó el rostro y adoptó una expresión asesina.

No cabían dudas de que su hermano ganaba dinero boxeando. El sujeto no tenía ni la más remota oportunidad. Nathaniel le asestó un puñetazo en el rostro y lo arrojó contra la puerta a sus espaldas. La cabeza del rufián se golpeó contra la madera y la daga se le cayó al suelo, pero antes de que Nathaniel pudiera sujetarlo, se agachó y salió disparado intentando esquivar a Nathaniel, Calliope y Hazel.

Y ese fue el fin. Con un crujido fuerte, se cayó por entre los tablones, agitando los brazos mientras caía. De repente, no emitió ni un sonido más.

Pero, de alguna manera, ni los tres intrusos ni el corte que tenía en el brazo y le dolía como si lo tuviera en llamas la asustaron tanto como la expresión de furia y terror que llevaba su hermano en el rostro.

27

A PESAR de que la herida de Violet no era grave, a Calliope se le rompió el corazón al verla. ¡Podría haber sido mucho peor!

Admiraba que las chicas hubieran podido ingeniárselas para defenderse, pero no podía evitar preguntarse si habría ido demasiado lejos al prestarle esos libros a Violet. Quizás Nathaniel tenía razón y debería detenerse para asegurarse de que sus seres queridos también se encontraran a salvo.

Al haber crecido con hermanos, jamás había tenido a alguien vulnerable en su vida que necesitara de su protección. Sus hermanos siempre habían sido fuertes, y ella había tenido que serlo aún más para estar a la par de ellos. Pero no todos eran tan resilientes como los hermanos Seaton. Y, le gustara o no, ella ya no era independiente.

Los otros dos rufianes se las habían ingeniado para huir, mientras que el que se había caído por los tablones, estaba muerto. Por eso, no tenían ninguna respuesta.

Más tarde esa misma noche, luego de que el médico de los Seaton hubiera visto a Violet, Calliope y Nathaniel estaban hablando en su habitación.

—Morí diez veces cuando la vi sangrando —dijo Nathaniel distraído con la voz ronca y la mirada clavada en el hogar donde ardían los carbones mientras descascaraba la pintura de la repisa.

A Calliope se le formaron unas lágrimas en los ojos que le produjeron escozor. Había llegado a querer mucho a las hermanas

de Nathaniel en el corto período que había vivido con ellas.

—Ya lo sé. ¿Te hizo pensar en tu madre?

Nathaniel se puso más tenso que un árbol.

—Sí. —Tenía la voz extraña, casi ronca, y una lágrima le rodó por la mejilla. A Calliope se le llenó el corazón de dolor al verlo así.

—Si les hubiera pasado algo, jamás me lo habría perdonado.

La confesión fue como un peñasco que se le hundió en el alma. Ella tenía la culpa de eso, de lo que les había ocurrido a esas hermosas niñas. Y a Nathaniel. Los intrusos habían ido gracias a ella.

—Y yo tampoco —susurró poniéndose de pie del asiento al lado del hogar y moviéndose para acercarse y secarle las lágrimas del rostro.

Tendría que ser más cuidadosa y considerada. A lo mejor, con un enemigo tan audaz como para enviar a varios hombres a secuestrar a las hermanas de Nathaniel, era sabio pasar desapercibido por un tiempo. Además, Violet necesitaba cuidados.

—No me apartaré de su lado hasta el próximo miércoles —le prometió.

Nathaniel se volvió a mirarla con los ojos destellando furiosos.

—Ya lo creo que no. La investigación debe terminar ya y punto. ¡Ya hemos puesto a mis hermanas en mucho peligro!

Una conmoción gélida la embargó.

—No, no podemos dejar de buscar a mi hermano. ¡Castígame a mí, no a él!

Nathaniel cerró los ojos y soltó un suspiro profundo.

—Tienes razón. Tu hermano todavía necesita ayuda. Muy bien. —La miró con frialdad—. Yo reanudaré la investigación. No me acompañarás más. Debes quedarte en casa, como te he pedido. No irás a ver a Thorne. Si hay que investigar algo antes del miércoles, iré yo solo.

—¡Nathaniel…!

—Y si me desobedeces, seré despiadado y dejaré de ayudarte. Debo asegurarme de la seguridad de mis hermanas… y de la tuya.

A Calliope se le llenó el pecho de furia.

—¡Eso no es lo que acordamos cuando nos casamos!

—Precisamente. Puedo decir lo mismo. ¿Me lo prometes?

Calliope tragó con dificultad. Le resultaría muy difícil. Si quería, podía escapar y continuar con su investigación. Pero había mucha verdad en las palabras de su marido. Era responsable de que hubieran herido a Violet, de que casi hubieran secuestrado a Poppy y de que los hombres hubieran irrumpido en la casa. Tenía que quedarse ahí. Le daría lo que necesitaba, por más que la destruyera.

—Sí —acordó, y la palabra le supo como gravilla en la garganta.

En el trascurso de los siguientes días, Nathaniel la fue a ver con la intención de dejarla embarazada, pero no durmió en la misma cama que ella. Era extraño… estaba enfadada con él, se sentía culpable y, a pesar de eso, lo deseaba con locura y no podía resistirse a sus labios o su miembro. Hablaban con el cuerpo, se decían lo mucho que se necesitaban y se anhelaban como el aire, pero no emitían ninguna palabra.

Era evidente que Nathaniel no estaba durmiendo demasiado. Tenía unas bolsas oscuras debajo de los ojos y las mejillas ahuecadas. Al verlo de ese modo, Calliope comenzó a preocuparse. Mantuvo su promesa y se quedó en la casa cuidando de Violet, que estaba más entusiasmada del éxito de la defensa que molesta por la herida. Para cumplir con otra promesa que le había hecho a su marido, le pidió que le dejara pagar las reparaciones sobre los tablones de madera, considerando que los hombres habían entrado en la casa por su culpa.

Aunque Nathaniel se estremeció al oír eso, no le gritó, sino que se limitó a asentir con la cabeza. No discutía. No se enfadaba. Era como si la mirara a través de diez murallas de un castillo escudado y protegido.

Hubiera sido mejor si hubiera discutido con ella. De algún modo, ese silencio era peor. Era como si se hubiera dado por vencido porque ese incidente le había demostrado quién era Calliope en realidad. Y que no quisiera más a esa persona, sino que estuviera interesado en el cuerpo con el que engendraría el heredero que tanto necesitaba.

Mientras miraba el espacio vacío en la cama donde solía recostarse Nathaniel, tan feliz y hermoso y suyo hasta hacía unos pocos días, el corazón se le rompió más. ¿Acaso no era más que un

vientre para él? Ansiaba preguntárselo, pero a la vez temía a la respuesta. ¿Y si le decía que sí? ¿Que eso era precisamente lo que era? ¿Y si le preguntaba por qué se sorprendía cuando eso era lo que habían acordado desde el principio? ¿Pensaría que era una tonta al haber llegado a…? ¿Qué? ¿Preocuparse por él? ¿Sentir que era esencial para su mera existencia?

El pensamiento fue como una daga en el vientre cuando por fin llegó el día de ver al hombre que Harvey había mencionado: al que podría haber ayudado a reclutar a Spencer por la fuerza. Al final acordaron ir juntos, así que Calliope y Nathaniel se subieron al carruaje de los Seaton para ir a Portside. Era como si estuviera con ella… pero a la vez como si no lo estuviera.

Mientras el carruaje avanzaba por la calle, Calliope divisó a un hombre a lomos de caballo que parecía estar siguiéndolos durante un tiempo, pero acabo desapareciendo unas calles antes de llegar a Portside. De seguro se estaba imaginando cosas, pero no pudo evitar sentir una ola gélida de inquietud.

El corazón le latía desbocado mientras caminaba con Nathaniel a través de Portside. La habitación estaba atestada de hombres que bebían y gritaban. Calliope miró fascinada a las dos mujeres que llevaban puestos pantalones de hombres y boxeaban. Sintió respeto y se preguntó cómo se sentiría pararse en ese cuadrilátero y enfrentarse a un oponente… como lo había hecho Nathaniel durante muchos años para alimentar a sus hermanas.

Cuando llegaron hasta el dueño, Harvey se encogió de hombros y los miró con el rostro sombrío.

—Se acaba de ir.

—¿Recién? —le preguntó Calliope—. ¿O cuándo?

—Un muchacho se le acercó, y se largó hace menos de un minuto.

Calliope y Nathaniel intercambiaron una mirada.

—Maldita sea —masculló Nathaniel, y avanzó con su esposa entre la multitud, haciendo a la gente a un lado. Corrieron al exterior y miraron alrededor desesperados. Calliope sintió náuseas en el estómago al oler el hedor de la orina. No había nadie afuera.

Nathaniel se volvió a mirarla y soltó un suspiro.

—Vamos, Calliope, regresemos a casa. Lo volveremos a intentar la semana que viene.

—Podríamos ir a ver a Thorne… —comenzó Calliope, pero una mirada de Nathaniel le bastó para cerrar la boca.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Calliope —le dijo con la voz ronca—. He llegado al límite. Unos hombres se metieron en mi casa y lastimaron a mi hermana… Casi lograron secuestrar a Poppy. ¿Y tú te quieres adentrar más en el mundo criminal de Londres?

Calliope se mordió el labio inferior. Todo era cierto y, sin embargo, Spencer seguía allí fuera, luchando contra los franceses o los estadounidenses. La necesidad de actuar, de hacer algo, era un instinto para ella. Quedarse sentada en un sitio se sentía como si Nathaniel la tuviera amarrada con una cuerda.

No obstante, quería que él y las chicas estuvieran a salvo. Verlo lleno de temor y preocupación y tan distante era peor que su propia inquietud. No estaba enfadada con él. Lo llevaba en la sangre. Lo llevaba en el alma. Quería hacerlo feliz, quería volver a ver al león dorado que había sido cuando lo conoció en el baile real. Quería volver a ver ese brillo coqueto en sus ojos de libertino. Por eso, a pesar de que iba en contra de su propia naturaleza, asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Esperaremos al próximo miércoles.

Nathaniel se limitó a asentir con la cabeza y eso zanjó el asunto.

Calliope se dedicó a trabajar en la casa. Como Nathaniel se mostró de acuerdo en que contratar más personal aumentaría la seguridad, Calliope contrató a un mayordomo con experiencia, a un cochero y a dos lacayos más, de modo que Joshua se convirtió en el asistente del mayordomo. Para reflejar el ascenso, Calliope le aumentó el sueldo. Dos criadas se unieron al plantel para ayudar con la limpieza de la casa, y una institutriz se mudó para comenzar a enseñarles a las chicas todo lo que se habían perdido hasta el momento.

La herida de Violet no era profunda y, tras algunos puntos, sanó bien y solo la limitó un poco. Pero, como aclaraba con alegría, no necesitaba el brazo para leer libros.

Poppy notó que un hombre observaba la casa el día siguiente a que Calliope y Nathaniel fueron a Portside. Nathaniel envió a los lacayos a que lo espantaran, pero el hombre huyó y desapareció antes de que llegaran hasta él.

Para respetar sus deseos, Calliope no rompió la promesa de ir a ver a Thorne o hacer nada para la investigación sin él. Quería aliviar el temor que sentía su marido y asegurarse de que las chicas se encontraran a salvo. Por su culpa, se encontraban en peligro. Porque se había puesto a investigar, alguien estaba vigilando su casa.

Aunque se sentía amarrada a un sitio con una cadena, tenía la esperanza de reparar el ánimo de su marido como había reparado la casa y lograr que la mirara con la adoración que había visto antes en su rostro esa noche bajo el cielo estrellado y rodeados de lirios.

Pero su sacrificio no pareció hacer ninguna diferencia para Nathaniel. Su esposo seguía enfadado con ella… o temía por ella… Estaba distante y determinado a mantenerla alejada de la investigación. Como Nathaniel había aceptado que hiciera reparaciones en la casa, ella también tuvo que ceder a sus deseos a regañadientes. Pero la falta de acción la volvía miserable. Anhelaba hacer algo por Spencer y se sentía encarcelada mientras estudiaba la sombra de un hombre que se ocultaba detrás de los árboles al otro lado de la acera. Todos los días desde que Poppy lo había visto, lo echaban y todos los días regresaba a esconderse detrás de una esquina, de un carruaje o de algún arbusto. Y observaba.

Quizás se debía a la espera pasiva, pero Calliope se iba sintiendo peor a medida que transcurrían los días. Sentía náuseas, le dolían los senos y sentía como si le cortaran los pezones con cristal cada vez que rozaban algo. Se encontraba físicamente exhausta, a pesar de que no hacía demasiado. Se pasaba los días hablando con las chicas, enseñándole a Hazel a tocar el piano y haciendo el amor con su marido.

Aún se unían como si fuera lo único que los conectara. Como si darse placer físico fuera la única forma de comunicación que les quedara. Calliope le demostraba lo mucho que se preocupaba por él. Por todos los cielos, si hasta había llegado al punto de hacer lo único que jamás creyó que haría: esconderse.

Debió ser el lunes siguiente cuando Calliope se despertó en plena noche y se sentó erguida sobre la cama, experimentando unos calambres en el vientre. Con la certeza de que le había llegado la regla varios días atrasada, se puso de pie y fue a buscar las compresas que usaba todos los meses. Nathaniel, que por primera vez en muchos días se había quedado dormido a su lado, se removió y se incorporó sobre los codos para observarla mientras parpadeaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Se volvió hacia él; tenía el cabello largo enmarañado, el precioso rostro soñoliento y tan casero… que el corazón le dio un vuelco. ¿Lograrían recuperar la felicidad que habían compartido cuando acabara esa investigación? ¿O continuarían separándose cada vez más, luego de que le diera un heredero? Si se lo daba, no la necesitaría más…

Calliope se quedó petrificada y se llevó la mano al vientre. Luego miró entre los muslos esperando ver alguna mancha de sangre, pero… no vio nada. Confundida, frunció el ceño. No tenía la regla. Aunque aún podría tenerla. Sin embargo, Nathaniel y ella habían hecho el amor todas las noches, excepto el día en que los hombres irrumpieron en la casa. ¿Sería posible? ¿Estaría…?

—Quizás esté embarazada… —murmuró más para sí misma que para él. Una descarga de alegría y felicidad la recorrió como rayos de sol.

Nathaniel se sentó en la cama completamente espabilado, y el pecho musculoso le brilló bajo la luz de la luna que se colaba por las ventanas. Le clavó la vista en el vientre como si lo tuviera lleno de víboras.

Eso le rompió el corazón. En lugar de la felicidad que había esperado verle en el rostro, o incluso el alivio de que podría estar a punto de recuperar la herencia, la miraba con una expresión de terror puro.

—¿Tan pronto? —le preguntó con la voz rasposa.

Tragó con dificultad y, al tomar consciencia de su desnudez, tomó el salto de cama y se lo puso.

—Sí, tan pronto.

Nathaniel se puso de pie en la cama en toda su gloria desnuda como un león y salió disparado hacia la ventana. Acarició la cortina con cuidado y miró hacia la calle antes de colocarse el salto de cama.

—Es lo que querías, ¿o me equivoco? —le preguntó con unas lágrimas que le escocían los ojos.

Su marido tenía el ceño fruncido, los ojos abiertos de par en par y la boca apretada en una línea recta. ¿Dónde estaba la alegría del futuro padre? ¿La felicidad en el rostro de un hombre cuya esposa podría estar albergando una vida en el vientre?

—Claro que sí —le dijo sin mirarla. Pero esas palabras no sonaban ciertas. No la había mirado a los ojos desde que había oído la palabra «embarazada».

No debería hablar del tema. No debería abordar un asunto tan delicado. Tenían demasiados secretos callados, promesas que ninguno de los dos quería mantener y una tregua tan débil que podía romperse para siempre con una palabra equivocada. Sin embargo, tenía el corazón lleno de él, lleno de esperanza por una felicidad compartida entre ellos dos… o quizás entre ellos tres. Debería guardar silencio…

—Y entonces, ¿por qué no estás contento? —soltó.

Por fin la miró a los ojos y la fulminó con la mirada.

—¿Contento? —repitió—. ¿Cómo puedo estar contento cuando…? —Soltó una maldición por lo bajo y cerró los ojos al tiempo que los músculos del pecho se le inflaban al tomar una profunda bocanada de aire. Señaló afuera de la ventana—. Hay alguien vigilando mi casa hace días. ¿Cómo puedo estar contento de que observe a mi esposa embarazada y a mis tres hermanas? ¿Cómo puedo estar contento de que puedan volver a meterse en mi casa? Y ahora puede que también tenga que proteger a un niño que aún no ha nacido.

A Calliope se le cerró la garganta.

—Pero no he ido a ningún lado, ni he hecho nada sola, tal y como me lo pediste. No fui a ver a Blackmore como quería. Ni siquiera miré en la dirección de Portside. Y… —«No lo digas, Calliope. No lo digas. No podrás retractarte si lo haces…».

—¿Y qué? —le preguntó con brusquedad.

Probablemente fue ese tono lo que la provocó. La furia, el resentimiento y el desdén que le vibraban en la voz. Calliope sabía que tenían sus diferencias y que había grandes preguntas entre ellos. Por fin, se quebró. El conjunto de infelicidad, cansancio e ira que sentía hacia él por haberla encerrado y hacia sí misma por obedecerlo se plantó frente a su resolución como el agua de una tormenta que arrasa contra un dique.

—¡No puedo seguir más así! —gritó—. He dejado de buscar a mi hermano por ti, para que sepas que estoy a salvo y para mantener a las chicas a salvo. ¿Crees que prohibirme salir me detendría si de verdad quisiera irme? ¡Me estoy sofocando, Nathaniel! ¡Me estoy sofocando!

La miró entrecerrando los ojos confundido y lleno de dolor.

—¡Pero he hecho lo mismo por ti! Te he permitido seguir con la investigación. ¡Te he permitido venir conmigo a Portside a pesar de que te habían atacado unos maleantes! A pesar de que mi hermana acabó herida y asustada. A pesar de que hay alguien estudiando nuestros movimientos y nuestra casa todos los días. ¿Y qué hay de tus libros?

Calliope frunció el ceño.

—¿Mis libros?

—Sí, tus libros. Los libros de detectives. ¿No es eso lo que le metió tantas ideas en la cabeza a Violet? ¡Tanto ella como Poppy estaban de lo más entusiasmadas con el rufián que te siguió y encantadas de ayudarte a disfrazarte! ¡Y gracias a eso, en vez de huir y pedir ayuda, decidieron luchar contra tres sujetos solas!

Las lágrimas se le juntaron en los ojos. Lo peor de todo era que tenía razón. Ella no era la mujer indicada para él. Ni para sus hermanas. Había pensado que él sería el único hombre que no rechazaría su espíritu independiente y sus ideas descabelladas. Pero jamás debería haberse abierto a él. Debería haberle entregado su cuerpo, pero jamás su corazón. Ahora era demasiado tarde. Lo llevaba en la sangre. Y a las chicas también. Pero eso no significaba que tendrían un futuro.

Calliope negó con la cabeza.

—Nunca seremos felices juntos, ¿no, Nathaniel?

Él la miró furioso.

—Somos completamente opuestos —continuó—. Necesito libertad e independencia, y tú necesitas saber que tu familia se encuentra a salvo. Nunca podré darte eso, sin importar cuánto lo intente.

Nathaniel tragó con dificultad.

—¿Qué dices? Todo esto acabará cuando encontremos a tu hermano. Te mantendré a salvo hasta que lo hagamos si logras tener un poco más de paciencia.

Era hora de decirle toda la verdad. Volvió a negar con la cabeza y sintió las náuseas que le subían por el estómago.

—No, Nathaniel.

La preocupación que reflejó su rostro se asimiló mucho al horror.

—¿Y por qué no?

—Porque mi sueño siempre ha sido abrir mi agencia de investigaciones. Y cuando encuentre a Spencer, la voy a abrir.

Nathaniel redujo la distancia que los separaba con tres grandes zancadas y la sujetó de los hombros.

—¿De qué demonios hablas?

—Cuando acordamos casarnos, te pedí libertad. Me prometiste que cuando te diera un heredero o una heredera, podría hacer lo que quisiera.

—Dentro de lo razonable.

—Y lo razonable era que no hubiera otros hombres en mi vida.

—¡Sí, y lo razonable también es que no te pongas en peligro constante! —rugió.

Calliope se soltó y dio un paso hacia atrás.

—Estoy preparada para el peligro. Soy lo bastante lista como para evitarlo si puedo porque tomo riesgos calculados. Sé protegerme. Y los hombres subestiman a las mujeres. También contrataré a otros investigadores que me ayudarán. Pero este es mi sueño, Nathaniel. Lo he deseado durante muchos años. Y muy pronto, por fin podré tener la libertad de hacerlo realidad.

Nathaniel negó con la cabeza.

—Jamás accedí a esto. Me lo deberías haber dicho. Si lo hubiera sabido, nunca me hubiera casado contigo.

Allí estaban, las palabras que no podían retirar, la discusión que no podrían olvidar. Le había clavado una daga en el corazón.

Calliope asintió con la cabeza. Se sintió muy tonta. Si no se hubiera enamorado de él, eso no le dolería tanto. Se había enamorado… La realización era tan clara como un espejo. Amaba a su marido. Lo amaba lo suficiente como para ir en contra de sus instintos y sacrificar su naturaleza independiente por él. Lo suficiente como para intentar convertirse en alguien que no sería jamás: una esposa obediente.

—Estoy de acuerdo —dijo manteniendo el mentón en alto—. No deberíamos habernos casado. Nunca seré una mujer que se sienta y se esconde detrás de cuatro paredes. Y tú nunca podrás apoyarme con mi sueño.

Nathaniel la fulminó con la mirada y la respiración acelerándose con el transcurso de cada segundo. Parecía como un caldero de agua caliente que estaba a punto de hervir, y Calliope vio el momento en que algo se quebró en su interior. Nathaniel se dirigió hacia la campana y jaló de la cuerda.

—Ya es suficiente —ladró—. Te prohíbo acercarte al puerto, ¿me oyes?

—¿De nuevo con esto, Nathaniel? Teníamos un acuerdo.

Su marido volvió a jalar de la cuerda varias veces y la miró lleno de dolor.

—¿Me vas a obedecer o no?

—De ninguna manera. Estamos muy cerca de encontrar a Spencer. Buscaremos a ese hombre el miércoles, en dos días…

—Ya basta. —Le arrojó la camisa a las manos. El pánico parecía manar de su cuerpo como olas de calor—. Vístete. Nos marchamos.

Calliope se apretó la camisa contra el vientre.

—¿Nos marchamos? ¿A dónde?

Nathaniel salió de la habitación al pasillo y gritó:

—¡Abigail! ¡Joshua! —Las paredes temblaron. Se oyeron unos pasos que provenían de abajo y el rostro de Joshua fue el primero

en aparecer. El hombre se veía enmarañado y con los ojos apenas despegados.

—¿Todo bien, *milord*?

—Busca a Abigail para que ayude a la duquesa a vestirse y empacar sus cosas, por favor. De inmediato. Luego, ven a ayudarme a mí.

—De acuerdo, *milord*. —Joshua salió corriendo.

—¡Y dile al cochero que prepare el carruaje! —le gritó a sus espaldas.

—Nathaniel, ¿a dónde me llevas? —A Calliope se le retorcía el estómago de furia.

Nathaniel la tomó del codo y la arrastró de regreso a la habitación. Cerró la puerta y se paró con los brazos cruzados y la espalda apretada contra la puerta.

—Te llevaré a Kelford.

28

Cuando Nathaniel pudo ver los tejados de la aldea de Kelford, el pecho se le ciñó ante los recuerdos dolorosos. Allí era donde había pasado la mayor parte de su infancia; conocía cada árbol y cada arbusto. Iba ahí con su madre a visitar a los terratenientes; les llevaban bocadillos de la cocina a todos y les preguntaban cómo estaban de salud. A su madre le gustaba organizar ferias y juegos en la aldea, y a él le gustaba jugar con los otros niños del lugar.

El sol del martes por la tarde comenzaba a hundirse y teñía el cielo de tonos anaranjados, rojos y violetas. El rostro de Calliope se veía frío y distante, su furia con él, comprensible y, sin embargo, tan dolorosa como una daga clavada en el corazón.

Sabía que la estaba lastimando. Sabía que estaba logrando que lo detestara. Sabía que estaba actuando en contra de la naturaleza de su esposa. Pero no lo podía evitar. Lo que les había ocurrido a Poppy y Violet había sido terrible, pero la noche anterior había sido la última gota que colmó el vaso. Fue como si cada hilo de fuerza que había tenido para controlarse, para superar el terror ante la idea de perderla, se hubiera roto y desvanecido y ya no fuera capaz de luchar contra sus instintos. Y el desencadenante de ello había sido una simple palabra: «embarazada».

No podría haber sabido que se iba a enamorar de su esposa, ni que iba a desear a ese bebé como nunca había deseado nada en toda su vida. Que la idea de un pequeño ser humano que era una

parte de ella y una parte de él lo haría sentir tan bendecido. Como si hubiera tocado algo divino con sus dedos desmesurados e indignos.

Pero de una cosa tenía total certeza: prefería tener una esposa que lo odiara a una muerta. «Agencia de investigaciones…», masculló para sí mientras observaba al nuevo lacayo abrir la puerta del carruaje. Pero, ¿por qué lo sorprendía? Era típico de Calliope: admirable, valiente, honorable e inteligente… Por no mencionar completamente descabellado.

Apoyó los pies sobre la calle de tierra. Las calles serpenteaban entre hileras de pintorescas casas de piedra con techos de paja y chimeneas que emanaban nubes de humo hacia el atardecer. Unos geranios rosados y rojos se derramaban de las repisas y las macetas sobre las ventanas. El ajetreo distante de la aldea, las risas de los niños, los sonidos de las copas que provenían de la taberna local y las conversaciones suaves de los vecinos creaban un ambiente sereno.

Nathaniel se volvió hacia su esposa. Unos rizos caoba le caían por el rostro y se lo enmarcaban debajo del bonete. Los ojos le destellaban llenos de furia. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios tensos y apretados. Se detestaba por estar haciéndole eso, pero el lugar más seguro para ella estaba a cien kilómetros de Londres.

En un momento del trayecto, una calesa había comenzado a seguirlos desde Londres, pero Nathaniel y sus lacayos se habían detenido y, tras ordenarle a su esposa que se quedara en el carruaje, habían avanzado hacia la calesa. Al verlos, el conductor se apeó y huyó corriendo. Nathaniel y los lacayos habían roto las ruedas con hachas, y nadie más los había seguido desde entonces.

—Vamos, Calliope —le dijo ofreciéndole la mano—. Hemos llegado.

Ella soltó un bufido.

—¿A la prisión?

—No, no es una prisión. Te quedarás en la casa del ama de llaves de Kelford Manor. Es un sitio seguro, y nadie te buscará aquí.

Calliope le apoyó la mano sobre la suya y miró alrededor.

—¿Y Kelford Manor?

—Forma parte del testamento —le dijo mientras caminaba hacia una cabaña de ladrillos terracota—. No la puedo tocar hasta que nazca un heredero o heredera antes de que cumpla años, pero sé que el ama de llaves te acogerá como favor a mí.

—Nathaniel… —comenzó cuando se detuvieron delante de la puerta.

—No —la interrumpió—. No lo discutiremos más.

«Agencia de investigaciones…», volvió a pensar. No se podía imaginar viviendo aterrorizado todos los días mientras su esposa se ponía en riesgo. La encerraría allí el resto de su vida si era necesario. De solo pensar que podía perderla a ella… y al bebé, se sentía morir. No podía perderlos como había perdido a su madre. No podía.

—¿Y cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —le preguntó Calliope.

La frialdad de sus palabras le drenó todo el color del mundo pintoresco que lo rodeaba y convertía la aldea encantadora en un sitio desolado y lúgubre.

Nathaniel llamó a la puerta y el señor Howitt, el esposo del ama de llaves, la abrió. Tenía altura mediana y una contextura robusta y sólida. Llevaba unos pocos mechones de cabello grisáceo peinados hacia atrás y revelaban las entradas del cabello. Un par de profundos ojos grises bajo unas cejas algo canosas evaluaron a Nathaniel con cautela hasta que adoptaron una expresión de reconocimiento.

—¿*Milord*? —lo saludó frunciendo el ceño—. ¡Por todos los cielos, no lo había visto en mucho tiempo! Por favor, entre.

Los condujo por un corto pasillo hacia la sala de estar. La señora Howitt se apresuró a salir del comedor masticando algo. Era una mujer delgada, de estatura más baja que su marido y de una postura grácil que había cultivado a lo largo de los años de administrar el hogar. Llevaba el rostro enmarcado por unos suaves rizos de cabello grisáceo que llevaba sujetos en un prolijo moño, y sus intensos ojos celestes reflejaban el desgaste de la edad. Llevaba puesto un simple vestido azul con una tela que mostraba indicios de los lavados frecuentes y los impecables arreglos.

—¡*Milord*! —exclamó con una sonrisa cálida—. Disculpe, estábamos cenando. ¿Qué podemos hacer por usted? ¿Ha regresado?

—Me temo que todavía no —le dijo—. Pero esta es mi esposa, Calliope, la duquesa de Kelford. Me preguntaba si se podía quedar aquí con ustedes.

—¿Por qué hablas solo por mí? —le preguntó Calliope sin quitarle los ojos de encima—. ¿Me vas a dejar aquí?

Nathaniel no le respondió porque no podía enfrentarse al dolor que sonaba en su voz. Claro que quería quedarse con ella; sabía que podían pasar varios meses antes de que volviera a verla. Lo que más anhelaba era verla embarazada, con su hijo creciendo en su vientre, destellando; quería sentir esa primera patada, oírla hablar del bebé y cómo se sentía mientras aguardaban juntos la llegada del niño. Quería mantenerla a salvo. Y, por eso, no podía quedarse. Sus hermanas lo necesitaban. Además, cuanto antes encontrara a Spencer, más rápido estaría a salvo su esposa.

—Por favor, asegúrenme de que cuidarán de la duquesa mientras estoy lejos —les pidió.

No podía mirarla a los ojos sabiendo lo mucho que debía detestarlo por arrebatarle la libertad y la independencia. Si veía ese odio en sus ojos, su corazón quedaría destrozado para siempre.

—Claro que sí —le dijo la señora Howitt—. Pero ¿no será demasiado… modesta esta casa para una duquesa? *Milady*, ¿estará cómoda aquí?

—No me importan las comodidades —le respondió Calliope—. Estoy segura de que la casa será de lo más acogedora. Sobre todo, porque el duque no me dejará mucho tiempo aquí…, ¿no es cierto? —le preguntó con frialdad.

—No sé cuánto tiempo durará la investigación —repuso mirando la pequeña acuarela de Kelford Manor que colgaba de la pared—. Iré a ver a ese hombre en Portside mañana. Regresaré a tu lado cuando haya encontrado a tu hermano.

—¡Nathaniel! —exclamó, y la voz le sonó llena de indignación y dolor.

—Manténgala aquí, señora Howitt —le ordenó—. No la deje apartarse de su vista. Abigail, su criada, se quedará con ella. Si les puede encontrar una habitación, estaré más que agradecido. Regresaré lo antes posible.

Tras decir eso por fin tuvo el coraje de mirarla. La miró a los ojos hermosos durante un largo instante, con el deseo de tomar a la mujer que amaba en sus brazos y besarla. De solo pensar en dejarla, se le partía el corazón. No había pasado ni un solo día alejado de ella en las últimas tres semanas, y había creído que pasaría el resto de la vida de ese modo. Pero sabía que, si la tomaba en brazos, no sería capaz de dejarla. Y debía marcharse.

Sintiendo como si tuviera que arrancarse de su lado, se volvió y abandonó la casa. Las pisadas de Calliope sonaron a sus espaldas, y apretó el paso hasta echar a correr hacia el carruaje como un desquiciado. Como si la misma muerte lo persiguiera, se subió al carruaje y cerró la puerta antes de gritarle al cochero que se pusiera en marcha.

En la luz del ocaso del día, ni siquiera la miró a través de la ventana. Tenía el corazón hecho añicos. Detestaba dejar a Calliope de ese modo, atrapada en contra de su voluntad, pero no se le ocurría otro modo de mantenerla a salvo… tanto a ella como al bebé.

Calliope tenía razón. Era demasiado intrépida e independiente y, de haberse quedado en Londres, habría seguido investigando y poniéndose en peligro en cuanto le diera la espalda. Pero ahora, lo más importante en su vida eran ella, el bebé y sus hermanas. Su familia. Y estaba dispuesto a destruir su propia felicidad con tal de protegerla.

29

TEMPRANO por la mañana del miércoles, Calliope estaba sentada en un diván en la sala de estar de los Howitt y tamborileaba los dedos contra el alféizar sin despegar la mirada de la aldea. El cristal imperfecto de la ventana tenía pequeñas burbujas y unas ondas sutiles que distorsionaban la vista y le daban un aspecto de ensueño al mundo exterior.

Al otro lado de la ventana, la aldea de Kelford se veía idílica con el brillo suave de la luz matutina. Las mujeres con bonetes hablaban cerca del pozo comunal mientras sacaban agua con baldes de madera. Los niños corrían por todos lados y jugaban con canastas y palos, al tiempo que sus carcajadas resonaban por las calles. Algunos hombres inclinaban los sombreros al saludar a otros transeúntes de camino a sus empleos. Otros incluso conducían carretas llenas de bienes y alimentos tiradas por caballo hacia el mercado. De vez en cuando, los cascos de algún caballo se imponían sobre el tarareo de las conversaciones, y pasaba algún jinete o carruaje.

Detestaba lo mucho que le encantaba ese sitio. En un año, ese podría ser su hogar, la aldea que iría a visitar como duquesa de Kelford, que vivía en Kelford Manor, cerca de allí. Anhelaba ir allí con Nathaniel.

La noche anterior había sido horrible. No por la cama, ni la habitación, ni nada relacionado con la casa. Había sido horrible porque todos los temores que había tenido en cuanto a su relación

con Nathaniel se habían vuelto realidad. Y ahora se sentía rechazada, dejada a un lado y controlada. Encarcelada por el hombre que amaba. Y total e irrevocablemente sola.

Aún se sentía cansada y experimentaba náuseas; no había comido demasiado, excepto las nueces de la señora Howitt, que le habían calmado el estómago.

—¿Le puedo ofrecer algo más, *milady*? —le preguntó la señora Howitt con una sonrisa bondadosa.

Calliope le devolvió la sonrisa.

—No. Estoy bien, gracias, señora Howitt.

—Muy bien. Si me permite mencionarlo… se ve algo molesta… Sin importar lo que haya pasado, conozco al señor. Siempre ha tenido un alma bondadosa, pero tras la muerte de su madre… jamás ha sido el mismo. Ni tampoco su padre.

Sin saber que responder, Calliope se limitó a asentir con la cabeza. ¿Qué debía hacer? ¿Sentarse allí cada día a mirar hacia la aldea y las personas mientras se moría lento por dentro?

No, ella no era así. Había permitido que Nathaniel la llevara allí, pero eso había sido un error. Le demostraría que esa no era la vida que quería compartir con él. Que se estaba escondiendo detrás de su temor y que, a pesar del trato que habían hecho, era mucho más que un vientre. No permitiría que la encerrara de ese modo. Ella sabría cómo mantener al bebé a salvo. Además, quizás ni siquiera había un bebé en camino, era demasiado pronto para saberlo.

Mientras se ponía de pie, una idea la llevó a enderezar los hombros y mantener la cabeza erguida.

—Me gustaría ir a caminar —le dijo—. Un poco de aire fresco me sentará muy bien.

—Es una idea maravillosa —repuso la señora Howitt—. Hay una tienda de lazos y telas en el mercado. ¿Quizás un nuevo chal la alegre?

Calliope asintió con la cabeza.

—Sí, exacto. ¡Gracias! Iré a buscar la bolsa.

—Muy bien, le pediré a Abigail que la acompañe.

—Sí, por favor.

Abigail era una buena muchacha. No le importaría el plan. Calliope fue a la habitación que le habían dado y tomó la bolsa llena de dinero y todas las joyas. Creía que iba a necesitar todo lo que pudiera llevarse para el plan que tenía en mente.

Mientras ella y Abigail caminaban por las calles de la aldea, Calliope le pidió a una mujer que las dirigiera hacia algún granjero que criara caballos. Tras andar unos diez minutos más, llegaron a una granja al final del poblado y divisaron a dos hombres, uno de unos cuarenta años y el otro cerca de veinte, que extraían heno de una carreta para arrojarlo sobre una gran pila. Calliope se presentó como su nueva duquesa.

—¿Cree que a su hijo le gustaría viajar a Londres? —preguntó Calliope. Parecía ser un joven fuerte, y ella llevaba las pistolas encima. Si se marchaban en ese momento, no tendrían que viajar de noche—. No se preocupe, le pagaré por su tiempo —añadió.

El hombre más joven alzó la mirada con gran esperanza en los ojos.

—Claro que sí, *milady*.

—*Milady*, ¿qué hace? —le preguntó Abigail entre susurros.

—Busco la manera de regresar a Londres —le respondió.

—Pero el duque ha sido claro…

Una ola de ira la arrasó al oír la mención de Nathaniel.

—El duque delira si cree que permitiré que me mantenga encerrada.

Calliope se volvió hacia el hijo del granjero.

—¿Conoces el camino?

—Sí. Bueno, sé llegar hasta Bramblebrook, que queda a mitad de camino de Londres. Desde allí, tendremos que pedir indicaciones.

—Pero ¿no cree que el duque enviará un carruaje con lacayos, *milady*? —prosiguió Abigail—. Los caminos no son seguros.

—Disculpe, *milady* —intervino el granjero—. Necesito a mi hijo aquí; jamás se ha alejado tanto de la aldea.

—Solo será por un tiempo, y conozco el camino, padre —le aseguró el joven a su padre. El granjero estudió a su hijo durante varios instantes y luego le apoyó la mano sobre el hombro y le ofreció una cálida sonrisa. Sus ojos reflejaban algo de preocupación.

—*Milady*, ojalá lo reconsiderara… —susurró Abigail—. ¿Qué hay de nuestras cosas?

—Pediremos que nos las lleven… además, no quiero que la señora Howitt se entere. Puede que intente hacer algo para detenernos.

—Pero *milady*…

—Excelente —le dijo Calliope al granjero y le ofreció una sonrisa ancha—. Me llevaré su mejor caballo y esa calesa.

Le entregó un colgante de rubíes y zafiros al granjero, que abrió los ojos de par en par.

—Es demasiado, *milady*.

—No, es lo justo. Además, puede que su hijo conozca a otro joven que pueda ser mi guardaespaldas y quiera viajar a Londres. Y quizás su esposa nos pueda preparar comida suficiente para el viaje. Debo estar en Londres a las siete de la tarde.

Mientras el granjero y su hijo asentían con la cabeza y comenzaban a preparar el caballo y la calesa, Calliope soltó un suspiro de alivio, a pesar de que Abigail se mostrara insegura con ese plan.

El rechazo de Nathaniel era doloroso. Lo amaba, pero no estaba dispuesta a ser sincera con él si pensaba tratarla de ese modo. De ahora en adelante, se guardaría sus pensamientos y sentimientos para ella misma, como debería haber hecho desde el comienzo.

30

—¿Ves al hombre por aquí? —le preguntó Nathaniel a Harvey.

Como de costumbre, Portside estaba lleno de vida a su alrededor. En el aire pendían los olores a sudor, cerveza y la excitación. Como todos los miércoles por la noche, dos boxeadoras serían el evento principal de la noche.

La primera era una feroz pelirroja con el cabello atado en un moño alto y tenía una mirada de determinación feroz. Su contrincante, una hermosa mujer de cabello oscuro y unos hipnotizantes ojos verdes, era un poco más alta y tenía un alcance mayor del que tomaba ventaja. Bailaban alrededor del cuadrilátero y, con los pies descalzos, levantaban nubes de polvo del bien andado suelo de madera. Cada golpe, gancho y movimiento recibía rugidos, vítores o jadeos de la audiencia.

A Nathaniel le dolía el pecho. Echaba de menos a Calliope como si le faltara una extremidad. Pensaba en ella a cada minuto de día; se preguntaba si podría comer, si sentiría náuseas, si estaría cansada, si todavía le dolerían los pezones como le había dicho antes… Su ausencia en la casa se sentía en cada rincón: en el espacio vacío del nuevo diván de la sala de estar, en la silla que solía usar en el comedor, en su cama e incluso en el silencio que pendía entre él y sus hermanas cuando se sentaron juntos como una familia la noche anterior.

Sus hermanas se veían más tristes. Los criados caminaban por la casa sin dirección aparente. La condenada gata se había metido en

su cama la noche anterior, y Nathaniel la había acurrucado sintiendo su presencia como una bendición.

El hombre que observaba su casa seguía allí y regresaba cada vez que lo echaban, como una mosca molesta. Pero, con algo de suerte, no sería por mucho tiempo más.

Harvey asintió con la cabeza y señaló un punto detrás de Nathaniel con la taza que había estado limpiando.

—Sí, pero tu esposa ya está hablando con él.

A Nathaniel se le hundió el estómago. Con una horrible sensación de temor, se volvió hacia donde había señalado el dueño. Vio a Calliope sentada a una mesa redonda; llevaba puesto un jubón que usaba para viajar y el bonete verde que le resaltaba el atractivo cabello caoba. Se reclinó sobre una jarra de cerveza mientras hablaba con el hombre que parecía todo un rufián.

Nathaniel nunca antes creyó que pudiera sentirse tan furioso y aterrado al mismo tiempo. Se había sentido de ese modo prácticamente todos los días desde que la conoció y no le agradaba ni un ápice.

Nathaniel avanzó por la sala hacia la mesa, y su esposa alzó la vista para mirarlo fría y serena. Era tan hermosa que le costó respirar. La recorrió con la mirada. Tenía las mangas del jubón un poco polvorientas y los rizos poco rizados. Se veía un poco pálida y tenía los ojos algo hinchados. ¿Habría estado llorando? «La has hecho llorar, zoquete». ¡Maldita sea!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —le respondió, y la frialdad de su voz le produjo un escalofrío—. ¿Cómo se encuentra Violet?

—Está bien.

Calliope no le preguntó cómo se encontraba él. Nathaniel sentía la mirada fruncida del rufián sobre él, pero no le importó.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó—. ¿Y cuándo?

—Compré una calesa y un caballo y contraté a dos hombres para que me protegieran y vine aquí sola. Abigail está de camino a Roxburgh Place.

—¿Viniste sola? —El pecho se le tensó tanto que estuvo a punto de explotarle. Movió una tercera silla y se dejó caer en ella. A su

alrededor, una pared de espectadores le gritaba a los boxeadores, sacudía los puños en el aire, bebía y charlaba. El sonido era abrumador—. ¿Has perdido el juicio?

Calliope le ofreció una sonrisa tan encantadora al rufián que podría estar hablando con el príncipe regente en un baile real.

—Por favor, ignore a mi marido y continúe, señor Rawkins. ¿Qué iba diciendo?

—Eh… —el hombre no se veía nada convencido—. Quizás sea mejor encontrarnos en otra ocasión.

—No —se reusó y colocó una bolsa llena de dinero sobre la mesa—. Por favor, es un asunto de vida o muerte.

A Nathaniel le ardía el estómago. Paseó la mirada por entre la multitud en busca de alguien que pudiera estar observándola, alguien con una daga que pudiera atacarlos y arrebatarle a su esposa. Pero, por todos los diablos, el señor Rawkins podría ser el mayor peligro.

—Calliope… —comenzó Nathaniel y se puso de pie—. Ven, te llevaré a casa.

—En un minuto —le dijo sin mirarlo—. Tenemos que terminar nuestra conversación con el señor Rawkins. Justo acaba de llegar a la parte buena. Me dijo que un hombre con un bastón de marfil de morsa con un emblema le pagó, pero no recuerda el emblema.

—Sí. Era uno de esos caballeros elegantes. Un barón, o duque o algo de eso.

Nathaniel se volvió a sentar sobre la silla y escuchó con atención, sin dejar de escanear a la gente que los rodeaba con los sentidos tan alertas, que podía sentir hasta el último hilo de la tela de su camisa contra la piel.

—Pero ¿no sabe el nombre? —le preguntó Calliope.

—No.

—¿Y qué le pidió que hiciera en concreto?

—Que le diera una buena paliza al duque. Nos pagó para que lo metiéramos a bordo de un barco. Y se nos ocurrió quitarle esos trapos tan refinados, porque valen unos buenos peniques. Pero uno de los muchachos se dejó llevar y se puso las prendas del duque,

mientras los otros charlábamos. Y le dimos una buena paliza. Pero cuando comenzamos a quitarle la ropa, tuvimos que largarnos.

Por eso habían enterrado a un hombre con las prendas de Spencer. Nathaniel miró a su esposa. Podía ver lo nerviosa y entusiasmada que estaba bajo la perfecta máscara de dama refinada. Esa era más información de la que habían obtenido en varias semanas. Admiraba el modo en que había logrado que Rawkins hablara con ella, con su comportamiento calmo, sin ponerlo nervioso, aunque le hubiera hecho daño a su hermano y pudiera querer que se hiciera justicia. Se mostró neutra, amable y atenta. Lo hizo sentir tranquilo y le dio el incentivo adecuado: dinero.

Calliope asintió con la cabeza.

—¿Y estás seguro de que el duque seguía vivo?

Rawkins asintió con la cabeza.

—Mi compañero se aseguró de eso. El duque aún respiraba. Lo metimos en uno de los barcos junto con los otros muchachos.

El rostro de Calliope se puso completamente pálido, y el labio inferior le tembló durante un instante. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y destrozaron las fuerzas de Nathaniel. Le buscó la mano debajo de la mesa y se la apretó: era tan fría y pequeña. Al principio, creyó que Calliope se apartaría, pero le devolvió el apretón. Esa información era importante. Era vital. Era la primera vez que oían buenas noticias.

Calliope asintió con la cabeza hacia Rawkins y tragó con dificultad.

—¿Cómo se llamaba el barco, señor Rawkins?

El hombre tomó la bolsa de la mesa y se la metió en la chaqueta antes de dirigirle una mirada calculada. A Nathaniel se le erizó el cabello en la nuca. Enderezó la espalda y soltó la mano de Calliope para llevarse la palma a la daga que tenía escondida en la bota derecha.

A lo mejor el maleante había sentido su desesperación. Rawkins se reclinó con una expresión arrogante en el rostro.

—Parece que se me nubló un poco la memoria. Quizás la pueda despejar, *milady*.

Nathaniel sintió una ola de furia. Se apresuró a extraer la daga y la colocó sobre la superficie de madera de la mesa a unos centímetros de la mano de Rawkins.

—Yo se la despejaré —le prometió.

—Nathaniel, cálmate —intervino Calliope con una risita. Depositó otra bolsa de dinero sobre la mesa—. ¿Qué le parece esto, señor Rawkins? ¿Se ha despejado un poco?

Rawkins fulminó a Nathaniel con la mirada mientras movía las manos lento hacia la bolsa para sujetarla a regañadientes.

—Su esposa es mucho más lista que usted —le advirtió sin despegarle los ojos de encima mientras se guardaba el dinero en la chaqueta.

—Ya lo sé —le aseguró Nathaniel.

Rawkins miró a Calliope.

—Era la Concord.

Nathaniel no creía que el rostro de Calliope se pudiera haber puesto más pálido, pero eso fue exactamente lo que sucedió. Se veía completamente ceniza.

—La Concord. —Con los ojos como platos miró a Nathaniel, y a él se le congeló la sangre.

—El capitán Dean, con destino a Estados Unidos.

—Es la peor noticia —susurró Calliope—. La guerra francesa casi está por terminar, pero la estadounidense acaba de empezar. ¡Y se encuentra a un océano de distancia, Nathaniel!

31

Sosteniendo a Calliope del codo, Nathaniel caminó hacia el carruaje que los aguardaba en la siguiente calle.

Al igual que él, Calliope estaba callada. Por fin habían descubierto dónde se encontraba su hermano, lo que significaba que podría hacer más indagaciones en el Ministerio de Marina acerca de la Concord. Discutirían los siguientes pasos a tomar para recuperarlo. Y, sin dudas, tendrían que informarles a Preston y Richard.

A pesar de que sentía mucha furia hacia su esposa, no quiso regañarla por haber abandonado la seguridad de Kelford y ponerse en peligro en contra de sus órdenes. La verdad era que se las había ingeniado para conseguir la información de Rawkins con un enfoque más amable… y usando mucho dinero. No había recurrido a la fuerza. Nathaniel se preguntaba si habría conseguido la información de haber hablado a solas con Rawkins.

No lo sabía, pero admiraba la valentía, el coraje y las habilidades de Calliope. Era una mujer tan feroz que no lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Pero él la necesitaba en su vida como al aire que respiraba.

«Una agencia de investigaciones…». Por todos los diablos, si tenía razón, sería muy buena en ese trabajo. Y, sin embargo… podría estar embarazada de él. Y se había puesto en peligro tanto a ella como al bebé que llevaba en el vientre. Debería haberlo pensado mejor.

—¿Cómo pudiste hacer eso, Calliope? —le preguntó.

—¡No! Eso te lo pregunto yo a ti, Nathaniel —le reprochó—. ¿Cómo pudiste haberme abandonado de ese modo en una aldea en la que jamás había estado? ¡Me enviaste al exilio!

No había nadie en las calles oscuras que los rodeaban, a pesar de que Portside estaba abarrotada de gente. Por eso cuando Nathaniel captó un movimiento en las profundas sombras más allá del farol que iluminaba la puerta de un depósito, un estremecimiento frío le recorrió la columna vertebral. Calliope seguía en peligro, y necesitaba sacarla de allí.

—Métete en el carruaje de inmediato —le ordenó.

—¡No te atrevas a ladrarme de ese modo! —exclamó.

—Súbete —repitió.

Calliope tenía los ojos abiertos como platos, pero se subió al carruaje con el rostro sombrío en la luz tenue del farol que le colgaba por encima de la cabeza. Nathaniel echó un vistazo por encima del hombro, y el cabello de la nuca se le erizó. Tuvo la extraña sensación de que alguien lo observaba. Pero sintió alivio de que Calliope se encontrara dentro del carruaje.

—Ya casi ha acabado —le dijo con suavidad—. Ya sabemos a dónde enviaron a tu hermano. Ahora podemos rastrearlo.

Calliope asintió con la cabeza.

—Sabemos todo, excepto quién quería que lo reclutaran a la fuerza o por qué. Y puede que esa sea la pieza más importante del rompecabezas.

Nathaniel volvió a mirar hacia Portside. Rawkins era la única conexión que tenían con el hombre que usaba un bastón… el hombre al que Nathaniel debía encontrar.

Calliope se inclinó hacia adelante y apoyó las manos a ambos lados de la puerta.

—¿Qué tienes en mente?

—Tienes razón, Calliope. La persona que ordenó la desaparición de Spencer es clave. Y, hasta que no lo encontremos, jamás podremos saber con certeza que te encuentras a salvo. Rawkins sigue en Portside, pero ¿quién sabe si seguirá estándolo en una semana? Debemos regresar y descubrir algo más acerca del hombre

con el bastón. Quizás se acuerde algún otro detalle del aspecto del hombre.

—Tienes razón —le dijo Calliope—. Iré contigo.

Ya se había incorporado del asiento, pero Nathaniel colocó el brazo delante de ella como una barrera sabiendo que probablemente haría lo que le viniera en gana.

—¡No! Le pediré a Carl que conduzca alrededor de la esquina. Por favor, si te importo al menos un poco, por una vez en la vida haz lo que te pido y espera en el carruaje.

Quizás lo había dicho demasiado alto o demasiado enfadado, pero las palabras tuvieron efecto. Anonadada, Calliope asintió con la cabeza. El gesto le derritió un poco el corazón. ¿Le importaba él? ¿Era algo más que un marido, un hombre que le había prometido libertad luego de que le diera un heredero? Esa era una promesa que no sabía si podría mantener como ella quería.

Nathaniel asintió y con suavidad, añadió:

—Gracias. Me daré prisa. —Acto seguido, caminó hacia Carl y le dijo—: Lleva el carruaje a la vuelta de la esquina y espérame. Regresaré en unos pocos minutos. Ten la pistola a mano. Ante cualquier señal de problemas, ponte en marcha. Huye por tu vida y salva a la duquesa.

Con una expresión sombría, el cochero asintió con la cabeza.

Nathaniel sintió el corazón latiéndole desbocado en el pecho, se dio media vuelta y caminó por la calle vacía. Oyó los cascos de los caballos y el repiqueteo de las ruedas del carruaje contra los adoquines a medida que se alejaba. Carl era un buen hombre. Por fin, se quedó a solas con el sonido de sus botas que resonaban contra la calle.

Acababa de dar vuelta la esquina y comenzó a ver Portside cuando de repente oyó el repiqueteo de varios zapatos a sus espaldas. Al volverse, vio a seis oficiales de la fuerza naval que avanzaban hacia él con los sables desenvainados.

Cuando Nathaniel desenvainó el suyo, produjo un susurro metálico y un destello de luz. El cuerpo se le tensó, los músculos se le endurecieron y entrecerró los ojos para observar a los hombres. El primer oficial echó a correr y le lanzó un ataque en el abdomen.

Nathaniel dio un paso al costado, y atravesó el aire donde había estado el oficial. En el callejón estrecho se oyó un gruñido al tiempo que su arma chocaba contra la del oficial, pero no tuvo tiempo de saborear la pequeña victoria.

El segundo oficial se le acercó; era un hombre grande con el cuello grueso. Era fuerte, pero carecía de técnica. Nathaniel se enfrentó a él y chocó la hoja de acero contra la del contrincante. El chirrido metálico perforó la noche. El estremecimiento le recorrió el brazo y le vibró en los huesos, pero se resistió igualando su fuerza y apretando los dientes.

Luego tres oficiales atacaron al mismo tiempo. Nathaniel vio los sables como un mortal destello plateado. Se agachó, rodó y se incorporó a espaldas de ellos. Dividió la atención para anticiparse y calcular los ataques. Con el sable, bloqueó un ataque y pateó a otro oficial en el estómago con la bota. Pero los demás no dejaban de lanzarse al ataque. Continuó blandiendo el arma, golpeándolos y esquivándolos. Pero no tenía la fuerza suficiente como para enfrentarse a todos en simultáneo.

Por el rabillo del ojo, vio un destello metálico. Alguien bajó el sable para golpearlo con el pomo. Nathaniel intentó esquivarlo, pero su cuerpo no llegó a responder a tiempo. El dolor le explotó en el costado de la cabeza. Al cabo de unos segundos, el mundo se inclinó y la oscuridad le nubló la vista.

Saboreó el sabor a hierro de la sangre en la boca. Se golpeó las rodillas contra los adoquines. Y, por último, la oscuridad se lo tragó por completo. Su último pensamiento fue acerca de Calliope y la promesa que había hecho de mantenerla a salvo.

Nathaniel parpadeó despacio para abrir los ojos a través del dolor lacerante que sentía en la cabeza. Le pulsaba con cada latido del corazón y le producía un eco fuerte y distante. Se encontraba sentado en algún sitio y tenía las manos amarradas en la espalda. Un aroma a almizcle y mar flotaba en el aire mezclado con el de la madera húmeda y las lonas viejas. Vio unas tablas talladas rústicamente bajo las botas. Varias partículas de polvo bailaban entre los escasos rayos de luz de luna que se colaban por las

ventanas altas y angostas cubiertas de mugre, pero la luz tenue no hacía mucho contra la oscuridad y la abundancia de sombras.

Contra las paredes, había pilas que constituían un organizado caos de barriles, cajas y bolsas. También había cuerdas y bucles de cáñamo que yacían al azar al lado de los rollos de lona con texturas fibrosas que sobresalían en la luz débil. Unos tornillos de cobre, que se solían usar en los cascos de los barcos, destellaban dentro de unos contenedores de madera.

Debía de seguir en el puerto. «¿Calliope también está aquí? ¡Por favor, no!». Miró alrededor desesperado, pero se detuvo al ver siete siluetas que se encontraban de pie y lo observaban desde las sombras.

Luego una silueta familiar dio un paso hacia adelante y le produjo una conmoción visceral. Fue como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. ¿El almirante Langden? Una ola de recuerdos le llenó la mente: secretos compartidos, apoyo mutuo e incontables momentos de camaradería. Por eso, el presente se tornó más inconcebible. Una sensación gélida y nauseabunda se le asentó en la boca del estómago, como si se hubiera tragado una piedra de traición. Cada pizca de confianza que había depositado en el hombre, que había sido como un padre para él, ahora parecía una broma cruel, y el peso de la verdad amenazó con aplastarlo.

El resto de los atacantes también salieron a la luz y formaron un semicírculo a su alrededor. Nathaniel les miró los rostros, pero no reconoció a ninguno de ellos. Ni siquiera parecían oficiales de verdad, sino rufianes en uniformes de la fuerza naval; tenían cicatrices en los rostros, las barbas desalineadas y el cabello enmarañado. Los uniformes tampoco les quedaban bien: o eran muy grandes o muy pequeños.

«¡Por favor, que no tengan a Calliope!». Nunca habían estado tras él; desde el principio habían intentado detenerla a ella.

Se incorporó de un salto de la silla, pero uno de ellos lo golpeó en el rostro, mientras que otros dos se apresuraban a volver a sentarlo.

—Nathaniel, muchacho —comenzó el almirante—. Debo pedirte con mucho respeto que dejes de investigar la desaparición del

exduque de Grandhampton.

A Nathaniel se le aceleró la mente. Podría preguntar por qué Langden estaba haciendo eso, cómo podría haberlo traicionado de ese modo, o si el recuerdo de su padre no había significado nada para él… Pero tenía una pregunta más importante en mente.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó con la voz ronca.

—La hermosa, aunque algo molesta, duquesa de Kelford se encuentra a salvo —le dijo el almirante—. Por ahora. Que continúe estándolo dependerá de tu colaboración hoy, amigo.

Nathaniel soltó un bufido.

—¿Me atacas, amenazas a mi esposa y luego demandas mi colaboración, «amigo»?

El rostro de Langden adquirió una máscara de seriedad, y cualquier indicio de bondad se desvaneció.

—¡Nunca me imaginé que acabarías envuelto en todo esto, Nathaniel! —ladró—. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona y su esposa, estarían muertos hace rato.

Se le ciñeron las entrañas. ¿Alguna vez habría llegado a conocer a ese hombre de verdad?

—Bueno, me has engañado con tu acto.

Langden soltó un suspiro.

—Te estoy haciendo un favor, aunque no lo creas. Te estoy pidiendo que colabores y mostrándome ante ti como el último recurso. He intentado de todo para persuadirlos a la duquesa y a ti… pero no sirvió nada.

Había intentado de todo… A Nathaniel se le aceleró la mente y recordó todos los momentos de terror: las flores muertas que había recibido Calliope, el sujeto con la daga que la había atacado delante de sus hermanas en plena luz del día en Mayfair, los rufianes que intentaron hacerle daño a Calliope en el callejón cerca del puerto, sus hermanas intentando luchar contra los intrusos, la persona que había estado vigilando su hogar durante varios días, y, por último, la herida de Violet… ¿Todo eso había sido obra de Langden? Ya no estaba ni sorprendido ni anonadado. Estaba furioso.

—Conoces a mis hermanas desde que nacieron. ¿Te das cuenta de que Violet podría haber resultado gravemente herida por tu

culpa? Al parecer, le quedará una cicatriz.

Langden soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Lo siento mucho por la pequeña Violet. En serio. Esto no debería haber llegado a estas instancias con consecuencias tan drásticas. Podría haber acabado con las flores.

Eso era cierto… si se hubiera tratado de cualquier otra mujer que no fuera Calliope. Su esposa era una fuerza de la naturaleza, una tormenta que podría llevar a la devastación, pero que también producía una lluvia sanadora que nutría la tierra.

Nathaniel sintió el impulso de aullar.

—¿Has hecho todo eso para ocultar que reclutaron a un duque por la fuerza? ¿Por qué? ¿Por qué querías que Spencer desapareciera?

—Eso no es asunto tuyo. Como ya te he dicho, deja de hacer preguntas y deja el asunto en paz.

—Tú fuiste el que envió la orden de reclutamiento por la fuerza, pero no recuerdo que tengas un bastón con un emblema de marfil de morsa.

Al almirante se le tensó el mentón.

—Nathaniel, lo que no comprendes es que estoy de tu lado. Si quisiera que tú o tu esposa estuvieran muertos, ya lo estarían. Me gustaría resolver esto de manera tal que no tengas que morir.

Para la sorpresa de Nathaniel, el almirante no parecía un villano victorioso, sino un hombre que tenía que hacer un trabajo sucio en contra de sus deseos.

—Y si me prometes que dejarás las indagaciones y que evitarás que tu esposa continúe investigando, te dejaré ir y podrás regresar a su lado.

—¿Por qué estás haciendo esto? Nunca supe que te involucraras en asuntos desagradables.

El almirante tragó con dificultad al tiempo que se le dilataron las fosas nasales.

—A veces, uno no tiene más opción que hacer lo que le ordena un hombre poderoso.

Nathaniel sabía que, si se olvidaba del asunto y no conseguía respuestas, eso jamás tendría fin. Calliope nunca sería libre. Siempre

vivirían bajo la sombra del temor y la incertidumbre.

—Sé que no quieres hacer esto. Tú le sirves a tu país. No eres un hombre que amenaza a una dama inocente que solo quiere encontrar a su hermano.

El almirante avanzó hacia él a paso lento, y las botas resonaron contra el suelo del depósito.

—Sé que quieres verte libre de quien te esté obligando a actuar de este modo, tanto como yo quiero ver a mi esposa a salvo. ¿Quién es el hombre poderoso, almirante?

Langden tragó con dificultad al tiempo que la indecisión le brillaba tras los ojos. Luego miró al rufián que se había parado al lado de Nathaniel y le hizo un gesto de asentimiento. El hombre prosiguió a golpearlo en el estómago, y le produjo un dolor tan intenso que lo dejó sin aire. Nathaniel se dobló al medio en el intento de respirar.

—Ya te dije que no te dejaré hacer más preguntas —le dijo el almirante con frialdad—. O me das tu palabra de honor y los dejo en paz a ti y a tu esposa, o tendré que encargarle a uno de estos hombres que te maten. ¿Qué decides, *milord*?

32

Calliope esperó lo que le pareció una eternidad. Nathaniel le había dicho que solo se demoraría unos minutos.

La calle estaba tranquila. Calliope vio a la prostituta con la que había hablado la primera vez que había ido allí a la vuelta de la esquina, apoyada contra una pared y mirando alrededor. Alguien pasó andando al final de la calle.

Con cada minuto que pasaba, se preocupaba más. Sabía que había prometido que se quedaría en el carruaje, pero algo debía de haberle pasado a Nathaniel. Podía sentirlo.

Tras extraer los dos mosquetes del ridículo, abrió la puerta del carruaje con la mano temblorosa.

—*Milady* —comenzó Carl, que la había oído y se apeó—. Por favor, regrese al carruaje.

Se aseguró de que las dos pistolas estuvieran cargadas. Como el percutor de una estaba parcialmente amartillado, el arma no se dispararía a menos que apretara el gatillo de manera intencional. Se las ocultó bajo el lazo del vestido, debajo del jubón.

—Me temo que no puedo. Estoy preocupada de que el duque se encuentre en peligro.

—*Milady*, déjeme ir a Portside a ver si necesita ayuda. Por favor, quédese en el carruaje.

Calliope dudó unos instantes. Ya había puesto a Nathaniel y sus hermanas en suficiente peligro. Ahora que podría estar embarazada, debía tener más cuidado. Le parecía sabio que Carl fuera a ver si

había ocurrido algo. Además, le había dado su palabra a Nathaniel. Y si le quedaba alguna esperanza de ser feliz a su lado, debía darle lo que necesitaba: su seguridad. A regañadientes, Calliope asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Ve a ver, por favor. Aguardaré aquí.

Calliope estaba a punto de volver a subirse al carruaje a esperar a Carl cuando la prostituta rubia de busto generoso le dijo en voz alta:

—Tienes razón, encanto.

Calliope la miró. Seguía de pie, con la espalda apoyada contra la pared del edificio y se estudiaba las uñas.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —le preguntó.

—Que tienes razón. Ha ocurrido algo. Si estás buscando a ese duque apuesto, he visto a algunos oficiales de la fuerza naval que lo golpeaban y se lo llevaban a rastras a un depósito.

Una sombra fría le cubrió el corazón. No pudo sentir el suelo bajo los pies.

—¿A dónde? —preguntó con la voz rasposa y baja.

—Al segundo depósito en esa dirección. —Señaló el sentido contrario al que había tomado Carl.

Calliope echó a correr. Al acercarse a la edificación, disminuyó el paso, respiró entre jadeos y sintió la bilis en el estómago. El terror por Nathaniel hizo que las piernas se le congelaran. Cielos, ¿así sería como se sentía Nathaniel cuando ella se encontraba en peligro? Era una sensación espantosa.

El depósito se ceñía frente a ella con una fachada de ladrillo oscura desgastada por el paso del tiempo y las condiciones climáticas y proyectaba unas sombras fatídicas bajo la luz tenue de la luna. Varias cajas y poleas sobresalían de las plantas superiores y auguraban jornadas de arduo trabajo durante las horas del día. Unas pocas lámparas que apenas iluminaban titilaron en la entrada y alumbraban alguna rata ocasional que pasaba corriendo, mientras que de una pequeña ventana alta se oían unas voces amortiguadas.

—O me das tu palabra de honor y los dejo en paz a ti y a su esposa…

Calliope tuvo la extraña sensación de estar cayéndose. La voz le sonaba familiar, aunque no lograba identificarla. El hombre que hablaba parecía haber recibido buena educación, y la «palabra de honor» solo se le pedía a un caballero. Miró alrededor desesperada y reparó en unas cajas y barriles acurrucados contra una pared.

—…o tendré que encargarle a uno de estos hombres que te maten.

A Calliope le temblaron las manos. Al oír la amenaza, se le torció el tobillo y se trastabilló. «¡No, Nathaniel!».

—¿Qué decides, *milord*? —preguntó la voz.

¡*Milord*! Debía de hablarle a Nathaniel. Tenía que mirar por la ventana. Con los dedos temblorosos, empujó un barril hasta colocarlo debajo de la ventana. Por fortuna, solo tuvo que moverlo unos pocos centímetros. Luego, tomó una caja vacía y la colocó sobre el barril. Esa altura le debería bastar.

Se subió a la caja encima del barril y miró por la ventana. El corazón se le estrujó al divisar a tres oficiales… Dos sujetaban a Nathaniel contra una silla, mientras que el tercero lo golpeaba. Había otros tres oficiales más, uno de los cuales se sujetaba un brazo lastimado. El almirante al que había conocido en la velada de Emma se encontraba de pie contemplando la escena. El depósito estaba oscuro, y solo las velas del candelabro que se encontraba por encima de ellos alumbraban algo.

—¿Qué decides, Kelford? —le preguntó el almirante.

A Calliope le temblaron las manos.

—No me vas a matar —gruñó Nathaniel.

—Oh, sí que lo haré. Hay mucho más en juego que solo tu vida. Y la sacrificaré, por mucho que no quiera.

Nathaniel no dijo nada, sino que se limitó a fulminarlo con la mirada. Tenía un labio cortado y lleno de sangre, el ojo izquierdo hinchado y un hilo de sangre que le chorreaba del lateral de la cabeza. El almirante le asintió a uno de los oficiales que extrajo el sable y se paró detrás de Nathaniel. Le sujetó la cabeza, la jaló hacia atrás y le apretó la hoja contra el cuello.

Calliope sintió que la caja sobre la que se encontraba de pie se tambaleaba. ¡No! Así debió de haberse sentido Nathaniel la noche en

que observó a los asaltantes de camino amenazar a su madre. El temor, la desesperación que la carcomía y le inmovilizaba todo el cuerpo y el dolor invisible que le desgarraba el alma… Si lo mataban, jamás sería la misma. Una gran parte de ella moriría con él.

—Por última vez, Kelford —dijo el almirante—. ¿Qué escoges? ¿Guardar silencio o morir?

Calliope no aguantó más. Tenía que hacer algo. Posó la mirada sobre los grandes candelabros de hierro que colgaban a lo largo del cielorraso del depósito. Cada uno debía tener alrededor de veinte velas que iluminaban el trabajo en los meses más oscuros. Solo debía asustar a los hombres para darle a Nathaniel la oportunidad de huir. Extrajo la primera pistola y la apuntó hacia la cadena del candelabro que colgaba encima del almirante.

Las manos le temblaron tanto que tuvo que recordarse a sí misma de respirar como Nathaniel le había enseñado. Tras tomar una profunda bocanada de aire, apuntó el alma y se calmó los nervios. Acto seguido, extrajo el seguro y jaló el gatillo.

La fuerza de la explosión le produjo un culatazo que sintió en todo el cuerpo. Mientras el suelo parecía desvanecerse bajo sus pies, Calliope se patinó sobre la superficie despareja de la caja. Con desesperación, agitó los brazos en el aire en el intento de aferrarse a algo, lo que fuera, y recuperar el equilibrio. Cuando por fin logró sujetarse al marco de la ventana desgastada, el peso del desbalance amenazó con hacerla caer. Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, recurrió a toda la fuerza que le quedaba para apoyarse contra la ventana.

Abajo, una interacción salvaje de sombras y luz tenue le llamó la atención. Las cadenas de los candelabros pesados crujieron debilitadas por el disparo. Luego se soltaron y comenzaron a caer horriblemente. Todas las velas titilaron dramáticas mientras se vertían y generaron un baile de luces en el gran espacio del depósito. Al alcanzar el suelo, produjo un estrépito que les resonó a todos en los oídos. El almirante, quizás demasiado anonadado o desorientado como para reaccionar, no se había movido de su sitio.

Ahora yacía despatarrado debajo del peso del candelabro de hierro con los pesados brazos apretados contra los tablones de

madera. Tenía el uniforme manchado con la cera de las velas. Algunas seguían encendidas y proyectaban luz sobre el semblante pálido, remarcando una expresión de estupor que le quedó congelada en el rostro reforzada por los ojos abiertos de par en par. Como el tricornio se le había caído, le quedaron al descubierto unos mechones de cabello plateados empapados de sudor y sangre que no dejaba de manarle.

Presas del pánico, los otros oficiales miraron alrededor intentando adivinar qué acababa de suceder. Nathaniel tomó provecho de la situación y se levantó utilizando toda la fuerza de sus piernas. A pesar de que tenía las manos sujetas en la espalda, se arrojó de hombros contra el oficial que tenía más cerca. Como lo tomó desprevenido, la fuerza lo empujó contra el candelabro caído. Una punta afilada de hierro le atravesó el pecho del abrigo y lo inmovilizó con una combinación de pánico y confusión.

Mientras en el depósito continuaba reinando el caos, Nathaniel se las ingenió para moverse a un lado del almirante. Con un movimiento experto, se valió de la punta del sable del almirante para cortar las cuerdas y liberarse las manos.

Otro oficial lo atacó, y Nathaniel lo golpeó con el puño de modo tal que el sujeto colapsó sobre los candelabros. Nathaniel se agachó para tomar un sable y lo alzó en el aire al tiempo que otro se le lanzaba al ataque. El metal perforó el aire hasta que el sable de Nathaniel dibujó una línea roja sobre el pecho del atacante.

Por el rabillo del ojo, Calliope captó un movimiento. Era otro oficial que extraía una pistola. El mundo se le ralentizó. ¡Tenía que proteger a Nathaniel! Se debatió con el lazo del vestido desesperada hasta que logró extraer la segunda pistola cargada. Cuando por fin logró sostenerla en la mano, tomó la posición que le había enseñado Nathaniel.

Se acordó de respirar, apuntar y jalar el gatillo. La explosión de la segunda pistola produjo un temblor sobre el marco de la ventana, y el oficial cayó, al igual que su sable, que produjo un estrépito metálico contra el suelo del depósito.

Nathaniel alzó la mirada y la vio en la ventana. Sus miradas se conectaron y vieron alivio… amor… y temor. Todas las sensaciones se

mezclaban en su pecho, y le vio lo mismo en los ojos. Nathaniel corrió, al tiempo que los otros oficiales le pisaban los talones. Abrió la puerta del depósito y desapareció tras ella. Oyó los sonidos de los pasos contra los adoquines.

Se apresuró a descender de la caja y lo encontró al tiempo que daba vuelta la esquina. Tenía los ojos abiertos de par en par y llevaba el sable que chorreaba sangre. Una potente ola de dulce alivio la invadió.

Por fortuna, Carl se encontraba cerca, con una mirada llena de preocupación. Calliope miró por encima del hombro. Tres oficiales corrían hacia ellos con los sables destellando bajo la luz tenue de las lámparas.

—¡Al carruaje! —exclamó Nathaniel—. ¡Prepárate para conducir! —le instruyó a Carl.

A Calliope le ardían las piernas del esfuerzo físico mientras se acercaban al carruaje. Carl abrió rápido la puerta y, sin esperarlos, se subió al asiento del conductor. Nathaniel la ayudó a subirse y, luego de seguirla, exclamó:

—¡Vamos!

Cerró la puerta a sus espaldas, y los cascos de los caballos resonaron contra los adoquines mientras se escapaban en el medio de la noche.

33

CALLIOPE ESTABA VIVA... Y no solo eso, sino que además se había asegurado de que él también lo estuviera.

A Nathaniel no dejaban de temblarle las extremidades al subir las escaleras que conducían a la habitación saltándose escalón por medio y sosteniendo la mano de Calliope.

En el depósito, le había aterrado la idea de que cuando le volviera a tocar la mano, la encontraría fría para siempre. El corazón le había latido contra el pecho como una criatura salvaje encerrada. Un escalofrío familiar le había recorrido la columna vertebral, vértebra por vértebra, y le había dejado la rigidez típica de una estatua de hielo. La palidez fantasmagórica del rostro de Calliope, enmarcada en la oscuridad de la ventana del depósito, lo había hundido en un abismo de recuerdos que era mejor no abordar: el momento agonizante en el que vio caer a su madre tras recibir la herida de una bala.

Esa noche, había experimentado el mismo temor paralizador, que le aferraba la mente como unas garras de hierro. El sabor metálico del temor le invadió la boca, y un sudor frío se le formó en el ceño. Oyó el eco amortiguado de su propia sangre que tamborileaba un ritmo implacable.

¿Sería que lograrían robarle la risa de Calliope, sus caricias y hasta su propia esencia en esa condenada caverna llena de oscuridad? ¿Se vería obligado a escuchar el debilitado latido de su corazón? Con cada segundo que pasaba, las imágenes de su silueta

llena de gracia, perseguida, atrapada y silenciada amenazaron con destrozarle la mente.

De pensar en un mundo sin su presencia radiante, sentía que alguien le aplastaba los pulmones. El vacío que dejarían ella y el bebé era mucho peor y más devastador de lo que jamás podría ser la muerte de su madre. Se convertiría para siempre en la sombra de un hombre.

Sin embargo, eso no había ocurrido. La mano de Calliope estaba cálida y viva… y donde pertenecía: en la suya. Ella estaba donde pertenecía: a su lado.

Por todos los cielos, si hubiera sabido desde el comienzo cómo iba a transformar su vida… lo feliz que lo haría… y lo infeliz que lo haría sentir tanto terror por ella… ¿Se habría casado?

Se suponía que era una marisabidilla que le daría el hijo que tanto necesitaba. Nathaniel restauraría su riqueza y reclamaría su posición, y vivirían separados, al igual que lo hacían muchas parejas aristocráticas. Pero en lugar de eso…

Nathaniel cerró la puerta que conducía al único sitio en toda la casa que no había cambiado: su recámara. Se volvió hacia la esposa que jamás había imaginado y sin la que ya no podía vivir y se acercó a ella a paso lento. Calliope llevaba los rizos caoba enmarañados y los ojos celestes le destellaban llenos de esperanza e incertidumbre. Nathaniel reparó en su pequeña silueta, que parecía frágil y emanaba una fuerza innegable. Calliope se había adueñado por completo de su corazón y su alma … Ya no le pertenecían más a él. Y, pasara lo que pasase, jamás volverían a pertenecerle.

Durante el trayecto en carruaje, no había despegado la mirada de las calles oscuras para asegurarse de que nadie los siguiera. Desesperado, había recargado las pistolas de Calliope en caso de que tuviera que dispararle a alguna amenaza.

Calliope se la había pasado despotricando acerca de su labio, su ojo y el dolor que sentía en el lateral, pero Nathaniel no le había prestado atención. No sentía ninguna de esas heridas; lo único que llenaba su mente febril era un solo pensamiento: «Debo ponerla a salvo».

Y ahora se encontraba a salvo. Carl había ido a despertar a Joshua y los otros lacayos para que hicieran guardia y le reportaran a Nathaniel de inmediato si veían a alguien sospechoso cerca de la propiedad. Joshua llevaría a los perros a la casa para que estuvieran listos para protegerlos si alguien intentaba entrar. Calliope y sus hermanas estaban tan a salvo como cabía esperar en esas circunstancias.

Nathaniel la envolvió en sus brazos y se la acercó al cuerpo para devorarle la boca. Sus propios labios magullados protestaron, pero no les hizo caso. El dolor no era nada en comparación con el alivio de unir sus labios a los de ella. Y su piel.

La amaba… No, la palabra amor no bastaba para describir lo que sentía por ella. La adoraba. Vivía por ella. Respiraba por ella. Era necesaria para que su corazón siguiera latiendo y sus pulmones se siguieran llenando de aire. Le pertenecía.

Calliope se apartó.

—¿Te duele algo? —le preguntó.

—No —repuso—. Dejé de sentir dolor en cuanto estuviste a salvo.

Calliope estaba temblando en sus brazos, con estremecimientos que parecían convulsiones. Nathaniel la examinó en busca de alguna herida o rasguño, pero no vio nada. Tenía la piel inmaculada, pero los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué sucede, amor? —le preguntó.

El mentón le temblaba y los dientes le repiqueteaban cuando lo miró con los ojos celestes tan oscuros que podrían haber sido océanos sin fin.

—Acabo de matar a alguien.

La epifanía lo golpeó como la ola de una tormenta a un navío. El almirante Langden estaba muerto. El amigo de su familia… o a quien Nathaniel creyó un amigo… El hombre que le había prestado dinero, el que lo había apoyado en su carrera en la fuerza naval, el que había comandado el primer navío en el que había servido, el que sin importar su rango le había enseñado a amarrar las cuerdas y anclar un barco… El hombre que era una de las pocas conexiones que le quedaban con su padre. Había estado detrás de todo. ¿Y por qué?

«A veces, uno no tiene más opción que hacer lo que le ordena un hombre poderoso».

¿Guardaría alguna relación con el hombre que usaba el bastón de mármol de morsa? Tenía la pregunta enterrada en la psiquis, pero sintió otro estremecimiento que hizo temblar a su esposa y se la apretó contra el cuerpo. Calliope había asesinado a Langden… por él. Nathaniel tragó con dificultad y le pasó los brazos alrededor del cuerpo como si fueran una manta protectora.

—Lo siento, amor —le dijo con la voz ronca—. Ojalá pudiera quitarte esa terrible tarea de las manos. En especial porque lo has hecho por mí.

Calliope alzó la mirada hacia él como si la hubiera ofendido. Tenía los carnosos labios de color fresa gracias a sus besos. Estaban vivos los dos, y el corazón le latía contra el pecho.

—¿Por qué te sorprendes? —le preguntó frunciendo el ceño—. Por supuesto que lo hice por ti, si te… —Cerró la boca.

¿Qué iba a decir? Una luz lo invadió ante la posibilidad de que le fuera a decir que lo amaba. Por todos los cielos, ¿sería que esa criatura milagrosa lo amaba? Lo había protegido. Como lo había hecho su madre. Y no se merecía esa protección.

Volvió a besarla. La voracidad que sentía por su cuerpo, la necesidad de sentirla cálida y suave contra su cuerpo era un dolor constante en los músculos. Se aferró a su boca y bebió de ella sin poder saciarse. «Viva… estás viva…».

La recogió en el aire y le pasó un brazo por debajo de las rodillas y otro por detrás de la espalda antes de llevarla hacia la cama. La recostó, y sus miradas se conectaron, y en su mirada brilló un destello de un deseo similar al que le circulaba a él mismo por la sangre. La volvió a besar y le tomó un seno por entre el vestido para sentirlo redondeado y suave. Anhelaba saborearle la piel y sentirla desnuda contra su cuerpo. Pero lo que más deseaba era hundirse en su interior, rodearse de ella, sentirla cálida y estrecha y saber que seguía siendo suya. Suya…

Se movió por su cuerpo saboreando la sal y la dulzura de su piel en la lengua mientras le lamía el cuello. Luego le alzó las faldas y las enaguas hasta el vientre para dejar al descubierto las largas piernas

esculpidas cubiertas por medias. Al ver los oscuros rizos cobrizos en la entrepierna, se le tensaron los testículos y se le endureció el miembro en los pantalones.

Le separó los pliegues y le bajó la boca al sexo hasta hacerla gemir y soltar un jadeo de placer largo y dulce. Le encantaba su sabor, era dulce e intensa. Saborearla mientras sentía la piel suave y aterciopelada contra la boca le bastaba para endurecerse al máximo.

Sabía dónde le gustaba que la provocara, cuánta presión le haría sentir más placer y lo rápido que debía mover la lengua. Le succionó el clítoris con suavidad, y Calliope le regaló un adorable movimiento de las caderas al tiempo que le cerraba los muslos alrededor de la cabeza. Cuando le introdujo un dedo y lo torció para llegar al punto justo en su interior y comenzar a moverlo como a ella tanto le gustaba, la oyó gemir y la sintió arquear la espalda y enterrarle los dedos en el cabello. Cuando Calliope comenzó a mover las caderas y frotarse contra él como respuesta, casi lo hizo acabar. Le encantaba verla de ese modo, utilizándolo para darse placer.

Nathaniel movió el dedo más rápido y más fuerte y la sintió tensarse y retorcerse a su alrededor. Estaba cerca del orgasmo, podía sentirlo, pero de pronto se quedó inmóvil y se apartó de su boca para hacerle a un lado la mano.

—Te quiero dentro… —le murmuró con los ojos caídos y las mejillas y el cuello sonrosado—. Tengo que sentirte, Nathaniel. Quiero estar conectada contigo. Ser una…

Él también tenía que sentirla viva y a salvo en sus brazos. Necesitaba enterrarse en ella.

—Sí, amor —le dijo—. Eso es lo que te daré.

Se levantó contra ella para quitarse los pantalones y la abrazó antes de recostarse de espaldas y acomodarla sobre su cuerpo. El miembro se le retorció impaciente de hundirse en ella. Sentía sus pliegues contra él, pero quería darle todo el control. Quería verla cabalgándolo, encima de él, verle el rostro cuando llegara al orgasmo.

Calliope estiró la mano y le sujetó el miembro para acomodárselo contra el sexo. Estaba tan húmeda que se deslizó de inmediato, y se estremeció al sentir las paredes cálidas y estrechas que lo

albergaban. Luego comenzó a moverse, y Nathaniel perdió la razón al sentir el bombeo de su sexo que acabó por deshacerlo.

—Tan rico, Nathaniel —le murmuró mientras lo cabalgaba—. Te sientes tan rico…

—Eres hermosa —le susurró apenas pudiendo contenerse de acabar. Sintió cómo su semilla le tensaba los testículos y luchó por contener la ola de placer que estaba a punto de derramar.

Le sujetó las caderas y se movió más rápido y más duro contra él al tiempo que los movimientos de ella se tornaban más intensos. Y luego movieron las caderas al mismo ritmo y la sintió estremecerse y temblar a su alrededor. Nathaniel no se pudo contener más. Calliope era su perdición. Su mujer feroz. Una criatura preciosa a la que sabía que amaría para siempre.

Se corcoveó con el cuerpo más tenso que un árbol y acabó en su interior. Cuando llegaron juntos a la cima, no pudo dejar de observarla. Su hermosa esposa era su salvación y su destrucción.

Calliope se dejó caer sobre él como una pila deliciosa, y le pasó los brazos por la cintura antes de enterrar el rostro en sus hermosos rizos e inhalar su aroma como si fuera aire y no pudiera saciarse. Podía sentir cómo se le movía la espalda hacia arriba y abajo mientras respiraba, y seguía enterrado en ella. Se rehusaba a abandonar su cuerpo. Anhelaba pasar una eternidad enredado con ella, conectado a ella de ese modo: piel con piel y alma con alma.

Se sentía tan pesado, cálido y saciado con su peso suave encima del cuerpo. El cabello sedoso le producía cosquillas en el rostro. Al recuperar la consciencia, oyó los sonidos de la casa alerta ante cualquier intruso. Podría haber yacido muerto en el suelo del depósito, pero en lugar de eso, estaba vivo y sostenía al amor de su vida en brazos. La madre de su futuro hijo. La mujer que había arriesgado tanto su vida como la de su bebé por él. La que seguía estando en peligro.

—Te podría haber perdido a ti y al bebé —le dijo con la voz ronca—. Has sido muy imprudente.

Pudo sentir cómo se le tensaban los músculos debajo de sus dedos, y, cuando alzó la cabeza para mirarlo, vio lo hermosa que era

con los labios rojos hinchados por los besos, los ojos destellantes y un rubor sano en las mejillas. Lo dejó sin aliento.

—No. Si hubiera tenido que irrumpir en ese depósito para luchar contra siete hombres con mis propios puños, lo hubiera hecho. Pero gracias a ti, puedo disparar un arma, y logré actuar sin ponerme en riesgo.

Una ola de ira lo consumió como una pared de fuego, y se sentó con ella encima de él. Calliope parpadeó y frunció el ceño.

—En ese caso, tenemos diferentes definiciones de imprudencia —dijo—. Te dije que te quedaras en el carruaje. Me lo prometiste.

—¿No te alegra que no lo haya hecho? —le preguntó.

—¡Podrías haber resultado herida! ¡Y el bebé también!

—¡Y tú también, Nathaniel! ¡Casi te matan!

La hizo a un lado, se incorporó de un salto de la cama y se puso los pantalones y las botas. Unas olas de furia le recorrían todo el cuerpo.

—No me importa eso. No podría haberme perdonado si hubieras muerto para salvarme, como jamás me perdoné la muerte de mi madre. Hubiera intercambiado de lugar con ella de buena gana con tal de que viviera. Y de buena gana hubiera muerto por ti.

La conmoción que vio en el rostro de Calliope lo hizo guardar silencio.

—Bueno, entonces no me podría haber perdonado —le dijo—. Tu madre no hubiera querido que vivieras toda la vida creyendo que fue tu culpa que muriera. No te protegió por eso. Te protegió para que fueras feliz y vivieras la vida sin arrepentimientos. Te ha dado un regalo precioso, Nathaniel. ¡Un regalo que estás desperdiciando al culparte cuando no había nada que pudieras haber hecho en contra de una banda de asaltadores de caminos que asesinaron a tus guardias!

Nathaniel estaba temblando. Las palabras eran como un martilleo al corazón.

—¡No sabes de qué hablas! —rugió—. He vivido de lo más bien hasta que entraste en mi vida. Mis hermanas estaban a salvo. Mi corazón… —Se detuvo antes de decirle toda la verdad: que la amaba tanto que no soportaba ni siquiera pensar que algo pudiera ocurrirle.

Que no sobreviviría sin ella. Que era lo mejor y lo peor que le había pasado en la vida.

Exhaló una bocanada de aire e intentó controlarse. El corazón le latía tan fuerte que creyó que Calliope podía oírlo palpitándole en el pecho.

—No soporto seguir haciendo esto, Calliope. Cuando te vi en esa ventana… Creí que ahora que quizás estabas embarazada entenderías que no solo estabas arriesgando tu seguridad, sino también la de nuestro bebé.

Calliope frunció el ceño.

—¡Claro que lo entiendo! Pero tenía que ayudarte. Tienes que confiar en que puedo tomar mis propias…

¿Confiar en ella? ¿Cómo podía confiar en ella si ni siquiera confiaba en sí mismo? La interrumpió con un movimiento del brazo abrupto.

—No te detendrás, ¿no? No te detendrás jamás. La agencia de investigaciones… esa demencia…

Calliope jadeó y se le encendió el rostro en fuego. Se le agrandaron los ojos y se llevó la mano al vientre.

—¿Demencia?

Había sido demasiado duro y se arrepintió de la palabra en el instante en que le abandonó la boca, pero prefería palabras hirientes a un cuello roto.

—Nunca me vas a escuchar o intentar evitar el peligro. Eres demasiado independiente y fuerte. —No logró decirle lo mucho que admiraba y amaba esas cualidades en ella… aunque también lo aterrorizaran—. Jamás me habría casado contigo si lo hubiera sabido. No querría limitar tu libertad. ¿Crees que disfruté llevarte a Kelford y dejarte allí cuando lo único que quería hacer era tenerte siempre a mi lado?

El rostro de Calliope se suavizó.

—¿Querías tenerme siempre a tu lado? Pero…

—Pero no soporto el temor y la preocupación.

Todo el cuerpo se le congeló. Esos peligros no acabarían jamás. Calliope se pondría en peligro cada día de su vida. Nathaniel sabía

que debía confiar en que sabría defenderse. La había visto hacerlo. Pero ¿y si la próxima vez no lograba hacerlo?

Sintió como si un trozo de cristal roto le hubiera perforado el corazón, y una epifanía gélida le pegó en el cerebro. Había vivido solo, sin permitirse enamorarse de nadie por ese preciso motivo.

Miró su rostro hermoso y sintió que la distancia entre ellos se convertía en un abismo enorme.

—Eres demasiado peligrosa para mí.

Calliope se incorporó de la cama despacio y sintió el sexo húmedo y suave, y el cuerpo cálido de la fiebre que su marido le había provocado en el interior. Podía sentir cómo se apartaba, cómo los ojos fríos se convertían en un muro de hielo. Seguían siendo de color turquesa, pero no del turquesa cálido del Mediterráneo, sino del eterno tono glacial que predominaba en Noruega.

Era la confirmación de algo que había temido durante toda la vida, la calidez y alegría que habían compartido era una ilusión. Desde una edad temprana, Calliope había sido ferozmente independiente, quizás hasta el punto de que fuera un desperfecto. William King no solo había reforzado esa creencia al encontrarla leyendo literatura erótica y explorando sus partes privadas casi siendo una niña todavía. Siempre había creído que podría ser demasiado formidable y autosuficiente como para un compañero. En ocasiones, hasta sentía vergüenza por ser de ese modo. ¿Quién podría amarla de verdad con un espíritu tan resuelto?

Durante las semanas maravillosas que había pasado con Nathaniel, había albergado la alocada esperanza de haber logrado lo imposible: casarse con un hombre que la amaba… la adoraba precisamente por ser una mujer diferente, fuerte e independiente. Y no a pesar de eso. Pero había estado muy equivocada. Nathaniel era igual que todos. No confiaba en que pudiera tomar sus propias decisiones. No confiaba en que pudiera mantenerse a salvo ni a ella, ni al bebé. No confiaba en ella.

Qué tonta que había sido. Se había enamorado de un hombre que pensaba que estaba demente. Quizás no la había llamado mujerzuela, como lo había hecho William King, pero le hizo sentir la misma sensación de vergüenza y bochorno en todo el cuerpo; el mismo calor que la hacía querer escaparse de su piel, desaparecer, disolverse y esconderse. Porque él lo había empeorado. La había hecho sentir avergonzada de su propio sueño. De su pasión. «Demencia…».

—Podrías haber muerto —prosiguió—, y nuestro bebé también.

—Ni siquiera sabemos si habrá un bebé todavía —lo interrumpió.

—Quizás no, pero eres mi esposa. Tenemos una vida entera por delante, Calliope. Y jamás me imaginé que mi papel de marido sería el del carcelero.

—Y yo jamás me vi encerrada en una propiedad rural —le arrojó—. Si hubiera deseado eso, hubiera aceptado la oferta de William King.

Escupió el nombre como una maldición. A Nathaniel se le oscurecieron los ojos aún más ante la mera mención del sujeto y se le tensaron los músculos del mentón.

—¿Cuán bajo he caído como para que me compares con él? —escupió.

Calliope negó con la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice.

—Esto no tiene sentido. Nunca me apoyarás —dijo—. Si crees que mi sueño es una demencia… Nunca dejarás de intentar controlarme, ¿no?

Nathaniel cerró los ojos al tiempo que se le tensaba el mentón.

—Eso es lo que soy para ti —dijo mirándola a los ojos con la voz rota—. Un tirano. No quiero ser este hombre.

El silencio pendió entre ellos mientras se miraban profundo, sin moverse ni respirar. Algo se acababa de romper entre ellos; algo que había llegado a un punto sin retorno.

—No hemos sido una buena pareja desde el comienzo, ¿no? —preguntó Calliope con los ojos llenos de lágrimas. Como Nathaniel no respondió ni la contradijo, enderezó los hombros.

Habían llegado al final y, en realidad, era su culpa. No debería haberse enamorado de él. Siempre se había considerado una mujer inteligente. ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para abrirse a él y enamorarse? ¿Cómo podía haber guardado la esperanza de compartir una felicidad absoluta con ese hombre, de experimentar el mismo matrimonio maravilloso que habían compartido sus padres?

—Bueno, ya hemos cumplido con nuestro acuerdo —dijo Calliope con frialdad, y el corazón se le murió en el pecho—. Sé dónde se encuentra Spencer. Y, lo más probable es que vayas a tener un heredero. Si crees que soy una lunática y no te puedo dar la obediencia que esperas de tu esposa, no hay ningún motivo para que sigamos torturándonos estando juntos.

Nathaniel parpadeó; el mentón se le tensó, pero no dijo nada. Al cabo de varios segundos, asintió con la cabeza. El pecho apenas se le movía; era como si le estuviera costando inhalar aire.

—¿Y ahora qué hacemos, Calliope? —le preguntó con la voz calma y el cuerpo rígido.

—No podemos divorciarnos —repuso—. Debemos seguir siendo marido y mujer. Daré a luz a tu hijo. No comenzaré la agencia hasta que el bebé no haya nacido. Como acordamos desde el comienzo, luego del nacimiento del bebé, recuperarás tu fortuna. Y yo, mi libertad.

La nuez de Adán le subió y bajó mientras tragaba con dificultad. Luego asintió con la cabeza.

—Regresaré a Sumhall y viviré allí —prosiguió Calliope—. Creo que será mejor que no nos veamos demasiado. —La mataba decir eso, el dolor le desgarraba algo en el interior.

—No —se opuso Nathaniel, y le produjo una descarga de esperanza en la sangre—. Las chicas te quieren demasiado y estarían desoladas si te marchas. Mucho más que si me marcho yo. En especial, Violet te necesita. Nunca han tenido una presencia femenina en sus vidas. Y están acostumbradas a no verme durante varios días. Yo encontraré otro sitio donde vivir.

Calliope sintió como si el suelo hubiera desaparecido de debajo de sus pies, unas agujas se le clavaran en la piel, y el corazón no fuera más que un diminuto ridículo lleno de cristal hecho añicos.

Nathaniel recogió sus prendas, avanzó hasta la puerta y se detuvo a mirarla.

—Tan solo prométeme que no te pondrás en más riesgo… —Luego se bajó la mirada a las botas y se rio—. Oh, no. Ya me habías prometido eso, y mira dónde estamos ahora.

Tras decir eso, la dejó para siempre.

34

Tres semanas después...

Hyde Park estaba demasiado caluroso para Calliope… El sol brillaba con intensidad y le freía la piel bajo el delgado vestido y las enaguas de muselina. Las praderas grandes y abiertas se veían algo amarillentas por el calor intenso de los últimos días. La brisa, que Jane describía como agradable, era apenas perceptible para Calliope, que caminaba sobre el sendero de gravilla y se reusaba a sucumbir a la debilidad que se había apoderado de cada centímetro de su cuerpo.

Los gritos de los niños que corrían alrededor de la sombra de una arboleda sonaban tan altos que, al igual que el de los pasos sobre la gravilla, le producían dolor en los oídos. El sentido del olfato la estaba volviendo loca y la abrumaba captando las notas del estiércol de los caballos, las rosas, los izotes, las dalias y el césped.

Delante de ellas, los hermanos de Calliope conversaban con Poppy y Violet, que llevaban a Orion y Cerberus. A sus espaldas, Hazel acompañaba a la abuela. Richard partiría pronto en un barco hacia América del Norte, en busca de Spencer.

Lo que no sabía nadie en su familia era que Calliope también iría en ese barco. Tenía que ponerle fin a eso y salvar al hermano que la había rescatado cuando más lo había necesitado. Pero también… sentía ansias de huir del dolor que le había producido el rechazo de

Nathaniel cuando la dejó. Tenía que distraerse y hacer algo activo. No podía quedarse y demostrarle lo mucho que la había lastimado. No podía ceder y bajar las paredes por él, ni mostrarse vulnerable para que volviera a hacerle daño.

Sin importar lo mucho que lo deseara, no podía regresar a la noche bajo las estrellas, rodeada de lirios en la que ambos se habían desnudado… no solo físicamente.

Cuatro lacayos que caminaban detrás de Calliope y las otras damas cerraban la procesión. Antes de marcharse de la casa, Nathaniel les había ordenado a los lacayos que había contratado Calliope que la siguieran a cualquier sitio que fuera. Calliope no lo discutió, ya no le quedaban energías para eso. Sabía que su esposo quería asegurarse de que tanto su heredero como ella estuvieran a salvo porque, a pesar de que su relación romántica había acabado, seguía siendo su esposa y la madre de su hijo.

—¿Te encuentras bien, Calliope? —le preguntó Jane. Hercules, su perro raposero, trotaba alegre delante de ella. Calliope sostenía la correa de Argos, que caminaba delante de ella y movía rápido la cola gigante.

—Te ves bastante pálida, querida —añadió Penelope, que caminaba al otro lado de Calliope—. Y verde.

Sus dos hermanas eran grandes observadoras. A diferencia de Penelope, que se veía reluciente y radiante con su embarazo, Calliope nunca se había sentido más enferma en toda su vida. Alzar las dos piernas para caminar era el trabajo más arduo que había tenido que realizar y le hacía sentir como si en todo Londres no hubiera aire suficiente para llenarse los pulmones. Las náuseas constantes que había sentido a lo largo de las últimas tres semanas no habían hecho más que aumentar hasta el punto de que no podía retener la comida, a excepción del pan salado o el té dulce y de sabor débil.

Esos debían ser signos de embarazo… Aún no le había llegado la regla, que estaba retrasada tres semanas. No podía sentir náuseas por algo que hubiera comido durante tres semanas consecutivas… Y, sin embargo, no lo sabía con certeza. Así como tampoco sabía si sería un embarazo viable.

El pensamiento la preocupaba bastante. Calliope detestaba no tener el control de la situación, detestaba depender de alguien y sentirse vulnerable. Y, al parecer, no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas.

De hecho, lo único que podía hacer era mantener la cabeza erguida y pretender que estaba bien, que no tenía una herida en el medio del pecho que le dolía por la ausencia de su marido, que la bilis no se le subía todo el tiempo por la garganta ni que en ocasiones se mareaba tanto que se tenía que sujetar a los muebles para no caerse.

—Me siento un poco mareada —repuso Calliope—, pero por eso he venido a caminar. Para respirar aire fresco.

—¿No has oído nada de Nathaniel? —le preguntó Jane con suavidad.

—Desde que me envió la carta, no —respondió, y la mención de su marido fue como que le clavaran una daga entre las costillas. Habían pasado tres semanas desde que Nathaniel se había marchado… desde que todo su mundo se había hecho añicos y caído a pedazos.

Al día siguiente de la partida de Nathaniel, había recibido una carta de él en la que compartía todos los detalles que había aprendido acerca de la HMS Concord. En abril, había estado protegiendo York, en el lago Ontario, pero la ciudad fue capturada por las fuerzas estadounidenses. Por fortuna, la HMS Concord se las había ingeniado para escapar. Lo último que se había sabido en el Ministerio de Marina era que, tras huir, se dirigía a Boston.

—Estoy segura de que te contactará si se entera de algo —le dijo Penelope con cautela—. No se oyen noticias de Estados Unidos a menudo, ¿no?

—No, es cierto, porque puede tomar entre dos y seis semanas cruzar el Atlántico a bordo de un barco.

—Pero eso quiere decir que, si el barco hubiera sido capturado o se hubiera hundido, ya nos habríamos enterado —continuó Penelope con alegría—. De modo que es bueno no habernos enterado nada de eso.

—Lamentablemente, eso no quiere decir que Spencer se encuentre a salvo —dijo Calliope—. No sabemos si sigue a bordo de ese barco. Lo único que sabemos en realidad es que se lo llevaron allí sin dinero ni posesiones, vestido con la ropa interior y sin ninguna forma de regresar a casa, y no hemos sabido más nada de él desde entonces.

—Yo sigo teniendo la esperanza de que regrese —susurró Penelope—. Por más que crea que quedará conmocionado al descubrir que me he casado con su hermano.

Calliope tragó con dificultad.

—Pobre Spencer. Fuiste su primer y único amor. La única mujer con la que llegó a pensar en casarse.

Jane, que había oído algo al respecto porque se había unido a la familia hacía poco, se mordió un labio.

—Oh, pobre tu hermano.

Penelope soltó un suspiro sin apartar la mirada de la espalda ancha de Preston.

—Sí, pobre Spencer. No sé si podrá perdonarme… o a Preston.

—Pero todos creyeron que había muerto —señaló Jane.

—Me imagino que eso no lo hará más fácil —opinó Calliope—. A decir verdad, me preocupa un poco el efecto que eso pueda tener en nuestra familia.

—No permitiremos que nos separe —le aseguró Penelope—. No permitiré que dos hermanos se conviertan en enemigos por mi culpa.

Jane arqueó las cejas.

—Me temo que no depende de ti, cielo. Tendrás que dejar que lo resuelvan por sí mismos.

—Pero antes, tenemos que encontrarlo —señaló Calliope.

—Hablando de eso, Nathaniel ha ayudado mucho con la investigación, ¿no? —preguntó Penelope—. Al parecer le importas… aunque se haya marchado.

El recordatorio de Nathaniel le produjo una nueva ola de náuseas, y se tuvo que apretar la mano enguantada contra los labios. Tomó una profunda bocanada de aire hasta que se le pasó.

—Estoy muy agradecida de que se haya tomado el tiempo de descubrir todo lo que podía —acordó—. Pero ni siquiera fue capaz de verme… no soporta la idea de estar en mi presencia y darme las noticias en persona. —¿Cómo harían para fingir que estaban casados si verla lo repugnaba tanto?

—¡Seguro que eso no es cierto! —exclamó Penelope—. Es evidente que se preocupa por ti. Creo que te ama, querida.

—Pero ¿por qué se fue? —preguntó Jane.

Calliope miró a Jane y apretó los labios pensando cómo responderle.

—Porque no deberíamos habernos casado en primer lugar —respondió—. Era cuestión de tiempo que me viera por como soy y se diera cuenta de que había cometido un error.

Jane y Penelope intercambiaron una mirada de preocupación, y Calliope negó con la cabeza.

—De verdad, no hace falta que se miren de ese modo —les dijo Calliope.

—Claro que sí —la contradijo Jane—. Estaba obsesionado contigo en el baile real, y en la boda te miraba como si fueras un tesoro que acababa de encontrar y temía perder.

Jane no tenía ni idea de lo mucho que le dolían esas palabras. Porque su recuerdo de esos primeros días felices se encontraba en el pasado. Se había perdido… para no regresar jamás.

—Quizás alguna vez me miró de ese modo —coincidió Calliope mirando los arbustos en la distancia sin ver nada en particular—, pero no me volverá a ver de ese modo nunca más.

—Calliope… —comenzó Penelope y le apretó la mano—. Si eso es cierto, es el hombre más ciego del mundo.

Las lágrimas le produjeron un ardor en los ojos, y alzó la mirada hacia el cielo antes de parpadear en el intento de deshacerse de ellas.

—Estoy bien —les aseguró con una sonrisa que intentó ser intensa y alegre. Era extraño tratar de estirar las comisuras de la boca cuando por dentro se sentía a punto de colapsar como un cenote—. Siempre he estado bien. ¿Recuerdan cuando estuvimos

paseando por aquí hace tan solo unas semanas y les conté que nunca me quería casar por este preciso motivo?

—¿Y cuál era ese motivo? —le preguntó Penelope.

—Que ningún hombre sabría que sueño con abrir mi propia agencia de investigaciones y podría amarme por ello. Soy demasiado extraña e independiente. No puedo ser de otra manera ni quiero serlo.

—Ni deberías —acordó Jane.

—Exacto, pero eso quiere decir que ningún hombre me amará por como soy. Con mis ideas lunáticas y todo.

Jane y Penelope le apretaron las manos a ambos lados.

—Eso no podría ser menos cierto —le dijo Jane con suavidad—. El hombre indicado te amará tal y como eres.

—¿Y Nathaniel es ese hombre? —le preguntó Penelope mirándola con detenimiento.

Calliope sentía en su corazón que Nathaniel era el hombre indicado. Al menos, se había sentido así. La había aceptado cuando le contó lo de William, y ese había sido el momento más bochornoso y humillante de su vida. Y, aun así, la había amado. Le había besado el mismo punto que tanto le había dolido y la había hecho sentir como si estuviera hecha de estrellas…

Entonces, ¿qué había salido mal? ¿Se había roto todo cuando se enteró de que quería ser investigadora privada? Se llevó la mano al vientre.

—No lo sé —respondió—. No nos casamos por amor. Fue un matrimonio por conveniencia. Me ayudó a encontrar a Spencer y yo estoy esperando un hijo suyo.

Las dos soltaron un jadeo, y Hercules y Argos se giraron a mirarlas sorprendidos. Argos ladró.

—¡Silencio! —Calliope miró a sus hermanos preocupada, pero seguían andando delante de ella—. No es seguro aún, y no quiero que esos dos hagan un alboroto.

—¡Por eso estás tan verde! —exclamó Jane—. Y delgada.

—Oh, felicitaciones, querida —le dijo Penelope—. Nuestros hijos serán primos… ¡y jugarán juntos!

Calliope le sonrió.

—Espero que sí. Espero que sea un embarazo viable.

—Claro que sí —le aseguró Penelope, tan hermosa y pacífica que a Calliope le dolió el corazón—. Mira, Preston y yo somos un ejemplo de que un matrimonio que comenzó sin amor no tiene que ser un matrimonio sin amor por siempre. De hecho, el nuestro fue un matrimonio de odio. —Miró con adoración a Preston—. Y míranos ahora. Es el amor de mi vida.

Como si hubiera oído esos pensamientos, Preston se volvió a mirarla por encima del hombro. Tenía una expresión de lo más tierna en el semblante que solía ser sombrío. Cuando vio que Calliope y Jane lo miraban fijo, se deshizo de cualquier indicio de ternura, pero Calliope sabía que el corazón de hielo de su hermano se derretía cuando estaba a solas con su esposa.

Recordó una mirada especial en el rostro de Nathaniel. Una que era solo para ella, cuando no había ningún lacayo, ni oficial, ni amigos o familiares presentes. Solo ellos dos. La echaba tanto de menos, que los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. Deseó poder caminar como sus cuñadas, con su marido a unos pocos pasos de distancia. Deseó que Nathaniel le dirigiera esa mirada especial que era solo para ella y nadie más. En especial ahora que estaba embarazada y las vidas de los dos iban a cambiar de nuevo.

—Y, al principio, mi compromiso fue falso —añadió Jane riéndose—. Era una farsa. ¡No nos íbamos a casar bajo ningún motivo! Y, sin embargo, Richard es el tipo de hombre que me hizo comprender que pertenezco a donde quiera pertenecer. Y que solo quiero pertenecer a su lado.

Las dos mujeres miraron a Calliope, que tenía el corazón acelerado en el pecho.

—Te mereces ser amada por tus sueños, Calliope —le aseguró Penelope—. Al igual que todos.

—Tienes suerte de que tu marido apoye tu carrera artística —le dijo Calliope—. Por su parte, Richard jamás pensó en impedirte que abrieras tu escuela, Jane. Pero Nathaniel me llevó a la aldea de Kelford y me dejó allí.

—Pero ¿eso no se debió a que había unos hombres siguiéndote… y a los rufianes que intentaron atacarte? —le preguntó Jane con

cautela.

Calliope soltó un suspiro.

—Sí, entró en pánico. Lo sé. Además, le acababa de decir que podría estar embarazada.

—Mira —le dijo Penelope—, no intento justificarlo ni nada. Ese comportamiento es de lo más reprochable. Pero… si te dejó en esa aldea para protegerte, eso no significa que desapruebe tu sueño. O que no te ame. Por el contrario, a su manera extraña y retorcida… quizás lo haga. Y está tan aterrado que no sabe qué más hacer, excepto ocultarte.

Entre ellas reinó el silencio, y solo se oyeron los crujidos de la gravilla bajo sus pies y los sonidos lejanos de las conversaciones de los otros miembros de la familia.

—No ha sido porque no te quiera o no te ame, sino porque, en realidad, sí lo hace —añadió Jane.

A Calliope le costaba mucho creer eso. Lógicamente, pensaba que podía ser cierto. Sin embargo, siempre se había considerado una persona demasiado fuerte como para ser amada por un hombre. Tenía que pensar como una investigadora. ¿Tenía evidencias suficientes como para sugerir que Nathaniel no la amaba? ¿O que estaba aterrado de perderla… como lo había estado ella al verlo de rehén?

Sabiendo las cosas que había atravesado al perder a su madre, ¿podía imaginarse que eso no se trataba de ella, sino de él? ¿Podían ser sus propios ideales lo que le impedían luchar por él? ¿Podía ser que el hombre indicado la amaba y, aun así, creyera que su mayor sueño era descabellado?

El sonido de unos cascos a sus espaldas la hicieron detenerse y darse la vuelta. Argos se volvió y comenzó a gruñir antes de salir corriendo y soltarse de la correa.

—¡Argos! —lo llamó—. ¡Alto! —Pero al ver al jinete sobre el caballo, cualquier otra indicación se le murió en los labios.

Con un aspecto majestuoso, William cabalgaba a lomos de un hermoso pura sangre de pelaje castaño. Detuvo al caballo de manera abrupta al contactar la mirada oscura con la de ella. La expresión se le tornó completamente gélida. Mientras Argos no

dejaba de ladrarle al hombre, el caballo se puso nervioso y brincó poniendo los ojos en blanco.

—Duquesa de Kelford —la saludó mirándola—. Duquesa de Grandhampton —saludó a Penelope—. *Lady* Seaton.

El rostro al que Calliope había encontrado atractivo e irresistible hacía muchos años ahora dejaba ver su verdadera esencia de cobarde. Había algo fuera de lugar. Había dicho Seaton arrastrando la *s*. Tenía los párpados pesados y se mecía suavemente sobre la silla de montar. Tenía el cabello tan enmarañado que no podía deberse únicamente al viento.

La recorrió con la mirada y se detuvo en el pecho. Ese día, ni ella ni sus cuñadas llevaban puesto un jubón porque hacía mucho calor. Pero, a diferencia de las otras veces que lo había visto, cuando le había temido hasta al mero recuerdo de él, de esos dedos rozándole el cuello y esa palabra hiriente, mujerzuela, que la habían hecho retorcer y encogerse en una bola de lágrimas…, ahora no sintió nada. Ni el ardor en ese punto por encima de la clavícula, ni el calor sofocante de la humillación de solo verlo. Ni la palabra que la había hecho sentir sucia y anormal. ¿Quién podría amar a una mujerzuela como ella? ¿Quién querría a una mujer tan peculiar que se suponía que debía estar llena de gracia, modales y aplomo y, en cambio, perseguía el peligro, protegía a sus seres queridos y resolvía misterios? Una mujer que disfrutaba la cama matrimonial con su marido… y a veces se sentía como una mujerzuela con él… y le encantaba.

—Huntingham —lo saludó al tiempo que daba un paso hacia el frente y lo miraba directo a los ojos. ¡Estaba ebrio!

—Espero que su marido se encuentre bien y que el matrimonio le siente bien —le dijo sin quitarle los ojos del pecho.

En otro momento, esa mirada le hubiera encendido el rostro en llamas de vergüenza, pero ya no. Ya no tenía ningún poder sobre ella.

—¡Aléjese de mi hermana!

Calliope se volvió para mirar a Preston que corría hacia ellos con una expresión de furia en el atractivo rostro.

—¡Le he dicho que jamás se vuelva a acercar a ella!

—Me estaba por ir —le aseguró William, pero antes de que pudiera espolear al caballo, Calliope le sujetó las riendas.

—No —dijo y se volvió hacia Preston—. Gracias hermano. Un día te contaré la verdad de lo que ocurrió y lo entenderás. En el pasado, Spencer fue quien me protegió. Hace un par de semanas, tú y Nathaniel. —Miró a los ojos oscuros del hombre al que le había dedicado demasiada atención y al que le había entregado demasiado poder durante demasiados años—. Y ahora, soy yo.

Mientras sus dos hermanos se quedaban petrificados, se volvió hacia William. Aunque estaba sentado alto y erguido a lomos del caballo, le pareció demasiado pequeño. ¿Cómo había llegado a pensar que era algo más que trágico si prácticamente se estaba encogiendo bajo su mirada?

Calliope encuadró los hombros. Sabía que, si su esposo hubiera estado allí, la habría aplaudido. Deseó que hubiera podido verla. Se encontraba libre de William y del poder que había ejercido sobre ella en el pasado. De hecho, tenía ganas de volver a leer *De villanos y terciopelo*. Había unas cuantas escenas que le hubiera gustado practicar con Nathaniel.

—William —le dijo con una gran sonrisa—. Me das pena, muchacho.

William la fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Me das pena —repitió—. Por haber usado esa palabra tras ver a una joven en un momento muy vulnerable que muy pocos llegan a presenciar. Pero tú me viste… Debió de haber sido bastante impresionante sentir lo que sentiste, ¿no?

William tragó con dificultad y los ojos casi se le sobresalieron, pero no dijo nada… y con eso le indicó que estaba en lo cierto.

—¿Querías casarte conmigo porque querías comprender esa cosa prohibida que sentiste al verme?

A su alrededor reinó el silencio. Era muy consciente de que todos los pares de ojos estaban fijos en ella, que estaba exponiendo una parte muy privada ante su familia, algo que le debería haber contado a sus padres en el pasado. Al menos, a su madre. Ya no sentía vergüenza. No tenía nada de que avergonzarse.

—Me hiciste sentir fatal —le dijo—. Destruiste años de mi vida en los que creí que no era digna de amor por ser como era.

A William se le dilataron las fosas nasales.

—Te lo merecías.

Calliope negó con la cabeza y detuvo a Preston, que casi se había lanzado sobre William desde su derecha.

—No, Preston —le dijo—. Yo me encargo de él. Me has tratado mal, William —continuó acercándose al caballo hasta que lo hizo retroceder con los ojos abiertos como platos—. Me has lastimado emocional y físicamente. Pero gracias a ti, me he casado con un hombre que me deseaba. Un hombre al que le pareció excitante que hubiera leído ese libro. Un hombre al que amo.

William se hundió tanto en la silla del caballo que Calliope se preguntó si podría encogerse más. Lo miró rápido. ¿Podría ser el que había ordenado que enviaran a Spencer a la guerra por la fuerza? Spencer lo había molido a golpes. ¿Sería que buscaba venganza? ¿Podría ser el hombre con el bastón de mármol de morsa?

Pero el bastón que llevaba al costado de la silla de montar era de caoba simple. Y no era lo suficientemente valiente como para actuar de manera tan audaz. Solo atacaba a aquellos que eran más débiles que él… Y ella ya no era esa muchacha joven.

No le interesaba enseñarle nada. Ni siquiera necesitaba tener una victoria sobre él. Lo único que le importaba era la sensación de libertad que había estado buscando desde el día en que William la había encontrado en la biblioteca. La sensación que había creído que Nathaniel le daría si confirmaba su amor al apoyar su sueño. Pero ahora sabía que solo ella era capaz de generar esa sensación.

La epifanía fue como un rayo de sol que le llegó al corazón. Y algo se expandió en su interior, como un globo de aire gigante que crecía sin cesar en su pecho y hacía lugar para más sentimientos maravillosos.

—Lárgate, William —le dijo mirándolo a los ojos oscuros y cobardes—. Y jamás te vuelvas a acercar a mí o a mi familia.

—Duquesa, aún tengo información…

—No me importa lo que le digas a nadie, William —declaró—. Mi marido sabe lo que has hecho. Es solo cuestión de tener una

conversación corta para contárselo a todos los que me quieren y me darán su apoyo. Contárselo a más gente solo te hará ver como un asqueroso sátiro que espía a niñas. ¿De verdad crees que aún tienes algo que te dé ventaja sobre mí?

—Puede que ahora seas fuerte, duquesa, pero el tiempo dirá si esa confianza acabará durando.

Mientras Calliope observaba el caballo que se alejaba por el sendero, sintió paz. Y supo que el hombre indicado la amaría por ser tal y como era. No tenía que demostrarle a Nathaniel el valor de su sueño ni nada más.

Un mareo la hizo tambalearse un poco, y al experimentar un nuevo ataque de náuseas, se llevó la mano a la boca, pero no logró contenerse y acabó dándose la vuelta para derramar el contenido del estómago sobre el sendero. Todos se reunieron alrededor de ella y le sostuvieron las manos, le frotaron la espalda, le preguntaron si se encontraba bien y le ofrecieron pañuelos.

Pero las únicas manos que quiso sentir calmándola no se encontraban allí. Se imaginó ir a visitar a Nathaniel para decirle lo horrible que se estaba sintiendo y lo mucho que deseaba tenerlo en su cama, abrazándola y susurrándole palabras dulces de aliento. Sabía que se le pasarían las náuseas.

Pero era él quien la había dejado. ¿Cómo podría ir a verlo y arriesgarse a que la lastimara de nuevo? No. Lo único que podía hacer era seguir adelante y esperar que algún día lograra hacer su temor a un lado.

Aunque una parte de ella dudaba que fuera lo mejor para el bebé, partiría en el viaje transatlántico. Se recordó que no sabía con certeza si estaba embarazada. Y, por más que lo estuviera, muchas mujeres habían hecho ese viaje en un sinfín de ocasiones y todo había salido bien. Llevaría dinero e iría preparada. Las náuseas se le pasarían pronto.

Estaba determinada a encontrar a Spencer.

35

El dolor era lo único que lo mantenía cuerdo.

Nathaniel había ido a Portside todas las noches desde que dejó a Calliope y se subía al cuadrilátero cada vez que podía. Ni el coñac le bastaba para apaciguar la paliza que le infligía su propio corazón.

¿Dónde estaría Calliope? ¿Qué estaría haciendo? ¿Se habría puesto uno de los vestidos amarillos que le hacían brillar la piel y el cabello? ¿Sentiría náuseas? ¿Estaría cansada? ¿Estaría comiendo bien? No pasaba un momento sin pensar en ella.

Ni siquiera la residencia de solteros en la calle Curzon, en Mayfair, lo ayudaba a olvidarla. Había pensado que estar solo y no conocer todos los movimientos arriesgados de Calliope lo ayudarían a volver a sentirse liviano y divertido, como lo había hecho en algunas ocasiones en el transcurso de los últimos diez años. Por el contrario, ver a los hombres ebrios que entraban y salían riendo y, a veces, acompañados con damas de reputación cuestionable en los brazos, lo había hecho echar de menos las cosas que jamás se imaginó que le darían felicidad.

Echaba de menos a su esposa, a sus hermanas y a sus perros. Hasta echaba de menos a ese peludo monstruo blanco al que llamaban señorita Furrington y al que le encantaba envolver el cuerpo cálido alrededor de sus pies durante la noche mientras dormía al lado de Calliope.

Se preguntaba qué plan tenían Calliope y sus hermanos para encontrar a Spencer y llevarlo de regreso a casa. Sin dudas, para

esas alturas ya habían trazado algo.

Seguía teniendo miedo de que pudiera haber alguien siguiendo a Calliope y a sus hermanas u observando la casa. Como no podía contenerse, como un ladrón que acecha en las sombras, se había parado detrás de un árbol a menudo para observar su propia casa… lo que era demencial. La ironía de pensar en esa palabra lo hizo retorcerse. Pero jamás había visto a nadie observando la casa.

Eso le calmó las preocupaciones y le hizo sentir algo de felicidad, a pesar de que ver la silueta de su esposa detrás de las cortinas por la noche hacía que le dolieran los brazos del deseo de tocarla y de sentir su piel cálida bajo las palmas. Se encontraba tan cerca y, a la vez, tan distante. Solo debía subir las escaleras y entrar en la casa para encontrarla.

La amaba. Era un tonto. La amaba tanto que se sentía enfermo sin ella. Se despertaba todas las mañanas en una cama angosta con la mano apoyada en el sitio donde debía estar ella y solo encontraba el espacio vacío.

En el Ministerio de Marina, había indagado acerca de la Concord y le había escrito una carta a Calliope. Había considerado la opción de entregársela en persona, pero de pensar en enfrentarla…

Sin dudas, su esposa lo detestaba. La había ofendido al faltarle el respeto a su sueño. La había secuestrado y la había dejado abandonada lejos de su hogar. Había tenido la intención de mantenerla alejada de lo que más amaba. No porque quisiera cambiarla, sino porque la amaba y temía perderla.

Quería estar cerca de ella y del bebé que llevaba en el vientre. Quería verla engordar, acariciarse el vientre grande y redondeado y oír cada detalle de cómo se sentía.

No dejó de ir al Ministerio de Marina. El día posterior a la ruptura, habían encontrado muerto al almirante, víctima de lo que asumieron había sido un accidente cuando el candelabro se cayó mientras se encontraba en el puerto. Nathaniel se había preguntado acerca del otro hombre que había muerto ensartado en el hierro del candelabro y acerca del que recibió el disparo de Calliope. ¿Acaso alguien habría movido el cuerpo? Nathaniel estaba seguro de que no se había

tratado de oficiales de la fuerza naval; tenían aspecto de rufianes vestidos con uniforme y hablaban como tales.

Nunca llegó a sospechar que su amigo cercano estuviera detrás de todo eso: de los ataques a su esposa, de intentar secuestrar a sus hermanas, de tomarlo de rehén y de amenazar con matarlo. Ese era el hombre al que Nathaniel había considerado un amigo leal. Gracias a él, aún tenía un techo sobre la cabeza de su familia.

La pena de perder a Langden como amigo de confianza y luego a manos de la muerte lo llevó a cuestionarlo todo. Aunque desempeñaba su trabajo en el Ministerio de Marina como si nada hubiera cambiado, Nathaniel mantenía los ojos y los oídos abiertos. ¿Quién era el hombre con el bastón de mármol de morsa? ¿Qué tenía en contra de Spencer? El almirante había estado al tanto de que Calliope estaba investigando, pero ¿lo sabría también ese hombre tan poderoso? ¿Y seguiría estando en peligro?

Pasó una semana y luego otra. Pero no oyó nada sospechoso. Nadie se le acercó, ni a él, ni a su esposa ni tampoco a sus hermanas. Todo estaba tranquilo.

Se fue estableciendo una nueva rutina. Trabajaba en el Ministerio de Marina durante el día, luego comía en Portside y dejaba que lo molieran a golpes en el cuadrilátero.

Por la mañana del día diecisiete, oyó un llamado a la puerta de su recámara. La habitación era la tradicional vivienda de soltero de Mayfair y tenía ventanas altas y angostas que permitían el ingreso de la luz matutina que alumbraba el pulido parqué de caoba. Los muebles eran prácticos y escasos: una cama con un dosel, un pequeño escritorio ubicado de manera que recibiera la mejor luz del día y una desgastada silla de cuero cerca del hogar. Las paredes estaban cubiertas de un empapelado tenue y un único cuadro con una escena de caza las decoraba. Era un sitio para descansar, pero no para vivir.

Nathaniel apenas podía mover un dedo sin sentir dolor en la piel. Tenía magullones púrpuras, rojos y amarillos que le cubrían el torso como un cuadro. Hacía cinco días apenas podía abrir un ojo; ahora llevaba una marca negra. Además, tenía un labio hinchado, los nudillos abiertos y una cresta oscura encima de las heridas.

Tomó una bocanada de aire mientras se acomodaba la camisa y los pantalones y luego abrió la puerta. Al principio, no reconoció a su hermana. Era una joven hermosa, vestida como una duquesa, con los rizos perfectos y un bonete turquesa que le enmarcaba el rostro.

—Hermano… —jadeó.

—Hazel. —Miró al pasillo a sus espaldas—. ¿Estás sola?

—Sí.

Soltó una maldición por lo bajo y la tomó de los brazos para meterla en la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas. Eso le recordaba a otra mujer que había ido a buscarlo a un edificio lleno de hombres sin chaperona.

—¿Qué estabas pensando al venir a una residencia de solteros a solas? —le preguntó.

Hazel miró alrededor asimilando los escasos muebles de la habitación con curiosidad y algo de pena en los ojos.

—¿Qué estabas pensando tú? —le preguntó—. Ya no eres soltero. Tienes una esposa.

—Es lo mismo que no la tenga. —Tragó con dificultad e hizo una mueca de dolor al ponerse el chaleco, que le rozó un punto sensible en las costillas. Le arrojó una mirada a Hazel, que quería que le dijera algo acerca de Calliope. Como no le dijo nada, le preguntó—: ¿Cómo está Violet?

—Está bien, le han quitado los puntos.

Nathaniel asintió. Eran buenas noticias.

—¿Y Poppy? ¿Y… Calliope?

Los ojos de Hazel eran tan afilados como dos trozos de hielo que lo atravesaban.

—Todas están bien.

Había una nota extraña en el tono de su respuesta, y a Nathaniel se le despertó una alarma en el vientre.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Es que Calliope… está bien, en serio…

Se aferró al respaldo de la única silla que había en la sala.

—¿Pero?

Hazel soltó un suspiro.

—Excepto que no parece dejar de vomitar, hermano.

Se quedó quieto.

—Oh.

—Está pálida y débil, y lo único que parece tolerar es el pan y la sal.

—¿Llamaste a un médico?

—No, se niega.

Se sentó en la silla sintiendo las rodillas demasiado débiles como para sostener el peso del cuerpo. Eso podría ser una señal de embarazo…, ¿no? Y si estaba embarazada…

Sintió una ola de arrepentimiento. Quería estar allí para ella, ir a buscar al médico en persona a pesar de las protestas, llevarle agua, sostenerle el cabello si tenía que vomitar y cuidarla.

—¿Y no está saliendo o intentando encontrar a su hermano? ¿No está investigando más?

Hazel negó con la cabeza.

—Aunque quisiera hacerlo, no podría. Está demasiado enferma.

Nathaniel asintió con la cabeza y luchó contra el impulso de incorporarse de un salto y salir corriendo por la puerta para ir a ayudar a su esposa.

—¿Por qué te estás escondiendo aquí? —le preguntó Hazel.

Estaba tan cansado que enterró el rostro entre las manos y se clavó los dedos en el cabello. Estaba cansado de luchar contra su amor por Calliope, cansado de imaginarse todo lo que podría salir mal y todas las cosas que podrían arrebatársela de su lado. Estaba cansado de mantenerse alejado de ella cuando su cuerpo, su corazón y su alma anhelaban estar a su lado.

—No soporto verla en peligro, Hazel —le dijo sintiendo como si tuviera la garganta llena de gravilla—. Parece que no soy capaz de mantener a salvo a las personas que quiero. He intentado hacer lo que me pareció mejor para asegurarme de que estuviera a salvo, pero solo acabé lastimándola. No se merece que la traten como la traté. Es mejor hacerme a un lado de la situación.

Hazel se sentó en el borde de la cama.

—Hermano, ¿sientes eso porque no pudiste salvar a nuestra madre?

Se volvió a mirarla con tanta rapidez que le tiró el cuello.

—¿Cómo lo sabes?

Hazel apretó los labios y clavó la mirada en las manos.

—Lo recuerdo todo.

Nathaniel se puso pálido.

—¿Cómo has dicho?

—Lo recuerdo. Durante muchos años creí que solo había sido un mal sueño.

Se le nublaron los ojos de las lágrimas, pero se las secó de inmediato.

—Oh, Hazel. Creí que eras demasiado joven como para recordarlo.

—Mis recuerdos están algo confusos y son extraños. Estaba sola en el carruaje con las gemelas. Estaba oscuro. Y cuando miré por la ventana… te vi luchando contra los asaltantes de caminos como el héroe de una novela. Pero estabas solo. No había nadie más luchando a tu lado. Y nuestra madre te protegió.

Nathaniel soltó un profundo suspiro. No podía negarlo. No podía decirle que se lo había imaginado todo. Eso sería una mentira. Lo único que podía hacer era admitir la verdad.

—Lamento que lo recuerdes —le dijo.

Su hermana soltó un suspiro.

—Es lo único que recuerdo de nuestra madre. Prefiero tener ese recuerdo que no recordarla en absoluto, como las gemelas.

Nathaniel avanzó hasta la cama y se sentó al lado de Hazel para tomarle las pequeñas manos frías entre las suyas. Se las apretó para que entraran en calor.

—Tienes razón, tesoro. Fue una madre maravillosa y te quería mucho.

Hazel lo miró a los ojos.

—A ti también te quería mucho. Por eso se interpuso entre tú y la bala. Porque quería que vivieras y fueras feliz. Fue un regalo maravilloso, hermano. Un regalo que estás desperdiciando al pasar cada instante torturándote cuando tienes una esposa y un bebé en camino.

Nathaniel tragó con dificultad. Las palabras de su hermana eran similares a las de Calliope, pero como en ese momento había estado

enfadado y aterrado, no las había creído. Y ahora que había tomado cierta distancia de los eventos que habían ocurrido esa noche en el depósito, podía ver que Calliope y Hazel tenían razón. Un regalo… su madre le había dado el regalo de la vida, y él lo estaba desperdiciando.

Hazel apoyó la mano sobre el brazo de Nathaniel y sintió los dedos suaves y cálidos. Miró sus profundos ojos sin parpadear.

—Gracias, Nathaniel, por todo lo que has hecho por nosotras, por todas las noches que te quedaste despierto, preocupándote y planificando, por intentar mantenernos alejadas de cualquier peligro… Por todas las veces que fuiste a boxear y por todas las cosas que has hecho y estoy segura de que no nos cuentas.

Se detuvo, y las palabras se le hundieron en el interior, como si fuera una esponja absorbiendo agua. Jamás esperó que sus hermanas reparan en nada de lo que hacía por ellas ni que sintieran gratitud. Lo hacía porque no podía no hacerlo. Pero el hecho de que Hazel lo hubiera mencionado le hizo sentir algo cálido en el interior, como un brasero en una noche de invierno. Pero también era algo más que lo preocupaba. Su hermana había crecido. Y, quizás, como la duquesa viuda de Grandhampton había señalado hasta el hartazgo, era el momento indicado para que debutara en la sociedad.

Su hermana madura le sonrió y continuó:

—Pero, bueno, la vida es impredecible y efímera. La seguridad es como una cortina de humo. No significa nada. Lo aprendí cuando vi morir a nuestra madre. Y luego, cuando perdimos a papá, y junto con él, todas las comodidades, el dinero y los privilegios… Y de nuevo hace poco, cuando regresamos de esa velada y esos hombres habían invadido nuestra casa e intentaban secuestrar y lastimar a nuestras hermanas…

A Nathaniel le costaba creerlo. Su querida Hazel, a quien había considerado una muñeca de porcelana, le estaba hablando de la muerte y la imprevisibilidad de la vida… Se dejó caer y apoyó los codos sobre los muslos sin apartar la mirada de su sabia hermana. A Hazel le brillaban los ojos de lágrimas mientras lo miraba con una suerte de sonrisa.

—Nos la pasamos persiguiendo la luz, la seguridad, creyendo que es la única manera de mantener a la oscuridad a raya. Siempre nos adelantamos, pero siempre se las ingenia para eludirnos, ¿no? Es algo que en realidad no existe, al menos no en el sentido absoluto que tú deseas. —Tomó una profunda bocanada de aire y continuó—: Todos tenemos un tiempo limitado en esta tierra. En lugar de vivir con miedo constante, deberíamos aprovechar cada momento. Amar profundamente, ayudar al prójimo y seguir nuestras pasiones. Al final del día, la calidad de los días importa más que la cantidad.

Nathaniel parpadeó absorbiendo la sabiduría que acababa de impartirle su hermana menor. Sentía como si le quitaran un peso de los hombros y lo reemplazaran con una nueva comprensión de lo que de verdad importaba.

—Por todos los cielos, Hazel —murmuró—. Solo tienes diecisiete años. ¿Cómo te has vuelto tan sabia y tan… sombría?

Hazel se rio con suavidad y estiró la mano para apretarle la suya. Tras soltarlo, repuso:

—¿Ves? No hace falta que te preocupes acerca de mi casamiento, hermano. No me imagino que nadie quiera casarse conmigo.

Oh, Nathaniel lo dudaba mucho. Cualquier hombre sería muy afortunado de respirar el mismo aire que su hermana.

—¿Qué es lo que en verdad quieres, hermano? —le preguntó.

Nathaniel se apoyó sobre los codos. Quería que el dolor que sentía en el cuerpo cesara. Y que, al hacerlo, el dolor que llevaba en el alma dejara de torturarlo. Que se acabara el continuo bombardeo de preguntas que tenía en la mente.

—Paz… —soltó. La paz mental sería lo único que necesitaría en mucho tiempo. Quizás sería lo único que necesitara. Quizás la sociedad lo había considerado un libertino lleno de confianza, pero nadie sabía la constante preocupación e inquietud que yacían en lo profundo detrás de ese exterior duro.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste paz absoluta? —le preguntó Hazel a continuación.

Consideró la pregunta unos instantes antes de descifrar la respuesta: la noche estrellada que había pasado en la terraza del techo rodeado de lirios iluminados con lámparas. La noche en que la

mujer más hermosa del mundo se entregó a él. Su esposa. Quizás esa había sido la noche en que habían concebido un bebé.

—Con Calliope —le respondió con la voz ronca.

Una sensación de paz tranquila y fresca lo envolvió como una hermosa manta. Había sentido paz con Calliope, al igual que había sentido paz con su madre cuando se retiraban a la terraza para ocultarse de su padre.

Al igual que su madre, había intentado hacer lo imposible y asegurarse de que sus seres queridos jamás quedaran expuestos a ningún peligro. Pero eso era imposible. Simplemente no estaba en su poder asegurarse de la seguridad de nadie.

—Calliope se encuentra bien, hermano —le dijo Hazel—. Bueno… dejando de lado los vómitos. Estoy segura de que puedes volver a encontrar la paz con ella. Pero antes debes encontrar la paz tú mismo.

Tras esa conversación, Nathaniel la acompañó de regreso a Roxburgh Square y la observó entrar en la seguridad de la casa.

Pasó la semana siguiente con la misma rutina, pero dejó de acudir a las peleas de boxeo. Ya no tenía la necesidad de que lo golpearan para sentir menos dolor. Ya no sentía demasiado dolor. Seguía pensando en Calliope, pero no era la fuente del sufrimiento, sino de la felicidad.

La noche que habían compartido bajo las estrellas, rodeados de lirios, quizás había sido el mejor día de su vida… luego del día en que se casó con Calliope, por supuesto… o la noche en que la conoció en el baile real de la fuerza naval. Era difícil escoger.

Pero mientras pasaban los días y los magullones sanaban, no dejó de pensar en las palabras de Hazel y sus propios pensamientos. La seguridad era una ilusión. Una mentira. Él no era Dios y jamás podría proteger por completo a sus hermanas o a su esposa… ni tampoco a sus futuros hijos. Pero lo que podía hacer era amarlos y hacer lo mejor para ayudarlos.

Ese pensamiento lo llenó de una paz profunda y poderosa que se sintió como si hubiera perforado la corteza de la tierra y se hubiera expandido por todo el planeta. Se permitió sentir esa profunda calma todo el tiempo que le fue necesario.

¿Cómo sería vivir para siempre con esa sensación? ¿Y sentir que podía confiar en que su esposa podría protegerse y tomar las mejores decisiones? ¿Soltar todas las preocupaciones y dejarla ser la persona que era y que tanto amaba? Una mujer feroz, independiente, inteligente y hermosa. Alguien a quien no podía evitar admirar. Alguien a quien podía apoyar, amar y ver brillar más allá de sus sueños más descabellados. Alguien de quien podía sentirse muy orgulloso mientras la observaba con adoración pura. Alguien que era una bendición para él y lo hacía sentir liviano, pleno y cálido.

¿Cómo se sentiría ser el tipo de hombre que tenía paz mental que provenía de ese amor que sentía por ella y de la confianza que depositaba en ella? A lo mejor no era algo racional, pero lo podía sentir igual que al latido de su propio corazón. Porque su amor por Calliope era más grande que cualquier temor.

El amor de su madre hacia él había sido más grande que su temor a la muerte. Lo había bendecido durante todos esos años, y él ni siquiera lo había notado. A lo mejor ella le había llevado a Calliope a su vida y le había dado el mayor tesoro que podría existir.

Nathaniel tomó el abrigo sintiéndose extraño y casi tan etéreo como el amor y la paz que le circulaban por la sangre y se despidió de la habitación que esperaba no volver a ver nunca más:

—Es hora de regresar a casa.

36

Nathaniel entró en Roxburgh y no vio a nadie. Le pareció extraño considerando que le había ordenado a Joshua que se asegurara de que al menos hubiera un lacayo que vigilara la puerta en todo momento.

No oyó las voces de las gemelas mientras avanzaba por el pasillo, que ahora se veía hermoso. Había un jarrón lleno de lirios amarillos que creaba un encantador contraste con la pintura de color azul marino de las paredes empapeladas. El contraste era igual al de su uniforme y el vestido dorado de Calliope.

Con una sensación de inquietud que auguraba que algo iba muy mal, avanzó por el pasillo a grandes zancadas y se dirigió hacia las escaleras. Subió los escalones de a dos hasta que por fin llegó a la planta donde estaban las habitaciones y abrió la puerta de Calliope.

La habitación estaba vacía, pero a sus espaldas sonaron unos pasos y se dio media vuelta.

—Hermano. —Violet le sonrió.

El corazón se le hizo añicos al ver la cicatriz roja que tenía en el antebrazo. La abrazó con fuerza, deseando con cada parte de su ser poder protegerla de cualquier daño.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó en un murmullo contra la cabeza.

—Todavía me duele —le respondió—, pero me siento bien. Es una buena excusa para no tener que ponerme vestidos sofisticados.

Nathaniel se apartó y la observó a un brazo de distancia.

—¿De qué hablas?

Su hermana se rio con un dejo de tristeza en los ojos.

—Bueno, no tengo que ponerme esos vestidos de manga corta que están tan de moda. Por ende, me tildarán de mujer pasada de moda y no me invitarán a ciertos eventos sociales o bailes y tampoco recibiré visitas de caballeros.

Nathaniel parpadeó. No estaba listo para pensar en la posibilidad de caballeros solteros visitando a ninguna de sus hermanas.

—Cualquier joven sería afortunado de visitarte, tesoro —le aseguró—. Eres hermosa, inteligente y amable, y soy muy afortunado de que seas mi hermana. Lamento mucho no haber podido protegerte y escudarte de esto.

—Sí que me protegiste —le dijo con suavidad—. Además, nunca tuve deseos de casarme. Mi futuro está en el mundo de los intelectuales.

—Y tendrás mi apoyo en lo que decidas hacer —le aseguró apretándole la mano pequeña y cálida. Luego se volvió hacia la habitación de Calliope.

—Está en el puerto —le informó.

El estómago le dio vuelco.

—¿Dónde?

—En el puerto. A punto de abordar un barco con destino a las Américas.

A Nathaniel se le hundió el corazón. Calliope se estaba marchando… y no solo ella, sino también su hijo. A bordo de ese barco, de seguro experimentaría náuseas, el peligro de los avances masculinos y la realidad de dirigirse hacia un campo de batalla.

Pero la amaba. Y ahora entendía que, si amaba a alguien, tenía que dejarla escoger su propio camino. El peligro era real, pero no podía controlar lo que fuera a pasar. Y, al intentarlo, había acabado alienando a todos sus seres queridos y manteniéndolos distanciados.

Nadie sabía qué podía ocurrir en el futuro. Pero con el tiempo que le quedaba con sus seres queridos, escogía apoyarlos y ayudarlos a seguir sus sueños en lugar de impedírselos. Aunque eso significara perderlos. O perder a Calliope.

No intentaría detenerla de ir a América. En lugar de ello, iría con ella para apoyarla. No para controlarla ni para limitarla, sino para ayudarla y ser testigo de su genialidad.

A Nathaniel se le aceleró la mente mientras hacía planes. Tenía que enviar una carta al Ministerio de Marina. Estaba seguro de que su rango significaría algo a bordo del barco y en Quebec también.

—Me tengo que ir, tesoro —le dijo—. Tengo que ir con ella.

A Violet se le agrandaron los ojos, pero asintió con la cabeza.

—Buena suerte, hermano —le susurró—. ¡Qué Dios te acompañe!

Treinta minutos más tarde, se encontraba en el puerto abriéndose paso entre los trabajadores, los pasajeros y las prostitutas para llegar hasta el barco que estaba abordando.

El puerto de Londres era una colmena llena de energía, incluso bajo el caluroso sol de agosto. El calor creaba una especie de espejismo sobre los adoquines desgastados y nublaba las siluetas de los barcos grandes y pequeños que se mecían en el Támesis. En el aire pendían los aromas salados del mar, el almizcle de los cuerpos de los trabajadores, los barriles de pescado y las cuerdas de las embarcaciones. Mientras los hombres cargaban cajas sobre carretas, el sudor les permeaba las frentes y les oscurecía las camisetas. Unas gaviotas soltaban graznidos por encima de sus cabezas y se lanzaban al suelo en busca de restos de comida que dejaban los vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus mercaderías. Las voces resonaban por encima del constante ruido de la actividad.

Varios niños corrían por entre la multitud y jugaban a perseguirse, mientras que algunos carteristas se aprovechaban de los viajeros descuidados. Varias mujeres llevaban unos chales coloridos y ofrecían bienes o servicios, y se oían por todos lados las conversaciones que involucraban regateos.

De repente, reparó en Calliope y sintió que podría haber muerto en ese momento y hubiera sabido que su vida había valido la pena y solo tendría un único arrepentimiento: haber pasado varios días alejado de ella. Los ojos celestes de su esposa eran como dos océanos intensos y hermosos y lo dejaron sin aliento. Se encontraba de pie erguida, pero algo iba mal. Se veía más delgada de lo que recordaba, y tenía las manos apretadas contra el vientre. No llevaba

los hombros encuadrados como de costumbre ni la espalda derecha. Además, le costaba respirar. De pronto se tambaleó. Las rodillas le cedieron y comenzó a desplomarse contra el suelo.

Nathaniel sintió que el corazón le pesaba como un peñasco. Se lanzó hacia adelante y logró atraparla antes de que se golpeara la cabeza contra los adoquines. Con todo su ser gritando de terror por dentro, observó el rostro pálido, los ojos cerrados y el cuerpo inerte.

Calliope estaba en el cielo… o en un sueño. Estaba segura de que los brazos fuertes que la sostenían eran los de Nathaniel. Además, podía olerlo; hubiera reconocido su aroma en cualquier sitio.

Cuando abrió los ojos, se encontraba tan débil que no tuvo fuerza ni para mover un dedo. Pero lo vio, con esos ojos turquesas tan luminosos contra el cegador cielo celeste de verano.

—Te amo, Calliope —murmuraba con los ojos llenos de lágrimas—. Te eché mucho de menos. Extrañé abrazarte, sentirte y tenerte contra mi cuerpo.

Le ofreció esa sonrisa… la que reservaba solo para ella, la que nunca iba dirigida ni a sus hermanas, ni a los perros, ni a sus amigos. Solo para ella.

—¿Me acabas de decir que me amas? —le preguntó.

—Sí —le respondió con la voz ronca—. Te lo debería haber dicho en cuanto lo sentí en el corazón. Te amo, Calliope.

Entonces la besó. Fue un beso suave, un roce de los labios que la hizo derretir. Y Calliope lo supo con total certeza: no necesitaba viajar a América para huir del dolor y la vulnerabilidad. Se encontraba débil, sin poder moverse y dependiendo de él por completo, pero no quería huir, ni luchar contra eso o cerrarse a él. Por el contrario, quería deshacerse en sus brazos y dejar que la abrazara. Había algo extrañamente liberador y reconfortante en saber que, si se caía, él estaría allí para atraparla. Por eso fue tan fácil decir la verdad que había llevado en el corazón durante un largo tiempo.

—Te amo, Nathaniel —le susurró contra los labios.

—Nunca quiero cambiar quién eres. —Se apartó unos centímetros para mirarla—. Eres feroz y valiente. Inteligente y resiliente. Hermosa y… tan independiente que no me necesitas para nada.

Calliope soltó un bufido.

—Pero claro que te necesito. —Se rio mientras se miraba el cuerpo que seguía en sus brazos—. ¿No es evidente?

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Nathaniel.

—Ahora estoy mejor. —Le ofreció una sonrisa—. Creo que sentía demasiada confianza. Quizás haga demasiado calor para que una mujer embarazada esté afuera y embarque hoy. Creí que se me pasarían las náuseas y podría comer y beber normal pronto, pero supongo que me equivoqué. Mi cuerpo me está pidiendo que baje el ritmo… por el bebé que espero.

La sonrisa que le floreció en el rostro al oírla le derritió el corazón y le hizo sentir unas burbujas de entusiasmo en el estómago… y olvidar las náuseas.

—El bebé que esperas… —repitió en un murmullo—. ¿Estás segura?

—No —repuso sin poder contener una sonrisa—, pero todas las señales están a la vista.

—Disculpa por haber tildado a tu sueño de demencia —le dijo—. No creo que seas ninguna demente. Te apoyaré sin importar lo que quieras hacer, amor. Aunque me preocupe a cada minuto de cada día mientras te dedicas a investigar. Y confiaré en que puedas protegerte y sepas usar tu intuición. Y en que superes en inteligencia a cualquier oponente como te he visto hacer. Confío en ti.

Esas palabras tuvieron un efecto cálido y efervescente en su pecho.

—Quiero regresar a tu lado —continuó—. Para amarte. Para amar a nuestro bebé. Para ayudarte a abrir tu agencia de investigaciones cuando llegue el momento de hacerlo. Para ser el primero en decirte lo orgulloso que estoy de ti. Lo suficientemente orgulloso como para ser tu marido, tu amado y para estar en tu vida.

Unas lágrimas se le asomaron a los ojos y lo besó con tanto vigor que casi choca los dientes contra los de él.

—Sí — le susurró contra los labios—. Regresa a mi lado… Te amo tanto…

—Te he anhelado durante muchas semanas, amor —le murmuró entre besos suaves y constantes.

—Tenemos que irnos, Nathaniel.

Su marido frunció el ceño.

—Creí que no te querías marchar.

—No, pero me quiero despedir de Richard, que va a partir en busca de Spencer.

Nathaniel le sonrió.

—Claro. ¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

La levantó y la colocó sobre el suelo sosteniéndola unos segundos para asegurarse de que estuviera bien.

—Muy bien. Vamos a despedirnos de Richard. Y luego te llevaré a casa y te consentiré hasta el hartazgo.

Calliope caminó al lado de Nathaniel entre la muchedumbre. Se sentía mucho mejor, aunque todavía sentía un mareo en la cabeza y tenía las piernas débiles. Aunque una parte de ella se sentía triste de no poder ayudar a Richard y participar activamente en la búsqueda de Spencer, en el fondo se sentía bien y completa.

Sentía como si acabara de desprenderse de la última capa de su viejo ser, de esa barrera innecesaria e indeseada que le había protegido el corazón. Ahora era otra persona. La persona que quizás siempre debió de haber sido. Una mujer fuerte y vulnerable a la vez. Independiente y, al mismo tiempo, dependiente de su compañero. Era parte de un todo. Un todo que ahora se dividía en tres partes.

El HMS Ares, la fragata de clase Apolo de treinta y seis cañones, se mecía suavemente en el agua al final del embarcadero que sobresalía varios metros sobre el Támesis. En el medio del río, Calliope vio otra fragata de la fuerza naval con la bandera del Reino Unido ondulando en el viento; los colores rojos, blancos y azules se veían intensos contra el cielo despejado. Los rayos del sol capturaron el brillo de los cañones pulidos de la embarcación y dejaron entrever

no solo su poder, sino también el gran alcance del imperio. Una gabarra con el mismo emblema avanzaba entre las olas hacia la costa.

Había tantas personas en el muelle, que Calliope sujetó la mano de Nathaniel para asegurarse de no separarse de él. En algún punto de la multitud, se encontraba Richard junto con Preston y, sin lugar a dudas, sus esposas.

Avanzaron entre la multitud y se acercaron al barco. Calliope apretó la mano de Nathaniel al ver la espalda erguida de su abuela, los hombros encuadrados de Preston, el cabello rubio de Penelope y los rizos oscuros de Jane que brillaban bajo el sol intenso. Ahora que se encontraban aún más cerca, el hedor a excremento y vísceras del río era casi insoportable.

—Aquí están. —Soltó un profundo suspiro y deseó no haber vuelto a inhalar aire. Le regresaron las náuseas y tuvo que hacer un fuerte intento de tragárselas.

Llegó a su familia y le tocó el hombro a Richard, que se volvió al mismo tiempo que Preston y la abuela. Todos la miraron.

—Oh, hermana. —Richard le sonrió—. Has venido a despedirte, gracias. No creí que fueras a llegar a tiempo.

Acto seguido, miró a Nathaniel e intercambió un gesto de asentimiento, como si fuera una suerte de entendimiento secreto entre hombres.

—Sí, querido hermano —le dijo Calliope—. Y te deseo la mejor suerte. Trae a Spencer de regreso a casa.

Richard asintió con la cabeza y les sonrió a Calliope y a Nathaniel.

—¿Algún consejo, Kelford? —le preguntó—. Como oficial de la fuerza naval…

Mientras Nathaniel hablaba, Calliope volvió a inhalar el aire asqueroso y se maravilló ante la nueva sensación de que todo estaba bien en su interior por primera vez desde que era pequeña. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a eso, pero no veía la hora de hacerlo.

Por el rabillo del ojo, vio la sombra de la gabarra llena de marineros y oficiales con uniformes de la fuerza naval que por fin

llegaban al embarcadero. La mayoría de los oficiales iban heridos, y varios otros los ayudaban a bajarse del bote.

Una de las siluetas que se incorporó y se bajó de la gabarra era más alta y tenía unos hombros más anchos que los de sus compañeros. Desde antes de volverse a mirarlo, supo que había algo familiar en el hombre… y por eso giró la cabeza en esa dirección.

A unos seis metros de distancia, comenzó a andar hacia ellos con el uniforme de la fuerza naval y el cabello oscuro amarrado en la nuca, como Nathaniel. Los rasgos afilados y entallados del rostro le eran familiares… eran los de alguien a quien había conocido durante toda su vida.

El estómago le dio un vuelco y los ojos se le llenaron de lágrimas con cada paso que daba hacia ellos. La multitud a su alrededor se acalló, y lo único que pudo oír fue el latido fuerte de su corazón.

—¿Ese es…? —comenzó Richard.

—¿Spencer? —terminó Preston.

La abuela se envolvió en sus brazos y se apretó un pañuelo contra la boca.

—Mis sales —pidió—, necesito mis sales.

Mientras Jane buscaba en el ridículo de la abuela las sales, Calliope, Preston y Richard salieron al encuentro de su hermano.

—¡Spencer! —exclamó Calliope con el pecho lleno de dolor y los ojos, de lágrimas—. ¡Oh, por Dios, es Spencer!

Los ojos oscuros de su hermano se agrandaron mientras buscaba la fuente de la voz que lo llamaba y por fin se posaron en ella. Calliope no logró ver la expresión en su rostro ni ningún detalle en él: si tenía alguna cicatriz, si se veía dolorido, si se encontraba bien… Lo único que sabía era que estaba allí.

Empujando a todos a su alrededor, echó a correr hacia él y, cuando lo alcanzó, se enterró en su abrazo duro, en el escudo de los brazos de su hermano mayor al que había querido desde pequeña.

—Spencer… —susurró mientras alzaba la mirada a su rostro y se secaba las lágrimas. Por fin lo pudo ver en todo detalle: tenía cicatrices, nuevas arrugas, una barba de varios días y olía a mar, a sal y a barco.

Sus hermanos habían llegado hasta ellos, y tanto Calliope como Spencer quedaron envueltos en el fuerte abrazo de la familia unida que siempre habían sido.

Preston y Richard le dieron palmadas en la espalda y los hombros a Spencer y le estrecharon la mano. Calliope se preguntó qué pensaría Preston ahora que Spencer, que había amado a Penelope, había regresado. ¿Y qué pensaría Penelope?

Y, al mirarlo a los ojos, supo que ese ya no era el hermano que había conocido. Vio dureza, tristeza y dolor en su mirada. Era un Spencer diferente, e iba a tener que volver a conocerlo de nuevo. Y él iba a necesitar tiempo para abrirse a ella.

Pero, por el momento, se encontraba a salvo. Estaba vivo. Estaba de regreso en casa. Aunque el misterio del hombre que había ordenado que lo reclutaran a la fuerza siguiera sin resolverse. ¿Sería que Spencer tendría alguna idea de quién había sido el responsable? ¿Seguiría estando en peligro? ¿Habría estado más a salvo luchando en la guerra de lo que lo estaría caminando por las calles de Londres?

Calliope alzó la mirada hacia él.

—¡Tienes que contarme todo!

—Por supuesto —murmuró.

Pero no la estaba mirando a ella. Tenía la mirada llena de sorpresa, dolor y esperanza clavada en Penelope.

EPÍLOGO

Once meses después...

—¡Feliz cumpleaños, Nathaniel! —exclamó Calliope mirándolo con mucho amor.

Estaban de pie delante de Roxburgh Place. Acababa de cumplir los treinta años, y tenía el corazón rebosante de alegría y amor… y no solo porque su familia por fin había recuperado la herencia que le pertenecía por derecho y sus hermanas tenían unas dotes adecuadas, ni tampoco porque se había convertido en el hombre más rico de toda Inglaterra, sino porque las dos personas que constituían la mayor fuente de felicidad en toda su vida se encontraban a su lado: su hermosa e inteligente esposa sostenía a su hijo de dos meses, Ethan. El pequeño bulto dejaba entrever el rostro que asomaba entre los pliegues de tela blanca y borboteaba unos sonidos suaves y enternecedores. Con los grandes ojos celestes miraba a Nathaniel y hacía que se le derritiera el corazón de inmenso júbilo.

—Gracias —repuso observando cómo la brisa suave jugaba con el cabello caoba de Calliope—. Qué diferencia desde el año pasado. Y no solo por la herencia, sino principalmente porque eres mi esposa y porque me has dado a Ethan.

Calliope le ofreció una intensa sonrisa.

—Hace exactamente un año, me encontraste en tu oficina.

—Y ese solo fue el comienzo —murmuró.

—Por favor, dame a mi sobrino —le pidió Hazel, que estiró los brazos hacia Ethan. Tenía un aspecto majestuoso y absolutamente hermoso, con el vestido a la última moda y el cabello arreglado en un tocado perfecto que le había hecho su criada personal—. Lo van a sofocar en sus brazos. Ya los conozco a ustedes.

Calliope se rio y le entregó el bebé, al tiempo que a la joven se le derretían los ojos cálidos antes de arrullarlo.

—¡Después me toca a mí! —exclamó Violet, que sostenía a la señorita Furrington sobre un cojín de terciopelo rojo en las manos—. En cuanto deje a la señorita Furrington en su silla favorita.

—La han traído a Roxburgh, ¿no? —preguntó Poppy, que apenas tenía control de las tres correas de los perros, que estaban entusiasmados—. La señorita Furrington se acostumbró a esa silla en los últimos diez meses que vivimos en Grandhampton Court.

—Sí, querida —le respondió Calliope—. Ya llegó todo el equipaje. ¡Por fin podremos ver nuestro hogar en toda su gloria!

Luego de que Nathaniel y Calliope se reconciliaran en agosto del año anterior, a su esposo dejó de importarle el dinero de quién gastara. Como lo único que quería era darles el mejor hogar posible a su esposa y sus hermanas, aceptó renovar Roxburgh del suelo al cielorraso. La tarea había llevado casi un año, y la familia se había mudado a Grandhampton Court durante el proceso, para que Calliope tuviera todo el aire fresco y la tranquilidad que necesitaba durante su embarazo, y para que Violet se recuperara en paz. La abuela se había mudado con ellos para ayudar a Calliope y para seguir enseñándoles a las chicas modales y el modo de navegar por la esfera social de la alta sociedad londinense. Las jóvenes adoraban a la abuela.

—Bueno, entremos ya de una vez —propuso Nathaniel.

Pasaron por la gran puerta de hierro forjado, que se abría hacia la entrada de carruajes que, con su gran majestuosidad, podría albergar varios vehículos como la propiedad de la mismísima realeza. Los grandes muros de ladrillo de la propiedad habían sido lavados y barnizados y eran los guardianes fieles de la casa.

La gravilla recién colocada crujía bajo sus pies mientras caminaban y estaba arreglada a la perfección. No se veía ni una sola maleza en la superficie. Alrededor de la propiedad, lo que en una época se había convertido en un bosquecito se había transformado en un jardín cuidado hasta el más mínimo detalle. La casa, que antes había dado pena al ojo, se había convertido en el orgullo de la calle. La mampostería de la arquitectura clásica se había restaurado de manera impecable, y cada piedra parecía embebida con la dignidad y gracia de un hogar de esa envergadura.

Los marcos de las ventanas estaban recién pintados de un elegante tono blanco y parecían destellar a la luz del día. Cada panel de cristal se veía transparente e intacto. El tejado de la edificación de tres plantas también había sido reparado en su totalidad.

Las estatuas gemelas de leones de piedra que flanqueaban las elegantes escaleras que conducían a la doble puerta de entrada estaban restauradas de pies a cabeza: una lucía un diente recién tallado, y la otra una oreja reconstruida con gran habilidad. Tanto las dos puertas como el llamador majestuoso habían recibido una nueva capa de pintura, y el llamador se encontraba arreglado y listo para anunciar la llegada de sus estimados visitantes. Por encima de la puerta se encontraba el escudo de armas de los Kelford también restaurado para simbolizar el perdurable legado de la familia.

Subieron los escalones que conducían a la entrada. La señora Nicholson y las criadas femeninas se encontraban de pie del lado derecho del pasillo, mientras que los criados masculinos se encontraban del lado izquierdo formando una fila de diez lacayos y Joshua, como asistente del mayordomo. En la cabecera de la fila, se encontraba Foster, el mayordomo a quien Nathaniel había conocido durante toda su vida y había servido en Kelford Manor hacía muchos años. El rostro del anciano se iluminó de orgullo y alegría bajo la máscara obligatoria de criado leal.

—*Milord* —lo saludó—. *Milady*. Bienvenidos.

Hizo una reverencia y abrió las puertas dobles que tenían delante. A Nathaniel se le aceleró el corazón en el pecho cuando avanzó hacia el vestíbulo de entrada con Calliope caminando a la par.

Las paredes de azul marino que antes habían estado vacías ahora exhibían cuadros de Penelope que Calliope había escogido, así como también unos paisajes hermosos que habían llevado de Kelford Manor. Nathaniel se detuvo delante de uno.

—Mi padre compró este cuadro en Delft —les contó a Calliope y sus hermanas sintiendo unas lágrimas que le asomaban a los ojos—. Me llevó con él. En ese entonces, tenía ocho años y ese fue mi primer viaje por mar. Allí fue cuando me enamoré del océano, y ese fue uno de los motivos por los que me sumé a la fuerza naval cuando necesité un trabajo.

—Me encanta oír historias de nuestro padre —susurró Hazel mientras mecía al bebé con suavidad y miraba el cuadro.

Calliope asintió.

—Sí, es una hermosa historia.

Violet se inclinó hacia adelante para leer el título.

—*Evening in the Meadows* de Aelbert Cuyp. He leído acerca de él. Es conocido por pintar escenas de ríos a la luz dorada del atardecer.

—¡No veo la hora de que toda la familia venga! —exclamó Poppy antes de echar a correr por el vestíbulo con los brazos bien abiertos—. Penelope se pondrá loca de alegría al ver todas estas obras de arte.

Al oír la alegría en su voz, los perros salieron corriendo detrás de ella y la gata se bajó de un salto del cojín y corrió tras ellos. Violet fue la última en seguirlos. Nathaniel se rio entre dientes.

—¡Chicas! —las regañó Hazel mientras Ethan se sobresaltaba—. Ya, dulzura —le dijo caminando hacia la sala de estar y meciéndolo.

Nathaniel y Calliope intercambiaron unas sonrisas. Nathaniel volvió a mirar el cuadro de Delft y le tomó la mano.

—Mi padre negoció un muy buen precio —le siguió contando—. Ese viaje quizás fue la única vez en la que no sentí que estuviera constantemente desilusionado de mí. De hecho, me enseñó cosas.

Sintió la mirada cálida de Calliope sobre él.

—¿Aún lo resientes?

Se rio y le ofreció una sonrisa.

—Curiosamente, no. Ninguno de los eventos de nuestro pasado ha cambiado, pero hace un año lo detestaba y lo resentía por torturarme a mí y a mis hermanas. Pero ahora… lo he perdonado. Quizás los requisitos de su testamento fueron un obsequio que me hizo, aunque fue muy difícil de verlo. Pero eso me llevó hasta ti. Y nos ha dado a nuestro hijo. —Le acarició la mejilla con ternura—. Gracias a eso, me convertí en un mejor hombre. Así que, donde sea que estés, padre, no te guardo más resentimientos. Te perdono. Y te quiero.

Calliope le sonrió.

—Estoy orgullosa de ti.

Nathaniel le devolvió la sonrisa y pensó en el pequeño Ethan jugando en esa hermosa casa ahora restaurada. Quizás algún día tendría hermanos y hermanas con quienes jugar. Recordó su infancia en la que corría por ese mismo espacio a los seis años y su madre lo perseguía mientras se deslizaba por el suelo de mármol con los zapatos aprovechando el impulso de la carrera.

El suelo volvía a resplandecer, el patrón que tanto se había desvanecido, volvía a verse con claridad y a brillar pulido. Los diseños ornamentados parecían cobrar vida con la luz que se proyectaba desde arriba.

Cada detalle de la amplia escalera había sido reparado, y todas las balaustradas encajaban en su sitio a la perfección y brillaban con la madera recién pulida. Y los nichos ornamentados que flaqueaban los escalones ya no se encontraban más vacíos. Habían colocado estatuas y jarrones que habían enviado de Kelford. Uno o dos de ellos habían enorgullecido mucho a su padre, que había ido a Grecia en persona tras oír de una excavación y se quiso asegurar de obtenerlos. Ahora a Nathaniel se le ocurrió que quizás a su padre le había gustado la idea de dejarle esos tesoros a su hijo y a las futuras generaciones.

Había otros que Calliope había escogido: jarrones con flores, estatuas griegas de mujeres hermosas y suaves con labios suculentos, delicados rizos en las cabezas y prendas que bailaban al viento contra sus siluetas. Eran sensuales, femeninas y fuertes… como ella.

Desde el medio del cielorraso en el pasillo, colgaba un candelabro de cristal y oro que era el orgullo particular de Calliope. La pieza brillaba y proyectaba radiantes prismas de luz por toda la sala. Los candeleros sobre las paredes, que tenían nuevos cristales, alumbraban el pasillo con una luz cálida y acogedora.

Continuaron el recorrido por la sala de estar, el salón principal, el comedor, la sala de baile y la biblioteca. Cada habitación era hermosa y majestuosa, ornamentada con recubrimientos de oro, obras de arte, muebles grabados y alfombras suaves. Todo estaba en perfecto estado y aguardaba la llegada de la familia para llenarse de un alegre caos. El toque de Calliope estaba presente en todas las habitaciones, con sus elecciones caprichosas y armoniosas, pero el de Nathaniel también estaba visible, junto con los recordatorios de los ancestros. Calliope les había preguntado a todos qué les gustaría tener en cada habitación. El resultado era una casa fresca y atemporal, moderna y, a la vez, enraizada en la historia.

Cuando subieron las escaleras y se dirigieron hacia la que sería su habitación, Calliope soltó un jadeo de sorpresa. La luz del sol que se colaba por las amplias ventanas iluminaba la recámara y pintaba todo de tonos suaves y radiantes. Unas largas cortinas amarillas decoraban las ventanas y caían hasta el suelo en un elegante arreglo, mientras que los paneles de madera que cubrían las paredes hasta lo alto tenían unos hermosos diseños tallados y estaban pintados de color turquesa.

El hogar tenía una repisa de mármol con unos delicados patrones de flores tallados. Sobre ella, había un jarrón lleno de lirios amarillos al lado de unas estatuillas de porcelana.

Contra una de las paredes, se encontraba la cama que había heredado Nathaniel con la madera antigua recién barnizada y pulida y cubierta con exquisitas sábanas de satén amarillas. Un dosel también amarillo colgaba sobre la cama, que era lo suficientemente grande como para invitarlos a perderse en ella. Nathaniel no veía la hora de bautizarla con su esposa. Frente a la cama, había una cuna de madera con un diseño exquisito. Calliope se la había encargado a un carpintero de Londres varios meses antes de la llegada del bebé.

A donde sea que mirara, Nathaniel veía un hogar. Calliope había transformado esa casa destrozada en un oasis precioso. Había transformado a sus hermanas rebeldes en señoritas. Y había transformado su mera existencia en una vida digna de ser vivida.

—Nathaniel —exclamó al entrar en la recámara—. ¡Es todo lo que deseaba!

—Has hecho un trabajo espléndido, amor. —Le sonrió—. No me podría haber imaginado un mejor hogar para nosotros. Tengo una sorpresa para ti.

En la pequeña mesa redonda que había frente al hogar y al lado de dos hermosas sillas talladas, había una pequeña caja cuadrada envuelta en seda amarilla y con un lazo blanco. Nathaniel sintió alivio de que la señora Nicholson se hubiera asegurado de que su regalo para Calliope se encontrara donde le había pedido que lo dejara. Recogió la caja y se volvió hacia ella.

—Es para ti —le dijo.

Calliope arqueó una ceja y la aceptó.

—¿Un regalo para mí?

Nathaniel asintió con la cabeza sin poder ocultar la sonrisa del rostro. Calliope la sopesó en las manos y la sacudió.

—Estoy segura de que es un libro —le dijo mientras su esposo la observaba conteniendo el aliento y comenzaba a deshacer el lazo para desenvolver la seda.

—Tendrás que verlo por ti misma.

Abrió la caja de madera y soltó un jadeo. Sobre un cojín de seda azul había una placa dorada.

—Calliope Fitzgerald. Investigaciones privadas.

No había incluido su título porque sospechaba que andar anunciando que una duquesa hacía indagaciones privadas no sería beneficioso para el negocio.

A Calliope le destellaban los ojos mientras miraba la placa. Y, cuando lo miró a los ojos, el corazón se le derritió por completo al verle las lágrimas de felicidad en el rostro.

—Gracias, Nathaniel —le susurró sonriéndole y secándose una lágrima.

Nathaniel la besó despacio y profundamente al tiempo que el deseo que sentía por su esposa se le esparcía por la sangre como un incendio. Se la apretó contra el cuerpo y se olvidó de todo… Habían comenzado a tener relaciones hacía dos semanas, cuando Ethan cumplió las seis semanas, y Nathaniel había sido cuidadoso, por más que ella le hubiera asegurado de que se encontraba bien y que no había necesidad de tratarla como a una flor frágil. Pero él siempre la pondría primero.

—¡Calliope! ¡Nathaniel! —exclamó Violet al otro lado de la puerta, y Nathaniel se apartó soltando un gemido—. ¡Vengan a ver la biblioteca!

Nathaniel suspiró y sacudió la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada.

—¡Ya vamos! —le aseguró Calliope ofreciéndole una hermosa sonrisa.

—Espero con ansias comenzar este capítulo de nuestras vidas —le dijo a su esposa—. Vivir en este hermoso hogar contigo, mi hijo y mis hermanas. Cuidar de mis propiedades, de los inquilinos y hacer obras de bien con la fortuna que he recibido.

—Yo también —le contestó Calliope apoyándole la cabeza contra el hombro. Nathaniel le depositó un beso en la frente e inhaló su fragancia tan querida.

—¿Estás segura de que deseas esperar a abrir la agencia? —le preguntó—. La puedes abrir cuando quieras.

—Ya lo sé —le aseguró con otra sonrisa—. Y me alegra mucho que me apoyes de este modo. Creo que de saber que tengo la libertad y la elección, la opción de ser una madre y una esposa y luego comenzar a trabajar en mi sueño, me siento tan segura de que quiero pasar este tiempo contigo y con Ethan.

Nathaniel supo que la paz que sintió en ese momento era confianza. Una confianza que venía de saber que la mujer que amaba era una mujer extraordinaria que había nacido para hacer cosas extraordinarias. Confianza en ella. Confianza en la vida. Confianza en su pequeña familia.

—Has venido a mi vida para poner todo patas para arriba —le dijo—. Y luego lo volviste a acomodar. De otra manera. Me has

mejorado a mí y a todo lo que nos rodea.

Nathaniel era una nueva persona gracias a ella. Jamás habría creído que tendría el coraje y la fortaleza de convertirse en un marido o un padre capaz de amar.

—Y tú también —le dijo Calliope—. Gracias a Dios.

Nathaniel se rio.

—¿Sabes qué, amor? Por primera vez en la vida, sé que estoy donde tengo que estar. Con la persona exacta con la que tengo que estar. —Le dio un beso largo y dulce que le hizo sentir anhelo de probar el nuevo colchón de inmediato—. Y gracias a ti, soy la persona que siempre debí ser.

Gracias por leer DUQUE POR CONVENIENCIA. Si te encantó la historia de Calliope y Nathaniel, obtén ahora tu epílogo adicional gratuito:

https://mariahstone.com/epilogo-duque3

¡No te detengas aquí! Para descubrir cómo termina nuestra historia y la búsqueda de Spencer, sigue leyendo el libro 4 de nuestra serie Duques y Secretos: **LA APUESTA DE LORD CANALLA**.

Herido y devastado, el exduque de Grandhampton, lord Spencer Seaton, regresa a casa de la guerra y descubre que lo ha perdido todo. Su único objetivo es vengarse del hombre responsable de su miseria.



⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «¡Wow, qué gran final para esta extraordinaria serie!»

Lee LA APUESTA DE LORD CANALLA ahora >.

¿Te apetece un Vikingo?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Holly y Einar, asegúrate de conseguir **EL DESEO DEL VIKINGO**

Una viajera en el tiempo cautiva. Un jarl vikingo con una misión. ¿Será el matrimonio el precio de la libertad?

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ *"Una historia muy emocionante y llena de amor, aventura y situaciones peligrosas. ¡Os la recomiendo ampliamente!"*

Lee EL DESEO DEL VIKiNGO ahora >

O quédate en el Londres de la Regencia, y sigue leyendo **LA APUESTA DE LORD CANALLA**.

La apuesta de Lord Canalla, Capitulo 1

Londres, septiembre de 1813

«Venganza…».

Spencer golpeaba el puño contra el saco de boxeo intentando liberar la ira contenida con cada golpe. Se imaginó en el saco el rostro de un hombre de unos cincuenta años con la cabeza casi calva. Con cada puñetazo que arrojaba, se imaginaba que golpeaba los peculiares rasgos: el puente duro de la nariz y las cejas fruncidas por encima de los ojos entrecerrados.

Mientras dirigía el siguiente ataque al mentón cuadrado, el movimiento se vio interrumpido de repente por un fuerte tirón en el muslo izquierdo. Se le escapó un gemido y se le formaron unas gotas de sudor en la frente. Perdió el equilibrio durante un instante y casi se tropezó con una bolsa de cuero con medicinas que, inoportunamente, estaba desparramada por el suelo. Mientras se trastabillaba, unas vendas y un frasco de linimento se salieron de la bolsa y rodaron por el suelo de madera.

Spencer se obligó a mover la pierna lastimada y sintió una descarga de dolor, como si tuviera una lanza atravesada en el músculo y los nervios. Con desesperación, se aferró al saco de boxeo para recuperar el equilibrio y maldijo el desorden que había en la recámara. Encima del escritorio tenía unos papeles hechos un bollo:

eran las cartas que no le había enviado a Penelope. La cama estaba desalineada y sin hacer. Todos los días echaba a la criada. Como apenas dejaba la habitación, no le veía ningún sentido a ordenarla.

—¡Spencer! —lo llamó una voz que conocía demasiado bien y provenía de algún sitio a sus espaldas—. ¿Te encuentras bien?

Se puso tenso, soltó el saco de boxeo y se paró erguido ignorando el dolor lacerante en el muslo. Pero el padecimiento físico no se comparaba con el malestar atenuado que no dejaba de sentir en el pecho. Se apoyó sobre la otra pierna para asestarle un nuevo golpe al saco de boxeo con la otra mano, pero el muslo se le acalambró. Lo tenía tan rígido como un hueso. Soltó un gruñido de frustración, y la frente se le cubrió de sudor al tiempo que atrapaba el saco de boxeo que se mecía en el aire.

Con la respiración entrecortada, volvió a abrazar el saco de boxeo y reunió fuerzas para erradicar la expresión de dolor que le invadía el rostro. Luego se aclaró la garganta.

—¿Qué hace aquí, duquesa? Le dije a Teanby que no estoy en casa.

—No has estado en casa durante dos semanas —repuso con un tono sarcástico.

—Tengo mis motivos.

Tomó una profunda bocanada de aire y, antes de darse vuelta, se tragó el dolor que había sido su compañero constante durante siete meses. La vio de pie en el umbral. Era la única mujer a la que había amado en la vida. La mujer que lo había ayudado a superar la guerra. Evocar sus grandes ojos entre celestes y grises lo había ayudado a despertar todas las mañanas en la litera del compartimiento oscuro que apestaba a cuerpos sucios y salmuera, a subir a rasquetear la cubierta, a ayustar cuerdas o reparar los cordajes. Había pensado que regresaría a casa para retomar sus deberes ducales, que se reencontraría con sus queridos hermanos y hermana y que se arrodillaría delante de la señorita Penelope Beckett para pedirle que se convirtiera en su esposa.

Pero luego de pasar meses en batallas infernales y vivir la existencia intolerable de un marinero, había regresado a una vida que no reconocía. Esa mujer hermosa que destellaba se había

convertido en su cuñada porque se había casado con su hermano. Además, él ya no era un duque y jamás volvería a serlo. Chalworth Place, su residencia ducal, donde había vivido durante cuatro años desde la muerte de su padre, estaba carbonizada; sus vigas y columnas negras solo le daban soporte al cielo. Muchas de sus posesiones, incluyendo sus cuadros favoritos, los que Penelope le había inspirado a comprar, habían quedado reducidas a cenizas. Ahora se encontraba de regreso en la residencia de su infancia, el hogar de los Seaton, y sus hermanos habían seguido adelante con sus vidas, que habían florecido durante su ausencia.

Era el hermano mayor, el heredero que alguna vez había sido un poderoso duque. Aunque, hacía casi un año, habían enterrado su cuerpo debido a los testigos y las pruebas del forense. Como no tenía ningún hijo, no era un caso de prórroga, en el que el título quedaba indeciso entre dos herederos. El caso de Spencer era muy claro: el siguiente en la línea de sucesión era su hermano, Preston, y ni siquiera el hecho de haber regresado de la tumba cambiaría eso. Ahora el título le pertenecía al nuevo heredero. Y, a pesar de toda la coherencia, sentía como si le hubieran quitado todo de manera injusta.

—Duquesa —le dijo con tono formal, y el título oficial quedó flotando entre ellos como una sombra. No era su duquesa… El año pasado, mientras eran amigos, la había llamado Penelope. —Se ve… bien. La prosperidad le sienta bien. ¿No le parece curioso como los rostros familiares se pueden sentir tan extraños…?

La expresión de culpa y conmoción que le invadió el rostro no le pasó desapercibida. Sin embargo, Penelope recuperó la compostura y alzó la cabeza al tiempo que apretaba el ridículo con la mano enguantada.

—A veces, el corazón encuentra su hogar en los lugares más inesperados y, cuando eso ocurre, es difícil que cambie de parecer.

Para Spencer, era muy doloroso mirarla: estaba embarazada, pero no de él, y brillaba. Era hermosa y no solo físicamente. Tenía la piel casi translúcida, acentuada por las sedas de las prendas que le abrazaban la silueta. Las telas sofisticadas y elegantes que le compraba Preston, no él. En ella, veía la representación vívida de

todo lo que había perdido. Su felicidad radiante, que era evidente que estaba ligada con su hermano, era un recordatorio de que el mundo había seguido adelante sin su presencia. Y él no. Por el contrario, se había deteriorado. En muchas formas, hasta había muerto.

—Pues, debe ser muy agradable ver cómo se va acomodando todo en su lugar —remarcó—, mientras otros tienen que empezar de cero.

Al ver que los ojos se le llenaron de lágrimas, Spencer sintió un aguijonazo de culpa en el vientre.

—Pero hay esperanza de que el sol de mañana nos ayude a sanar a todos, ¿no? —le dijo con suavidad y le volvió a hacer añicos el corazón. Su mirada se movió alrededor de la habitación y se detuvo sobre un cuadro de la fuerza naval que Spencer había arrancado de la pared.

No le sorprendía que se preocupara por él. Todos debían de estar volviéndose locos, pero no podía enfrentarse a ellos. No tenía nada más que ofrecer, excepto tristeza, vacío y furia.

—¿Dónde está? —preguntó otra voz femenina que provenía del pasillo a espaldas de Penelope—. Por todos los cielos, Spencer. Te juro que te voy a matar.

Era Calliope. No le sorprendía que hubiera ido. Sonaba débil y sin aliento a pesar del tono mandón.

—¡Aquí, hermana! —exclamó Penelope y se volvió para mirar por encima del hombro.

—¡Ah! —soltó Calliope a sus espaldas.

Spencer soltó un gruñido.

—¡No debería estar aquí, duquesa! Es evidente que estoy indispuesto. —Estiró los brazos a ambos lados para indicar el estado de desnudez. Solo tenía puesta la camisa abierta, que le dejaba gran parte del pecho al descubierto. Podía sentir la tela sudada de la camisa y de los pantalones apretada contra el cuerpo.

Penelope lo recorrió con la mirada y arqueó una ceja. No había ni una chispa del amor y el calor que reflejaban sus ojos cuando miraba a Preston.

—Ahora eres mi hermano —le dijo con firmeza al tiempo que se adentraba en la recámara—. Ver un poco de piel no me asustará. Además, es tu culpa por habernos evitado durante dos semanas. Sé que debe haber sido difícil para ti llegar y descubrir que todo había cambiado.

—Así es, pero te hemos dado tiempo de sobra para que recuperaras el sentido —añadió Calliope al entrar con un vestido de seda y muselina amarillo—. Es tu culpa que hayamos tenido que venir a Sumhall. Tu aislamiento tiene que detenerse de inmediato. No puedes evitar a tu familia para siempre.

Su hermana tenía razón, pero no estaba listo. No estaba listo para las preguntas, para los chillidos, para las palabras de sabiduría o para la lástima. Spencer soltó un suspiro y se volvió hacia el aparador donde tenía un decantador de *whisky* y un vaso sobre una bandeja. Habían sido su compañía durante las últimas dos semanas.

—Para siempre no —masculló mientras vertía el líquido—, pero unos años más deberían bastar.

Oyó más pasos que se acercaban por el pasillo y se le tensó la mandíbula. ¿Acaso había ido toda la familia?

A diferencia de Penelope, que se veía suave y con las mejillas sonrosadas durante el embarazo, su hermana menor, que solía ser una persona llena de energía, se veía pálida y delgada. Una capa de sudor le cubría el rostro y no se veía nada saludable. Como para confirmar esa impresión, Calliope se llevó la mano a la boca. Su marido Nathaniel, el duque de Kelford, acababa de entrar en la habitación y le tomó el otro brazo para darle apoyo.

—Todos queremos que te recuperes —le dijo Preston, que apareció en el umbral y lo perforó con los ojos intensos y oscuros.

Spencer hizo un gesto amplio de un semicírculo con el brazo y derramó el *whisky*.

—Genial. ¿El resto de la familia también está aquí? ¿Richard?

—Por supuesto que sí —anunció Richard desde el pasillo y asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—Lo sabía —masculló Spencer—. Teanby solo se dejaría convencer por su favorito.

Richard y Jane, su nueva esposa, entraron seguidos de la abuela, que iba vestida de manera majestuosa y le dirigió su característica mirada bondadosa. De repente, la gran habitación de Spencer pareció encogerse y los pulmones le parecieron demasiado pequeños.

—Teanby no habría dejado entrar a nadie si no estuviera de acuerdo con ellos —le aseguró la abuela—. Todos creemos que es hora de que dejes de esconderte. Esto no es sano, querido.

No era sano… él no era sano. No se sentía sano ni en cuerpo ni en alma. Pero ellos no sabían lo mal que estaban las cosas. Y lo peor era que todos eran un recordatorio andante de todo lo que había perdido. Incluso él mismo.

—Solo a ustedes les preocupa lo que no es sano —gruñó—. Quiero que me dejen en paz.

—¡Pero no nos has contado nada! —exclamó Calliope con la garganta tensa—. Has regresado hace dos semanas, y solo te vimos media hora en el puerto antes de que te encerraras aquí. ¡Ni siquiera nos has dicho quién te hizo esto!

Spencer sintió que el rostro se le ponía pálido al oír las palabras de Calliope. La conocía demasiado bien; era una detective nata a la búsqueda de un buen misterio, como un sabueso tras un rastro. La revelación de su sacrificio lo golpeó como un puñetazo: se había casado con un oficial de la Marina para obtener su ayuda en la investigación. Sintió como si, de momento, su alma se encontrara a la deriva, flotando en un mar de culpa y conmoción. No podía permitir que su hermana embarazada, a quien adoraba, se metiera con el hombre poderoso y peligroso que quería eliminarlo.

—Y no se los diré, y mucho menos a ti —le aseguró con firmeza mientras avanzaba cojeando con la pierna izquierda herida hacia su familia—. Estás embarazada. No puedes dejar de vomitar, ni tampoco puedes comer ni beber. Tienes que quedarte en casa y recuperarte. Kelford, ¿cómo has permitido que viniera aquí?

—Si crees que alguien puede permitir que Calliope haga algo o no, deliras —le respondió Kelford, con el mentón tenso mientras sostenía a su esposa. Eran una pareja muy atractiva: Calliope, con el cabello caoba y los grandes ojos celestes, y Kelford, alto, musculoso

y con cabello dorado. Al menos Spencer podía estar feliz por su hermana. Era evidente que ese hombre veneraba el suelo por el que andaba, y ella lo amaba—. Tu hermana conoce sus límites mejor que nadie, y confío en que sabe tomar sus propias decisiones.

El mismo nivel de confianza y amor manaba de Richard y Jane.

—Tienes que dejarme resolver mis problemas —le dijo Spencer a Calliope.

Spencer era muy consciente de la presencia de Preston y Richard, y su predisposición a actuar se palpaba en el aire tenso. Pero cuando miró a Preston a los ojos, sintió el desasosiego que se agitó en su interior. No podía dejar de sentirse traicionado por que su hermano se hubiera casado con Penelope, por más irracional que fuera eso. A pesar de que sabía que Preston tenía sus motivos, y que todo estaba en el pasado, una parte de su alma no podía evitar sentir un aguijonazo de abandono.

—He regresado. Estoy a salvo. Estoy bien —les aseguró Spencer.

—Spencer, no estás bien —lo contradijo Penelope—. Ojalá vinieras con nosotros a una exhibición de arte o fueras a visitar mi estudio…

La voz se fue desvaneciendo mientras Spencer tragaba el contenido del vaso de *whisky* y el líquido le quemaba la garganta como el fuego. Por desgracia, no lo redujo a cenizas. ¿Podía ver en sus ojos que sus palabras lo estaban matando? Se había enamorado de ella mientras se detenían a observar y analizar cuadros; ir a un evento de arte con ella y su hermano sería como frotar arena sobre una herida abierta e infectada.

—Estás a salvo porque nadie sabe que has regresado —señaló Calliope—. Excepto la fuerza naval. Pero ese hombre poderoso que obligó al almirante Langden a reclutarte por la fuerza sigue suelto. El hombre con el bastón de marfil. ¡Y cuando descubra que has regresado, puede que decida terminar el trabajo!

—Dinos quién fue, hermano —exigió Preston con la voz tranquila, pero Spencer lo conocía demasiado bien. Detrás de ese exterior sereno, rugía una tormenta. En el silencio que siguió a esa petición, Spencer oyó el reloj del pasillo de la planta baja que marcaba el paso de los segundos.

—¡Por favor, dinos! —imploró Calliope y se volvió a llevar la mano a la boca antes de tomar varias bocanas de aire.

—Ven, cielo —le dijo Jane y la condujo a una silla para que se sentara—. Intenta guardar la calma.

—¿Quién fue, Spencer? —volvió a preguntar Calliope con la voz ronca y rara, como si estuviera conteniendo una ola de náuseas.

Spencer sabía que debía de estar matando a la investigadora que llevaba dentro no tener la respuesta de ese misterio. Pero tenía razón. Era un asunto peligroso, y él era quien tenía que ajustar las cuentas con el hombre que le había costado todo lo que valoraba.

—No se los puedo decir —se limitó a responder.

—Pero ¿por qué no? —preguntó la abuela—. Esa persona ha cometido un crimen y debe enfrentarse a las consecuencias de su accionar.

—Todos hemos tomado medidas desesperadas para vengarte… y luego para salvarte —añadió Preston—. Todos estamos de tu lado.

Spencer soltó un bufido.

—No hace falta que lo digas, hermano. Medidas desesperadas… Diría que demasiado desesperadas, ¿no crees?

Oh, eso lo hizo cerrar el pico. Preston había heredado su título y había tomado por esposa a la mujer con la que Spencer había querido casarse. A pesar de que era evidente que estaba vivo, no podía recuperar el título, y su hermano sería el duque de Grandhampton y el esposo de Penelope hasta el final.

Cuando Penelope miró a Preston a los ojos, algo se le retorció en el pecho. Reconoció el brillo de cariño y emoción que brillaban en los ojos de la duquesa. Vio el modo en que se le suavizó el rostro y se le curvaron las comisuras de los labios para formar una sonrisa reverente. En otra vida, habría deseado que le dedicara esa sonrisa a él. Su hermano era el ganador afortunado.

Miró a Richard, su hermano menor.

—Tú te casaste con la hermana del jefe criminal al que contrataron para lastimarme.

Jane, la hermosa dama de cabello oscuro que llevaba en un moño y unos ojos grises que destellaban inteligencia y lo miraban detrás de unas gafas atractivas, abrió la boca para contradecirlo.

Pero Spencer no se lo permitió, porque apoyó la mirada en Calliope, que se había puesto verde y tenía un pañuelo apretado contra la boca, y continuó.

—Y tú te casaste con el oficial que firmó la orden para que me reclutaran a la fuerza y me molieran a golpes antes de subirme a bordo de un barco destinado a luchar en una guerra que casi acaba con mi vida. Creo que basta decir que ya han hecho más que suficiente.

Sin dejar de cojear, se abrió paso entre su familia que lo miraba con la boca abierta.

—Spencer, podemos ver que estás sufriendo —dijo la abuela—. Pero no tienes que estar solo. Déjanos ayudarte como sea.

No tenía que cargar con ese dolor. No había ayuda alguna que pudiera devolverle a Penelope, su cuerpo, su título o su verdadera identidad. Solo había una cosa que necesitaba, una cosa que todavía tenía sentido: la venganza.

—Por favor, déjenme en paz —les pidió—. No quiero que me consientan, ni me sanen, ni me atosiguen, ni tampoco que se preocupen por mí.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Calliope sin apartarse el pañuelo de la boca.

Esa era una buena pregunta. ¿Qué iba a hacer? Ya se había encerrado en Sumhall durante mucho tiempo mientras el hombre al que debía castigar seguía libre disfrutando de la vida. Con una nueva descarga de energía oscura y enfadada, Spencer encuadró los hombros. Se alegraba de esa reunión que había planeado su familia: le habían dado una buena patada en el trasero para que lograra recuperar los sentidos y se diera cuenta de que ya era hora de poner manos a la obra.

—¿Qué voy a hacer? —Se rio y miró a su familia por última vez—. Voy a acudir a un baile.

Tras decir eso, salió de la recámara para llamar al valet.

Estaba determinado a destruir al hombre que le había arruinado la vida. Haría añicos al duque de Ashton o moriría intentándolo. Y conocía al hombre que podría ayudarlo…

Lee LA APUESTA DE LORD CANALLA ahora!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

